

VERDAD QUE CONDENA

LOS DESEOS PROHIBIDOS 2

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

VERDAD QUE CONDENA

LOS DESEOS PROHIBIDOS 2

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Verdad que condena. Bilogía *Los deseos prohibidos n°2*

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1

Matthias

Desperté despacio, sin abrir los ojos.

No fue un despertar brusco ni consciente, sino una lenta vuelta al cuerpo. A la respiración. Al peso exacto de la sábana sobre la piel desnuda. Al calor que aún persistía entre los muslos, en el pecho, en la memoria.

El colchón cedía bajo mi cuerpo con esa firmeza perfecta que solo tenían las camas caras de hotel, y durante unos segundos, tal vez minutos, me limité a quedarme ahí, inmóvil, escuchando el silencio amortiguado de la suite. El murmullo lejano de la ciudad filtrándose a través de las ventanas cerradas. El leve zumbido del aire acondicionado. Mi propia respiración, profunda, regular.

Y entonces llegó el recuerdo. No como una imagen aislada, sino como una oleada lenta, densa, que me recorrió de dentro hacia fuera.

La señorita Souto. Su piel bajo mis manos. El sonido exacto de su respiración cuando la besé por primera vez en el sofá. La forma en la que se había entregado sin reservas, sin cálculos, sin el más mínimo rastro de pudor o vergüenza. Como si no existiera nada más allá de ese instante. Como si yo no fuera su jefe. Como si ella no fuera una de las mujeres más brillantes de mi empresa.

Apreté ligeramente la mandíbula. Había cruzado una línea. Una que llevaba años sin cruzar. Y, aun así, no sentí arrepentimiento. Solo una calma extraña y peligrosa. No iba a mentirme.

Recordé el modo en que me había mirado en el restaurante, ese brillo contenido en sus ojos verdes que no era ingenuidad, sino inteligencia. Hambre. Curiosidad. Recordé cómo había aceptado mis normas sin discutirlas, cómo había dejado claro que aquello era una noche y nada más, y cómo, a pesar de esas palabras, su cuerpo había hablado otro idioma.

Uno honesto, directo y salvaje.

Mi cuerpo respondió al recuerdo con una tensión lenta, inevitable. No abrí los ojos. Me limité a estirar un poco los dedos bajo la sábana, sintiendo la textura fresca de las sábanas, la memoria aún viva de su piel.

Me había deseado. Y yo a ella. Eso era lo único indiscutible.

Me pregunté, no por primera vez, en qué momento exacto había empezado a sentirme atraído por la señorita Souto. No la mujer desnuda que había dormido conmigo, sino la directiva. La estratega. La mente brillante que había puesto patas arriba mis planes de expansión con una sola presentación.

Había sido desde el principio. Desde aquella primera reunión en la que no bajó la mirada. Desde la forma en la que me sostuvo el pulso intelectual sin titubear. Desde el sarcasmo contenido que solo dejaba asomar cuando se sentía segura.

Era una atracción distinta a la que sentía en el Club Índigo. Más peligrosa. Más profunda. Y, sin embargo, inquietantemente parecida. Ese fue el pensamiento que me hizo fruncir ligeramente el ceño, incluso con los ojos cerrados.

Porque la atracción que sentía en el club… esa que me arrastraba noche tras noche, esa que me había llevado a conocer a Iria sin saber quién era realmente… no tenía lógica. No tenía nombre. Era pura pulsión.

Y, aun así, el modo en que la señorita Souto me había hecho sentir la noche anterior se parecía demasiado.

Como si algo en ella encajara en un lugar de mí que llevaba años sellado. Como si su forma de tocarme, de mirarme, de entregarse, hubiera despertado exactamente la misma parte de mí que se activaba en la penumbra del club.

Eso no tenía sentido. Ella y la mujer del Club Índigo no podían ser la misma clase de atracción. No deberían.

Inspiré hondo, llenando los pulmones despacio, y dejé que el recuerdo avanzara sin resistencia.

Recordé su voz cuando me dijo que no era una mujer de compromisos. La firmeza con la que estableció límites. La honestidad brutal con la que habló de sexo sin adornos ni falsas promesas.

Recordé cómo, aun sabiendo que al amanecer todo debía quedar enterrado, se entregó como si el mañana no existiera. Y ahí estaba la clave.

A partir del momento en que volviéramos a mirarnos a la cara al despertar… todo aquello debía quedar olvidado para siempre. Ese había sido el acuerdo implícito. Eso debía ser.

La noche en Frankfurt no podía convertirse en nada más que un recuerdo privado. Un paréntesis. Una anomalía. Algo que no volvería a mencionarse jamás. Ni una palabra. Ni una mirada fuera de lugar. Ni una sombra en el trabajo. Y yo no era un hombre que se permitiera errores prolongados.

Me desperecé lentamente, estirando los brazos por encima de la cabeza, notando cómo los músculos protestaban con pereza. El movimiento hizo que la sábana se desplazara apenas un poco sobre mi cadera. Y entonces lo sentí.

No fue un pensamiento. Fue una certeza física. Alguien me estaba observando.

No abrí los ojos de inmediato. Me quedé quieto, escuchando, sintiendo, alerta de todo lo que me rodeaba. Noté un movimiento mínimo a mi lado. El leve deslizamiento de la sábana. El peso distinto sobre el colchón.

Una sonrisa lenta, casi imperceptible, se dibujó en mis labios. Así que seguía ahí.

Imaginé la escena sin verla: la señorita Souto sentada en la cama, probablemente cubierta con la sábana, desnuda debajo, debatiéndose entre

marcharse sin hacer ruido o quedarse un minuto más. Siempre tan controlada. Siempre tan consciente.

Abrí los ojos despacio y parpadeé para acostumbrarme a la luz de la mañana que se filtraba suavemente por las cortinas, bañando la habitación en tonos cálidos. Giré la cabeza hacia la derecha y allí estaba ella.

Sentada en la cama, con la sábana recogida contra el pecho y las piernas dobladas bajo ella. El cabello castaño oscuro caía suelto sobre sus hombros, ligeramente despeinado. Sus ojos verdes estaban fijos en mí, atentos, tranquilos, como si llevara rato observándome.

Y bajo la sábana… lo sabía. Seguía completamente desnuda.

—¿Le gusta verme dormir o es algún tipo de fetiche? —murmuré, con la voz aún ronca por el sueño.

Una sonrisa divertida apareció en sus labios.

—Estaba observando su tatuaje —respondió con naturalidad—. Es muy bonito. Casi una obra de arte —levantó ligeramente la mano y señaló mi espalda—. ¿Por qué se lo hizo? —curioseó.

Me giré despacio, acomodándome de lado, apoyando el codo en el colchón y la cabeza en la mano, y la miré sin prisa, recorriendo cada detalle de su rostro, la forma en la que la luz de la mañana acariciaba su piel.

—Es una larga historia —dije—. Pero puedo resumirla.

Mi mirada se perdió un segundo en el vacío antes de volver a ella.

—Como el fénix… tuve que ver cómo algunas cosas ardían para poder resurgir de las cenizas.

No hubo dramatismo en mi voz. Solo verdad. Ella asintió lentamente y me di cuenta de que no parecía sorprendida.

—Sé a qué se refiere —dijo en voz baja—. Yo también lo he sentido.

Mi ceja se arqueó apenas un milímetro.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Por eso me hice uno también. Hace tiempo.

El pulso me dio un golpe seco en el pecho.

—¿Dónde? —pregunté, sin disimular el interés.

La noche anterior, en la penumbra, no había visto ningún tatuaje en su cuerpo. Ella dudó solo un segundo. Luego se giró despacio, apartando la sábana lo justo para mostrarme el omóplato izquierdo.

Y allí estaba. Un ave fénix. Delicado, elegante, con las alas extendidas, emergiendo de las llamas.

Sentí algo extraño cerrarse alrededor de mi pecho. Una presión lenta. Inexplicable.

Me quedé mirándolo en silencio, sin apartar la vista, mientras una idea absurda e imposible comenzaba a formarse en algún lugar de mi mente cuando reconocí aquel tatuaje.

Pero la descarté de inmediato. No podía ser.

Las líneas. Las sombras. La forma exacta en la que las alas se abrían desde el fuego. Era demasiado parecido.

Sentí un latido seco en el pecho, incómodo, casi doloroso, como si algo hubiera encajado de golpe en un lugar que llevaba demasiado tiempo vacío. Me incorporé de repente, apoyando los pies en el suelo, y fruncí el ceño.

No. No podía ser. Había miles de tatuadores en el mundo. Miles de personas con un ave fénix grabado en la piel. No significaba nada. No tenía por qué significar nada.

Puede que fuera del mismo tatuador. O simplemente una coincidencia.

La señorita Souto se giró despacio para volver a mirarme. La sábana volvió a cubrirla, pero ya no importaba. Su expresión había cambiado. Había algo distinto en sus ojos. Una calma peligrosa. Una certeza. Y entonces sonrió.

No fue una sonrisa coqueta. Fue una sonrisa de reconocimiento.

—Hola, Mat.

Dos simples palabras, solo dos, y sentí cómo el mundo se detenía en ese momento.

Solo Leonhard me llamaba así, y Cata, mi secretaria, por los años de confianza.

Y solo una persona, tan solo una, me conocía por ese nombre que le había dado una noche en el club.

Sentí cómo el aire abandonaba mis pulmones de golpe, como si alguien me hubiera golpeado en el estómago. Mis ojos se abrieron del todo, clavándose en ella sin parpadear.

Durante un segundo interminable no fui capaz de articular una sola palabra. Mi mente empezó a girar con violencia, buscando una explicación alternativa, una salida lógica, cualquier cosa que no fuera lo que acababa de escuchar.

Antes de que pudiera reaccionar, ella habló de nuevo.

—Esa misma cara puse yo esta mañana —añadió, divertida—. Cuando me di cuenta de que mi jefe y el hombre con el que he tenido sexo en un club liberal… son la misma persona.

No, no podía ser cierto, no podía ser ella. La directora global de *Eisenhart & Wolf* no podía ser la misma mujer del club.

Tragué saliva, y el nombre se me escapó como un susurro incrédulo.

—¿Iria…? —pregunté, esperando que dijera que no y me sacara de este error.

Capítulo 2

Matthias

Ella sonrió, me miró fijamente y, cuando pensaba que iba a decir que no, que su nombre no era Iria, asintió.

—Sí —respondió, y por un instante sentí que el tiempo se paraba con esa simple palabra.

Me pasé la mano por el pelo, tirando de él hacia atrás, y luego por el rostro, como si ese gesto pudiera devolverme a la realidad. Me levanté y di un par de pasos por la habitación, desnudo, sin importarme lo más mínimo.

—No… —murmuré—. No puede ser.

Me giré hacia ella.

—¿Qué probabilidades hay en el mundo de que la mujer con la que me he estado acostando sea una de las directivas de mi empresa… y no lo supiera?

Iria se encogió de hombros con tranquilidad.

—Más de las que crees —respondió—. Para empezar, porque muchos altos cargos nunca me llaman por mi nombre. Para ellos siempre soy “la señorita Souto”.

Eso me golpeó con una claridad incómoda.

—Y porque tú —continuó—, en el trabajo, no eres Mat. Eres Matthias Eisenhart. Frío. Calculador. Imponente. Autoritario. Incluso tu voz cambia.

Se inclinó un poco hacia delante.

—No te reconocí. Jamás habría pensado que fueras el mismo hombre.

Cerré los ojos un instante.

—Yo tampoco reconocí tu voz —admití—. Y no entendía cómo podía sentirme atraído por dos mujeres tan distintas.

Abrí los ojos y la miré de nuevo.

—Por ti… como directiva y mujer. Y por ella… en el club.

Iria sonrió, una sonrisa lenta y consciente.

—Parece que cruzamos la línea de no tener sexo como jefe y empleada mucho antes de anoche.

Resoplé, apoyando las manos en las caderas.

—De verdad que no sabía que trabajabas para mí —dije con firmeza—. Si lo hubiera sabido, lo del club no habría pasado.

Ella arqueó una ceja.

—¿Seguro?

Me sostuvo la mirada sin parpadear.

—¿De verdad no habrías fingido alguna noche que no éramos más que dos perfectos desconocidos, teniendo una cita… y acabando en la cama?

Abrí la boca para responder, pero no salió nada. Solté una breve risa sin humor.

—*Touché*.

Fue entonces cuando la realidad terminó de caer sobre mí con todo su peso, recordando a Leonhard. Cerré los ojos con fuerza y resoplé.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, curiosa.

Los abrí despacio.

—Leo es mi socio —dije—. Mi mejor amigo.

Iria parpadeó una vez y luego sonrió.

—Sí. Eso lo deduje en cuanto até cabos —dijo, y se encogió de hombros, como si hablara del tiempo—. Está claro que me acosté también con el señor Wolf.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—Esto… —murmuré—. Esto va a ser un infierno.

—Oh, no —respondió ella, divertida—. El verdadero shock va a ser para Héctor cuando se lo cuente.

La vi poner los ojos en blanco y, por primera vez desde que desperté, una carcajada baja escapó de mi garganta. Pero duró poco.

El silencio que siguió fue distinto. Más denso. Más cargado de significado. Y entonces la miré de verdad.

Iria Souto. Mi directora global. La mujer del Club Índigo. La misma piel. La misma mirada. La misma forma de tocarme como si supiera exactamente dónde hacerlo. Todo encajaba. Y al mismo tiempo, todo se complicaba.

Di un paso hacia ella. Luego otro. Me detuve justo frente a la cama y me incliné ligeramente. Alargué la mano y rodeé su cintura con cuidado, atrayéndola hacia mí. Sentí su cuerpo responder de inmediato, sin resistencia.

Con la otra mano le aparté un mechón de cabello del rostro y lo coloqué tras su oreja. Mis dedos rozaron su piel y sentí ese mismo estremecimiento que me había acompañado desde el primer día.

La miré fijamente a los ojos. Jamás habría imaginado que cruzar aquella línea me llevaría hasta la mujer que no se me iba de la cabeza en ningún momento del día.

Me incliné y la besé. No fue un beso suave. Fue profundo. Intenso. Reconocido.

Iria respondió al instante. Me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia ella con una fuerza que me hizo perder el equilibrio. Acabamos sobre la cama sin pensarlo, riendo apenas un segundo antes de volver a besarnos con hambre.

La sentí entre mis brazos y algo dentro de mí se tensó hasta doler. Sus labios. Su lengua. La forma en la que su cuerpo encajaba contra el mío como si siempre hubiera sido así.

Mis manos recorrieron su espalda, su cintura, sus caderas. Y ahí en medio de esa caricia encontré la cicatriz que vi en Iria en nuestra primera noche. Ahora sí que no había la menor duda de que Iria y la señorita Souto eran la misma persona.

Pensé en lo absurdo que era intentar separar a la mujer que tenía en mis brazos en dos versiones distintas. No había dos. Solo ella.

Me miró mientras la besaba, mientras la tocaba, mientras sentía cómo su respiración se aceleraba. Y pensé que ahora que sabía la verdad, ahora que entendía que las dos mujeres que me habían hecho sentir atraído eran la misma, no iba a dejar que ninguna de esas versiones se marchara de mi lado.

Ni la estratega brillante. Ni la mujer libre del club. Aunque me costara mantener mis secretos bien guardados. Aunque la verdad pudiera condenarnos a los dos.

La besé de nuevo, más despacio esta vez, cargando el gesto de intención, de promesas no dichas. Porque había cosas que no quería sentir. Cosas que

había enterrado hacía años. Y, aun así, allí estaban. Despertando.

La besé sabiendo cosas que no quería saber. La besé con la certeza de que aquel gesto ya no podía esconderse bajo la excusa del deseo ni del azar. La besé porque, aun con todo lo que acababa de descubrir, mi cuerpo no entendía de jerarquías, ni de nombres, ni de errores estratégicos. Solo la entendía a ella.

Iria respondió con la misma intensidad con la que lo había hecho la noche anterior, pero había algo distinto. Una capa más profunda. Ya no éramos dos desconocidos fingiendo no ser quienes éramos. Ahora nos mirábamos sabiendo demasiado. Y, aun así, no nos detuvimos.

La rodeé con los brazos y la atraje contra mí, notando cómo su cuerpo encajaba en el mío con una naturalidad insultante. Su piel estaba tibia, viva, real. La sábana cayó sin que ninguno de los dos se preocupara por recogerla.

Deslicé la mano lentamente por su espalda desnuda, memorizando cada curva como si no la hubiera recorrido ya mil veces en mi mente. Sentí cómo se estremecía bajo mi contacto y eso despertó algo feroz dentro de mí.

Pensé, no sin ironía, que jamás habría imaginado que la mujer que me hacía perder el control en la oscuridad de un club liberal fuera la misma que me plantaba cara en una sala de juntas con gráficos impecables y argumentos imposibles de rebatir.

Y, sin embargo, ahí estaba. Entera. Completa. Mía en ese instante.

La besé con más profundidad, dejando que mi lengua reclamara espacio, dejando que mi cuerpo hablara por mí.

Me quedé encima, sosteniéndome apenas con los antebrazos, mirándola. Sus ojos verdes estaban oscuros, dilatados, fijos en mí sin rastro de duda.

—Deberíamos parar —murmuré, más como una constatación que como una intención real.

Ella sonrió levemente.

—No quieres hacerlo.

No era una pregunta, y sonreí al escucharla.

Deslicé la mano por su costado, por la curva de su pecho, sintiendo cómo su respiración se volvía más rápida bajo mis dedos.

—No —admití—. No quiero.

Y eso fue todo.

Me incliné y la besé de nuevo, esta vez con una mezcla peligrosa de hambre y cuidado. No había prisa, pero tampoco contención. Cada caricia era deliberada. Cada roce, una afirmación.

Pensé en lo sencillo que había sido con ella desde el principio. En lo rápido que había bajado mis defensas sin darme cuenta. En cómo me sentía cuando estaba cerca, incluso vestido, incluso en una reunión. Ahora lo entendía.

No eran dos atracciones distintas. Era una sola, mirándome desde dos mundos diferentes.

Mis manos recorrieron su cuerpo con una devoción que me sorprendió a mí mismo. No estaba tomando. Estaba aprendiendo. Escuchando cada reacción, cada respiración, cada pequeño movimiento que me decía exactamente dónde quería que la tocara.

Iria arqueó el cuerpo contra mí cuando mis labios descendieron por su cuello, cuando encontré ese punto exacto que la hacía gemir sin darse cuenta. Me agarró del pelo, no para guiarme, sino para asegurarse de que no me alejaba. Y no pensaba hacerlo.

La sentí responder, abrirse, entregarse de nuevo sin reservas. Y esta vez no fue solo deseo. Fue reconocimiento. Fue esa sensación absurda y peligrosa de estar exactamente donde debía estar.

Me moví con ella, despacio al principio, sintiendo cómo nuestros cuerpos se buscaban con una sincronía que no se improvisaba. Hubo miradas sostenidas. Sonrisas breves. Caricias que no necesitaban permiso.

Seguí bajando con mis labios por su cuerpo, notando cómo se erizaba su piel ante el leve contacto, y me detuve entre sus piernas. La miré y sus ojos estaban fijos en los míos. Tragó con fuerza y se mordió el labio, señal que tomé como una invitación para seguir.

Lamí su sexo tan despacio que juraría que la había escuchado protestar. La siguiente lamida fue un poco más lenta, por lo que Iria resopló y eso hizo que me riera de su desesperanza.

Seguí saboreando cada centímetro de su sexo, lamiendo despacio hasta que noté cómo sus dedos se entrelazaban en mi cabello y tiraba de él. Comencé a mover mi lengua más rápido, penetrándola con ella incluso, llevando su esencia por todo su sexo y excitándola más a cada segundo que pasaba; lo sabía.

Cuando movió las caderas en busca de más, la penetré con dos dedos, tiré con ellos hacia mí como si de un gancho se tratase y gimió arqueando la espalda y dejando caer la cabeza sobre la almohada aún más.

No tardó en llegar al orgasmo y gritó mientras sus caderas seguían moviéndose, disfrutando del momento, disfrutando del placer, tanto como yo.

Me incorporé apenas un poco, saqué un preservativo de la mesita de noche y, tras ponérmelo, la besé de nuevo mientras la penetraba con una certera embestida.

Iria me recibió con un gemido ahogado, con los ojos cerrados, la espalda arqueada y el rubor en las mejillas, fruto del placer del orgasmo que había tenido.

Volví a besarla y seguí moviéndome dentro y fuera, penetrándola hasta lo más profundo de su ser, llenándola por completo y haciéndola mía, como lo había hecho la noche anterior, como lo había hecho varias noches en el club donde todo empezó.

Cuando la sentí temblar bajo mi cuerpo, cuando escuché su respiración romperse, algo dentro de mí cedió.

Pensé en todas las veces que me había prometido no implicarme. En todas las sombras que había aprendido a guardar. En todo lo que había perdido por confiar. Y, aun así, allí estaba.

Sintiéndola. Deseándola. Queriéndola más cerca de lo que era razonable.

Me incliné para besarla de nuevo cuando el placer nos alcanzó, sosteniéndola como si pudiera protegerla de algo que ni siquiera entendía del todo. Nos quedamos así unos segundos, respirando el mismo aire, con los cuerpos aún tensos, conectados.

Apoyé la frente en su cuello y cerré los ojos. No recordaba la última vez que me había permitido algo así sin levantar muros después.

Cuando me incorporé un poco, la miré. Ella me observaba con una calma que no esperaba. No había exigencia en sus ojos. Ni promesas. Ni reproches. Solo presencia.

Me tumbé a su lado y la atraje contra mi pecho. Iria se acomodó sin decir nada, como si aquel gesto fuera lo más natural del mundo. Sentí su respiración acompasarse con la mía. Y fue ahí, en ese silencio compartido, cuando la verdad terminó de asentarse.

No quería sentir esto. No quería la conexión. No quería el riesgo. No quería a una mujer capaz de atravesar mis defensas sin pedir permiso. Pero la estaba sintiendo igual.

Iria Souto no era un error puntual. No era una noche en Frankfurt. No era solo la mujer del Club Índigo. Era alguien que había entrado en mi vida por todos los flancos posibles sin que yo la viera venir.

Miré al techo, respirando hondo, consciente de que lo que empezaba a formarse en mi pecho no tenía nada que ver con el deseo pasajero ni con el control que siempre había ejercido. Era otra cosa.

Más lenta. Más peligrosa. Mucho más difícil de apagar. Y, por primera vez en años, no estaba seguro de querer hacerlo.

Capítulo 3

Matthias

Desperté del todo cuando sentí el movimiento a mi lado, sin saber en qué momento me había vuelto a quedar dormido.

No abrí los ojos de inmediato, me limité a escuchar. El leve roce de la sábana al apartarse. El sonido casi imperceptible de unos pies descalzos tocando la moqueta. El silencio cuidadoso de alguien que no quería hacer ruido, pero que tampoco huía.

Supe que era Iria antes incluso de oír el agua de la ducha comenzar a correr en el baño.

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo unos segundos. La luz de la mañana era más clara que antes, más definida. Frankfurt despertaba ahí fuera, indiferente a la pequeña revolución que se había producido en mi cama durante la noche y esa misma mañana.

Me incorporé despacio y me senté en el borde de la cama, apoyando los antebrazos sobre los muslos. El cuerpo aún conservaba la memoria exacta de la noche anterior y de cuando habíamos despertado: la piel sensible, los músculos relajados, una calma extraña que no solía acompañarme al despertar.

Desde el baño llegaba el sonido constante del agua cayendo. Imaginé a Iria bajo la ducha, el cabello oscuro empapándose, el vapor envolviéndola. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad de levantarme de inmediato para recuperar el control del día.

Cogí el teléfono del hotel y marqué el número del servicio de habitaciones.

—Buenos días —dije cuando contestaron—. Quisiera pedir el desayuno para la suite.

Pedí café fuerte, zumo de naranja, pan, fruta, huevos, algo sencillo pero suficiente. Mientras hablaba, mi mirada se perdió un instante en la puerta del baño cerrada. Había algo casi doméstico en aquella escena, algo que me incomodó y me atrajo a partes iguales.

Colgué y dejé el teléfono sobre la mesilla. No tardó en vibrar de nuevo. Al ver el nombre de Leonhard, contesté sin pensarlo.

—Dime.

—Buenos días, jefe —dijo con ese tono irónico que solo él se permitía—. ¿Estás despierto ya o te pillo en uno de esos momentos de reflexión profunda mirando al infinito?

—Despierto —respondí—. ¿Qué pasa?

—La reunión de esta mañana —dijo—. Necesito que incidas en los puntos que te marqué en el dosier que te envié anoche. Especialmente en lo de la expansión hacia Europa del Este y el ajuste financiero del tercer trimestre.

—No te preocupes —respondí con calma—. Lo tengo todo controlado.

—Lo sé —dijo—. Y por eso confío plenamente en la señorita Souto. Porque está contigo para estas reuniones y porque es la mejor en lo suyo.

Me quedé en silencio.

La frase resonó en mi cabeza de una forma distinta a como lo había hecho otras veces. No porque no fuera cierta, sino porque ahora estaba cargada de imágenes que no tenían nada que ver con gráficos ni balances.

El club. La penumbra. Iria entre Leonhard y yo. La forma en la que la vi disfrutar sin reservas. Cómo se entregó a él con la misma libertad con la que lo

había hecho conmigo. Y cómo mi mejor amigo, mi hermano elegido, había disfrutado de la mujer que me hacía sentir… diferente.

Tragué saliva.

—¿Mat? —preguntó Leonhard—. ¿Estás bien? Te has quedado muy callado.

—Sí —respondí, saliendo de mis pensamientos—. Estaba pensando en algo de lo que tenemos que hablar a mi vuelta a Madrid.

—¿Bueno o malo? —preguntó, curioso.

Miré de nuevo hacia la puerta del baño. El agua seguía corriendo.

—Sorprendente.

Escuché un silbido al otro lado de la línea.

—No quiero pensar ni imaginarme cosas —dijo—. Porque si lo hago, sé que te enfadarías conmigo solo por hacer semejante sugerencia.

Una sonrisa breve y cansada se dibujó en mis labios.

—Hablamos luego, Leo.

—Luego —respondió—. Y tranquilo. Todo va a salir bien.

Colgué y me quedé unos segundos mirando el teléfono, como si pudiera darme respuestas. No las dio.

El agua de la ducha se detuvo. Escuché el sonido de la mampara al abrirse, el roce de una toalla. Me levanté justo cuando Iria salió del baño.

Llevaba puesto el albornoz del hotel, ceñido a la cintura. El cabello húmedo le caía sobre los hombros, más oscuro aún por el agua. Tenía la piel ligeramente sonrosada por el calor de la ducha y esa expresión tranquila de quien se sentía cómoda en su propio cuerpo. Y en el mío.

No dijo nada, y yo tampoco. Di un paso hacia ella y la atraje con una mano firme a mi pecho. La besé sin aviso, sin prisa, enredando los dedos en su cabello aún mojado. Su boca respondió de inmediato, suave al principio, luego más decidida.

Mientras la besaba, un pensamiento incómodo se abrió paso en mi mente: ella podía seguir queriendo jugar. Podía volver al club. Podía desear a otros. Incluso a Leonhard. Y esa simple idea no me enfureció. Me inquietó.

Llamaron a la puerta interrumpiendo el beso y nos separamos apenas un segundo. Iria apoyó la frente en mi pecho y sonrió.

—Qué oportunos —murmuró.

—Es el desayuno —dije, apartándome.

Cuando abrí la puerta, el chico entró empujando el carrito y lo colocó junto a la mesa cerca del ventanal. Agradecí el gesto, firmé y le di propina. Cuando nos quedamos solos, el ambiente cambió.

Nos sentamos frente a frente. Y, como si alguien hubiera accionado un interruptor invisible, los dos entramos en modo profesional.

—La reunión va a ser tensa —dijo Iria mientras se servía café—. Todos quieren garantías claras.

—Las tendrán —respondí—. Tus proyecciones son sólidas.

Se miró las manos un segundo y luego me miró a mí.

—Gracias.

Hubo miradas. Sonrisas cómplices. Bromas. Risas breves que no necesitaban explicación. Cuando terminamos, Iria se levantó.

—Voy a mi suite a cambiarme —dijo—. Nos vemos abajo.

Asentí. La vi recoger su ropa y caminar hacia la puerta aún en albornoz. Antes de abrir, se giró, me hizo un guiño y sonreí sin poder evitarlo.

Cuando la puerta se cerró tras ella, me quedé unos segundos mirándola. Iria se había marchado sin dramas. Sin pedir promesas. No había habido portazos ni silencios cargados. Solo el clic suave de la cerradura y la certeza de que, en unos minutos, volveríamos a vernos vestidos, impecables, convertidos otra vez en dos piezas perfectamente ajustadas dentro de una maquinaria empresarial que no admitía fisuras.

Suspiré despacio y entré en el baño.

El espejo me devolvió una imagen que conocía bien: el ceño ligeramente fruncido incluso en reposo, la barba de un día, los ojos grises con ese fondo cansado que nunca terminaba de desaparecer. Pero había algo distinto. Una tensión nueva. Una energía que no provenía del control ni de la estrategia.

Me metí bajo la ducha y dejé que el agua me cayera encima sin pensar demasiado. O al menos, eso fue lo que intenté.

En apenas unas horas, todo había cambiado. Y sabía que aquello no había hecho más que empezar.

Apoyé las manos en la pared de mármol y cerré los ojos.

Pensé en Iria saliendo del baño hacía unos minutos, envuelta en el albornoz, segura, sin prisas. En cómo habíamos pasado del deseo a la profesionalidad sin una sola palabra explícita. En lo fácil que había sido… y en lo peligroso que eso lo hacía. Porque lo fácil nunca había sido mi terreno.

Mientras el agua corría, mi mente volvió, como si se resistiera a obedecerme, al Club Índigo. A la noche en la que todo se había complicado sin que yo lo supiera. A la imagen de Iria entre Leonhard y yo. A cómo la había observado disfrutar, libre, sin pedir permiso, sin deberle nada a nadie.

Y a cómo Leonhard… Leo, mi hermano, había tocado a la mujer que ahora era parte esencial de mi día a día profesional.

No sentí celos como tal. Sentí otra cosa. Una incomodidad sorda. Un instinto primario que no reconocía del todo, pero que estaba ahí, tensándome el pecho. No era posesión. Al menos no todavía. Era conciencia. La certeza de que Iria no era un territorio virgen ni exclusivo. Nunca lo había sido.

Y eso chocaba frontalmente con algo en mí que llevaba demasiado tiempo dormido.

Apoyé la frente contra el mármol frío y respiré hondo.

—*Contrólate* —murmuré para mí mismo.

Salí de la ducha y me sequé despacio, obligándome a volver al presente. Me vestí con movimientos automáticos: traje oscuro, camisa impecable, reloj. Cada gesto era un ancla a la realidad.

Estaba ajustándome el nudo de la corbata cuando sonó el teléfono.

Miré la pantalla y, durante un segundo, dudé en contestar. No por falta de ganas, sino porque sabía que esa voz traía consigo algo más que una conversación casual.

—Mamá —saludé.

—Matthias, cariño —respondió, cálida y firme a partes iguales—. ¿Te pillo mal?

—No —dije—. Justo saliendo para una reunión.

—Perfecto, entonces voy al grano —continuó—. Nos han invitado a la cena anual de la embajada alemana en Madrid. Es este sábado. Espero que para entonces ya estés de vuelta y puedas asistir.

Sonreí sin darme cuenta.

—Claro que sí. Allí estaré.

—Me alegra oírlo —dijo—. Vendrá mucha gente influyente. Leonhard irá contigo, ¿verdad? Sus padres también estarán allí.

—No te preocupes —respondí—. Iremos juntos.

Hablamos unos minutos más. De Frankfurt. Del ritmo de trabajo. De cómo la ciudad seguía pareciéndole demasiado gris para su gusto, algo que siempre

decía, aunque apenas hubiera pasado allí más de una semana seguida en toda su vida.

Entonces, como quien no quiere la cosa, sacó el tema.

—¿Y la señorita Souto? —preguntó—. Me han hablado mucho de ella últimamente.

Me apoyé un segundo en la cómoda, observando mi reflejo en el espejo.

—Ah, ¿sí?

—Sí —respondió—. Una directiva tan joven siempre despierta curiosidad. Quería saber cómo la ves. Si está preparada para un puesto con tanta responsabilidad.

Sonreí, y esta vez sí fui consciente de ello.

—Lo está —dije con seguridad—. Está dejando a todos los directivos de Frankfurt sorprendidos y encantados a partes iguales. Como dijo Leonhard, es un activo muy valioso para *Eisenhart & Wolf.*

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Me alegra oírlo —dijo finalmente—. Tu padre siempre decía que el talento no entiende de edad, solo de compromiso.

—Y tenía razón.

—Siempre la tenía —respondió, con una sonrisa en la voz.

Nos despedimos poco después. Colgué el teléfono y me quedé unos segundos quieto, con la corbata ya perfecta, el traje impecable y la cabeza… no tanto.

Mi madre había pronunciado su nombre con naturalidad, con curiosidad profesional. Sin saber que, en apenas unas horas, Iria Souto había pasado de ser una directiva brillante a algo que se me había instalado demasiado cerca del pecho.

Respiré hondo, salí al pasillo y bajé al *hall* del hotel.

Y allí estaba Iria, radiante.

Vestía un traje claro, perfectamente entallado, que realzaba su figura sin caer en lo evidente. El cabello recogido con una elegancia sencilla, el maquillaje justo. Profesional. Impecable. Segura.

Hablaba con alguien del equipo local y, cuando me vio, levantó la vista y sonrió. Fue solo una sonrisa. Pero sentí ese golpe en el pecho de nuevo. Ese algo sin nombre que no debía estar ahí.

Nos acercamos el uno al otro y, durante un segundo fugaz, nuestras miradas se sostuvieron con una intensidad que nadie más habría notado. No había rastro de la noche anterior en su expresión. Ni de la mañana. Solo complicidad. Control.

—Buenos días, señor Eisenhart —dijo, con tono formal.

—Buenos días, señorita Souto —respondí.

Y, aun así, bajo esa capa pulida, algo seguía ardiendo.

Caminamos juntos hacia la salida, hacia el coche que nos esperaba, hacia la sede de Frankfurt y las decisiones estratégicas que definirían el futuro de la empresa. Y mientras avanzábamos, comprendí algo con una claridad incómoda.

Iria Souto no era solo una variable inesperada en mi ecuación. Era un punto de inflexión. Y aún no sabía si estaba preparado para lo que eso significaba.

Capítulo 4

Iria

Llegué a mi suite a primera hora de la tarde con la sensación de llevar varios días concentrados en una sola mañana.

Cerré la puerta tras de mí y dejé el bolso sobre el mueble de la entrada. Me quité los zapatos despacio, como si ese gesto marcara una frontera invisible entre la Iria directora global y la Iria mujer que necesitaba sentarse un momento a respirar.

Caminé hasta el ventanal y descorrí ligeramente la cortina. Frankfurt seguía ahí fuera, ordenada, eficiente, implacable. Exactamente como había sido toda la mañana.

Las reuniones se habían encadenado una tras otra sin apenas pausas. Presentaciones, preguntas, objeciones, silencios calculados. Había hablado con seguridad, con precisión, sosteniendo miradas que evaluaban más de lo que escuchaban. Había defendido cada punto con datos, con escenarios alternativos, con una claridad que sabía que no era habitual en alguien de mi edad.

Y, aun así, no había sido eso lo que más me había pesado, sino mi jefe, el señor Eisenhart. Matthias.

Me serví un vaso de agua y me senté en el sofá, apoyando la espalda y cerrando los ojos un instante. Durante la mañana, había sentido su mirada más

veces de las que podía contar. No como jefe. No solo como CEO. Había algo distinto. Algo que me atravesaba la piel con una intensidad casi física.

No era imaginación. Lo sabía porque lo había sentido en el cuerpo.

Había habido momentos en los que, mientras hablaba, notaba el calor subirme por el pecho al encontrarme con sus ojos. Momentos en los que parecía observarme como si intentara recordar algo, como si me desnudara con la mirada sin tocarme, sin hacerlo evidente, pero sin esconderlo del todo.

Y yo… yo había tenido que hacer un esfuerzo consciente por mantener la compostura. Porque ahora entendía muchas cosas.

Entendía por qué mi cuerpo había reaccionado la noche anterior de aquella manera. Por qué no había habido duda, ni torpeza, ni distancia. Como si algo en mí hubiera reconocido el cuerpo de Matthias incluso antes de que mi mente aceptara la verdad.

Me llevé una mano al cuello, recordando. La mañana. El tatuaje. La revelación brutal y absurda de que mi jefe era el mismo hombre con el que había estado encontrándome en la penumbra de un club, donde los nombres no importaban y las normas se diluían.

Había sido un vértigo seco, un golpe interno que todavía me recorría cuando pensaba en ello. Y, aun así, no me había arrepentido ni un segundo. Al contrario.

Había pasado el resto de la mañana con una claridad extraña, casi peligrosa. Como si, al saberlo todo, ya no tuviera que fingir ni conmigo misma.

Matthias había salido a comer con varios directivos para hablar de trabajo. Yo me había quedado en la sala de reuniones con un plato frío, revisando notas, ajustando cifras, preparando el cierre del día siguiente. Sola. Concentrada. Profesional. Y, aun así, pensando en él.

Pensando en la forma en la que me había mirado al levantarse de la mesa. En ese gesto apenas perceptible de complicidad. En la invitación que me había hecho al despedirse.

Salir. Despejar la mente. Última noche en Frankfurt. Había aceptado sin dudarlo demasiado. Tal vez porque sabía que, si pensaba demasiado, habría dicho que no.

Me levanté del sofá y fui al dormitorio. Abrí el armario y recorrí con la mirada la ropa colgada. Dejé a un lado los trajes, las camisas sobrias, la armadura diaria. Elegí un vestido de punto blanco, sencillo, ceñido sin ser provocador. Me puse un abrigo negro largo, botines del mismo color, bufanda y guantes blancos. Quería sentirme yo.

Me solté el pelo y me miré en el espejo antes de salir. La mujer que me devolvió la mirada no parecía insegura. Parecía consciente.

Bajé al *hall* del hotel y lo vi enseguida.

Matthias estaba apoyado junto a una de las columnas, con el abrigo puesto, las manos en los bolsillos, observando el espacio con esa calma controlada que parecía inherente a él. Estaba guapísimo. Demasiado. Alto, elegante, con una presencia que no pasaba desapercibida. Y no era la única que lo notaba.

Varias mujeres lo miraban sin disimulo al pasar. Algunas se detenían un segundo más de lo necesario. Otras sonreían, evaluando, imaginando.

Yo avancé hacia él sintiendo algo parecido a un orgullo absurdo y peligroso. Cuando levantó la vista y me vio, sonrió. Y, en ese instante, todo lo demás dejó de importar.

No fue una sonrisa estudiada ni de cortesía. Fue breve, auténtica, de esas que no se ensayaban delante del espejo. Sentí cómo algo se aflojaba dentro de mí sin pedir permiso.

—Estás… —empezó a decir, y luego se detuvo—. Estás preciosa.

Noté cómo el calor me subía al rostro antes incluso de poder evitarlo.

—Gracias —respondí, bajando la mirada un segundo—. Tú tampoco pasas desapercibido.

Eso le hizo sonreír aún más.

Salimos del hotel y el aire frío de Frankfurt me despejó los pensamientos durante unos segundos. Las luces empezaban a encenderse y la ciudad tenía ese aire ordenado y elegante que solo adquiría al caer la tarde.

Caminamos sin prisa por las calles cercanas. Matthias me fue señalando edificios, plazas, rincones que yo había visto mil veces… pero siempre desde el coche o desde una sala de reuniones.

—Nunca había paseado así por aquí —admití—. Las veces que he venido ha sido siempre por trabajo. Hotel, sede, aeropuerto.

—Entonces hoy toca compensar —dijo—. Frankfurt también sabe ser amable si se le da la oportunidad.

Me habló de algunos lugares más turísticos, de anécdotas de su juventud, de cómo al principio la ciudad le había resultado tan fría como ahora a mí. Yo le escuchaba, observando cómo hablaba, cómo gesticulaba con naturalidad, sin esa rigidez que a veces le acompañaba en el trabajo.

—Voy a llevarte a cenar a un sitio donde se come de maravilla —dijo.

—¿Eso suena a promesa o a amenaza? —bromeé.

—A ambas cosas —respondió.

En un momento dado, me rodeó con el brazo por la cintura. El gesto fue tan natural que no me dio tiempo a reaccionar. Sentí su cuerpo cerca, el calor a través del abrigo, la presión firme pero cuidadosa de su mano.

Se inclinó ligeramente y me besó en los labios. Fue rápido. Suave. Íntimo. Me separé casi al instante, con las mejillas ardiendo.

—Sigues siendo mi jefe —murmuré—. Y esas cosas no se hacen en público.

Arqueé una ceja, divertida, al verle sonreír de medio lado.

—Si nos ve la prensa —continué—, habrá más de un titular del tipo: “CEO soltero y codiciado por madres desesperadas, seduce a su mejor directiva”.

Matthias soltó una carcajada abierta, sonora, de esas que no le había oído nunca en una sala de juntas.

—Ese sin duda sería un titular que vendería mucho —dijo.

Se inclinó de nuevo, esta vez para darme un beso en la mejilla, y seguimos caminando.

El silencio que se instaló después no fue incómodo, sino todo lo contrario. Caminábamos al mismo ritmo, sin necesidad de llenar el espacio con palabras innecesarias.

Y pensé, no sin cierta sorpresa, que esa risa suya tan natural y sincera valía más que cualquier sonrisa forzada que le hubiera visto hasta el momento como mi jefe.

Porque esa risa no tenía nada que demostrar. Y yo… yo quería escucharla más veces.

El restaurante al que llegamos diez minutos después estaba escondido en una calle tranquila, lejos del ruido turístico. Desde fuera no decía gran cosa; desde dentro, todo invitaba a quedarse. Luz cálida, mesas separadas con la intención de dar cierta privacidad, un murmullo elegante que no exigía levantar la voz.

Matthias habló con el *maître* en alemán y, sin preguntar, nos condujeron a una mesa junto a una pared de ladrillo visto. Me quité el abrigo y lo colgué en el respaldo de la silla, consciente de su mirada atenta, medida, como si registrara cada gesto.

—Menú degustación —dijo él cuando vino el camarero—. Confío en ustedes.

El camarero sonrió, cómplice.

—Nueve pases y postre —anunció—. Les iré explicando cada uno.

Asentimos.

No tardaron en servirnos el vino, que debía admitir que estaba buenísimo, con un leve toque afrutado que lo hacía entrar solo en cada sorbo.

Y poco después llegó el primer plato del menú. Una ostra templada con espuma de manzana verde y un aceite cítrico que explotaba en la boca. Matthias alzó las cejas al probarla.

—Empiezan fuerte —comentó.

—Como tú en las reuniones —le devolví, sonriendo.

El segundo fue un *carpaccio* de remolacha ahumada con queso de cabra y nuez caramelizada. Y mientras cenábamos, hablamos de viajes, de ciudades que nos habían sorprendido, y reímos con anécdotas de infancia y juventud.

El tercer plato, una crema de calabaza con jengibre y vieira marcada, nos hizo guardar silencio unos segundos.

—Desde luego que me están sorprendiendo para bien —dijo.

—Y a mí —sonreí.

El cuarto fue un ravioli abierto de setas silvestres con trufa negra. El aroma llenó la mesa. Hice un comentario exagerado sobre lo injusto que era que algo tan pequeño supiera tan bien y él rio, negando con la cabeza.

El quinto fue pescado. Un rodaballo confitado con mantequilla *noisette* y alcaparras. Matthias me miró con atención.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—Pero que sea fácil. —Arqueé la ceja y sonrió.

—¿Cómo llegaste a ser quien eres sin perderte por el camino?

La pregunta me pilló desprevenida.

El sexto plato llegó mientras pensaba. Un sorbete de limón y albahaca para limpiar el paladar. Respiré hondo tras el primer sorbo, antes de retomar la

conversación.

—No me perdí —dije al fin—. Me reconstruí.

El séptimo plato fue a base de carne. Carrillera de ternera al vino tinto con puré de apio. Fue ahí donde empecé a hablar de verdad. Le hablé de mis padres. De Galicia. De la violencia. De la noche en la que mi padre me golpeó y mi madre me pidió que me fuera. De cómo esa misma noche él la mató.

Matthias no me interrumpió. Se tensó, apretó la mandíbula y sus manos se cerraron un instante sobre la mesa.

—No me gusta recordarlo —continué—, pero todo está ahí. Cada grito. Cada golpe. Cada vez que me encerraba en mi habitación sin poder hacer nada.

El octavo plato llegó casi sin que lo notáramos. Risotto de setas y trufa. Hablé de Madrid. De los inicios. De Héctor. De cómo luchamos por salir adelante.

—Me tatué el fénix cuando nació la hija de mi mejor amigo —dije—. Porque él y yo resurgimos de las cenizas. Y Vera… ella es ese renacer.

El noveno plato, un queso curado con membrillo especiado, nos devolvió un poco de ligereza. Matthias me miraba como si intentara comprender todas mis capas a la vez.

—Gracias por contármelo —dijo, con una voz tan baja que fue casi como un susurro.

Y para finalizar aquel menú degustación, nos sirvieron el postre. Pera pochada al vino con vainilla y *crumble* de almendra. Sonreí, más tranquila.

—Ahora me toca a mí —dije—. ¿Cuál es la historia del fénix que llevas tatuado?

Matthias sostuvo mi mirada unos segundos.

—Por esta noche ya hemos tenido bastantes revelaciones —respondió—. Mejor volvemos al hotel, nos tomamos una última copa… y nos vamos a la cama.

Sonreí, apoyando el codo en la mesa.

—¿A la cama para dormir… o para algo más? —pregunté con picardía, en un tono tan suave y dulce que me sonó sensual y provocador incluso a mí.

Su sonrisa fue lenta, de medio lado.

—Dormir —dijo—. Lo que se dice dormir… vamos a dormir poco.

Y me reí, porque de lo nerviosa que me había puesto no podía hacer otra cosa.

Matthias pagó la cuenta después de tomarnos un chupito al que nos invitaron, y salimos del restaurante con la noche envolviéndonos y la certeza de que ya no había marcha atrás.

No esa noche. No después de tanta verdad compartida.

Capítulo 5

Iria

Llegamos a la suite de Matthias con el cielo de Frankfurt cubierto por ese manto negro estrellado de cada noche. Nada más entrar, sentí cómo el corazón me latía con fuerza, como si me advirtiera de lo que estaba a punto de pasar.

Matthias cerró la puerta detrás de nosotros y se giró hacia mí. La manera en que me miraba me hizo olvidar por completo la ciudad, la oficina y el resto del mundo. Sus ojos oscuros me penetraban con una intensidad que me hizo estremecer y, al mismo tiempo, una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro, lenta, confiada, como si supiera exactamente el efecto que tenía sobre mí.

—Estás preciosa —susurró, y su voz, profunda y cálida, me rozó como un aire cargado de electricidad.

Me acerqué a él sin pensarlo, dejando que la distancia que aún nos separaba se redujera al mínimo. No hizo falta que dijéramos nada; nuestras miradas hablaban por nosotros. Sus manos buscaron las mías y entrelazamos los dedos, sintiendo un calor compartido que me recorrió de la cabeza a los pies.

—Te he estado esperando todo el día —dije con un hilo de voz, aunque no podía ocultar la sonrisa que se formaba en mis labios.

Matthias sonrió y me atrajo hacia él, apoyando la frente contra la mía. La cercanía era casi insoportable, y el perfume que siempre llevaba consigo me

hizo olvidar cualquier pensamiento racional. Podía sentir el pulso acelerado de su corazón, y el mío le respondía al mismo ritmo.

—Y yo a ti —contestó, con un suspiro que parecía contener tanto deseo como cuidado—. No quiero que te pase nada… No quiero que sientas ni un ápice de incomodidad.

La preocupación en su voz me hizo sonreír, aunque un escalofrío de deseo recorrió mi espalda. Siempre se preocupaba por mí, incluso cuando la situación pedía dejarse llevar. Esa mezcla de intensidad y ternura era lo que me volvía loca de él.

—No me siento incómoda —susurré, dejando que mis labios rozaran los suyos—. Contigo… me siento a salvo.

Esa fue la chispa que encendió todo. Sus manos se deslizaron hasta mi cintura, tirándome suavemente hacia él. Nos abrazamos con fuerza, y no hubo necesidad de palabras. Cada caricia, cada roce, cada suspiro decía más que cualquier frase que pudiéramos pronunciar.

Recorrimos la suite con pasos lentos, como si el mundo exterior hubiera desaparecido. Nos detuvimos junto al ventanal, dejando que la ciudad se convirtiera en un testigo silencioso de nuestro momento. Me apoyé contra el cristal y él se inclinó hacia mí, rozando mis labios con los suyos en un beso suave, cargado de intención. Cada contacto hacía que mi cuerpo reaccionara sin control, pero también me hacía sentir profundamente deseada y cuidada al mismo tiempo.

—Eres… imposible —dije, con una mezcla de risa nerviosa y excitación —. Me vuelves loca con una sola mirada.

Él sonrió, un gesto que combinaba diversión, orgullo y algo más profundo, algo que no podía poner en palabras. Sus manos subieron por mi espalda, y me sentí como si me envolviera en un abrazo que podía derretir cualquier barrera que hubiera construido en mi vida.

—Y tú a mí, Iria —contestó, con la voz ronca y cargada de emoción—. No sabes cuánto deseaba esto… estar contigo, así, sin barreras, sin miedo.

Nos miramos, y el silencio se volvió denso y eléctrico. Cada respiración, cada latido de nuestros corazones parecía sincronizado. Me incliné hacia él, y nuestras bocas se encontraron en un beso más profundo, más intenso. Había deseo, sí, pero también algo más: un vínculo que se había ido construyendo poco a poco, hecho de miradas cómplices, gestos secretos y momentos robados.

Sentí sus manos en mi rostro, acariciando mis mejillas, mientras sus labios se movían con una delicadeza y pasión que me dejaban sin aliento. Mis dedos se enredaron en su cabello, tirando suavemente, provocando un suspiro que escapó de su garganta y me hizo estremecer. Cada toque, cada roce era una promesa silenciosa de lo que estaba por venir.

—Iria… —susurró entre besos—. Quiero que sepas que cada momento contigo me importa, cada gesto, cada sonrisa. No quiero que esto sea solo deseo; quiero sentirte, cuidarte, entenderte.

Su sinceridad me desarmó. Había una mezcla de lujuria y ternura que me hacía sentir única, vista, deseada de una manera que iba más allá de lo físico. Me apoyé contra él, dejando que su calor me envolviera, mientras mis pensamientos se mezclaban con sensaciones que no sabía cómo controlar.

—Yo… —Empecé, pero mi voz se perdió al rozar sus labios de nuevo—. Yo siento lo mismo. No quiero pensar en nada más. Solo en esto, en nosotros.

Él me sostuvo contra su pecho y giró suavemente, colocando mi espalda contra la pared. Sus manos recorrían mi cuerpo con cuidado, explorando y deseando al mismo tiempo, y cada caricia me hacía perderme un poco más en la intensidad del momento. Sus ojos nunca dejaron los míos, y en ellos vi reflejado todo lo que sentía: deseo, preocupación, ternura y una certeza que me dejó sin aliento.

—Prometo cuidarte, Iria —dijo, con voz firme—. Cada instante, cada segundo… solo quiero que sea perfecto para ti.

Y así, entre besos, caricias y susurros, dejamos que la pasión nos envolviera, construyendo un espacio donde no existía nada más que nosotros dos. Cada gesto era un juego de deseo contenido, cada mirada una confesión

silenciosa. El tiempo parecía detenerse, y me di cuenta de que nada volvería a ser como antes después de esto.

Allí mismo Matthias, mi Mat, me desnudó poco a poco y se deshizo de su propia ropa, comenzó a besarme por todo el cuerpo, a tocarme centímetro a centímetro, a erizar mi piel con el tacto de sus dedos, y cuando le vi arrodillarse, me perdí en sus ojos. Esos ojos grises que había visto tantas veces tras un antifaz y que ahora tenía libres de barreras.

Sin perder un segundo, flexionó mi pierna izquierda y la colocó sobre su hombro; después hizo lo mismo con la pierna derecha y se incorporó. Jadeé al sentir su lengua, húmeda y juguetona, deslizándose entre mis pliegues. Cerré los ojos, arqueé la espalda, dejé caer la cabeza hacia atrás apoyándola en la pared y enredé los dedos en su cabello.

No era el primer hombre que me hacía eso, pero sí el primero que me lo hacía de esa manera. Me mantenía agarrada a su cabello mientras él seguía lamiendo con avidez, con hambre, con lujuria e incluso gula, como si esta fuera su última noche en la tierra conmigo. Me estremecí, jadeé y gemí, y cuando sentí que me alcanzaba el orgasmo, me corrí con más fuerza que nunca.

En cuanto se disipó la neblina del placer por ese intenso orgasmo, Matthias me dejó de nuevo en el suelo y me besó con urgencia. Perdí la cordura, de verdad que sí, y cuando quise darme cuenta él me estaba girando, llevando mis manos a la pared, elevando mis caderas y penetrándome desde atrás con fuerza.

Gemí y grité mientras me penetraba, mientras sentía su miembro duro y erecto entrando y saliendo de mí, llenándome, colmándome por completo, haciéndome suya centímetro a centímetro, segundo a segundo.

Y sí, volví a correrme con fuerza por segunda vez.

Matthías giró mi rostro para besarme mientras liberaba mi clímax y me dejé llevar por el momento y por lo que solo él me hacía sentir.

Cuando nos separamos para tomar aire, nuestras frentes seguían unidas, y sonreímos entre jadeos, conscientes de que habíamos cruzado un umbral del

que no habría vuelta atrás. La intensidad del momento me hizo sentir viva, completamente viva, y al mismo tiempo profundamente conectada con Matthias, más allá de cualquier explicación racional.

—Después de esto… —susurré, mientras nuestras manos seguían entrelazadas—. Nada volverá a ser como antes.

Él asintió, con una sonrisa que mezclaba complicidad y deseo, y me besó de nuevo, lento, profundo, asegurándose de que cada roce fuera un recordatorio de lo que habíamos compartido.

Y en ese instante, supe que aquel viaje, aquel encuentro, aquel deseo… marcaría un antes y un después en nuestras vidas.

Nos desplazamos lentamente hacia el sofá de la suite, pero cada paso era una declaración de deseo contenida, como si el simple movimiento de acercarnos fuera suficiente para encendernos por completo. Matthias me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él de manera que pude sentir su corazón latiendo tan rápido como el mío. Era imposible no dejarse llevar; todo en él, desde la forma en que me miraba hasta la manera en que apoyaba su mano en mi espalda, gritaba intensidad.

—No sé cómo he aguantado tanto tiempo sin esto —susurró, dejando su frente apoyada contra la mía—. No quiero perder ni un segundo más contigo, Iria.

Sentí un escalofrío recorrerme al escuchar su voz, ronca, cálida, cargada de emoción y de un deseo que no podía ocultar. Mis manos se deslizaron por su pecho, sintiendo cada músculo, cada latido. Cada roce nos acercaba más, y era como si nos conociéramos desde siempre, a pesar de que hasta hacía apenas unas horas, nuestras vidas habían sido estrictamente profesionales.

—Matthias… —dije, con la voz temblorosa por la emoción—. Esto es… tan intenso que no sé ni cómo manejarlo.

Él sonrió, ladeando la cabeza, con sus ojos profundos fijos en los míos.

—No tienes que manejarlo —respondió, acariciando mi rostro con suavidad—. Solo tienes que sentirlo. Yo me encargo del resto.

Nos quedamos así por un momento, respirando juntos, conectando de una manera que iba más allá de la atracción física. Podía sentir cada pensamiento suyo, aunque solo fueran gestos, suspiros y miradas. Todo me decía que me deseaba, que me admiraba, que me respetaba y que, al mismo tiempo, quería poseerme de la manera más intensa posible.

Capítulo 6



Iria

Nuestros labios se encontraron otra vez, esta vez con más firmeza, más pasión, como si cada beso quisiera decir todo lo que ninguna palabra podría. Sus manos descendieron lentamente hasta mi cintura, deslizándose con delicadeza, pero con intención, mientras mis dedos recorrían su cuello y sus hombros, sintiendo cada contorno, cada tensión liberada en contacto con mi piel.

—Eres… increíble —murmuró entre besos, con la respiración acelerada junto a la mía—. No puedo creer que seas mía… aunque solo sea por esta noche.

No pude evitar sonreír ante sus palabras, mezclando deseo con un atisbo de ternura. Cada gesto suyo me hacía sentir especial, vista, deseada de manera única, y me recordaba por qué había sentido esa conexión desde el primer instante que lo había conocido.

—No eres el único que lo siente —contesté, apoyando mi frente contra la suya—. Yo también quiero esto… todo esto contigo.

Él me observó con una mezcla de sorpresa y alegría, y luego me cogió de las manos y me guio hacia la cama. Nos sentamos, uno frente al otro, y nuestras piernas se rozaron, enviando oleadas de electricidad a cada centímetro de mi piel. Cada caricia, cada suspiro, cada mirada era un juego de complicidad, un aviso silencioso de lo que aún estaba por llegar.

—Déjame adivinar —dijo, con media sonrisa—. Tu corazón late a mil por hora, ¿verdad?

Asentí, incapaz de hablar, mientras él acercaba su rostro al mío de nuevo. Sus labios rozaron los míos con suavidad, buscando permiso antes de profundizar el beso, y yo me rendí a cada sensación, a cada roce. Era un equilibrio perfecto entre deseo, cuidado y complicidad.

En un momento, sus manos encontraron un pequeño estuche que estaba sobre la mesita de noche. Lo abrió con delicadeza, y mi mirada se posó en los objetos que contenía, sabiendo que la noche iba a ser intensa, exploratoria y profundamente nuestra. No hubo palabras; solo sonrisas cómplices y miradas cargadas de promesas silenciosas.

—Confío en ti —susurré, mientras mi pulso se aceleraba al ver aquel vibrador y el succionador de clítoris, y nuestras manos se entrelazaban sobre la cama.

Él me miró con intensidad y me sostuvo la cara con ambas manos, besándome con lentitud, dejando que el tiempo se diluyera, que cada segundo estuviera solo para nosotros. Cada movimiento suyo estaba pensado para encenderme sin asustarme, para hacerme sentir deseada sin perder la conexión emocional que siempre lo había hecho tan especial.

—Nada me importará más que tú esta noche —murmuró contra mis labios —. Cada caricia, cada suspiro, cada gesto será solo para ti.

Nos dejamos llevar por ese juego de miradas, sonrisas y suspiros, explorando con delicadeza y deseo, sintiendo cómo nuestra química se intensificaba con cada roce, con cada gesto, con cada palabra susurrada al oído. Cada instante nos acercaba más a un límite que no queríamos cruzar, pero que al mismo tiempo nos atraía con fuerza irresistible.

—Nunca había sentido algo así —dije, entre jadeos y sonrisas—. Es como si todo el mundo desapareciera y solo quedáramos nosotros.

—Eso es exactamente lo que quiero que sientas —contestó, con un hilo de voz—. Que no haya nada más que nosotros, aquí y ahora.

Nos miramos, y en ese instante supe que aquello no era solo deseo; era conexión, complicidad, pasión y cuidado en su máxima expresión. Cada gesto suyo me hacía sentir viva, deseada y protegida al mismo tiempo. Y mientras nos besábamos, compartiendo ese espacio cargado de emoción y sensualidad, supe que después de esta noche, después de este viaje, nada entre nosotros volvería a ser igual.

Matthias me recostó en la cama y comenzó a besarme despacio por todo el cuerpo, haciendo que me estremeciera de pies a cabeza anticipando lo que iba a pasar a continuación.

No tardó en llevar el vibrador a mi entrepierna y, tras colocarlo sobre mi clítoris, lo puso en marcha y jadeé al sentir la vibración. Cerré los ojos, arqueé la espalda y me agarré con fuerza a las sábanas mientras él lo pasaba por entre mis pliegues y mi clítoris, llevándome de nuevo a ese punto de excitación en el que tanto disfrutaba verme.

Jugó con el vibrador sobre mi clítoris y me penetró con él varias veces antes de dejarlo dentro. Gemí al sentirlo y más aún cuando noté el succionador haciendo su parte.

Esa noche era de juegos, no había duda.

Matthias me miraba con esos ojos grises como el acero, brillantes por el deseo y el placer, y yo me perdía en cada sensación que experimentaba de su mano.

Cuando no pude más, cuando mi cuerpo dijo “es ahora”, arqueé la espalda y me agarré a las sábanas aún con más fuerza mientras me corría y gritaba presa de aquel intenso orgasmo.

Ni tiempo me dio a recuperarme cuando vi que Matthias dejaba ambas cosas en la cama y me penetraba de una certera y poderosa embestida. Me entregué a él, al momento, al placer y a la necesidad de volver a correrme como quería, y los dos nos dejamos llevar.

Alcancé el clímax apenas unos segundos antes que él, que se retiró para no correrse dentro porque era tal el placer que habíamos sentido que ninguno de los dos pensó en la protección.

Cuando todo acabó, jadeantes y exhaustos nos tumbamos juntos en la cama, todavía abrazados, sintiendo cómo la respiración de cada uno se sincronizaba con la del otro. No había prisa, no había agenda; solo el momento, solo nosotros.

Cada caricia era un recordatorio de lo que había surgido entre nosotros, de la tensión contenida de semanas y de la fuerza con la que nos deseábamos, mezclada con esa ternura que pocas veces había experimentado.

—Nunca pensé que algo así pudiera pasarme —susurré, apoyando la cabeza en su pecho—. Y menos con alguien como tú… mi jefe, alguien que debería ser solo eso.

Él sonrió, divertido, y me abrazó con más fuerza.

—Eso solo hace que sea más emocionante, ¿no crees? —dijo, con un hilo de voz cargado de complicidad—. Que haya reglas que romper, que el mundo no sepa nada y que aquí, ahora, todo sea solo nuestro.

Sentí un cosquilleo recorrerme el cuerpo al escuchar sus palabras. Todo en él me atrapaba: la forma en que me hablaba, cómo me tocaba, cómo parecía leer cada pensamiento antes incluso de que lo dijera. Me sentí segura, deseada y al mismo tiempo vulnerable, pero no de manera negativa; era esa vulnerabilidad que solo surgía cuando confiabas plenamente en alguien.

—Matthias… —murmuré, intentando poner palabras a lo que sentía—. No sé cómo explicar lo que me haces sentir. Es… intenso, abrumador, pero de la mejor manera posible.

Él inclinó la cabeza y me besó la frente, con suavidad y cariño, y luego la mejilla, dejándome sin palabras.

—Eso es lo que quiero, Iria —dijo—. Que sientas cada emoción, que no haya filtros, que no tengas miedo de lo que sientes. Que estés viva. Que me permitas estar contigo de esta manera, sin límites, sin juicios.

Me estremecí ante sus palabras, sintiendo cómo el corazón me latía con fuerza. No era solo deseo físico lo que nos unía; había algo más profundo, algo que me hacía sentir que todo lo que habíamos vivido hasta ahora, todas

las heridas y las pérdidas, habían encontrado un refugio en ese momento, en él.

—Contigo… siento que todo puede ser diferente —susurré, rozando su mejilla con mis dedos—. Como si todo lo que me ha pasado, todo lo que he sufrido, pudiera… desaparecer, al menos por un rato.

—Y lo hará —me aseguró, apretándome contra él.

Nos miramos a los ojos, y en esa mirada hubo más que deseo: hubo comprensión, apoyo, ternura y una pasión contenida que nos hizo sonreír a ambos.

Nos acariciamos lentamente, explorando cada gesto, cada roce, sin prisa, dejando que la tensión acumulada durante semanas se liberara de manera cuidadosa y exquisita. Cada caricia era una promesa, un pacto silencioso de que estábamos allí, juntos, sin miedo ni reservas.

—Nunca había sentido algo así por nadie —dije, con la voz apenas en un susurro—. Y creo que nunca había querido tanto que alguien me tocara, me mirara, me entendiera.

Él sonrió, apoyando la frente contra la mía, y sus manos recorrieron mi espalda con delicadeza.

—Y yo nunca había querido a alguien cerca como te quiero a ti —respondió—. No sé cómo pasó, pero… me atrapaste, Iria. Me atrapaste por completo.

Sonreí, sintiendo un calor profundo en el pecho. Era más que deseo; era reconocimiento, aceptación, complicidad. Y mientras nos abrazábamos y nos acariciábamos, sentí que, después de esta noche, nada volvería a ser igual.

Ni en nuestra relación profesional ni en nuestra vida personal. Todo había cambiado con intensidad, con pasión, con un vínculo que no se podía romper.

—Esto… —susurré, temblando ligeramente—. Esto cambiará todo entre nosotros.

—Lo sé —dijo, apretándome más contra él—. Y me da igual. No quiero que nada vuelva a ser como antes. Quiero esto… contigo, sin miedo, sin reglas. Solo nosotros.

Nos quedamos así, en silencio, escuchando la respiración del otro, dejándonos llevar por la cercanía, por el calor de la piel, por la sensación de que estábamos exactamente donde debíamos estar. Y mientras sentía su mano entrelazada con la mía, con su pulgar acariciando mi palma, supe que esta noche sería recordada siempre, no solo por lo que ocurrió, sino por cómo me hizo sentir: viva, deseada, comprendida y, sobre todo, profundamente conectada con alguien que había conseguido atravesar todas mis barreras.

Cerré los ojos un instante y pensé en lo afortunada que era de tener a Matthias así, frente a mí, con cada gesto calculado para despertar mi deseo y mi confianza a partes iguales.

—Quédate así —susurró, aún abrazándome, apoyando su frente contra la mía una vez más—. Quédate conmigo así, solo un poco más.

Asentí, apoyando la cabeza en su pecho y dejando que su calor me envolviera.

Sí, estaba dispuesta a dejarme llevar, a vivir el momento, a sentir cada caricia, cada roce, cada suspiro. Porque después de todo lo vivido, después de todo lo que habíamos compartido en Frankfurt, esta noche era solo nuestra, y sabía que nada volvería a ser igual.

Capítulo 7

Matthias

El coche avanzaba despacio por las calles de la ciudad, envueltas en esa calma engañosa de los viernes por la noche en Madrid. Las farolas dibujaban reflejos dorados sobre el asfalto húmedo y yo permanecía en silencio en el asiento trasero, con la espalda apoyada y la mirada perdida en la ventanilla.

Acababa de dejarla en su portal.

El chófer no dijo nada. Nunca lo hacía. Sabía cuándo debía desaparecer y cuándo su presencia era solo una formalidad. Le dije que me llevara a mi ático con un gesto leve y el coche arrancó de nuevo, suave, elegante, como todo lo que rodeaba mi vida desde hacía años.

Pero dentro de mí no había nada elegante. Solo un caos perfectamente controlado.

Iria Souto. Mi directora global de Estrategia y Expansión Internacional. La ejecutiva más joven en ocupar ese puesto. La mujer que había desmontado mis defensas una a una sin darse cuenta… o quizá siendo demasiado consciente de ello.

Y lo que era peor, yo ni siquiera lo había visto venir. O sí, pero no había querido reconocerlo.

Cerré los ojos y el recuerdo del viaje volvió a instalarse en mi cabeza con una nitidez casi obscena.

Frankfurt. Las reuniones interminables. Las decisiones que debían tomarse. Las miradas sostenidas un segundo más de lo necesario alrededor de mesas de cristal y proyecciones de cifras millonarias. La manera en que Iria entendía la empresa como si la hubiera construido conmigo desde el primer día. La forma en que me desafiaba sin levantar la voz.

Y luego… el vuelo de vuelta. Ese maldito vuelo en el jet de la empresa. Luces tenues. Silencio contenido. Copas de vino que no deberían haber existido. Un espacio demasiado pequeño para dos personas que estaban caminando al borde de algo que ninguno quería nombrar.

Habíamos hablado, y lo habíamos hecho de verdad. No de números o de estrategias. Habíamos hablado de nosotros.

—*Esto no puede pasar en la empresa* —dijo ella, con la espalda recta y la mirada firme, como si estuviera negociando una fusión hostil.

—*Nunca ha pasado* —respondí, sin apartar los ojos de los suyos.

Y los dos sabíamos que mentía solo a medias. Porque en lo físico no nos habíamos tocado, pero las miradas que habíamos compartido decían más que mil palabras o caricias. Fue entonces cuando lo acordamos.

En las oficinas, profesionalidad absoluta. Miradas medidas. Distancia. Respeto. Ella sería mi directora global. Yo, su CEO. Nada más.

Fuera de ellas… Fuera de ellas sería otra historia.

Cenas sin testigos. El Club Índigo, con sus salas privadas, su luz baja y su promesa de anonimato. Noches robadas al calendario. Momentos de pasión que ninguno de los dos podía ni quería dejar pasar.

No éramos ingenuos, tampoco un par de adolescentes. Éramos adultos tomando una decisión consciente. Y, aun así, había algo peligrosamente parecido a la necesidad.

El coche se detuvo frente a mi edificio. El portero ya estaba avisado, así que no tardó en abrir la puerta y salir a por mi equipaje, ese que llevó hasta el ascensor y se despidió con una leve inclinación de cabeza.

Subí en silencio, atravesé el vestíbulo de mármol y entré en el ascensor privado. Cuando las puertas se cerraron, el reflejo del espejo me devolvió una imagen que conocía bien: traje impecable, rostro sereno y ojos grises demasiado oscuros para alguien que debería sentirse en control.

El ático me recibió con su habitual silencio. Luces automáticas, cristales inmensos, la ciudad extendiéndose a mis pies como un tablero que siempre había sabido dominar.

Dejé la chaqueta sobre el respaldo del sofá y me serví un whisky sin hielo. El primer sorbo quemó lo justo. Y sin poder evitarlo, pensé en ella otra vez.

En cómo había pasado de ser mi directora global a algo peligrosamente cercano a una amante. Aunque todavía no nos hubiéramos concedido ese título.

Iria no se entregaba a la ligera. Yo tampoco. Y eso hacía todo más intenso.

Me apoyé contra la cristalera, observando Madrid desde las alturas, y por primera vez en mucho tiempo acepté una verdad que llevaba días evitando.

No tenía miedo de desearla. Tenía miedo de necesitarla. Porque cuando alguien conseguía colarse bajo mi piel, el pasado siempre encontraba la forma de regresar. Y yo no creía en la inocencia… ni en el perdón.

Ni siquiera en el mío.

El timbre sonó cuando acababa de aflojarme la corbata. No miré el reloj, tampoco lo necesitaba. Leonhard nunca llegaba tarde, pero tampoco temprano. Tenía ese talento innato para aparecer justo cuando el silencio empezaba a volverse incómodo.

—Pasa —dije, sin moverme de donde estaba.

La puerta se abrió y su presencia llenó el espacio con la facilidad de quien se sabía entrar en casa ajena sin pedir permiso. Traje oscuro, sin corbata, sonrisa canalla de manual y esa mirada clara que siempre parecía divertirse incluso cuando hablábamos de catástrofes financieras.

—Vaya —comentó, observando el salón—. Sigues viviendo como si mañana pudiera acabarse el mundo.

—Y tú sigues entrando como si fuera a ocurrir —respondí, llevándome el vaso a los labios.

Leonhard dejó su abrigo sobre una silla y se acercó a la barra sin preguntar. Se sirvió un whisky o, mejor dicho, el whisky. El mismo de siempre, nunca variaba.

—Viernes —dijo—. Sé que Frankfurt ha sido un infierno y necesitaba comprobar que seguías siendo humano.

—Lo soy en horarios muy concretos.

Chocamos los vasos con un gesto automático. Nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo como para adornar nada.

Se apoyó en la encimera y me miró con atención, esa atención que solo usaba cuando intuía algo más allá de los balances.

—Mañana —empezó—, embajada alemana. Cena formal. Diplomáticos, empresarios, algún que otro tiburón disfrazado de cordero. ¿Te apetece o prefieres simular una enfermedad misteriosa?

—Tengo intención de ir. Mi madre me llamó para decírmelo y, créeme, no era solo una invitación, era uno de sus “tienes que estar ahí” —me encogí de hombros.

Leonhard arqueó una ceja.

—¿Solo? —preguntó con su habitual curiosidad.

No respondí de inmediato. Di otro sorbo y dejé el vaso con calma.

—Eso está por ver.

Sonrió. Demasiado.

—Ah.

Ese “ah” lo decía cuando había descubierto algo sin necesidad de confirmación.

—Hablemos de Frankfurt —corté—. Los objetivos siguen siendo ambiciosos.

—Ambiciosos es un eufemismo —replicó—. Reestructuración de filiales, inversión en automatización verde, expansión hacia Europa del Este y otros países… y todo sin que los accionistas entren en pánico.

—Para eso estás tú.

—Y para vigilarte cuando decides complicarte la vida —añadió, mirándome de lado.

Yo, por mi parte, ignoré el comentario como solía hacer alguna que otra vez.

Hablamos durante casi una hora. Cifras, plazos, riesgos. La empresa siempre había sido nuestro idioma común, el único terreno donde no había espacio para las emociones. Leonhard había mantenido a flote el nombre de *Eisenhart & Wolf* durante mi ausencia, y yo nunca lo olvidaba.

—Por cierto —dijo al final, dejando el vaso vacío—. En la embajada habrá representantes clave de los consorcios energéticos alemanes. Si queremos cerrar Frankfurt como hemos planeado, mañana no es una cena más.

—Lo sé.

—Entonces ve acompañado.

Lo miré fijamente.

—No necesito…

—No me refiero a protocolo —interrumpió—. Me refiero a imagen. A estabilidad. A control.

Sonreí con ironía.

—No sabía que ahora también te dedicabas a leer vidas ajenas.

—No leo. Observo.

—¿Desde cuándo, además de mi socio, eres mi asistente de imagen? —arqueé la ceja.

—Lo he sido siempre, pero no has querido verlo.

Se puso el abrigo y se dirigió a la puerta.

—Piénsalo —añadió—. Mañana puede marcar más de lo que crees.

Cuando se fue, el ático volvió a quedarse en silencio. Esta vez no resultó incómodo. Era expectante.

Saqué el móvil y marqué, con dudas, por supuesto, pero con la intención clara de hacer mi propuesta y esperando un sí como respuesta. Iria respondió al segundo tono.

—¿Sí?

Su voz sonó tranquila, pero la conocía demasiado bien. Estaba cansada y, aun así, presente.

—¿Te he pillado en mal momento?

—Nunca —respondió—. ¿Ha pasado algo?

—Mañana hay una cena en la embajada alemana —dije, y al otro lado se hizo un segundo de silencio.

—Eso suena… importante.

—Lo es. Y me preguntaba si querrías acompañarme.

Otra pausa. Más larga.

—Señor Eisenhart…

—No es solo un compromiso empresarial —añadí—. Es una invitación personal.

La escuché suspirar.

—Aceptaría —dijo al fin—, pero no tengo nada que ponerme para algo así.

Sonreí al escucharla, porque solo ella daría una respuesta tan sincera, sin buscar excusas de mierda.

—No te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe?

—Yo me encargo de todo.

—Eso no suena tranquilizador.

—Confía en mí —le pedí, y el silencio que siguió fue distinto. Más suave.

—De acuerdo —dijo—. Confío.

—Bien. Nos vemos mañana. Te recogerá mi chófer a las nueve. Buenas noches, Iria.

—Buenas noches, Mat.

Sonreí al escucharla llamarme así y colgué despacio.

Me quedé mirando la ciudad una vez más. Pensé en la noche siguiente. En cómo, por primera vez en mucho tiempo, no asistiría solo a una cena donde todos fingían no juzgar.

Y supe que nada de aquello era casual. Ni Frankfurt. Ni la embajada. Ni Iria Souto, mi directora global, caminando a mi lado.

Capítulo 8

Iria

El sábado por la mañana tenía un sonido propio en casa.

No era el despertador ni el tráfico lejano de Madrid. Era la risa de Vera, clara y contagiosa, rebotando por el ático como si no existiera el estrés, ni los consejos de administración, ni los hombres complicados con nombres imposibles.

Abrí los ojos despacio, todavía con el cuerpo anclado en sensaciones que no pertenecían a esa casa. A otra cama. A otra piel. A otra verdad que aún no había dicho en voz alta.

Me quedé mirando al techo, suspiré y pensé en la llamada de Matthias la noche anterior. ¿Qué hacía yo en una cena de la embajada alemana? Sí, era una invitación profesional, pero también personal. Así que, por mi bien, lo mejor era pensar que me llevaba como su directiva estrella después de tantas reuniones en la sede de Frankfurt, por si había que hablar sobre alguno de esos temas.

Me levanté y, aún en pijama, me recogí el pelo en un moño desordenado y salí de la habitación para ir a por mi dosis de cafeína de primera hora de la mañana.

Vera estaba sentada en el sofá con un vaso de zumo en la mano, tan absorta en los dibujos que no me vio pasar. O eso creí, hasta que la escuché.

—¡Tía Iriaaaaa! —canturreó acercándose—. ¡El zumo está triste!

—¿Triste? —respondí desde la cocina—. ¿Qué le ha pasado ahora?

—Que no tiene pajita azul.

Héctor apareció detrás de ella, despeinado, con una camiseta vieja y esa sonrisa de domingo eterno que solo él sabía llevar incluso en sábado.

—Drama infantil nivel cinco —anunció—. Intervención inmediata o tendremos huelga de cereales.

—Eso es chantaje emocional —dije, sacando una pajita del cajón—. Lo aprendes demasiado pronto.

Vera me miró muy seria mientras la colocaba en el vaso.

—Papá dice que eso lo hacen los jefes.

Le lancé a Héctor una mirada asesina.

—Oye.

Él se encogió de hombros.

—Educación realista.

Nos sentamos los tres alrededor de la isla de la cocina y nos preparamos para disfrutar de aquel desayuno de campeones. Pan tostado, mermelada, fruta cortada de cualquier manera, café para adultos y cacao para la dictadora de cuatro años.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Vera, con la boca llena.

—Sábado —respondí.

—No. Es el día de los dibujos largos.

—Ah —asintió Héctor—. Eso lo cambia todo.

Las risas fluyeron sin esfuerzo. Vera contaba historias sin sentido, mezclando unicornios con robots y diciendo que yo era una espía secreta que viajaba en aviones “muy grandes porque soy muy lista”.

—Eso es verdad —dijo Héctor—. Tu tía es peligrosamente inteligente.

—Y muy guapa —añadió Vera, mirándome fijamente—. Como las princesas que no se casan.

Me atraganté con el café.

—Gracias… creo.

—No se casa porque trabaja mucho —explicó ella, con absoluta naturalidad—. Como papá, pero papá sí se casó y luego se divorció.

—Vale —intervino Héctor—. Cambio de tema urgente.

Ese era un tema de esos peligrosos que a mi mejor amigo no le gustaba tocar, y no era para menos. Sí, Héctor, a sus treinta y dos años, ya era un hombre divorciado desde hacía cinco.

Conoció al que creímos que era el hombre de su vida cuando tenía veinticuatro años, y el susodicho ocho años más. Todo era perfecto entre ellos, idílico, la mejor pareja que yo había visto. Se querían, estaban enamorados hasta más no poder, y tras dos años de relación decidieron casarse, y lo hicieron.

Pero a su ex el amor se le acabó en el momento en el que Héctor dijo que quería ser padre, que quería tener hijos y formar una familia. No querían lo mismo, ya que su ex prefería seguir viviendo la vida sin obligaciones ni cargas familiares y, en vez de hablar, de llegar a un acuerdo, decidió pedirle el divorcio a Héctor y dejarle con el corazón hecho añicos.

Y fue ahí cuando me hizo la propuesta de que yo fuera quien le diera a su pequeña Vera, quien la llevara nueve meses en mi vientre y le ayudara a criarla como lo estábamos haciendo.

Nuestra niña era mucho más lista de lo que pensábamos. En más de una ocasión había preguntado cuándo su papá tendría novio, puesto que, como digo, era muy lista y además tenía el oído muy fino. Aunque Héctor y yo intentáramos no hablar de hombres delante de ella o lo hiciéramos bajito, la niña cogía todas las conversaciones al vuelo. Ya sabía que su papá lo que había tenido siempre habían sido novios.

Seguimos desayunando entre bromas, manchas de mermelada y carcajadas. Durante una hora, mi vida fue exactamente eso: normal. Una vida cálida y segura como lo era desde que Héctor y yo dejamos el pueblo y nos vinimos a Madrid.

Y entonces llamaron al timbre. Héctor frunció el ceño y yo me quedé mirando hacia la puerta con el café en la mano.

—¿Esperas algo? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Me levanté y abrí la puerta.

Un mensajero sostenía una caja grande, elegante, con mi nombre escrito a mano. Firmé sin pensar demasiado.

Cuando la llevé al salón, Héctor ya estaba de pie, curioso como un niño.

—Eso no es de Amazon —dictaminó—. Eso es… peligroso.

Vera se acercó con los ojos brillantes.

—¿Es un regalo?

—Parece que sí —contesté, y abrí la caja con cuidado.

Dentro, envuelto en papel de seda, había un vestido de gala absolutamente espectacular. Largo, de un tono verde profundo que parecía hecho a medida para mis ojos. Elegante. Sobrio. Sensual sin pedir permiso. Y una nota.

Supe de quién era antes incluso de leerla.

“Estoy deseando vértelo puesto. M.”

Sentí un vuelco en el estómago. Héctor leyó por encima de mi hombro y soltó una carcajada.

—Claro. Y arrancártelo después.

Le lancé una mirada fulminante.

—Ni se te ocurra.

—Ay, por favor —replicó—. Deja de hacerte la digna y tírate a tu jefe de una vez.

—Héctor.

—¿Qué? —sonrió—. Si te brillan los ojos desde que regresaste de Frankfurt.

Resoplé, cerrando la caja con más fuerza de la necesaria.

—No tienes ni idea.

—Eso es lo que tú crees.

Vera nos observaba en silencio, muy concentrada.

—¿El vestido es para un príncipe? —preguntó.

—Para una cena —respondí.

—¿Con besos?

—Vera —dijo Héctor—, no interrogues a tu tía.

—Vale —asintió—. Pero ese vestido es de enamorada.

Me quedé quieta. Demasiado quieta. Héctor me miró con atención, pero ya no sonreía.

—Luego hablamos —dijo, en voz baja, y asentí.

Porque sabía que ese “luego” iba a cambiar muchas cosas.

Esperamos a que Vera se llevara sus dibujos al salón y Héctor encendió la tele con volumen suficiente para que los unicornios parlanchines amortiguaran cualquier conversación adulta.

Cuando volvió a la cocina, apoyó las manos en la encimera y me miró como solo él sabía hacerlo: sin juicio, pero sin dejarme escapar.

—Empieza —dijo—. Y no me mientas, que te conozco desde que llorabas viendo anuncios de colonias con cuatro años.

Suspiré.

—Me acosté con mi jefe en Frankfurt.

Ni siquiera intenté suavizarlo. Héctor parpadeó una vez. Dos.

—Vale —dijo—. Eso era lo que esperaba; yo mismo te empujé a su cama desde aquí, así que no es lo más grave que has hecho.

—No he terminado.

—Ajá.

Me crucé de brazos.

—Matthias Eisenhart… es Mat —dije al fin, y lo que siguió fue silencio.

Literal. Porque en ese instante, ni los dibujos parecían sonar igual.

—¿Mat… de Mat? —preguntó al fin, muy despacio.

—El del Club Índigo.

—¿El del antifaz?

—Sí.

—¿El del fénix tatuado?

—Ese.

Héctor abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—¿Tú me estás diciendo…? —se interrumpió—. Espera. No. No. Dame un segundo.

Se dio la vuelta, apoyó la frente en el armario y respiró hondo.

—Vale —dijo girándose—. Vale. Entonces… —me señaló— tú… —hizo un gesto amplio—. ¿Te has estado acostando con tu jefe sin saberlo?

—Sí.

—En mi club.

—Así es.

—Y, que me quede claro. Hiciste un trío con él y un amigo suyo. ¿Ese amigo, por casualidad, es el socio de tu jefe?

—Sí.

Se llevó la mano al pecho.

—Necesito sentarme —dijo con un dramatismo que solo él sabía tener. Se dejó caer en la silla y estalló en una carcajada tan fuerte que Vera gritó desde el salón.

—¡Papá!

—¡Nada, cariño! —respondió—. ¡Tu tía Iria, que es… muy interesante!

Yo me dejé caer frente a él, aún con el corazón acelerado.

—Flipa lo que quieras —dije—, pero no te rías tanto.

—Iría —jadeó—. Esto es… esto es glorioso. Trágico. Erótico. Empresarialmente suicida. Todo a la vez.

—Gracias por el apoyo.

—No, no —se recompuso—. Te apoyo. Muchísimo. Pero déjame procesar que el hombre más inaccesible del mundo, el CEO más oscuro del sector industrial y el tipo que te ha estado dando orgasmos como si fueran caramelos en mi club… sean la misma persona.

—Yo casi me desmayo cuando lo vi dormir.

—Normal. Yo me habría despertado gritando.

Nos miramos, y entonces empezamos a reírnos los dos. De esos ataques de risa que salían del shock, de la incredulidad, de saber que ya no había vuelta atrás.

—Vale —dijo al fin, secándose una lágrima—. Escúchame bien. A esa cena vas a ir divina de la muerte.

—Héctor…

—No. Nada de "Héctor". —Sacó el móvil—. Esto es la guerra, cariño. Si vas a aparecer al lado de Matthias Eisenhart en una embajada alemana, vas a hacerlo como lo que eres: un escándalo con cerebro.

—No necesito…

—Sí lo necesitas. Y lo sabes.

Ya estaba marcando.

—¿Izan? —dijo cuando respondieron—. Amor, te necesito hoy. Nivel: destruir diplomacias sin decir una palabra.

Sonrió con malicia y me guiñó un ojo.

—Sí. Vestido verde. Sí, ojos verdes. Sí, inteligencia intimidante. No, no exageres… bueno, un poco sí. Gracias, nos vemos —sonrió y cortó la llamada —. A las cuatro está aquí.

Suspiré, apoyando la espalda en la silla.

—Esto se nos ha ido de las manos.

—Iría —dijo con suavidad—. Esto estaba destinado a pasar. Solo que ahora lo sabes todo.

Miré la caja del vestido y pensé en Matthias. En Mat. En la noche. En la embajada. En el fénix.

—No voy a huir —dije.

Héctor sonrió, orgulloso.

—Eso, cariño. Renace —me hizo un guiño.

Desde el salón, Vera gritó:

—¡Tía! ¿Te vas a poner el vestido de enamorada?

Cerré los ojos un segundo… y sonreí.

—Sí, cariño. Creo que sí.

Capítulo 9

Iria

La tarde empezó oficialmente cuando llamaron al timbre con una energía que no podía traer nada tranquilo.

—¡Es él! —gritó Héctor desde la cocina como si anunciara la llegada de una diva internacional.

Vera salió corriendo del salón.

—¿Quién?

—El mago —respondió su padre—. El que convierte a las personas normales en problemas para la humanidad.

Abrí la puerta y ahí estaba Izan.

Alto, delgado, impecable incluso en vaqueros ajustados y camiseta blanca con su eterna chaqueta de cuero negro. Piel morena, barba corta milimétricamente cuidada, gafas de sol enormes a pesar de estar en interior y llegando a finales de febrero y una sonrisa que ya venía juzgándolo todo con cariño y veneno a partes iguales. Olía a algo caro y adictivo. Como él.

—Iría Souto Varela —dijo, quitándose las gafas lentamente—. La mujer que ha conseguido que mi mejor amante me saque un sábado por la tarde de casa. Más te vale ser un escándalo.

—Lo intentaré —respondí.

Me miró de arriba abajo. Despacio. Sin pudor.

—No. Lo vas a ser. Pero primero… —Se giró hacia Vera—. Hola, criatura preciosa.

Vera lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿Tú eres un príncipe?

Izan se llevó la mano al pecho.

—Cariño… soy mucho peor.

Héctor apareció con dos copas ya servidas.

—Bienvenido al caos.

—Gracias, amor —respondió Izan, besándolo en la mejilla—. ¿Entonces tú eres la víctima? —me miró.

—La misma, sí.

—Perfecto. Música. Bebida. Espacio. —Se frotó las manos—. Hoy hacemos historia.

Héctor puso música. El altavoz empezó con *"Levitating"* de Dua Lipa, y el ambiente cambió de inmediato. Vera empezó a saltar como si el suelo quemara, canturreando en un inglés ininteligible que nos hizo sonreír a los tres. Izan dejó su bolsa enorme en el sofá.

—Vale —dijo—. Regla número uno: hoy nadie está triste.

—Regla número dos —añadió Héctor—: nadie juzga.

—Mentira —replicó Izan—. Yo juzgo constantemente, pero con amor —aclaró, y nos reímos.

Mientras Izan sacaba pinceles, cremas, maquillajes y pinzas para el pelo como si estuviera montando un camerino profesional, la música no dejaba de sonar en el ático. Era imposible no moverse.

Vera estaba encantada con aquella fiesta improvisada, y bailaba conmigo, pisándome los pies, eso sí.

—Tía, gira —ordenó. Giré y ella aplaudió sonriendo—. Guapa —me dijo, y me la comí a besos.

Izan me observaba desde el sofá, copa en mano.

—No sabe aún lo que tiene —le dijo a Héctor—. Pero lo va a descubrir esta noche.

—Eso le digo siempre, pero no me hace caso. En el club, se la comen con los ojos, hombres y mujeres por igual.

—No me extraña. Soy gay y hasta yo me la llevaría a la cama.

—Pues haríamos un trío porque, si yo fuera hetero, esta chica sería mía.

—Eso es una canción de Sergio Dálmata, papá —dijo Vera, y estallamos los tres en carcajadas.

—Es Dalma, cariño —le corregí, aún sonriendo—. El cantante se llama Sergio Dalma.

—Ya decía yo, que qué raro era que tuviera el apellido de una raza de perro —se encogió de hombros.

—Hay nombres peores —comentó Izan—. Por no decir que alardean de que saben cantar, y no tienen ni idea.

—¿Y tú sabes cantar? —le preguntó la niña con la ceja arqueada.

—¿Yo? Princesa, estás hablando con la reina del karaoke ¿Qué quieres que cantemos? —preguntó poniéndose en pie.

—No sé, ¿qué canción te sabes?

—Me sé muchas. Pero tengo una que es mi favorita desde que era un poco más alto que tú. ¿Quieres escucharla?

—Sí —sonrió.

—Y aquí llega el momento, Priscila, reina del desierto —anunció Héctor.

Izan cogió el móvil y, tras unos segundos buscando, se fue al centro del salón y se puso de lado, mirando hacia la televisión. Los primeros acordes de *"I Will Survive"* de Gloria Gaynor no tardaron en sonar. Y entonces Izan hizo lo que mejor sabía hacer, cantar ese playback como había hecho tantas y tantas veces en el karaoke que regentaba su hermana mayor.

—At first I was afraid, I was petrified. Kept thinking I could never live without you by my side. But then I spent so many nights thinking how you did me wrong. And I grew strong, and I learned how to get along…[1]

Izan siguió cantando y bailando, metido totalmente en ese papel de Priscila, reina del desierto, dejando claro que, a pesar del dolor, de la pérdida y de sentir que nunca sería fuerte ni podría salir adelante sin quienes más debían quererle y aceptarle, lo había hecho.

Vera aplaudía y bailaba de pie junto al sofá, hasta que Izan la llamó con la mano y ella se acercó. No tardó mucho en coger el ritmo que llevaba Izan y los dos empezaron a hacer una coreografía donde mi pequeña se veía que disfrutaba y no pedía la sonrisa.

Si algo tenía claro, era que esta no iba a ser una tarde tranquila como cualquier otra.

Cuando acabó la canción, Vera aplaudió y Héctor y yo nos pusimos en pie para aplaudir también y vitorear a Izan, nuestra Priscila particular, esa que desde hacía años conseguía que Héctor y yo nos olvidáramos de las penas y disfrutáramos de la vida.

En un momento dado, Vera se fue a la habitación con su Tablet. Y entonces, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo infantil,

Héctor se acercó a Izan.

—Vale. Te tengo que contar algo.

Izan arqueó una ceja.

—Si no es ilegal, no me interesa.

—Iría se ha acostado con sus dos jefes.

Izan parpadeó.

—¿Perdona?

—Sin saberlo.

—¿Cómo que sin saberlo?

—Uno de ellos es Mat.

Silencio.

—¿Mat… del Índigo? —susurró Izan, que también era un habitual en el club y estaba al tanto de algunas de las aventuras que tanto Héctor como yo vivíamos en ese lugar.

—El mismo. Y el otro es su socio. CEO. Alemán. Oscuro. Trauma con patas.

Izan dejó la copa lentamente.

—Necesito sentarme mejor.

—Eso dije yo.

—¿Y ella?

—Está intentando no pensar demasiado.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera delante? Que os estoy escuchando —resoplé volteando los ojos.

Izan me miró como si me viera por primera vez.

—Vale —dijo—. Entonces esta noche no vas a ir, guapa. Vas a ir peligrosa.

—No quiero parecer…

—No quieres parecer nada —me interrumpió—. Quieres ser.

La música cambió a *"Blinding Lights"* de The Weeknd. Héctor empezó a bailar exageradamente. Izan se unió y yo me dejé llevar. Hasta que llegó el momento de prepararme a conciencia para esa noche.

Me duché rápido y regresé al salón envuelta en una toalla, lista para que Izan, el mago, hiciera su magia.

Entre risas, maquillaje, canciones y bromas, la tarde se volvió ligera, eléctrica, casi eufórica. Izan trabajaba concentrado, pero sin perder el humor.

—Si este hombre no se enamora esta noche —dijo mientras delineaba mis ojos—, es idiota.

—Ya lo es —respondí.

—Perfecto. Entonces no hay riesgo —contestó, y me reí.

Cuando me vi en el espejo por primera vez, tuve que tragar saliva.

No era solo el vestido. Era todo. Y entendí algo con una claridad brutal: no iba a esa cena como acompañante. Iba como una mujer que sabía exactamente quién era… y lo que estaba dispuesta a provocar.

Vera volvió con la Tablet en la mano justo cuando Izan estaba decidiendo entre dos pendientes.

—Tía —anunció muy seria—. He votado.

—¿Has votado? —pregunté.

—Sí. Los largos ganan.

Izan se agachó a su altura.

—Cariño, tú y yo somos almas gemelas.

—¿Eso qué es? —preguntó con el ceño fruncido y cara de susto.

—Personas con muy buen gusto —dijo, haciéndole un guiño, y Vera asintió convencida.

Héctor subió el volumen justo cuando empezó *"Midnight Sky"* de Miley Cyrus, y el salón se transformó oficialmente en una fiesta improvisada.

—*I was born to run, I don't belong to anyone…*[2] —cantamos los tres al unísono.

Izan me hizo levantarme del taburete.

—Anda. Camina —dijo.

—¿A dónde?

—A ninguna parte. Quiero verte moverte con el vestido.

Caminé despacio y sentí cómo el tejido fluía y se adaptaba a mi cuerpo como si siempre hubiera sido mío. Héctor silbó exageradamente.

—Perdona —dijo—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga?

—Sigo siendo yo —respondí—. Solo que con iluminación profesional.

Izan me colocó frente al espejo grande del salón. Me giró los hombros con delicadeza y me levantó un poco el mentón.

—Escúchame bien, Iria —dijo, ya sin bromas—. Esta noche no tienes que demostrar nada. Ni quién eres, ni lo que vales. Solo entra, respira… y deja que te miren.

Tragué saliva.

—Eso es lo que me da miedo.

—Normal —intervino Héctor—. Los Eisenhart no están acostumbrados a que alguien les sostenga la mirada.

Vera apareció detrás de mí en el espejo.

—Tía —dijo—. Pareces una reina que manda mucho.

Sonreí.

—Eso es porque manda mucho —rio Héctor.

Izan chasqueó los dedos.

—Zapatos.

—¿No eran esos? —pregunté, señalando unos negros que había traído yo misma.

—No. Esos son "voy a una reunión". Estos son "voy a desestabilizar gobiernos" —aclaró mientras sacaba unos de su bolsa, y al mirar a Héctor supe que él tenía algo que ver en aquello.

Seguro que le había enviado un mensaje para encargarle que los comprara antes de venir. Lo mataría si no fuera porque le quería tanto.

Izan me los puso y sonreí al verme en el espejo. Eran de tacón alto, elegantes y cómodos en su crueldad.

Sonó *"Unstoppable"* de Sia y no pude evitar reírme. Héctor me agarró de la mano y empezamos a bailar en medio del salón, dando vueltas mientras Vera nos imitaba.

—Esto es surrealista —dije, sin aliento.

—Esto es sábado —corrigió Héctor.

Entre canción y canción sonando de fondo porque Héctor era así, Izan afinó cada detalle. Un toque más de iluminador. Un mechón suelto. Perfume en puntos estratégicos.

—No te acerques demasiado a nadie —advirtió—. Esto es arma blanca.

—Gracias por la amenaza.

Cuando el coche de la empresa avisó de que estaba abajo, el salón quedó en silencio unos segundos. Vera se abrazó a mis piernas.

—¿Vuelves pronto?

—Sí —le prometí—. Y te traeré un cuento nuevo.

—De princesas que no se casan.

—Exacto.

Héctor me abrazó fuerte.

—Oye —susurró—. Pase lo que pase esta noche, recuerda: no estás sola.

—Lo sé.

Izan me besó en la mejilla.

—Brilla como un diamante, y rompe corazones. —Me hizo un guiño y sonreí.

Respiré hondo, cogí el bolso y me miré una última vez en el espejo. No vi miedo. Vi decisión.

Cuando crucé la puerta, supe que nada volvería a ser normal. Pero tampoco sería algo para no recordar.

Y eso… eso me gustó.

Capítulo 10

Matthias

Llegué a la embajada alemana con quince minutos de antelación.

Nunca llegaba tarde. Nunca llegaba justo. Llegar antes era una forma de control. De medir el terreno. De recordar quién era y de dónde venía.

El edificio estaba iluminado con una sobriedad impecable. Nada ostentoso. Todo poder silencioso. El tipo de lugar donde las decisiones importantes se tomaban entre copas de vino caro y sonrisas perfectamente calculadas.

Entregué la invitación, saludé al personal y crucé el vestíbulo con paso firme. Y entonces los vi.

Mis padres estaban junto a los Wolf, los padres de Leonhard, hablando con naturalidad, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si el imperio que habían levantado juntos siguiera siendo, por un instante, solo una idea compartida entre amigos.

—Matthias, hijo —dijo mi madre en cuanto me vio con una de sus preciosas y perfectas sonrisas.

Carmen Álvarez Rivas seguía siendo exactamente lo que siempre había sido: elegancia sin esfuerzo, mirada inteligente, una presencia que no necesitaba elevar la voz para imponerse. Me besó en la mejilla con orgullo, como siempre.

—Hola, mamá.

Mi padre me estrechó la mano primero, luego me dio un abrazo breve, firme. Hans Eisenhart no era un hombre de grandes gestos, pero su mirada lo decía todo.

—Has llegado pronto —comentó.

—Costumbre. —Me encogí de hombros.

Friedrich Wolf, el padre de Leonhard, sonrió al verme.

—Como siempre. El más alemán de los españoles.

—Y el más español de los alemanes —replicó mi madre, divertida.

Ingrid Wolf me saludó con un gesto elegante. Siempre observadora. Siempre midiendo más de lo que decía.

Durante unos minutos hablamos de cosas sin importancia. De la embajada. De la situación europea. De Frankfurt. Demasiado de Frankfurt. Pero yo apenas escuchaba.

Mi mirada se deslizaba, una y otra vez, hacia la entrada. La buscaba sin querer admitirlo. La esperaba sin reconocer que necesitaba verla. Entonces llegó Leonhard.

—Vaya —dijo, colocándose a mi lado—. Si es el heredero favorito de la diplomacia alemana.

—Has llegado tarde.

—He llegado con estilo, como una novia que se hace esperar.

Me reí, porque el muy capullo tenía respuestas para todo, y nos dimos un abrazo breve y fraternal. Nuestros padres intercambiaron sonrisas cómplices. Para ellos, Leonhard y yo seguíamos siendo casi una extensión natural el uno del otro.

Saludamos a más invitados. Consejeros, empresarios, algún ministro disfrazado de cordialidad. Yo asentía, respondía, sonreía cuando tocaba. Pero seguía mirando hacia la puerta.

Y entonces… Entró, y durante una fracción de segundo, el mundo se detuvo.

Iria avanzó por el salón con una seguridad que no se aprendía. El vestido verde se deslizaba sobre su cuerpo como una declaración de intenciones. Elegante. Impecable. Peligrosamente ella.

No supe qué expresión tenía en la cara hasta que Leonhard habló.

—Hostia, Mat…

No respondí.

—Vale —añadió—. Ya lo he entendido. Todos lo hemos entendido.

Tragué saliva.

—Míralos —continuó—. Se ha girado medio salón. Esa mujer no solo tiene presencia, tiene un aura que brilla con luz propia. ¿Seguro que esa es nuestra directora global?

Y tenía razón. Las miradas. Los murmullos. El cuchicheo inmediato de quienes no estaban acostumbrados a ver a Matthias Eisenhart acompañado… y mucho menos por una mujer así.

Cuando se acercó, sentí algo muy parecido al orgullo. Y al peligro.

—Buenas noches —dijo ella, mirándome primero a mí.

—Buenas noches —respondí, y vi una leve sonrisa en sus labios.

Me quedé mirándola más tiempo del permitido y disfruté de la imagen. Cuando vi el vestido, pensé que le sentaría bien y que quedaría bien con el color de sus ojos; pensé que estaría preciosa con él y por eso le puse en la nota que estaba deseando vérselo puesto. Pero al tenerla ahí, delante, envuelta en

esa tela que se ajustaba a su figura como una segunda piel, debía admitir que mi imaginación no le había hecho justicia.

Posé una mano en la parte baja de su espalda para que se acercara conmigo hacia mis padres y los de Leonhard, y se la presenté.

—Ella es Iria Souto —dije, y ni siquiera a mí me pasó desapercibido el tono de orgullo de mi voz—. Directora Global de Estrategia y Expansión Internacional de *Eisenhart & Wolf*.

Mi madre la observó con atención sincera.

—Así que tú eres la mente brillante de la que tanto hemos oído hablar.

—Intento estar a la altura —respondió Iria con una sonrisa perfecta.

—Lo estás —dijo mi padre—. Frankfurt ha sido un movimiento impecable.

Los Wolf asintieron.

—Una mujer joven y con carácter —comentó Ingrid—. No es habitual.

—Por eso destaca —añadió Friedrich.

Iría me miró con una leve sonrisa y noté que se sonrojaba. Estaba claro que la mujer que tenía delante no estaba acostumbrada a los halagos, pero debería acostumbrarse porque nadie mentía al decir aquellas palabras.

Nos tomamos una copa mientras, como no podía ser de otra manera, la conversación entre los siete pasó al plano profesional y algunos de los proyectos que estaban en marcha.

Poco después nos anunciaron que era hora de pasar al salón y todos seguimos a mi padre hasta la mesa que la embajada nos tenía reservada, como cada año, para nuestras familias.

Iria se sentó entre Leonhard y yo, y mientras que mi mejor amigo, mi hermano por elección, no se percataba de nada, yo lo interpreté como aquella

noche en el Club Índigo, cuando ella fue nuestra durante unas horas.

Durante la cena, las conversaciones fluyeron entre bromas y debates estratégicos. Iria se movía con naturalidad entre ambos mundos. Respondía con inteligencia, reía cuando tocaba y aportaba cuando debía.

En un momento dado, se inclinó hacia mí.

—Me miran mucho —susurró.

Antes de que pudiera responder, mi madre intervino desde el otro lado de la mesa.

—Es normal, querida. Mi hijo no ha venido acompañado a esta cena en años.

Iria arqueó ligeramente una ceja.

—Ah, ¿no?

—Solo una vez —añadió—. Hace más de diez años.

Las miradas se cruzaron. Yo bebí vino.

—Están sorprendidos —concluyó ella.

—Y con razón —murmuré.

Diez años atrás vine acompañado por la mujer que en aquel entonces era mi amante más frecuente, una con la que llevaba acostándome casi un año, y antes de ella en alguna ocasión había venido con Cata, mi secretaria.

En los cinco años anteriores a que me encarcelaran, vine solo porque no quería que hubiera más habladurías de la cuenta. Y en estos últimos cinco años… Bueno, ni siquiera podía venir porque en la cárcel no daban permisos para asistir a cenas, obviamente.

Era una cena divertida. Demasiado. Pero también era trabajo. Siempre lo era. Y, aun así, algo había cambiado.

Porque por primera vez en mucho tiempo, no estaba solo.

Mis padres se miraban y sonreían, lo que me dejaba claro que ambos estaban pensando algo que no compartían con el resto. Y los conocía bien, tanto como se conocían ellos, que eran capaces de hablarse sin necesidad de palabras, y cuando sus miradas iban hacia Iria y hacia mí, no me quedó ninguna duda de que en su mente nos estaban emparejando.

Solo con ver a mi madre podía imaginar lo que pensaba. En celebrar comidas o cenas en su casa y que me pidiera que invitara a Iria. En presentarse en la sede por sorpresa con alguna excusa de verme a mí, y preguntar por Iria para verla a ella.

Sí, mi madre era un encanto, una mujer excepcional, y la quería, pero también podía llegar a ser la mayor alcahueta y celestina del mundo. Siempre pensé que, si le dieran el arco y las flechas de Cupido, dejaría a ese pobre querubín sin trabajo.

Después del postre, cuando el murmullo general empezó a dispersarse en pequeños corrillos y las luces se atenuaron lo justo para invitar a las copas largas, Leonhard nos señaló con la cabeza hacia una zona más apartada del salón.

—Vamos a respirar —dijo—. O voy a acabar hablando de balances con algún agregado cultural.

Acepté sin protestar. Iria caminó a mi lado, serena, con esa calma que siempre me desarmaba porque sabía que no era fragilidad, sino control.

El rincón era discreto. Sofás bajos, una barra pequeña y luz cálida. Pedí whisky, Leonhard lo mismo, e Iria se decantó por una copa de vino blanco.

Durante unos segundos hablamos de todo y nada a la vez. De lo bien que había salido la cena. De los contactos hechos. De la imagen que habíamos proyectado. De un agregado cultural que se había divorciado solo unos meses atrás y venía solo, y de un empresario que había dejado a su mujer después de cuarenta años juntos por su joven asistente que, esta noche, lucía un vientre de embarazada de lo más redondeado.

Hasta que Iria giró la cabeza hacia mí.

—¿Le has contado a Leonhard lo de Frankfurt? —preguntó, sin rodeos, y sentí cómo el cuerpo se me tensaba de forma casi imperceptible.

Leonhard frunció el ceño.

—¿Qué pasó en Frankfurt? ¿Algo en la sede por lo que deba preocuparme?

Iria me miró y esperó. Pero no dije nada. Y entonces lo hizo ella.

—Descubrimos algo —dijo—. Algo importante.

Leonhard alternó la mirada entre los dos.

—No me gusta ese tono. ¿Es serio?

—Nos acostamos —continuó Iria, con una serenidad que rozaba la provocación—. Y cuando desperté, reconocí el tatuaje.

Leonhard abrió los ojos.

—¿El fénix?

—Ese.

El silencio se volvió espeso y di un sorbo a mi whisky. Necesitaba el calor, la quemazón del líquido ambarino, porque lo que venía a continuación… no era una anécdota más.

—Y supe que el señor Eisenhart, mi jefe, era Mat —añadió—. Y que tú eras Leo. Del club.

Leonhard me miró como si acabara de traicionar un pacto ancestral.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó sin apartar la vista de mí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Y no era de extrañar.

Negué despacio.

—No —dije—. La señorita Souto ha resultado ser… Iria. Del Club Índigo.

Se quedó quieto, estático, en silencio, diría que en shock, y pidió un whisky sin apartar la mirada de mí. Cuando el camarero lo puso delante de él, se lo bebió de un trago.

—Nunca habíamos hecho eso —dijo al fin—. Jamás nos hemos acostado con una empleada.

Iria sonrió.

—Yo tampoco me había acostado con un jefe. Y mucho menos con dos a la vez —dijo, y se rio.

Leonhard la miró como si no supiera si estaba delante de un problema o de un milagro.

—Esto… —dijo—. Esto debería olvidarse. Hacer como que nunca pasó.

Iria se inclinó lo justo para quedar cerca de nuestras cabezas y bajó la voz.

—Es que sí pasó —susurró—. Y no me importaría repetir.

En cuanto escuché aquella declaración, sentí el golpe seco en el estómago. Leonhard tragó saliva.

Ella se alejó justo entonces, llamada por mi madre desde el otro lado del salón. Caminó hacia ella con la misma elegancia con la que había llegado, y Leonhard y yo nos quedamos solos.

—Mat… —empezó Leonhard—. No lo haré si la quieres para ti solo.

Le miré fijamente.

—Si ella quiere estar conmigo y con otro hombre —respondí—, prefiero que ese seas tú.

Levanté el vaso y bebí.

Y mientras la observaba hablar con mi madre, supe algo con una claridad incómoda y deliciosa a la vez.

Esa mujer no iba a encajar en mi vida. Iba a romperla. Y yo… no pensaba impedírselo.

Capítulo 11

Matthias

El whisky me quemaba la garganta con la misma facilidad con la que me mantenía anclado al suelo.

No bebía por placer. Bebía porque necesitaba algo firme entre los dedos mientras la observaba.

Iria estaba a unos metros de mí, rodeada por mi madre y por Ingrid, y resultaba casi obsceno lo natural que parecía en aquel entorno. No fingía, no se esforzaba. No estaba actuando para nadie. Simplemente… pertenecía allí.

Sonreía y reía. Esa risa baja, controlada, que no buscaba llamar la atención, pero que inevitablemente lo hacía. Mi madre le hablaba con entusiasmo, tocándole el brazo con esa cercanía que solo concedía cuando alguien le había ganado el respeto. Ingrid asentía, evaluándola con esa mirada aguda que había hecho temblar a más de un consejo de administración. Se veía que Iria estaba cómoda.

Dios… había gente que nacía para esto.

Las vi presentarla a varias mujeres: esposas de empresarios alemanes, alguna diplomática; incluso reconocí a la mujer de un alto cargo de la embajada. Iria escuchaba, respondía con inteligencia, con elegancia, con ese equilibrio perfecto entre cercanía y distancia profesional.

No se inclinaba. No se encogía. Brillaba sin pedir permiso.

Le di otro trago al whisky sin apartar la mirada de ella; escuché la voz de mi amigo.

—Parece que esa mujer ha nacido para esto —dijo Leonhard a mi lado, con esa media sonrisa canalla que siempre escondía verdades incómodas.

Asentí sin apartar la vista de ella.

—Sí.

No necesitaba decir nada más. Leonhard giró la cabeza hacia mí, apoyándose en la barra improvisada.

—Entonces… ¿Cómo pasó?

Suspiré.

—¿El qué?

—No te hagas el idiota, hermano. Frankfurt. Ella. Tú. La cama —enumeró.

Giré apenas el vaso entre los dedos.

—Desde Madrid —dije al fin—. Desde que la conocí en la sede. No sé por qué… pero algo se me removió por dentro. Y no me disgustaba, pero me estaba volviendo loco al sentirme atraído por ella.

Leonhard arqueó una ceja.

—Continúa.

—En Frankfurt fue peor. Cada reunión, cada cruce de miradas… la atracción no hizo más que crecer. Y el miércoles, durante la cena… —Sonreí de lado—. Me dijo que, si no fuera su jefe, se acostaría conmigo.

Leonhard soltó una carcajada baja.

—¿Así, sin anestesia?

—Así.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste?

—Le dije que sentía lo mismo. Sin saber por qué.

Leonhard asintió lentamente.

—Vuestros cuerpos ya se habían reconocido —dijo—. De vuestros encuentros en el club.

Recordé la oscuridad, el anonimato, el contacto sin rostros, y asentí.

—Eso parece.

Leonhard bebió un sorbo de su copa y luego me miró con atención.

—Si yo me quedé en shock cuando supe que la señorita Souto e Iria eran la misma mujer… no quiero imaginar cómo te quedaste tú.

—Como si el universo se estuviera riendo de mí —respondí sin mirarlo, aún observándola—. Pero también… —Tragué saliva— como si todo encajara de una forma que no me gustaba reconocer. Es brillante —continué, sin que él me lo pidiera—. Más de lo que aparenta. Tiene una mente estratégica que no he visto en años. Trabaja como nadie. Sostiene proyectos imposibles como si no pesaran. Y jamás utiliza su inteligencia para aplastar a nadie.

Leonhard sonrió.

—Hablas de ella como nuestros padres hablan de nuestras madres. Y tienes la misma mirada que ellos.

Fruncí el ceño y lo miré por fin.

—No seas gilipollas. No me he enamorado de ella.

Leonhard alzó las manos, rendido.

—Todavía —dijo—. Pero déjame decirte una cosa: estás a un telediario de hacerlo.

Se encogió de hombros y se alejó hacia un empresario danés, dejándome solo con mis pensamientos.

En ese momento, los recuerdos me golpearon sin permiso.

La única vez que sentí algo más que deseo por una mujer, la única en toda mi vida, ella acabó muerta. Y el mundo decidió que el culpable era yo.

Apreté el vaso con fuerza. Levanté la vista de nuevo y vi a Iria sonriendo entre mi madre e Ingrid. Entonces noté el movimiento. Los flashes. Los micrófonos. La prensa.

Estaban demasiado cerca de ellas. Y por primera vez en años, sentí una punzada que no era miedo por mí. Era por ella.

No me lo pensé.

En cuanto vi cómo los periodistas empezaban a cerrar el círculo, cómo los micrófonos se alargaban demasiado y los flashes buscaban ángulos imposibles, dejé el vaso de whisky sobre la mesa más cercana y caminé hacia ellas.

Iria seguía sonriendo, educada, profesional. Demasiado profesional para la situación. Mi madre mantenía la compostura con esa elegancia innata que nunca abandonaba, pero conocía bien esa ligera rigidez en sus hombros. No le gustaba la invasión, aunque supiera manejarla.

Ingrid observaba a la prensa con su habitual frialdad calculada, como si ya estuviera anotando mentalmente quién merecía una respuesta y quién no.

Me coloqué a su lado casi sin que lo notaran.

—Señores —dije con calma—, creo que ya han tenido suficientes fotos.

Eso bastó para que todos se giraran hacia mí como si acabara de encender una luz.

—Señor Eisenhart —empezó uno de ellos—, ¿podría adelantarnos algo sobre los nuevos proyectos de *Eisenhart & Wolf*?

—Siempre tan discretos —añadió otro—. Se rumorea una expansión en Asia.

—Y si nos permite preguntar —intervino una periodista con sonrisa afilada —, ¿quién es su acompañante esta noche? ¿Es cierto que es solo la directora global o hay algo más?

Sentí cómo Iria se tensaba a mi lado, apenas un gesto, casi imperceptible. La miré de reojo y vi cómo sonreía con disimulo y se sonrojaba. Joder.

Inspiré despacio y hablé con voz firme.

—Es la mejor directora global que *Eisenhart & Wolf* podría tener —dije—, y espero que lo siga siendo durante mucho tiempo.

Hubo un murmullo generalizado.

—Ahora —continué—, si nos disculpan, nos gustaría disfrutar de una copa con tranquilidad.

No esperé respuesta. Cogí suavemente del brazo a mi madre y, con un gesto casi imperceptible, invité a Iria a acompañarnos. Nos alejamos hacia uno de los rincones más discretos del salón, lejos de los focos y las preguntas.

Cuando por fin estuvimos a salvo, mi madre suspiró.

—Desde luego, la prensa nunca pierde la oportunidad de hacerse con un buen cotilleo… o una exclusiva —dijo, negando con la cabeza.

Luego miró a Iria con una sonrisa sincera.

—Siento mucho lo que han insinuado, querida.

Iria negó suavemente.

—No se preocupe, Carmen —respondió—. Ya sé cómo es la prensa. Y lo mucho que a algunos les gusta inventarse noticias sobre el corazón.

Mi madre soltó una breve risa cómplice.

—Por desgracia, sí.

En ese momento, alguien la llamó desde el otro lado de la sala. Un viejo conocido, por el tono de su voz.

—Disculpadme un momento —dijo—. No tardaré.

Nos dejó solos, y de pronto, el ruido del salón se volvió lejano.

Iria y yo nos miramos sin decir nada durante unos segundos que se alargaron más de lo necesario. Estaba cerca, demasiado cerca para un lugar público. Podía oler su perfume, sentir el calor de su cuerpo.

—Si la prensa supiera lo que pasa fuera de la empresa… —murmuró ella al fin—. Estarían todos los días en la puerta de *Eisenhart & Wolf* esperando pillarnos.

Esbocé una media sonrisa.

—Habría fotos robadas. Titulares exagerados. Opiniones de gente que no nos conoce —comenté.

—Exacto.

La miré con seriedad.

—Eso no va a pasar.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no voy a exponerte —dije—. Ni a ponerte en el foco mediático. No permitiré que nadie te convierta en un espectáculo.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos.

—Gracias —dijo en voz baja.

Y por un instante, olvidé dónde estábamos.

El momento se rompió con el sonido de un móvil.

Iria parpadeó, como si regresara de golpe a la realidad, y metió la mano en el bolso. Yo la observé sin disimulo. Vi cómo su expresión cambiaba en cuanto miró la pantalla y fruncía el ceño.

—¿Está todo bien? —pregunté, ya alerta.

—Es Julia —respondió—. Mi vecina. La chica que cuida de Vera.

Algo en su voz me puso en tensión incluso antes de que contestara la llamada.

—¿Sí? —dijo, apartándose apenas unos pasos.

No me alejé. No pude. La vi llevarse la mano libre al pecho.

—¿Qué? —su tono se volvió agudo—. ¿Cómo que está vomitando? ¿Desde cuándo? ¿Y la fiebre? ¿Cuánta?

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Cómo ha pasado? —insistió—. ¿Se ha caído? ¿Ha comido algo raro?

Escuché el silencio al otro lado de la línea.

—Vale —dijo con la voz temblorosa—. Vale, voy para allá ahora mismo. No, no esperes. Llévala al hospital. Voy en camino.

Colgó y se giró hacia mí con los ojos brillantes, pero sin llorar. Aún no.

—Julia va en taxi con Vera al hospital —dijo—. Ha empezado a vomitar mucho y tiene mucha fiebre. Tengo que irme.

No dudé ni un segundo.

—Voy a avisar al chófer —respondí—. Voy contigo.

Sacó aire como si fuera a discutir, pero no lo hizo. Busqué a Leonhard y le hice un gesto para que se acercara.

—Nos vamos —le dije en cuanto respondió—. Ha surgido una urgencia con su sobrina. Por favor, díselo a mis padres.

—Claro —contestó sin preguntar—. Llamadme cuando sepáis algo.

Asentí, saqué el móvil y llamé al chófer. No hizo falta explicar nada. Cuando cruzamos las puertas de la embajada, el coche ya estaba allí, esperándonos.

El conductor abrió la puerta trasera en cuanto nos vio acercarnos. Iria subió primero, con movimientos rápidos, tensos. Me senté a su lado y el coche arrancó casi de inmediato.

Entonces, por primera vez desde que la conocía, la vi perder el control. La rodeé con el brazo y la atraje hacia mí sin pensar.

—No te preocupes —le dije, apoyando la barbilla en su cabeza—. Seguro que todo está bien.

No sabía si era verdad. Pero necesitaba que lo creyera. Y, por alguna razón que todavía no comprendía del todo, necesitaba creerlo yo también.

Capítulo 12

Iria

El coche avanzaba demasiado despacio. O al menos eso me parecía a mí.

Cada segundo se estiraba como si tuviera todo el tiempo del mundo para torturarme. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, los dedos fríos, el corazón golpeándome el pecho con una violencia que me resultaba insoportable. Miraba por la ventanilla sin ver nada, con la mente atrapada en una sola imagen: Vera, pequeña, frágil, enferma. Vomitando. Con fiebre. Sola.

Cerré los ojos un segundo y sentí cómo se me tensaba la garganta al pensar en Héctor.

Cuando se enterara… se hundiría. Siempre lo hacía cuando no estaba. Se mortificaría por no haber estado en casa, por no haber llegado a tiempo, por haber trabajado esa noche en el club. Y no era justo. No lo era. Él no solo trabajaba allí, lo dirigía. No podía dejarlo en manos de cualquier responsable, no cuando había tanto en juego.

Pero, aun así, se culparía. Como siempre. Yo también lo hacía.

Sentí el brazo de Matthias rodeándome con más fuerza. No me había soltado desde que el coche arrancó. Su presencia era firme, cálida, real. Como si fuera un ancla en mitad del caos.

—Todo va a salir bien —me dijo de nuevo, con voz baja, convencida—. Ya lo verás.

Y quise creerle.

—Esa niña es mi vida —murmuré, tragando un nudo que se formaba en mi garganta—. La mía y la de Héctor. No soy su madre. No tengo ese derecho. Pero la quiero igual. O más. No sabría medirlo.

Matthias no dijo nada al principio, simplemente me apretó un poco más contra su pecho.

—Respira —me pidió—. Iria, mírame.

Negué con la cabeza, pero entonces me sostuvo la barbilla con dos dedos, obligándome con una delicadeza que me desarmó. Levanté la vista y sus ojos grises me atraparon al instante. No había dureza en ellos. Solo preocupación. Por mí.

—Todo va a ir bien —repitió, y se inclinó.

El beso fue suave, contenido, pero cargado de algo que me hizo olvidar durante un segundo dónde estaba. Cuando se apartó, apoyó la frente en la mía.

—Llevaba queriendo besarte desde que te vi entrar en la embajada —confesó.

Y yo solté una risa temblorosa.

—Eso sí que habría sido todo un titular para la prensa.

Él sonrió. Y durante un instante, el miedo aflojó un poco.

Cerré los ojos, intentando aferrarme a esa sensación, aunque sabía que apenas duraría. Me pregunté cuántas veces más tendría que sostenerme así antes de que la realidad nos golpeara de nuevo.

—Gracias por estar aquí —susurré—. No sé qué haría si no estuvieras tú.

—No me iba a quedar fuera —dijo Matthias—. Nunca lo hago cuando alguien que me importa está en peligro.

Quise responder, pero las palabras se me enredaron en la garganta. Mejor me concentré en respirar, en escuchar cómo mi corazón poco a poco se calmaba gracias a su cercanía.

—¿Sabes? —dije finalmente—. Cuando era niña, cada vez que me sentía enferma, mi madre me traía zumo de naranja y galletas. Nada más podía hacerme sentir mejor. Era un truco tonto, pero funcionaba.

—Quizá podamos intentarlo con Vera —propuso Matthias con una media sonrisa—. O con algo un poco más avanzado que galletas.

—Sí… —musité, intentando sonreír—. No estoy segura de que funcione, pero… vale la pena intentarlo.

El coche avanzó unos metros más y, finalmente, el chófer anunció desde el asiento delantero:

—Estamos llegando, señor.

Levanté la cabeza de golpe. El hospital apareció ante nosotros, iluminado, imponente, demasiado grande para una noche que ya me parecía interminable. Sentí cómo el estómago se me encogía aún más.

Matthias me miró con atención.

—Tienes que estar tranquila —me dijo—. Para no asustarla más de lo que seguramente ya lo esté ella.

Asentí, aunque no estaba segura de ser capaz.

El coche se detuvo y bajamos casi al mismo tiempo. El aire frío de la noche me golpeó el rostro, despejándome apenas lo justo para seguir adelante sin venirme abajo, y respiré hondo. Tenía que mantener la compostura. Vera me necesitaba fuerte, no rota.

Entramos en el hospital a paso rápido. El olor a desinfectante me resultó familiar y aterrador a la vez. Me dirigí directamente al mostrador de urgencias.

—Buenas noches —dije, intentando controlar la voz—. Busco a una niña, Vera Lamas. Ha llegado hace poco en taxi.

La enfermera tecleó algo en el ordenador y luego alzó la vista.

—¿Es usted familiar de la menor?

—Sí —respondí sin pensar—. Soy la mujer que la parió… y la estoy criando como su tía.

La mujer abrió mucho los ojos. Sentí cómo me temblaban las manos. Antes de que pudiera decir nada más, Matthias se acercó a mi lado.

—Disculpe a mi mujer —dijo con una calma impecable—. Está muy nerviosa.

Me quedé rígida.

—Somos los tíos de Vera —continuó—. La niñera nos ha avisado porque su padre está trabajando esta noche.

La enfermera nos observó un segundo más, luego volvió a mirar la pantalla.

—Está en la sala cinco, en la zona de urgencias —informó.

No esperé a que terminara la frase. Eché a correr y solo alcancé a escuchar a mi espalda la voz de Matthias:

—Gracias.

El pasillo de urgencias se me hizo eterno. Las luces blancas, el suelo brillante, el sonido lejano de monitores y pasos apresurados… todo se mezclaba con el latido desbocado de mi corazón.

Busqué los números en las puertas casi sin respirar. Sala uno. Sala dos. Sala tres. Sala cuatro. Cinco.

Empujé la puerta sin llamar, y la imagen me atravesó como un cuchillo.

Vera estaba inclinada sobre un pequeño orinal de plástico, vomitando con fuerza. Su cuerpecito temblaba. Julia la sujetaba con cuidado, apartándole el pelo de la cara, hablándole con una dulzura infinita.

—Tranquila, cariño… ya pasa… muy bien, campeona…

—Vera… —susurré.

La niña levantó la cabeza y en cuanto me vio, se echó a llorar.

—No quería estropearte tu fiesta —sollozó—. Estabas muy guapa… y ahora estás en el hospital…

Sentí cómo se me hacía un nudo imposible en la garganta. Me acerqué a ella y la abracé con cuidado, pegándola a mí como si pudiera protegerla de todo.

—Ni todas las fiestas del mundo —le dije con la voz rota— impedirían que yo fuera donde tú estés cuando me necesites.

Vera se aferró a mi vestido.

—Me duele mucho… —lloró—. Me duele aquí.

Se señaló el estómago, y Julia me miró.

—Le han sacado sangre —me explicó en voz baja—. Estamos esperando a que vengan para hacerle más pruebas. Dice que le duele mucho la tripa.

Asentí, tragando saliva. En ese momento, Vera levantó la mirada y lo vio.

—¿Quién es? —preguntó, señalando a Matthias.

Lo miré. Él sonrió, despacio, con cuidado de no invadir.

—Soy Matthias —le dijo—. Pero puedes llamarme Mat, que es más corto.

Vera lo observó unos segundos, muy seria.

—¿Cupido te ha lanzado una flecha? —me preguntó de pronto—. Porque es muy guapo… y me gusta para ti.

Julia soltó una carcajada. Matthias también. Yo fruncí el ceño, fingiendo severidad.

—Mucho no te dolerá la tripa cuando haces esas bromas —le dije—. Eres igual que tu padre.

Vera sonrió entre lágrimas.

—Y que tú —añadió—. Papá siempre dice que he sacado tu sentido del humor, tía.

Y los tres nos reímos. Incluso yo. Incluso allí.

Mientras me acomodaba junto a la camilla improvisada, no pude evitar pensar en todo lo que había cambiado mi vida por esta niña. Cada pequeño gesto suyo me atravesaba, me llenaba y me aterraba a partes iguales. Pero también me recordaba que no estaba sola. Que había alguien a mi lado dispuesto a sostenerme, a sostenernos.

—¿Sabes? —le susurré a Matthias mientras acariciaba la cabeza de Vera —. A veces siento que la vida nos pone pruebas imposibles. Y luego, en medio de todo, nos da momentos así… momentos que nos recuerdan que seguimos aquí. Y que mientras estemos juntos, no hay nada que no podamos afrontar.

Vera se removió un poco y apoyó su cabeza contra mi hombro. Su respiración se fue calmando, y en ese instante, por primera vez desde que me llamó Julia, sentí que podíamos, al menos por un momento, dejar que el miedo se disolviera.

—Tía… —dijo Vera, bajito—. Gracias por venir.

—Siempre, pequeña. Siempre.

Y mientras la veía cerrar sus ojitos para descansar un poco, con Matthias a mi lado, supe que aquella noche, pese a todo, también estaba llena de algo precioso: complicidad, cariño y un vínculo que nada ni nadie podría romper.

Capítulo 13



Iria

Un enfermero apareció de repente, con pasos firmes pero amables, y me hizo un gesto para que nos apartáramos un poco.

—Vamos a llevar a Vera a hacerle algunas pruebas —dijo con voz tranquila, como si quisiera que todo pareciera rutinario—. Solo nos llevará unos minutos.

Vera me miró con ojos todavía vidriosos por las lágrimas, y yo le sonreí, intentando transmitirle seguridad. La sujeté un momento, y ella se abrazó a mí con fuerza, buscando refugio.

—Tranquila, pequeña —susurré—. Todo va a ir bien.

El enfermero la cogió en brazos cuidadosamente y se la llevó. Julia nos siguió, asegurándose de que Vera no se asustara. Matthias permaneció a mi lado, silencioso, con esa preocupación constante que parecía recorrer cada fibra de su cuerpo.

Nos condujeron a una sala contigua, destinada a familiares y acompañantes. Nos sentamos en los sillones, yo con las manos entrelazadas, todavía sintiendo el calor del abrazo de Vera en mis brazos.

Julia se sentó a mi lado y rompió el silencio.

—Ha sido todo muy repentino —dijo—. Cenamos sándwiches mixtos con patatas fritas y de postre una mousse de fresa. Estábamos viendo un poco la televisión, sin nada especial, y de repente… empezó a vomitar.

Tragué saliva, intentando mantener la calma.

—No te preocupes, Julia —dije—. No tienes la culpa. No la tiene nadie. Esto puede pasar en cualquier momento, sin avisar.

Ella asintió, con expresión preocupada pero agradecida.

—Gracias, Iria. Es que… la veía tan feliz, celebrando su pequeña fiesta… y de repente…

—Lo sé —la interrumpí suavemente—. Lo sé.

Matthias se acercó y me cogió la mano. Su presencia era firme, reconfortante, aunque en sus ojos podía ver la preocupación que él mismo intentaba ocultar.

—Todo va a salir bien —susurró de nuevo—. La niña está en buenas manos.

Asentí, aunque la ansiedad me estrujaba el pecho. Cerré los ojos un instante, imaginando a Vera en brazos de Julia, con lágrimas en los ojos, y luego la visualicé sonriendo un poco, descansando tras las pruebas.

—Me voy a esperar —dijo Julia, con un hilo de voz—. No quiero irme sin saber qué le pasa.

—Yo tampoco —contesté, todavía sin mirar a Matthias—. No pienso dejarla sola ni un segundo.

Él me lanzó una mirada que decía más de lo que las palabras podían transmitir. Sus ojos grises se suavizaron, y apretó mi mano con un gesto firme, casi posesivo.

—Yo también me quedo —murmuró—. No voy a dejarte sola.

Me apoyé un instante en su hombro, buscando un poco de calma en medio del miedo, y respiré hondo. Intenté concentrarme en algo más allá de mi preocupación, aunque resultaba imposible. Vera era tan pequeña, tan frágil, y aun así tan valiente.

El tiempo parecía detenerse en aquella sala. Cada segundo era interminable. Cada paso fuera de la puerta nos hacía girar la cabeza, esperando ver volver al enfermero con buenas noticias.

Y mientras esperaba, mientras sentía la tensión que me recorría de pies a cabeza, no podía dejar de pensar en lo que le esperaba a la niña, en la espera, en la incertidumbre… Y en lo que significaba para mí, para Héctor y para todos los que la queríamos.

Habían pasado casi treinta minutos desde que Vera se había ido con el enfermero. Cada segundo se me había hecho eterno. Me mantenía sentada, las manos apretadas sobre las piernas, intentando controlar la respiración mientras escuchaba el murmullo lejano de la sala de urgencias, el sonido ocasional de los pasos en el pasillo y las sirenas de las ambulancias que habían llegado.

Julia seguía a mi lado, silenciosa, con la mirada fija en la puerta por la que había desaparecido Vera. Matthias permanecía cerca, pero sin acercarse demasiado. Solo observaba, con esa mezcla de calma y preocupación que siempre lo hacía parecer más fuerte de lo que yo me sentía en ese momento.

De repente, la puerta se abrió y apareció un hombre con bata blanca, apremiante, pero con voz serena. Mi corazón dio un vuelco.

—Señorita Souto —dijo el médico—. Ya hemos terminado las pruebas. ¿Puedo hablar con usted un momento?

Asentí, tratando de controlar el temblor en la voz. Matthias se inclinó un poco hacia mí, como anticipando lo que venía.

—Hemos hecho análisis de sangre, ecografía abdominal y examen físico completo —explicó el médico—. Todo indica que Vera tiene una apendicitis aguda. La inflamación es importante y necesitamos operar de urgencia para evitar complicaciones.

Mi garganta se secó y sentí que el mundo se cerraba un poco a mi alrededor. No había tiempo para asimilarlo. Lo único que pude decir fue:

—Adelante… háganlo —mi voz salió más baja y temblorosa de lo que esperaba—. Hagan lo que tengan que hacer.

El médico me miró con comprensión.

—Es normal estar asustada —dijo suavemente—. Pero la hemos cogido a tiempo. La operación es segura y, salvo complicaciones raras, todo irá bien.

Intenté respirar, inspirando y expulsando el aire lentamente, intentando convencerme a mí misma de que lo que decía era verdad. Matthias me cogió del brazo y me apretó con fuerza.

—Va a salir bien —susurró—. Todo está bajo control.

Asentí de nuevo, cerrando los ojos un instante. Las imágenes de Vera sonriéndome antes de enfermar todavía me perseguían, y un miedo brutal me apretaba el pecho. Pero había una certeza en la voz del médico y en el tacto de Matthias que, de algún modo, me daba fuerza.

—Me quedo hasta que terminen para verla —dijo Julia.

—Gracias, cielo —sonreí y le di un apretón en la mano.

Matthias se inclinó un poco hacia mí y apoyó una mano en mi hombro.

—Yo tampoco me voy. Estaré aquí todo el tiempo. Contigo.

Asentí otra vez, apoyando la cabeza brevemente en su hombro. Me sentía vulnerable, agotada, pero no sola. Ese pensamiento me sostuvo durante los minutos que siguieron, mientras nos sentábamos a esperar y escuchábamos el ruido distante del hospital, el timbre de los monitores y los pasos apresurados de los médicos y enfermeras.

No sabía cuánto tiempo tardaría la operación, pero cada segundo se hacía interminable. Intenté concentrarme en la certeza de que había personas

expertas cuidando de Vera y en que, aunque no podía controlarlo todo, podía estar allí cuando despertara.

El tiempo se había hecho interminable, pero finalmente, la puerta se abrió y apareció el médico con una expresión que, aunque cansada, llevaba consigo un hilo de alivio.

—La operación ha ido bien —anunció—. Hemos podido extraer el apéndice a tiempo y no ha habido complicaciones. Ahora tendrá que quedarse unos días en observación, pero todo está bajo control.

Sentí un peso enorme salir de mi pecho y, sin darme cuenta, apoyé la cabeza sobre mis manos, dejando que un suspiro largo y contenido se escapara.

—El tiempo que haga falta —dije con la voz rota, con ese nudo en la garganta que no podía quitarme—. Solo quiero que esté bien.

—¿Podemos verla ahora? —preguntó Julia, sin poder esperar más.

—Sí —respondió el médico—. Síganme.

Matthias me cogió del brazo y me condujo con pasos firmes por los pasillos del hospital, manteniéndome en pie para que no me fallaran las fuerzas. Julia nos seguía de cerca, silenciosa, pero con una sonrisa que intentaba tranquilizarme.

Al entrar en la habitación, la vi. Vera estaba recostada, agotada, medio dormida, con el cabello desordenado y los párpados pesados. Al notar mi presencia, abrió un ojo y esbozó una sonrisa juguetona.

—Tía… —susurró con voz débil—. Ahora yo también tengo una cicatriz… como tú.

Me acerqué con cuidado y le besé la cabeza, acariciando suavemente su cabello.

—Sí, pequeña —dije—. Ahora duerme un poco, descansa. Cuando despiertes, papá estará aquí para darte los buenos días.

Vera cerró los ojos, apoyando la cabeza contra la almohada, y pronto cayó en un sueño ligero.

—Me quedaré toda la noche —le susurré a Julia, mientras ella me miraba con una mezcla de cansancio y comprensión.

—Puedo ir a por ropa para que te cambies —propuso Julia—. Así podrás estar más cómoda aquí.

—Gracias —le dije, sintiendo un hilo de gratitud que me llenaba—. De verdad.

Matthias, mientras tanto, se levantó y fue hacia la puerta.

—Avisaré al chófer para que la lleve y vuelva a traerla —dijo—. No tardaré.

Y salió de la habitación, dejando que nos quedáramos a solas. En cuanto la puerta se cerró, Julia se inclinó hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Si ese hombre no es tu novio todavía —dijo con un guiño—, no creo que tarde mucho en serlo.

No pude evitar fruncir el ceño, aunque una sonrisa leve se dibujó en mi rostro.

Pensé en Matthias, en la intensidad de su mirada, en la fuerza que había mostrado todo el tiempo, y en cómo me había sostenido incluso cuando yo misma estaba al borde del pánico. Pero luego mi mente se nubló con una verdad que no dejaba de perseguirme.

No creía en el amor. No de la forma que todos lo describían. Para mí, el amor siempre significaba dolor. Dolor profundo. Dolor que te podía destruir. Y yo ya lo había sentido antes, de formas que jamás podría olvidar.

Miré a Vera, tranquila por fin, respirando suavemente, y sentí una mezcla de alivio y miedo. Alivio porque estaba bien, miedo porque todo lo que me importaba era frágil, vulnerable. Y en ese momento, supe que la protegería de cualquier cosa… incluso de mí misma.

Capítulo 14

Iria

Desperté con una sensación extraña en el cuerpo, como si no supiera exactamente dónde estaba. El sofá bajo mi espalda era demasiado estrecho, demasiado duro para ser el de casa, y el aire tenía ese olor inconfundible a hospital: demasiado limpio, demasiado frío.

Parpadeé despacio. Durante unos segundos no abrí los ojos del todo. Me limité a escuchar.

Había murmullos suaves, voces bajas. Y luego… risitas. Suaves, contenidas, de esas que solo pertenecían a los niños cuando intentaban no hacer ruido y fallaban estrepitosamente.

Mi corazón dio un vuelco inmediato. Vera. Y alguien más.

Una voz masculina, grave pero modulada, con ese tono paciente que no era el de una enfermera ni el de un médico. Sonaba cercano. Cómplice.

Sonreí antes incluso de moverme. Héctor ya había llegado, por fin.

Me removí un poco en el sofá, notando cómo el cuerpo protestaba después de haber dormido encogida, mal y poco. Tenía el cuello rígido y la cabeza pesada, pero nada de eso importaba. Abrí los ojos lentamente, todavía medio adormilada, y giré la cabeza hacia la cama.

Y entonces mi cerebro tardó unos segundos en procesar lo que estaba viendo. No era Héctor quien estaba sentado junto a la cama de Vera. Era Matthias.

Vestía la misma camisa blanca de la noche anterior, ligeramente arrugada ahora, con las mangas remangadas hasta los antebrazos. Los pantalones oscuros seguían impecables, como si no hubiera pasado la noche en vela en una habitación de hospital. En el respaldo de una de las sillas, perfectamente colocadas, estaban su chaqueta y la corbata, dobladas con un cuidado casi obsesivo.

No había dormido. Eso fue lo primero que entendí.

Estaba inclinado hacia Vera, con el cuerpo ligeramente girado para no rozarla demasiado, y hablaba en voz baja, como si aquel fuera el lugar más íntimo del mundo. Ella sonreía, con esa sonrisa suya que mezclaba travesura y dulzura, y se llevaba de vez en cuando la manita al costado, justo donde sabía que tenía la incisión.

—Ay… —Se quejó en un momento dado, frunciendo un poco el ceño.

Matthias reaccionó al instante.

—Eh, cuidado —le dijo—. No te rías tanto o se te pueden saltar los puntos.

Vera abrió tanto los ojos que creí que se le acabarían saliendo.

—¿Y qué pasa si se saltan?

—Que sería un desastre —respondió él con absoluta seriedad.

—¿Un desastre, desastre? —insistió ella.

—Desastre nivel película mala —asintió—. Te podría salir sangre.

Ella hizo una mueca.

—¿Mucha?

—La suficiente para que se te infecte.

Vera arrugó la nariz.

—¿Y luego qué?

—Luego tendrían que darte más puntos.

—¿Más pinchazos? —preguntó, escandalizada.

—Exacto.

Se hizo un silencio breve. Yo observaba la escena sin atreverme a moverme, como si cualquier gesto pudiera romper aquel momento que no sabía que necesitaba ver.

—¿Y se me quedaría una cicatriz muy fea? —preguntó entonces ella, bajando la voz.

Matthias ladeó la cabeza, pensativo.

—Muy fea.

—¿Tan fea como las de los malos de las películas?

Él sonrió.

—Sí. Así, con pinta de villano.

Vera pareció meditarlo unos segundos.

—Pues yo quiero una cicatriz bonita —dictaminó—. Como la de mi tía Iria.

Sentí un nudo inmediato en la garganta. Matthias suavizó la expresión.

—La de tu tía sí que es bonita —dijo—. Muy bonita.

Vera frunció el ceño, mirándolo con desconfianza.

—¿Tú se la has visto?

Él abrió la boca para contestar… justo cuando la puerta de la habitación se abrió.

—Buenos días, mi pequeña guerrera.

La voz de Héctor llenó la estancia como un abrazo, y Vera giró la cabeza al instante.

—¡Papá!

Héctor cruzó la habitación en dos zancadas y se inclinó sobre la cama con cuidado, besándole la frente.

—¿Cómo estás? —preguntó, con esa mezcla de alivio y preocupación que solo él sabía tener.

—Ahora mejor —respondió ella—. Pero por la noche… —hizo un gesto dramático con la mano—. Con tanto vomitar parecía la niña del exorcista.

Hubo un segundo de silencio. Y luego los tres, Héctor, Matthias y ella, estallaron en carcajadas. Héctor se enderezó, negando con la cabeza.
—Cuatro años —murmuró—. Y ya me hablas así.

Luego se giró hacia Matthias, evaluándolo con una sola mirada fugaz, de arriba abajo, sin hostilidad, solo curiosidad.

—Tú debes de ser Matthias Eisenhart —dijo—. El jefe de Iria.

Sonreí, porque ellos ya se conocían, solo que con un antifaz ocultando sus rostros y, en el caso de mi jefe, con un diminutivo de su nombre.

Matthias se levantó inmediatamente.

—Sí —respondió, tendiéndole la mano—. Encantado.

Héctor se la estrechó con firmeza.

—Gracias por quedarte con ellas —añadió—. De verdad.

Matthias negó despacio.

—No iba a dejarlas solas.

Me quedé mirándolos, con el corazón extrañamente lleno, mientras Vera observaba la escena con una sonrisa satisfecha, como si todo estuviera exactamente donde debía estar.

Y supe, en ese instante, que aquel amanecer en una habitación de hospital ya se había quedado grabado en mí para siempre.

Debí de hacer algún ruido al moverme, porque Vera giró la cabeza hacia el sofá.

—¡Tía! —exclamó, bajando la voz a medias—. ¡Ya te has despertado!

Sonreí, todavía con el cuerpo pesado por el sueño mal dormido, y me incorporé despacio.

—Buenos días —dije en general—. Veo que aquí ya hay un comité reunido.

Héctor se giró hacia mí y me dedicó una sonrisa cansada, de esas que solo aparecían después de una noche larga y cargada de miedo.

—Buenos días, dormilona.

Matthias también me miró. Sus ojos grises se detuvieron en mí un segundo más de lo necesario, recorriéndome sin pudor: el pelo revuelto, la camiseta que me había traído Julia arrugada, la postura encogida de haber dormido en un sofá demasiado angosto. No dijo nada, pero su expresión se suavizó.

Me levanté y me acerqué a la cama con pasos tranquilos, intentando no despertar el dolor que empezaba a asomar en mi espalda.

—¿Cómo está mi niña favorita? —pregunté, apoyando una mano en la barandilla.

—Bien —respondió Vera—. Ya no me duele tanto. Bueno… un poco sí, pero solo si me río.

—Entonces habrá que evitar las bromas —dije, arqueando una ceja.

—Eso es imposible —replicó ella muy seria—. Porque Mat es muy divertido.

Miré a Matthias con incredulidad.

—¿Divertido? —pregunté—. ¿Estás segura? Porque mi jefe es más bien serio.

Vera negó con la cabeza, como si yo no tuviera ni idea de nada.

—Eso es porque en el trabajo tiene que ser serio —explicó—. Pero fuera, no. Fuera, es divertido.

Matthias sonrió de lado.

—Ves —dijo—. Los niños siempre dicen la verdad.

Héctor soltó una carcajada baja.

—Esta tiene un radar especial para la gente que le cae bien.

En ese momento, la puerta se abrió y entró una enfermera empujando un carrito.

—Buenos días —saludó—. Traigo el desayuno.

Los ojos de Vera se iluminaron.

—¡Menos mal! —exclamó—. Me estaba muriendo de hambre.

—*Drama Queen* —murmuró Héctor.

Todos reímos, incluso la enfermera, que dejó la bandeja sobre la mesita con cuidado.

Mientras Vera empezaba a examinar el contenido como si fuera un tesoro, me giré hacia Matthias.

—No hace falta que te quedes —le dije en voz baja—. Ya estamos nosotros.

Él me miró con atención.

—¿Has dormido algo? —pregunté entonces, y negó.

—No. Preferí que durmierais vosotras. Estuve pendiente por si Vera necesitaba algo.

Sentí un pinchazo de culpa.

—No deberías haberte quedado —dije—. No era tu responsabilidad.

Matthias dio un paso hacia mí. Levantó la mano y, con un gesto lento, casi reverente, me acarició la mejilla con los nudillos.

—No te iba a dejar sola.

Fue un gesto tan natural, tan instintivo, que apenas tuve tiempo de reaccionar. Se inclinó y me besó.

Un beso suave y breve en los labios, pero suficiente para despertar ese algo que solo él despertaba en mí.

—¡Papi! —anunció Vera de inmediato—. Que se han besado. Eso es que son novios. Y decía la tía que no.

Me quedé helada.

—Vera —dije, intentando mantener la compostura—. Me ha dado un beso en la mejilla.

Ella ladeó la cabeza, muy poco convencida.

—Sí, sí… en la mejilla… —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Héctor se rio abiertamente, y Matthias también.

—No puedes negar que es tu sobrina —comentó él—. Tiene muchos gestos tuyos.

Suspiré.

—Demasiados —murmuré.

Miré de nuevo a Matthias.

—Deberías irte —insistí—. Y descansar.

Él asintió despacio y se acercó a la cama.

—Me tengo que ir —le dijo a Vera—. Pero prometo volver a verte pronto.

—Vale —respondió ella—. Pero vuelve, ¿eh?

—Lo haré.

Le acompañé hasta la puerta, y salimos al pasillo, dejando atrás el murmullo de la habitación y las risas apagadas.

Y allí, en el silencio del hospital, su presencia volvió a ocuparlo todo.

El pasillo estaba en silencio, apenas roto por el pitido lejano de algún monitor y el murmullo amortiguado del personal sanitario. Las luces blancas hacían que todo pareciera más real, más expuesto. Y, aun así, cuando Matthias se detuvo frente a mí, sentí que el mundo se reducía a ese pequeño espacio entre los dos.

—Gracias —dije al fin—. Por todo. Por traerme, por quedarte… aunque no deberías haberlo hecho.

Él negó despacio, con esa calma suya que siempre parecía esconder algo más.

—Estaba donde tenía que estar —respondió—. Y si necesitas cualquier cosa… lo que sea… no dudes en llamarme.

No me dio tiempo a contestar. Se inclinó hacia mí y me besó de nuevo. Esta vez no fue un roce inocente ni una excusa. Fue un beso lento, profundo, cargado de una intención que me dejó sin aire durante un segundo. Sentí su mano en mi cintura, firme, segura, y cómo mi cuerpo reaccionaba antes incluso de que mi cabeza pudiera procesarlo.

Cuando se apartó, tuve que tragar saliva.

—No tienes que ir a trabajar la semana que viene —dijo entonces, con voz grave—. Quédate en casa con la niña. Trabaja desde allí.

Negué casi de inmediato.

—No. Héctor está en casa por las mañanas. Él se hará cargo.

Matthias levantó la mano y me sostuvo la barbilla con dos dedos, obligándome a mirarle. Sus ojos grises se clavaron en los míos con una intensidad que me hizo contener la respiración.

—Es una orden de tu jefe, Iria —dijo—. Si te veo por la oficina una sola mañana, habrá consecuencias.

Un escalofrío me recorrió entera. Sentí cómo se me aceleraba el pulso, cómo algo oscuro y peligrosamente atractivo se despertaba en mi interior. Matthias se inclinó, acercando los labios a mi oído.

—Si te veo —susurró—, te encerraré en mi despacho y te follaré como castigo.

Se me escapó una sonrisa, lenta y provocadora.

—Eso no sería un castigo —murmuré.

Él sonrió, ladeando la cabeza.

—Lo sería —replicó—. Porque no podrías gritar ni correrte como te gusta hacerlo.

El beso que me dio después fue breve pero más intenso. Y entonces se apartó, dio un paso atrás y se marchó por el pasillo como si no acabara de poner mi mundo del revés.

Me quedé allí unos segundos, inmóvil, con el corazón desbocado y la respiración desacompasada.

No sería capaz. Ambos acordamos que en la sede no se hacía nada que no fuera trabajar.

Me repetí esa frase como un mantra mientras regresaba a la habitación. Al entrar, Vera levantó la vista enseguida.

—Mat me cae muy bien —dijo—. Ojalá lo vea más seguido. Me gusta para ti como novio, tía.

—Qué obsesión con que sea mi novio —resoplé y acabé riéndome.

Héctor, divertido, arqueó una ceja.

—Tiempo al tiempo —comentó—. Igual un día de estos se hacen novios de verdad… y hasta te dan un primito.

Los ojos de Vera se abrieron como platos.

—¿Un primito? —preguntó, ilusionada—. ¡Eso sería maravilloso! Porque yo quiero un primito o un hermanito… y como tú no parece que vayas a darme un hermanito pronto…

—Eh, eh —la interrumpí—. No pidas tanto.

Ella sonrió, divertida, mientras atacaba el desayuno.

—Vale —dijo—. Pero lo del primito me lo apunto.

Y los tres volvimos a reír.

Mientras los observaba, con la luz de la mañana entrando por la ventana y el miedo de la noche ya un poco más lejos, pensé que quizá la vida no dejaba de ser una sucesión de contradicciones. Control y deseo, miedo y ternura, límites que creía inamovibles… y personas capaces de hacerlos temblar.

Y por primera vez en mucho tiempo, no estuve segura de querer resistirme.

Capítulo 15



Matthias

Salí del hospital con las manos en los bolsillos del abrigo y la sensación extraña de haber dejado algo importante atrás, aunque sabía exactamente dónde estaba. La puerta automática se cerró a mi espalda con un siseo suave y el aire frío de la mañana me golpeó el rostro, despejándome lo justo para volver a ser consciente del mundo.

El coche apareció casi de inmediato. Mi chófer se detuvo frente a mí con la precisión de siempre. Le había escrito en cuanto me despedí de la niña, sin explicaciones, como hacía con casi todo. No las necesitaba.

Subí al asiento trasero y apoyé la cabeza contra el respaldo mientras el coche arrancaba.

En ese momento pensé en Vera sin querer. O quizá queriendo más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Era idéntica a Iria. No solo en los ojos verdes, intensos, imposibles de ignorar, sino en los gestos. En la forma de fruncir el ceño cuando algo no le cuadraba. En ese leve movimiento de cabeza cuando rodaba los ojos con fingida exasperación. En la ironía precoz, impropia de una niña de cuatro años.

Me había hecho sonreír más de una vez esa mañana. Y eso no me ocurría con facilidad.

Ella hablaba de Iria como de su tía. “Mi tía Iria”, decía. Con naturalidad. Con cariño. Sin saber que esa mujer a la que admiraba, a la que imitaba sin darse cuenta, era en realidad su madre.

No lo sabía nadie salvo ellos. Y, aun así, explicaba tantas cosas…

Y la niña creía que se parecía tanto a su tía precisamente por eso, por ser su sobrina. Como si la sangre encontrara la forma de expresarse incluso cuando la verdad estaba escondida.

Para tener solo cuatro años, era una niña despierta. Muy lista. Observadora. De esas que escuchaban más de lo que parecía y sacaban conclusiones propias. Me vino a la cabeza una de las cosas que me había dicho antes de que Iria despertara.

—*Entonces, si no me río, ¿me curo antes?*

Había tenido que morderme la lengua para no reírme en voz alta.

—*Eso ayuda* —le dije—. *Pero no te garantiza nada.*

—*Entonces me reiré un poco* —había concluido—. *Lo justo.*

Había sido imposible no hacerlo.

Por un instante, mientras el coche avanzaba por calles todavía medio vacías, pensé que no me importaría tener una hija así. Inteligente. Irónica. Con carácter. Con esos ojos que parecían ver más allá de lo evidente.

La idea apareció y desapareció casi al mismo tiempo. Ese no era un terreno seguro. No para mí.

El ático me recibió en silencio. Dejé el abrigo sobre el respaldo de una silla y caminé directamente al baño. Me quité la ropa con movimientos automáticos y dejé que el agua caliente me golpeara la espalda, intentando arrastrar con ella la noche interminable, el hospital, el miedo contenido, la tensión que aún se me acumulaba en los hombros.

Apoyé la frente contra los azulejos y pensé en Iria.

En la forma en la que me había mirado al despedirme. Cómo había temblado ligeramente bajo mis manos. Cómo había fingido control cuando sabía que estaba agotada.

Cerré el agua y salí envuelto en una toalla. Fui a la cocina y me preparé un café fuerte, sin azúcar. Necesitaba esa dosis de cafeína que me terminara de despertar.

Fue entonces cuando sonó el móvil. Miré la pantalla y suspiré.

—Hola, mamá —saludé.

—Matthias —dijo su voz al otro lado—. ¿Qué urgencia fue esa anoche para iros de la embajada como si el mundo se acabara?

Me apoyé en la encimera.

—Una niña se puso enferma —respondí—. La sobrina de Iria. La niñera la avisó porque su padre estaba trabajando.

—¿Y la madre? —preguntó.

Hice una pausa.

—No tiene. Bueno… sí tiene, pero no.

—Te explicas igual que un libro en chino —resopló, y yo no pude evitar reírme.

—Es complicado —dije—. Iria y su mejor amigo tuvieron una hija. Él quería ser padre y se lo pidió a ella. Iria ejerce de tía, no de madre. Ella… está ahí. Siempre.

Hubo un silencio al otro lado.

—Eso dice mucho de ella —afirmó mi madre—. De la gran persona que es.

Asentí, aunque ella no pudiera verme.

—Sí. Lo es.

Seguimos hablando de la cena de la noche anterior en la embajada, de algunos empresarios que habían hablado con Leonhard, y la conversación acabó en lo bien que le había caído Iria a ella, a Ingrid. Colgué poco después. Me llevé el café a los labios y me acerqué al ventanal. La ciudad se extendía ante mí, tranquila, luminosa, como si nada terrible hubiera ocurrido jamás.

Era domingo por la mañana. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí el peso del pasado aplastándome del todo.

Dejé la taza vacía sobre la encimera y cogí el móvil otra vez. Tenía varios mensajes, la mayoría irrelevantes, pero uno hizo que arquease una ceja.

Leo: *¿Cómo está la niña?*

Sonreí. Tecleé mientras volvía a apoyarme contra el ventanal.

Mat: *Bien. Apendicitis. La operaron anoche. Todo ha salido bien.*

La respuesta no tardó.

Leo: *Menos mal. ¿Y tú? Porque, conociéndote, no te habrás ido a dormir precisamente pronto.*

Solté el aire y sonreí; si alguien me conocía bien, ese era él.

Mat: *No. Le he dicho a Iria que se quede en casa toda la semana, trabajando desde allí. Para estar con la pequeña.*

Pasaron unos segundos.

Leo: *Has hecho bien. Aunque, conociendo a la señorita Souto, dudo mucho que haga caso. Me juego algo a que aparece por la sede alguna mañana.*

Sonreí de verdad esta vez.

Mat: *La he advertido. Si la veo, habrá consecuencias. Y la castigaré.*

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Leo: *Ya me hago una idea del "castigo". Seguro que has pensado en uno muy disciplinario… y muy placentero.*

Solté una breve carcajada y bloqueé la pantalla antes de que la conversación derivara hacia donde ambos sabíamos que podía hacerlo.

Fue entonces cuando el teléfono volvió a sonar con una nueva llamada.

Al ver el nombre en la pantalla, fruncí el ceño. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella, y respondí.

—Matthias —dijo su voz, suave, conocida—. He visto en la prensa que estás de vuelta.

Me apoyé en la encimera.

—Sí.

—Me alegro —continuó—. De verdad. Nunca debiste pasar esos años encerrado por algo que muchos sabíamos que no hiciste.

Cerré los ojos un instante.

—Gracias.

—Me gustaría verte —añadió—. Solo para comprobar que estás bien.

Pensé un segundo.

—Puedo tomar un café contigo en una hora.

Hubo una breve pausa. Luego, una sonrisa que casi pude imaginar.

—Sí. Me parece bien.

Acordamos dónde vernos y colgué.

Me vestí sin pensarlo demasiado: vaqueros oscuros, un jersey sencillo, deportivas, la chaqueta de cuero. Nada que llamara la atención. Nada que dijera CEO. Solo yo.

Mientras me ajustaba el reloj, pensé que el pasado tenía una costumbre desagradable: volver cuando menos lo esperabas, con la excusa de comprobar si seguías vivo, y cuando estuve listo, salí del ático con esa sensación incómoda de que algo estaba a punto de moverse.

La cafetería estaba casi llena, pero aun así la vi nada más entrar.

Estaba sentada en una de las mesas del interior, junto al ventanal, con una taza entre las manos. El pelo oscuro le caía sobre los hombros con la misma naturalidad de siempre y llevaba un abrigo claro que le daba un aire elegante sin esfuerzo. No había cambiado. O quizá sí… pero para mejor. Los cinco años no la habían endurecido; al contrario, parecía más segura, más entera.

Me acerqué despacio.

—Hola, Sofía —saludé; ella levantó la vista y sonrió.

—Hola, Matthias.

Se puso de pie sin dudarlo y me abrazó con fuerza, de manera afectuosa, sincera. No fue un gesto incómodo ni forzado. Fue un abrazo de esos que te recordaban que hubo un tiempo en el que no todo dolía.

Correspondí igual.

—Estás bien —dijo al separarse, mirándome con atención—. De verdad.

—Eso intento.

Nos sentamos.

Durante unos minutos hablamos de lo que conocíamos. Del club al que solíamos ir, de aquellas noches interminables, de la música demasiado alta y las conversaciones que parecían no acabar nunca. Sonrió al recordar anécdotas

absurdas, risas compartidas, momentos que ahora parecían pertenecer a otra vida. Era inevitable.

El silencio llegó solo.

—La cárcel… —dijo al final, con cuidado—. Nunca fue justo.

Negué despacio.

—No buscaron a más culpables —respondí—. Todo apuntaba hacia mí. Y con eso fue suficiente.

Ella apretó los labios.

—Muchas de las mujeres que compartimos noches contigo sabíamos que no eras agresivo. Que no perdías el control. Jamás lo habrías perdido así. Y con ella… mucho menos. Todos sabíamos lo que significaba para ti.

Asentí, con la mirada fija en la mesa.

—Te han robado cinco años a tu vida —continuó—. Y no han buscado al que de verdad hizo aquello.

Levanté la vista.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando la policía me enseñó las fotos… —tragó saliva—. Supe que aquello había sido rabia. Ensañamiento. Crueldad. Eso no lo hace cualquiera. Eso lo hace alguien que os conocía bien a los dos.

El recuerdo me atravesó como un cuchillo.

—No podemos devolverle la vida —dije—. Pero no descansaré hasta saber la verdad.

—¿Has contratado a un detective? —preguntó con curiosidad, y negué.

—Lo he dejado en manos de mi abogado. Confío en él.

Asintió despacio.

—Ojalá encuentren al responsable. De verdad.

Sofía volvió a mirar su taza de café; decidí cambiar de tema en ese momento.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

Suspiró.

—La empresa en la que llevaba trabajando tantos años cerró hace dos años y nos mandaron a todos al paro. Busqué trabajo de lo mío durante meses, pero nada. Todos los departamentos de contabilidad estaban cubiertos —se encogió de hombros—. Desde hace ocho meses trabajo en una asesoría a media jornada… y por las tardes doy clases particulares de matemáticas al hijo de unos vecinos.

—Eso es un cambio grande.

—Mucho —admitió—. Vendí el piso para poder pagar la hipoteca. Ahora vivo de alquiler, en un pisito cerca del trabajo.

La miré unos segundos.

—Mándame tu currículum —dije—. Pásate el martes por la sede. Veré si puedo encontrarte algo en contabilidad.

Abrió los ojos.

—No, Matthias. No te he llamado para pedirte trabajo.

Le cogí la mano con firmeza.

—Ya lo sé. Pero quiero dártelo igual.

Me miró, emocionada.

—Gracias.

Seguimos hablando un rato más. De la vida. De lo que quedó. De lo que nunca volvió.

Al despedirnos en la calle, quedamos en vernos el martes. Y mientras me alejaba, tuve la sensación de haber cerrado algo… o quizá de haberlo reabierto del todo.

Caminé hasta el coche con las manos en los bolsillos de la chaqueta, dejando que el aire frío me despejara un poco la cabeza. La conversación todavía me pesaba en el pecho. Había cosas que nunca se cerraban del todo, solo aprendías a convivir con ellas.

Me senté al volante y, antes de arrancar, marqué un número de memoria.

—Daniel —dije en cuanto respondió—. Soy yo.

—Justo estaba pensando en llamarte —contestó—. ¿Cómo vas?

—He quedado con alguien que conocía bien a la víctima —le expliqué—. Me ha dicho algo que encaja demasiado con cómo la encontraron.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Déjame adivinar —dijo—. Ensañamiento. Rabia. Algo personal. Tal como pensé.

—Exacto.

—Eso tendría todo el sentido —añadió—. La forma en la que la torturaron, cómo la dejaron… no fue un arrebato cualquiera.

Apoyé la frente un segundo contra el volante.

—Pasaré a verte el miércoles por la mañana —continuó—. Lo hablamos con calma.

—Perfecto —respondí, colgué y arranqué.

Conduje sin prisa, dejando que la ciudad me envolviera.

En un semáforo en rojo, algo llamó mi atención. Una juguetería. El escaparate estaba lleno de colores, peluches, muñecas y construcciones imposibles. Sonreí sin darme cuenta.

Y pensé en Vera, en sus ojos verdes, en su manera de hablar como si el mundo fuera un lugar que aún podía arreglarse con lógica infantil. En su obsesión con las cicatrices bonitas. En cómo me había mirado cuando le prometí volver.

Aparqué sin pensarlo demasiado y bajé del coche.

Entré en la tienda con una sensación extraña en el pecho. No sabía exactamente qué buscaba, solo que quería sorprenderla. Algo que la hiciera sonreír. Algo que le recordara que había ganado.

Recorrí los pasillos despacio, rodeado de risas grabadas y cajas brillantes, preguntándome en qué momento exacto una niña de cuatro años había empezado a importar más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Y supe, mientras cogía una caja y la observaba, que había batallas que no importaba cuánto tiempo llevaran abiertas: había que pelearlas hasta el final.

Por ella. Por Iria. Y, quizá, también por mí.

Capítulo 16

Iria

El domingo por la tarde avanzaba despacio, como si el tiempo hubiera decidido concedernos una tregua.

La habitación del hospital estaba en penumbra, iluminada solo por la luz suave que entraba por la ventana y por el resplandor de la televisión. En la pantalla, una película de dibujos animados llenaba el aire de colores imposibles y voces exageradas. Vera estaba medio incorporada en la cama, con las almohadas colocadas estratégicamente para que estuviera cómoda, y sostenía un zumo entre las manos.

—Ese es el malo —anunció de pronto, señalando la pantalla con la pajita —. Se le nota en la cara.

—No prejuzgues —le dijo Héctor, sentado a un lado de la cama—. Igual luego resulta que tiene buen fondo.

—Papá —respondió ella, volteando los ojos—. Los malos siempre tienen cara de malos. Es una norma universal.

No pude evitar reírme.

—¿Y cuál es la cara de bueno? —pregunté.

Vera me miró como si la pregunta fuera absurda.

—La tuya, tía. Y la de papá. Y la de Julia. —Hizo una pausa—. Y la de Mat.

Héctor y yo intercambiamos una mirada fugaz, divertida.

—Ah, ¿sí? —dijo él—. ¿Y eso por qué?

—Porque sí —sentenció ella, dando un sorbo al zumo—. Porque los buenos cuidan.

La frase se me quedó clavada en algún lugar del pecho.

Seguimos viendo la película entre bromas, comentarios absurdos y risas. Vera narraba escenas que no necesitaban explicación, Héctor exageraba las voces de los personajes secundarios y yo me limitaba a observarlos, intentando grabar ese momento en la memoria. La calma después del susto. La normalidad recuperada poco a poco.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Héctor.

La puerta se abrió apenas unos centímetros y una de las enfermeras asomó la cabeza, sonriendo.

—Perdonad que interrumpa —dijo—, pero ha llegado algo para Vera.

La niña se giró de inmediato.

—¿Para mí? —preguntó, con los ojos muy abiertos—. ¿El qué?

La enfermera abrió la puerta del todo. Y el mundo de Vera explotó.

En el suelo del pasillo, justo a la entrada de la habitación, había un oso de peluche blanco enorme, casi tan grande como ella, sentado con una cajita entre las manos. A su alrededor flotaban globos rosas y azul pastel. Había varios paquetes envueltos en papel celofán transparente, con lazos cuidados: uno con puzles, otro con cuentos ilustrados. Más allá, un paquete de libros para

colorear con rotuladores de todos los colores imaginables. Una muñeca. Y otra más pequeña. Y algún detalle más que hacía imposible no quedarse mirando.

Vera abrió la boca… y no la cerró durante varios segundos.

—¿Cuándo…? —balbuceó—. ¿Cuándo habéis encargado todo eso para mí?

Héctor levantó las manos.

—Yo no he sido.

La niña me miró.

—¿Tía?

Negué despacio.

—Yo tampoco.

Vera frunció el ceño, pensativa.

—¿Me estáis diciendo que Papá Noel o los Reyes Magos se han enterado de que estoy en el hospital… y han decidido venir antes?

No pude contener la risa, y Héctor tampoco. Incluso la enfermera se llevó una mano a la boca, divertida.

—Pues no —dijo ella—. Tampoco han sido ellos.

Vera la miró muy seria.

—Entonces esto es muy misterioso.

La enfermera se hizo a un lado, y entonces lo vi.

Matthias apareció en el umbral, apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa tranquila y las manos en los bolsillos. Como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Y yo me quedé completamente en shock.

Me quedé mirándolo como si mi cerebro hubiera decidido tomarse un descanso justo en ese momento.

Se había vuelto completamente loco. No había otra explicación posible para todo aquello.

Antes de que pudiera reaccionar, Vera fue la primera en hacerlo.

—¡Mat! —gritó, con una alegría tan pura que me atravesó de lado a lado.

Matthias entró del todo en la habitación, sonriendo, y se acercó a la cama. Se inclinó con cuidado y la rodeó con los brazos, despacio, con esa delicadeza suya que parecía pensada al milímetro.

—Hola, pequeña —dijo—. Veo que sigues entera.

—¡Y con regalos! —respondió ella—. ¿Has visto cuántos?

—Alguno que otro —admitió él—. Pensé que igual te aburrías.

—¡Aburrirme, dice! —exclamó Vera—. ¡Si no tengo tiempo ni de pensar!

Héctor negó con la cabeza, divertido.

—Te la has ganado —le dijo a Matthias—. Ya no hay marcha atrás.

Vera giró la cabeza hacia mí y me señaló con un dedo.

—Tía —anunció—. Si tú no le quieres como novio, me lo pido yo.

Me atraganté con el aire.

—Vera… —empecé.

—A ver, hija —intervino Héctor, conteniendo la risa—. Que si te echas un novio mayor que tú, no me va a importar… pero tampoco que sea mayor que yo, que parece tu padre.

La carcajada fue general. Incluso Matthias se llevó una mano al pecho, fingiendo ofensa.

—Oye —dijo—. Eso ha dolido.

Mientras tanto, la enfermera ayudaba a Héctor a meter los regalos en la habitación, buscando huecos imposibles. Vera observaba todo con los ojos brillantes, incapaz de decidir por dónde empezar.

Matthias se acercó a mí. No dijo nada al principio. Solo me dio un beso rápido en los labios, casi un roce, como si fuera lo más natural del mundo.

—No tenías que haber comprado nada —le susurré, todavía en shock.

—La estancia en un hospital puede ser muy aburrida —respondió—. Así al menos la habitación tiene un poco más de color.

—No tendrías que haber venido —añadí—. Deberías estar descansando.

—Me apetecía veros —contestó, al tiempo que se encogía de hombros.

Y así, sin más, como si no acabara de hacer algo enorme.

Lo miré, intentando ordenar todo lo que sentía: gratitud, sorpresa, una ternura peligrosa que no quería reconocer. Y, por debajo de todo, un miedo que empezaba a asomar tímidamente.

Porque aquello… aquello ya no era solo cosa de dos.

Vera no podía dejar de mirar los regalos. Saltaba de un paquete a otro con los ojos brillantes, como si cada uno fuera más increíble que el anterior. Pero entonces fijó la atención en el oso blanco y la cajita que sostenía en sus manos.

—Papá —dijo, señalando el objeto con decisión—. ¡Dámelo!

Héctor le pasó la caja y Vera la cogió con cuidado. Cuando vio su nombre grabado en rosa, con letras elegantes y flores de tonos pastel alrededor, soltó un gritito de emoción.

—¡Me encanta! —exclamó—. ¡Tiene mi nombre!

Con delicadeza, abrió la tapa. Dentro, sobre un fondo de terciopelo rosa, había un joyero musical. En el centro, un hada con un vestido de flores daba vueltas lentamente mientras la melodía sonaba suavemente. Vera la miraba fascinada.

—¡Ahora sí! —dijo con determinación—. Ahora tengo un sitio para guardar los pendientes y las pulseras y así no los pierdo nunca.

Se volvió hacia Matthias, con los ojos brillantes de pura alegría, y lo abrazó con fuerza.

—¡Gracias, Mat! —le dijo—. ¡Gracias por todo!

Él la rodeó con los brazos con la paciencia de siempre, sonriendo, y le dio un suave beso en la frente. La niña se separó un segundo, le miró con expresión traviesa y empezó a hablar sin parar, mezclando comentarios sobre la música del joyero, los globos, los cuentos y los colores de los rotuladores. Cada frase era un torrente de risas y ocurrencias.

Vera no dejaba de moverse en la cama como un pequeño torbellino, riendo, señalando, haciendo preguntas imposibles de responder al instante.

Y mientras la veía, no podía evitar que un nudo se formara en mi estómago. Cada detalle de Matthias con Vera me parecía precioso y cuidado: el joyero musical, el oso, los libros, los colores… Todo hecho para que ella sonriera. Todo hecho por él, sin esperar nada a cambio.

Pero una parte de mí estaba en alerta roja.

No debería permitir que Vera se encariñe demasiado con él. Esto no puede ser algo serio. Lo nuestro… era temporal. Sexo sin compromisos, sin vistas al futuro. Pero si Vera empezaba a quererle… si lo veía como alguien importante… si algún día todo esto se terminaba… sufriría casi tanto como yo.

La risa de Vera me devolvió a la realidad. La pequeña giraba de Matthias a Héctor, luego a mí y otra vez a Matthias, mezclando palabras y carcajadas sin que nadie pudiera seguirle el ritmo.

—¡Tía! —gritó de nuevo—. ¿Te imaginas si pongo todos los globos en mi cama y hacemos una fiesta para mis muñecas?

—¡Me apunto! —dijo Matthias con fingida seriedad—. Pero yo controlo la música.

—¡Vale! —Vera miró a su padre—. ¡Y los cuentos los leemos tú, yo y la tía!

—Perfecto —dijo Héctor, sonriendo—. Así habrá diversión para todos.

No pude evitar sonreír mientras observaba a los tres juntos: Matthias, Vera y Héctor, mezclando risas y cariño, como si aquel instante suspendiera cualquier preocupación del mundo. Pero en mi interior, una voz insistente no dejaba de recordarme el peligro de ese lazo que parecía estar naciendo entre mi niña y mi jefe.

La tarde avanzaba entre risas y comentarios de Vera, como si el hospital entero se hubiera convertido en su reino privado. Matthias se arrodilló junto a ella para ayudarle con los puzles, y yo me senté en la cama, observando cómo la niña explicaba las piezas con una pasión tan intensa que incluso Héctor tuvo que aplaudir alguna vez.

—¡No! —gritó Vera, con el ceño fruncido—. Esa pieza va aquí, ¿veis? ¡Ahí, en la esquina!

—Perfecto —dijo Matthias, encajándola—. Pero ten cuidado… no rompas el orden de las demás.

—¡Tía, ayuda! —me exigió, señalándome con una sonrisa traviesa.

Y nos reímos todos. La pequeña no dejaba de soltar comentarios absurdos y ocurrencias imposibles de seguir.

—Mat, ¿y si hacemos un concurso de quién lee mejor los cuentos? —propuso Vera, señalando los libros que había traído.

—Vale —aceptó Matthias—. Pero yo pongo las reglas.

—¡Pero no hagas trampas! —gritó Vera, señalándolo con el dedo.

—Nunca —dijo él, con fingida indignación, y nos hizo reír de nuevo.

Héctor intervino de vez en cuando, haciendo de juez y animando, y yo me dejaba arrastrar por esa locura feliz. Observaba a Matthias con la niña y no podía dejar de notar cada detalle. Cómo le sostenía la muñeca, cómo se agachaba para escucharla, cómo sus ojos se suavizaban cuando ella lo miraba y, sobre todo, cómo Vera se acurrucaba junto a él como si lo conociera de siempre.

Era demasiado bueno con ella. No debería dejar que Vera se encariñase tanto. Esto… esto podía complicarlo todo.

Pero por más que intentaba apartar esa idea, cada sonrisa de la niña hacía que mi corazón se contrajera y se ablandara a la vez. La ternura de Matthias con Vera era casi insoportable. Ese gesto del joyero musical, la forma en que había elegido cada regalo pensando en ella… me parecía tan bonito que dolía reconocerlo.

—¡Tía, mira! —gritó Vera de nuevo, levantando un rotulador azul eléctrico —. ¡Voy a pintar a todos de este color!

—¡Cuidado con los muebles! —dijo Matthias, levantando las manos con humor—. No quiero que los rotuladores queden para siempre en las paredes del hospital.

—¡Eso sería genial! —replicó Vera, riendo—. ¡Podríamos decir que son decoraciones artísticas!

Y sin poder evitarlo, nos reímos todos otra vez, porque su entusiasmo era contagioso. Cada broma, cada ocurrencia, nos hacía olvidar por un instante que estábamos en un hospital. Por un instante, éramos simplemente esto: una familia improvisada, unida por risas y pequeños milagros de domingo.

No podía apartar la vista de la escena: Matthias inclinándose para dejar que Vera le explicara cómo quería colocar los libros, ella riendo y gesticulando con entusiasmo, Héctor aplaudiendo cada ocurrencia suya, y yo, sentada en el sofá,

intentando mantener la compostura mientras mi corazón se desbordaba en silencio.

Era tan tierno, tan imposible de ignorar, que por un momento desee poder congelar ese instante, atraparlo en mi memoria y no dejar que el tiempo, ni los miedos, ni las complicaciones que aún no veíamos, pudieran arruinarlo.

Capítulo 17

Matthias

Era miércoles. Lo sabía porque el calendario digital de la pared me lo recordaba con una puntualidad casi insultante y porque los miércoles siempre tenían ese sabor neutro, ni principio ni final, solo continuidad. Un día más en el que el mundo seguía girando, aunque a uno le apeteciera detenerlo a ratos.

Estaba en mi despacho, sentado tras la mesa de madera oscura que había vuelto a ocupar como si nunca me hubieran arrancado de ella. Los ventanales dejaban entrar la luz grisácea de una mañana nublada, con Madrid extendiéndose bajo mis pies con su ruido amortiguado, lejano, casi respetuoso. Sobre la mesa había varios documentos abiertos: informes de expansión en Latinoamérica, un análisis de riesgos de una nueva planta en Polonia, proyecciones financieras que Leonhard habría disfrutado desmenuzando con una sonrisa canalla.

Yo los revisaba con atención, subrayando cifras, anotando observaciones al margen… pero mi cabeza no estaba del todo allí.

Daba un sorbo al café, el tercero de la mañana, cargado y amargo como el resto, y volvía a leer el mismo párrafo por cuarta vez sin terminar de procesarlo. Cerré los ojos un segundo y dejé la taza sobre el escritorio con cuidado mientras pensaba en Iria.

Los últimos días había hablado con ella más de lo que habría admitido en voz alta. Llamadas breves, casi siempre prácticas, pero cargadas de silencios que decían más que las palabras. Me contaba cómo iba la recuperación de

Vera, cómo la niña se quejaba de la comida del hospital con una seriedad impropia de su edad, cómo había intentado levantarse sola a pesar de tener prohibido hacerlo.

La escuchaba y, sin darme cuenta, sonreía.

El día anterior, cuando por fin le dieron el alta y pudieron volver a casa, fue Vera la que quiso llamarme. Iria me lo contó después, con ese tono suyo entre divertido y emocionado.

—*Ha insistido* —me dijo—. *No ha querido irse sin hablar contigo.*

Y luego, como si yo no estuviera preparado para escucharlo, me pasó el teléfono.

—*Mat* —dijo la voz al otro lado, un poco ronca pero firme—. *Ya me dejan irme a casa.*

—*Eso es una gran noticia* —respondí, apoyándome contra la encimera de la cocina, sintiendo algo extraño expandirse en el pecho—. *Me alegro mucho.*

—*La doctora dice que he sido muy valiente* —añadió, orgullosa.

—*Lo has sido.*

Hubo un pequeño silencio.

—*Cuando quieras puedes venir a verme* —soltó entonces—. *En casa, que allí no huele a hospital.*

Tuve que tragar saliva.

—*Lo haré* —le prometí—. *En cuanto pueda.*

—*Vale* —dijo ella, satisfecha.

Colgamos poco después, y me quedé mirando el móvil durante varios segundos, como si ese rectángulo de cristal pudiera explicarme en qué momento una niña de cuatro años había empezado a importarme tanto.

Volví al presente con un ligero carraspeo y retomé los documentos. Le había insistido a Iria en que podía trabajar desde casa, en que no se preocupara por nada. Yo había sido tajante: esa semana no la quería en la sede. Ni una mañana. Ni una excusa.

Sabía que no le había gustado. También sabía que probablemente intentaría desobedecerme, como me había dicho Leonhard. Sonreí al pensarlo.

Dejé el informe a un lado y abrí otro archivo, pero esta vez fue Sofía la que se coló en mis pensamientos.

El día anterior, tras hablar con Leonhard y revisar su currículum con calma el lunes, la habíamos contratado como apoyo para el departamento contable. No era caridad. Era talento. Experiencia. Y alguien que merecía una oportunidad después de haber visto cómo todo se le venía abajo.

Aún recordaba su expresión cuando se lo comuniqué. Estaba sentada frente a mí, con las manos entrelazadas con nerviosismo, intentando mantener la compostura.

—*¿En serio?* —preguntó—. *¿Aquí?*

—*Aquí* —respondí—. *Empiezas cuando quieras.*

Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que bajar la cabeza un segundo.

—*No sé cómo agradecértelo, Matthias* —dijo al final—. *Te voy a estar en deuda toda mi vida.*

Yo negué despacio.

—*No me debes nada. Haz bien tu trabajo. Eso es suficiente.*

Pero sabía que para ella significaba mucho más que un contrato.

Di otro sorbo al café, ya templado, cuando el intercomunicador emitió un leve pitido.

—Mat —dijo la voz eficiente de Cata—. Acaba de llegar tu abogado, Daniel.

Alcé la vista hacia la puerta.

—Hazle pasar, por favor.

—Ahora mismo.

Apagué la pantalla del ordenador y me recosté en la silla, estirando ligeramente el cuello. Hacía días que no hablaba con Daniel en persona y sabía que esa visita no era casual. Con él nunca lo era.

La puerta se abrió unos segundos después.

—Matthias.

—Daniel.

Nos miramos un instante mientras me levantaba y nos abrazamos con fuerza, sin formalidades, como hacían los viejos amigos que habían pasado demasiado juntos por el infierno como para fingir distancia.

—Joder, mírate —dijo separándose un poco—. En tu despacho otra vez. Ya era hora.

—Pensé que nunca lo dirías —respondí, esbozando una sonrisa sincera.

Le señalé el sillón frente a la mesa.

—Siéntate. ¿Quieres un café?

—Siempre.

Mientras se lo servía, pensé que, por primera vez en mucho tiempo, aquel despacho no se sentía como una trinchera. Y eso, en sí mismo, ya era peligroso.

Daniel aceptó el café con un gesto agradecido y se dejó caer en el sillón frente a mi escritorio como si aquel despacho también fuera suyo.

Le tendí la taza y choqué la mía con la suya de forma automática.

—Por seguir vivos —dijo.

—Por no rendirnos —respondí.

Bebimos en silencio durante unos segundos. Había algo cómodo en esa pausa, en no tener que llenar el aire con palabras innecesarias. Daniel me observaba con atención, como hacía siempre, evaluando sin parecerlo.

—Estás distinto —comentó al fin—. No mejor ni peor. Distinto.

—He vuelto —dije—. Supongo que eso deja marca.

Sonrió de lado.

—Te veo más asentado. Más… aquí.

No supe qué contestar. Porque parte de mí seguía sin estar del todo allí a pesar de que hacía semanas que había vuelto a ser un hombre libre. Parte de mí se quedaba inevitablemente en un hospital, en una casa que no era la mía, en la voz de una niña que hablaba de cicatrices bonitas como si fueran medallas.

—¿Y tú? —pregunté, cambiando el foco—. ¿Cómo va todo?

Se encogió de hombros.

—Mucho trabajo, pocos clientes pacientes y demasiadas causas que no deberían existir —bebió un sorbo—. Lo de siempre.

Asentí. Daniel nunca había sido de adornar la realidad.

Hablamos unos minutos de la ciudad, de algún restaurante nuevo cerca de su despacho, de un viaje que él estaba posponiendo desde hacía años. De nada

importante. De todo lo que se decía cuando aún no estabas listo para abordar el asunto.

Hasta que Daniel dejó la taza en la mesa con cuidado, y su mirada cambió.

—Matthias —dijo—. Desde el principio de todo aquello… cuando vi las fotos.

No necesitó continuar para que supiera a qué se refería. El aire se volvió más denso, como si el despacho hubiera encogido de golpe.

—Supe que no era casual —prosiguió—. No fue un simple arrebato. Ni una pérdida de control. Como comentamos el otro día por teléfono.

Me apoyé en el respaldo de la silla, cruzando los brazos.

—Eso ya lo dijiste en el juicio —respondí—. Y no sirvió de nada.

—Entonces no —admitió—. Pero ahora sí puede servir.

Lo miré en silencio.

—La forma en la que lo hicieron —continuó—. El ensañamiento. La preparación. No fue algo impulsivo. Fue premeditado. Y, Matthias… —hizo una breve pausa—. Fue para joderte a ti.

Sentí un latigazo seco en el pecho.

—No tiene sentido —dije despacio—. Nunca he tenido enemigos. No de ese calibre. No alguien capaz de hacer una barbaridad así.

Daniel negó con la cabeza.

—A veces las puñaladas por la espalda las recibimos de quien menos pensamos.

Aquella frase se me quedó grabada.

—¿Insinúas que fue alguien cercano? —pregunté.

—Insinúo que fue alguien que os conocía. A ella. A ti. A vuestra dinámica. A vuestros límites.

Apoyé los codos en la mesa y entrelacé los dedos.

—No sé quién podría odiarme tanto.

—No siempre es odio —replicó—. A veces es obsesión. O envidia. O una necesidad enfermiza de castigar lo que no se puede tener.

Guardé silencio. Daniel suspiró y continuó:

—He hablado con los dos policías que siguen investigando tu caso en la sombra —dijo, y levanté la vista.

—¿Y?

—Me han pedido algo muy concreto —dijo—. Una lista.

—¿De qué tipo?

—De conocidos. De gente con la que te relacionabas en esos clubes de sexo que frecuentabas antes de conocerla a ella… y también mientras estabais juntos.

El término me resultó áspero, aunque no inesperado.

—Dicen que, por cómo encontraron el cuerpo, está claro que quien lo hizo practicaba ciertas prácticas sexuales —añadió—. No fue alguien ajeno a ese mundo.

Exhalé despacio.

—Conocía a algunos hombres y mujeres —reconocí—. A otros, no. En esos sitios la discreción y el anonimato no son opcionales, son la base. Muchas veces no sabía con quién estaba en una de las salas. Ni nombres. Ni apellidos. Ni nada.

Daniel asintió.

—Lo entiendo. Y ellos también. Pero con los nombres de quienes sí conocías quizá sea suficiente para empezar a tirar del hilo.

Miré el ventanal, contemplando la ciudad extendiéndose indiferente.

—Intentaré hacer esa lista —dije—. Dame unos días.

—Perfecto.

—Pero más vale que no te asustes si es demasiado larga.

Daniel soltó una carcajada.

—Créeme —dijo—. La de los hombres con los que yo he estado tampoco es corta.

Lo miré con una ceja arqueada.

—Eso no necesitaba saberlo.

—Pues imagina la policía —replicó, divertido.

La tensión se disipó lo justo para permitirnos respirar.

—Hablamos en cuanto la tenga —concluí.

Daniel se levantó, rodeó la mesa y me apoyó una mano en el hombro.

—No estás solo en esto, Matthias. Nunca lo has estado.

Asentí.

Nos despedimos con otro abrazo fuerte, sincero. Cuando la puerta se cerró tras él, el despacho volvió a quedarse en silencio. Un silencio distinto, más denso, cargado de ecos que no se veían pero se sentían.

Me quedé unos segundos mirando la puerta cerrada, como si aún pudiera oír su voz repitiendo aquello de que las puñaladas por la espalda venían de quien menos esperabas.

Sacudí la cabeza y volví a sentarme. No podía permitirme perder el foco.

La mañana avanzó sin que me diera cuenta. Firmé documentos, respondí correos, atendí dos llamadas internacionales y rechacé una tercera. El café se quedó frío sobre la mesa y no tuve ni el impulso de calentarlo. Estaba concentrado, al menos en apariencia, pero una parte de mi mente seguía haciendo listas invisibles.

Nombres. Rostros. Recuerdos difusos de salas en penumbra donde el anonimato era una norma sagrada.

Fue el teléfono interno el que me sacó de ese bucle.

—Despacho de Matthias Eisenhart —respondí.

—Soy Sofía —dijo su voz al otro lado, algo contenida—. Estoy con la contabilidad… y me gustaría hablar contigo.

Fruncí el ceño.

—¿Ha pasado algo?

—He encontrado un descuadre —explicó—. No es actual. Es de hace unos meses. Y preferiría comentarlo contigo en persona.

Miré el reloj.

—Ven a mi despacho —dije—. Ahora.

—Gracias.

Colgué y me quedé mirando la pantalla durante un segundo más de lo necesario. No me gustaba la palabra descuadre. Y menos cuando iba acompañada de ese tono.

Abrí un correo nuevo y empecé a redactar una respuesta pendiente mientras esperaba. Apenas había escrito dos líneas cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Sofía entró con una carpeta azul bien sujeta contra el pecho. Caminaba con seguridad, pero había algo en su expresión que delataba tensión. Cerró la puerta tras de sí.

—Siéntate —le indiqué, señalando la silla frente a mí.

Lo hizo y abrió la carpeta con cuidado, como si aquel gesto pudiera detonar algo.

—Estaba revisando movimientos antiguos para familiarizarme con el sistema —comenzó—. Y me llamó la atención esto.

Deslizó unos papeles hacia mí. Bajé la vista y encontré lo de siempre. Números, fechas, transferencias.

—Son de hace unos meses —continuó—. De antes de que tú salieras de prisión.

Levanté ligeramente la barbilla.

—¿Y?

—He seguido el rastro del dinero —dijo—. Son tres transferencias. Importes elevados. Salen de una de las cuentas operativas… y van a otras cuentas que no aparecen registradas en ningún sitio.

La miré con atención.

—¿De quién son esas transferencias?

Tragó saliva.

—Las autorizó Leonhard.

El nombre cayó en el despacho como una piedra.

—No quiero malmeter —añadió enseguida—. De verdad que no. Pero… parece que tu socio pudo haberte robado dinero.

No aparté la mirada de ella.

—Si hay algo de lo que no culparía jamás a Leonhard —dije con calma— es de robarme.

Sofía asintió despacio.

—Eso pensé. Por eso he venido directamente a ti.

Cogí el teléfono.

—Leonhard —dije cuando respondió—. Ven a mi despacho. Ahora.

—¿Es grave? —preguntó, medio en broma.

—Depende de lo que hayas hecho con mi dinero.

—Cinco minutos —dijo, y colgué.

—Vamos a aclararlo —le dije a Sofía.

Leonhard apareció exactamente cinco minutos después, como había prometido. Entró con paso relajado, sonrisa ladeada y una carpeta bajo el brazo.

—¿Interrumpo algo interesante? —preguntó.

—Eso estamos a punto de descubrir —respondí.

Sofía le explicó lo mismo que a mí, señalando las cifras. Leonhard se inclinó sobre los documentos, frunciendo el ceño conforme avanzaba.

—Joder —murmuró al final—. Esto no lo contabilicé.

Arqueé una ceja.

—¿Perdón?

—Son gastos que me pasó el abogado —aclaró—. Transferencias urgentes. Honorarios, gestiones externas, un par de cosas delicadas.

Me miró.

—Te lo comenté en su momento.

Busqué en mi memoria… y asentí despacio.

—Es verdad —dije—. Ahora me acuerdo.

Sofía soltó el aire, visiblemente aliviada.

—Entonces está todo bien.

—Sí —respondí—. Rehazlo todo y deja constancia clara. No te preocupes. Leonhard tiene memoria de pez. No sería raro que te volvieras a encontrar con algo así en el futuro.

Leonhard levantó una mano.

—Oye.

—Es un hecho —repliqué.

Sofía sonrió, algo nerviosa.

—Menos mal —dijo—. Porque ya estaba tachando de ladrón a uno de mis jefes en mi primer día de trabajo.

Leonhard se llevó una mano al pecho, fingiendo indignación.

—Yo solo robo corazones —afirmó—. Nunca dinero.

Solté una breve risa… y entonces lo vi.

La forma en la que Leonhard miraba a Sofía. Apenas un segundo más de lo correcto. La sonrisa un poco más cargada de intención. Y ella, bajando la vista, con un leve rubor subiéndoles por las mejillas.

Interesante.

—Voy a cuadrarlo todo bien —dijo Sofía, recogiéndolo todo—. Gracias por aclararlo.

—Buen trabajo —le dije—. De verdad.

Asintió y salió del despacho. Cuando la puerta se cerró, miré a Leonhard.

—Procura no robarle el corazón a mi nueva contable.

Me miró como si lo hubiera insultado.

—¿Perdona? —dijo—. Si no recuerdo mal, con Sofía se me daba bastante bien pasarlo… muy bien.

Se dirigió hacia la puerta y, antes de salir, se giró.

—Quizá va siendo hora de recordar viejos tiempos.

Me lanzó un guiño y desapareció. Y yo me volví a quedar solo, apoyándome en el respaldo de la silla.

Si Leonhard supiera que, años atrás, Sofía había sentido algo más que simple atracción por él… quién sabía qué demonios podría hacer ese loco encantador al que llamaba mi mejor amigo.

Cerré los ojos un instante. Y por primera vez en días, supe que el pasado no solo volvía para ajustar cuentas.

A veces, volvía para desordenarlo todo de nuevo.

Capítulo 18

Matthias

Salí del edificio a la hora de comer con la chaqueta colgada del antebrazo y el móvil aún en la mano, terminando de responder un correo que podía haber esperado perfectamente a la tarde.

El vestíbulo estaba más animado que por la mañana; grupos pequeños de empleados hablaban entre ellos mientras se repartían hacia la calle, algunos con prisas, otros con esa calma engañosa de quien solo iba a cruzar a la cafetería de enfrente.

Tenía que entregar un sobre con unos documentos que debía enviar la recepcionista y así lo hice; después regresé al ascensor y bajé hasta el parking para coger mi coche.

Salí conduciendo sin prisa, relajado y con la intención de comer algo rápido antes de volver, y fue cuando la vi.

Sofía estaba de pie junto a la acera, mirando alternativamente el reloj y el extremo de la calle por donde deberían aparecer los taxis. Llevaba el abrigo abierto y el bolso colgado del hombro, con una expresión entre resignada y concentrada. No parecía impaciente, pero sí claramente atrapada en una espera inútil.

Me detuve a medio camino y la observé un segundo. Había algo en su postura que me recordó a la mujer segura que siempre había sido, incluso en los momentos en los que la vida se le había desmoronado por dentro.

Me acerqué.

—¿Esperas un taxi? —pregunté.

Levantó la vista y sonrió al reconocerme.

—Sí —respondió—. Y me temo que es una especie en extinción hoy. Llevo diez minutos aquí plantada y no ha pasado ni uno.

Miré la calle, casi vacía.

—¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

Su sonrisa se ensanchó, agradecida.

—La verdad es que me harías un favor enorme.

Le abrí la puerta del copiloto sin pensarlo.

—Sube.

Lo hizo con un gesto ágil, acomodando el bolso en sus piernas, y me incorporé al tráfico de nuevo.

—¿Ibas a casa a comer? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Iba a comer algo rápido en un bar que me encanta y volver enseguida para seguir trabajando.

La miré de reojo y solté una breve risa.

—No tienes que demostrar nada, Sofía. No hace falta que hagas horas extra el primer día.

Suspiró, sin molestarse.

—Lo sé. De verdad. Pero cuando estoy cuadrando cuentas… no paro hasta que todo queda perfecto. Me cuesta desconectar.

—Eso puede volverse en tu contra.

—O a mi favor —replicó con una media sonrisa.

Asentí.

—En cualquier caso —añadí—, te invito a comer.

Me miró, sorprendida.

—No hace falta, Matthias.

—No es una negociación —respondí—. Conozco un sitio cerca. Comida ligera. Nada que te deje fuera de combate.

Dudó apenas un segundo antes de asentir.

—De acuerdo.

Cambié ligeramente de dirección y conduje con tranquilidad, consciente de una sensación extraña y familiar: la de compartir un espacio reducido con alguien que pertenecía a un capítulo anterior de mi vida, pero que ahora estaba escribiendo uno nuevo.

No sabía muy bien en qué lugar exacto encajaba Sofía en mi presente. Solo sabía que, de algún modo, volver a tenerla cerca removía cosas que creía bien colocadas. Y que, por primera vez en mucho tiempo, no me molestaba.

El restaurante estaba a apenas dos calles de la sede. Un local discreto, elegante sin pretensiones, de esos que no necesitaban llamar la atención porque siempre estaban llenos. Aparqué cerca y entramos justo cuando las primeras gotas de lluvia empezaban a golpear el asfalto.

Nos acomodaron en una mesa junto al ventanal. Desde allí se veía la calle con claridad, el cielo descargando de pronto con decisión, como si hubiera estado conteniéndose toda la mañana. En cuestión de segundos, la acera se llenó de gente corriendo: algunos entraban al restaurante buscando refugio, otros apretaban el paso intentando evitar calarse hasta los huesos.

—Parece que hemos tenido suerte —comenté mientras me quitaba la chaqueta.

—Desde luego —respondió Sofía, observando la escena con una sonrisa —. Cinco minutos más y habría llegado empapada al bar.

Pedimos algo ligero. Una ensalada para empezar y pescado a la plancha después. Nada pesado. Nada que invitara a la sobremesa eterna, aunque sabía que, de alargarse, no sería por la comida.

Cuando nos quedamos solos, Sofía se relajó un poco más en la silla.

—¿Y qué tal el primer día? —le pregunté—. ¿Cómo te has sentido en la sede?

Sonrió sin dudarlo.

—Muy bien, la verdad. Me han acogido enseguida. Son todos muy majos.

—Me alegro.

—Las chicas ya me han dicho que no se me ocurra irme sola a tomar el café —añadió—. Que las acompañe siempre.

—Eso es una buena señal —dije—. Significa que ya te han adoptado.

Rio.

—Y algún que otro compañero me ha confesado cuál es la mejor hora para comer un bollo recién hecho en la cafetería.

—Déjame adivinar —dije—. Las once de la mañana.

Abrió los ojos, divertida.

—Exacto.

Nos reímos a la vez. Era una risa espontánea, de esas que nacían por el tiempo compartido aunque hubiéramos pasado años sin vernos. Hacía tiempo

que no me encontraba tan cómodo en una conversación sin dobles lecturas.

La comida llegó y durante unos minutos solo se oyeron cubiertos y el murmullo del local, mezclado con la lluvia golpeando el cristal. Sofía dio un sorbo a su vaso de agua y entonces me miró con una seriedad distinta.

—Matthias… —empezó—. De verdad, te agradezco muchísimo que me hayas dado este trabajo.

—No tienes que agradecérmelo —respondí sin pensarlo.

—No solo eso —continuó—. También hablaste con mi jefe en la asesoría. Me arreglaste todo sin avisos previos, sin problemas. Nadie había hecho algo así por mí en mucho tiempo.

La miré a los ojos.

—Lo he hecho encantado —dije—. Por la mejor amiga de la mujer por la que sentía algo más que atracción.

Sofía bajó la mirada hacia su plato y sonrió levemente, con tristeza. Durante unos segundos no dijo nada. Luego volvió a mirarme.

—Ella te quería mucho —confesó—. Estaba enamorada de ti. Nunca la había visto tan feliz como contigo.

Sentí un nudo en el pecho.

—Le quitaron la vida de la peor manera —continuó—. Y con ella, todos esos sueños que se quedaron en el aire. Todo lo que aún quería vivir.

Apreté la mandíbula.

—Te prometo que encontraré al culpable —dije—. Me cueste lo que me cueste. Y haré que pague por lo que hizo.

Sofía asintió despacio, con los ojos brillantes, pero sin llorar.

—Lo sé —respondió—. Siempre fuiste así.

Seguimos comiendo en silencio durante un rato, un silencio distinto al de antes. Más denso, pero necesario.

Fuera, la lluvia seguía cayendo con fuerza, como si el mundo entero necesitara purificarse. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, sentí que aquella promesa no era solo una intención. Era una deuda.

Terminamos de comer sin prisas. El postre quedó descartado casi sin hablarlo y pedimos dos cafés que llegaron humeantes, acompañados de un silencio cómodo, de esos que no exigían palabras. Hablamos entonces de cosas más prácticas: del programa contable que estaban actualizando en la sede, de lo bien organizado que estaba el departamento, de algún que otro detalle que Sofía había anotado para revisar con calma los próximos días.

La lluvia empezó a remitir poco a poco, como si se cansara de caer con tanta insistencia. Cuando acabamos el café, miré por el ventanal: ya no caía agua, solo quedaban charcos brillando sobre el asfalto.

Pagué la cuenta y salimos a la calle. El aire olía a tierra mojada, y la ciudad parecía haberse calmado después del aguacero. Caminamos juntos hacia el coche, esquivando algún que otro charco.

Fue entonces cuando volvió esa sensación incómoda. La presión sorda entre los omóplatos. La certeza absurda de estar siendo observado.

Giré la cabeza con disimulo, recorriendo la calle con la mirada. Hombres y mujeres que caminaban a paso rápido, adolescentes riéndose sin preocupación, madres empujando carritos de bebé con la naturalidad de quien no temía nada. Gente normal. Escenas cotidianas. Nada fuera de lugar.

Y, sin embargo, la sensación no desapareció.

—¿Todo bien? —preguntó Sofía al notar que me había detenido un segundo.

—Sí —respondí—. Solo estaba pensando en algo del trabajo.

Mentí con facilidad.

Llegamos al coche, le abrí la puerta y esperé a que subiera antes de rodearlo y sentarme al volante. Arranqué y salimos despacio, incorporándonos al tráfico de vuelta a la sede.

Mientras conducía, mis ojos se movían más de lo habitual entre los retrovisores. Nada. Ningún coche que repitiera movimientos. Ninguna figura sospechosa. Todo parecía normal. Demasiado normal.

Pensé en Daniel. En la lista de nombres que tenía, que me había pedido y que tenía que empezar a elaborar. En la idea de que alguien hubiera querido destruirme desde dentro, usando lo que más me importaba. Pensé en Iria. En Vera. En Sofía, sentada a mi lado, ajena a mis pensamientos, mirando por la ventanilla.

Si había alguien siguiendo mis pasos… Tal vez podía usarlo en mi favor. Esa idea se asentó en mi mente con una calma inquietante.

Apreté un poco más el volante y sonreí levemente, para mí mismo. Porque si algo había aprendido en los últimos años, era que el miedo solo era útil cuando sabías hacia dónde dirigirlo.

Y esta vez, no pensaba correr.

Capítulo 19

Iria

El ático olía a café recién hecho y a tostadas, una combinación que siempre me hacía pensar que, pese a todo, había mañanas que merecían la pena.

La luz entraba a raudales por los ventanales del salón, rebotando en las paredes claras y en la mesa ya puesta para el desayuno. Era uno de esos momentos en los que la vida parecía sencilla, casi normal.

Héctor estaba apoyado en la encimera de la cocina, todavía en pijama, removiendo su café con gesto distraído mientras escuchaba a Vera hablar sin respirar. Ella estaba sentada en su silla, con una coleta mal hecha y la camiseta del pijama ligeramente torcida, concentrada en untar mantequilla en una tostada con una seriedad digna de una misión de Estado.

—Tía —dijo de pronto—, ¿sabías que cuando me río ahora me duele menos que ayer?

—Eso es porque cada día estás un poco mejor —le respondí mientras me servía café—. Aunque te empeñes en probar tus límites.

Vera sonrió, mostrando un diente ligeramente torcido que estaba a punto de caerse.

—Es que tengo que comprobarlo —replicó—. Si no me río, ¿cómo voy a saber si ya no me duele?

Héctor soltó una carcajada.

—Esta niña va a ser científica o abogada. No hay otra opción.

—O presidenta del Gobierno —añadí.

—¡Eso! —exclamó ella—. Y entonces os mandaré a los dos a la cama temprano.

Nos reímos los tres. Era imposible no hacerlo con ella. Tenía esa mezcla peligrosa de inteligencia precoz y descaro heredado, probablemente, de ambos.

—Por cierto —añadió mientras daba un mordisco a la tostada—. Hoy quiero hablar con Mat.

Me giré despacio hacia ella.

—¿Con Mat?

Asintió con la boca llena.

—Para darle los buenos días.

—Mat estará trabajando —dije—. No podemos molestarle.

Vera frunció el ceño.

—Solo cinco minutos.

—Vera… —empecé.

—Cuatro —corrigió—. O tres.

Héctor me miró con una sonrisa ladeada, disfrutando del espectáculo.

—Estás perdida —murmuró, y suspiré, rendida.

—Está bien —cedí—. Pero solo un momento.

Los ojos de Vera brillaron como si le hubiera prometido un viaje a Disneyland. Cogí el móvil y activé el manos libres antes de marcar. El tono sonó una vez. Dos. Tres.

—¿Está todo bien? —respondió Matthias directamente, sin preámbulos.

—¡Sí! —dijo Vera antes de que yo pudiera abrir la boca—. Solo quería darte los buenos días y decirte que los puntos ya me duelen un poquito menos.

Escuché su risa al otro lado.

—Eso es una excelente noticia —dijo—. Entonces estás siendo una paciente ejemplar.

—Muchísimo —afirmó ella—. ¿Tienes mucho trabajo?

—Bastante —admitió—. Pero es lo normal.

Vera hizo un pequeño puchero.

—¿Cuándo vas a venir a verme? Es que no te veo desde el domingo… y son muchos días.

Sentí un nudo inesperado en el pecho.

—Lo sé —respondió él con suavidad—. Pero prometo ir a pasar el sábado contigo, en tu casa, si me invitan tu padre y tu tía.

Vera negó con energía.

—No hace falta que te inviten ellos —dijo muy seria—. Ya te invito yo.

Nos reímos los tres a la vez. Incluso Matthias.

—Entonces no puedo negarme —contestó—. Trato hecho.

Hablaron un poco más de cosas sin importancia: del gato imaginario que Vera decía que vivía en la terraza, de lo mala que estaba la gelatina del

hospital, de lo injusto que era no poder saltar en el sofá todavía. Finalmente, se despidieron.

—Adiós, Mat —dijo ella—. Me caes muy bien.

—Tú también me caes muy bien, Vera.

Colgué, y cuando dejé el móvil sobre la mesa, Vera me miró con expresión evaluadora.

—Tía —dijo—. Más vale que le pidas que sea tu novio antes de que llegue otra y te lo quite.

Casi me atraganté con el café. Héctor estalló en carcajadas.

—Directa al grano —comentó.

—Vera —repliqué—. No digas tonterías.

Ella se encogió de hombros.

—Luego no digas que no te avisé.

Se levantó de la silla y se fue hacia su habitación, dejándonos solos entre risas y migas de pan.

Me quedé un segundo en silencio, mirando el espacio que había dejado vacío. Y, sin quererlo, pensé que quizá los niños veían cosas que los adultos nos empeñábamos en complicar demasiado.

Vera desapareció por el pasillo con la ligereza de quien ya había soltado la bomba del día y no tenía ninguna intención de quedarse a ver las consecuencias. Su puerta se cerró con suavidad y el silencio que dejó atrás fue casi incómodo.

Héctor me miró durante un segundo largo, apoyado ahora en el respaldo de la silla, con los brazos cruzados y esa expresión suya de “te lo dije sin decirlo”.

—La niña tiene razón —sentenció.

Le lancé una mirada fulminante.

—No empieces.

—No empiezo, continúo —replicó—. O mueves ficha o te quedas sin futuro marido.

Me levanté de la mesa y, al pasar por su lado, le di una colleja bien medida.

—Eres idiota.

—Idiota pero observador —dijo, frotándose la nuca—. Y no me mires así, que lo ve cualquiera menos tú.

Resoplé, pero no contesté. Empecé a recoger la mesa con movimientos automáticos: platos al fregadero, tazas a la encimera, migas al cubo. Héctor me ayudó sin decir nada durante unos minutos, algo poco habitual en él, lo que solo confirmaba que estaba disfrutando demasiado del tema.

—No tienes que decidir nada ahora —añadió al final, con un tono algo más serio—. Pero no te engañes. Ese hombre no te deja indiferente. Y tú tampoco a él.

—No es tan simple —respondí, colocando los platos en el lavavajillas.

—Nunca lo es —concedió—. Pero a veces lo complicáis tanto que se os pasa el tren.

Me giré hacia él.

—¿Desde cuándo eres tan filósofo?

—Desde que soy padre —dijo—. Te cambia el cerebro.

No pude evitar sonreír.

Terminamos de recoger y justo cuando cerré el lavavajillas, mi móvil vibró sobre la encimera. Miré la pantalla y el nombre hizo que frunciera ligeramente el ceño. Era Javier.

—Es mi jefe —dije en voz alta.

—El madrileño serio —adivinó Héctor.

—Ese mismo.

Contesté.

—Buenos días, Javier.

—Buenos días, Iria —respondió—. ¿Cómo está la pequeña?

—Mucho mejor —dije—. Ya en casa y dando guerra, como siempre.

—Me alegro —respondió con sinceridad—. Sé que estos días estás trabajando desde casa, pero necesito que vengas a la sede.

Me apoyé en la encimera.

—¿Ha pasado algo?

—Hay unos papeles que revisar, urgentes. No te llamaría si pudiera esperar al lunes.

Miré el reloj.

—Estaré allí en media hora.

—Gracias —dijo—. Te lo agradezco.

Colgué y solté un suspiro.

—¿Trabajo? —preguntó Héctor.

—Trabajo —confirmé.

—Vera se queda conmigo —dijo sin dudar—. Tú vete tranquila.

Asentí, agradecida. Fui a cambiarme mientras él iba a avisar a la niña. Me puse un traje sencillo pero impecable, me recogí el pelo en una coleta baja y cogí el bolso. Antes de salir, Vera apareció en el pasillo.

—¿Te vas a ver a Mat? —preguntó, esperanzada.

—Voy a trabajar —respondí.

Me miró como si no me creyera del todo.

—Vale —dijo—. Pero dile que el sábado no se olvide que viene a pasar el día con nosotros.

—No se olvidará.

Salí del ático con esa sensación conocida de equilibrio inestable: la vida personal y la profesional tirando de mí en direcciones opuestas… y yo intentando no caerme en medio.

La sede de *Eisenhart & Wolf* tenía ese pulso propio que no se detenía nunca. Aunque fuera jueves y todavía temprano, el edificio estaba vivo: ascensores subiendo y bajando, conversaciones apagadas, pasos rápidos sobre el suelo pulido. Me quité el abrigo al entrar y saludé con un gesto automático a la chica de recepción, que levantó la vista de su pantalla y me devolvió una sonrisa profesional.

Subí directamente a mi planta, y Javier ya me esperaba con la puerta entreabierta y varios dossiers extendidos sobre la mesa de reuniones, lo que ya me indicó que no se trataba de una simple revisión.

—Gracias por venir tan rápido —dijo al verme—. Siéntate, por favor.

—Para eso estoy —respondí mientras dejaba el bolso y me acomodaba frente a él—. Cuéntame.

Me deslizó uno de los documentos.

—Lo de Frankfurt —empezó—. La presentación fue impecable, pero hay un punto que no me cuadra.

Fruncí ligeramente el ceño mientras repasaba las cifras.

—El bloque de inversión en automatización híbrida —añadí—. Lo sé. A mí tampoco.

—Exacto —asintió—. El comité aprobó el marco general, pero hay una discrepancia entre lo que expusimos y lo que figura en el anexo legal que nos enviaron ayer.

Suspiré, y pasé al modo profesional que tanto conocía, ese en el que me concentraba y hacía eso para lo que me había esforzado durante años: trabajar y dar lo mejor de mí en el puesto que ahora me correspondía.

Capítulo 20

Iria

Pasamos la siguiente hora inmersos en datos, proyecciones y escenarios. Hablamos de la expansión en Europa del Este, del impacto fiscal en determinados mercados, de cómo ajustar la estrategia sin comprometer lo que Matthias había defendido en Frankfurt.

—Si esto sale así —dije señalando una tabla—, nos exponemos a una penalización encubierta dentro de dieciocho meses.

—Y eso es justo lo que quiero evitar —respondió Javier—. Necesito tu criterio antes de elevarlo.

—Entonces hay que rehacer este apartado —sentencié—. Y avisar al señor Eisenhart antes de que lo vea por otro canal.

Javier suspiró.

—Sabía que dirías eso.

—Para eso me has llamado.

Me miró durante un segundo largo y luego sonrió con cansancio.

—Si no fuera urgente, habría esperado al lunes —admitió—. Gracias por venir.

—No pasa nada —respondí—. Prefiero que las cosas se hagan bien.

Cerramos los documentos y quedamos en enviar las correcciones antes de final del día. Me levanté, recogí mis cosas y me despedí.

—Gracias, Iria.

—Siempre.

Salí del despacho con la cabeza todavía metida en números… pero mi cuerpo ya iba en otra dirección.

No lo pensé demasiado. Giré hacia los ascensores centrales y pulsé el botón de la décima planta.

Durante la subida, me miré de reojo en el reflejo metálico del ascensor: traje impecable, postura recta, expresión serena. Nadie diría que por dentro tenía un nudo extraño en el estómago, una mezcla de anticipación y desafío.

Las puertas se abrieron y el ambiente cambió. La planta de Matthias siempre tenía algo distinto: más silenciosa, más controlada. Cata levantó la vista al verme.

—Está solo —dijo antes incluso de que yo preguntara—. Puedes pasar.

—Gracias.

Me detuve frente a la puerta unos segundos. Inspiré hondo y llamé.

—Adelante —dijo, y entré.

Matthias estaba de pie, inclinado sobre el escritorio, revisando unos papeles con gesto concentrado. No levantó la vista de inmediato. Cerré la puerta tras de mí.

—Buenos días —dije.

Alzó la cabeza entonces. Sus ojos grises se clavaron en mí… y se estrecharon al instante.

—Te dejé muy claro que no quería verte esta semana aquí —dijo, con el ceño fruncido.

—Me llamó Javier —respondí, avanzando un paso—. Asunto urgente. Ya me iba… solo quería saludarte.

Cerré la puerta del todo.

La expresión de Matthias cambió lentamente. El enfado dio paso a algo más oscuro. Más peligroso. Y después, sonrió de medio lado.

—Eso no te libra del castigo.

Tragué saliva sin querer.

—Matthias…

Se acercó despacio, sin apartar los ojos de mí. Al pasar a mi lado, estiró el brazo y cerró el pestillo de la puerta con un clic seco que resonó demasiado fuerte en el silencio del despacho.

—Si desobedeces una orden directa —dijo en voz baja—, asumes las consecuencias.

El aire se volvió denso. Mi corazón empezó a latir más deprisa. Y supe, en ese instante, que ya no había marcha atrás.

Matthias estaba demasiado cerca. Sentía su presencia como una presión constante contra la piel, contra el aire que respiraba.

—Matthias… —Repetí, más bajo esta vez.

Él no respondió de inmediato. Se quedó frente a mí, a apenas un palmo de distancia, observándome como si estuviera memorizando cada detalle: el traje, la forma en que me había recogido el pelo, la tensión evidente en mis hombros. Sus ojos grises se oscurecieron.

—Dime que no quieres esto —dijo al fin, con voz grave—. Dímelo ahora.

No pude. No quise. Levanté la barbilla, sosteniéndole la mirada.

—No lo digas —susurró—. Porque sabes que mentirías.

Algo en su expresión cambió, y al mismo tiempo se liberó. Me besó con urgencia, como si llevara días conteniéndose. Su boca reclamó la mía sin suavidad, sin cuidado, con una necesidad que me atravesó entera. Respondí de inmediato, aferrándome a su camisa, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

Me rodeó la cintura con una mano firme y me atrajo hacia él, eliminando cualquier espacio entre los dos. Sentí su respiración entrecortada, su mandíbula tensa, el modo en que me besaba como si no hubiera un mañana.

—Tenías que quedarte en casa —murmuró contra mis labios.

—Lo sé —respondí—. Pero me necesitaban en mi departamento. Y… quería verte.

Gruñó en voz baja y volvió a besarme, más lento esta vez, más profundo. Sus labios descendieron por mi mandíbula, por mi cuello, y tuve que cerrar los ojos para no perder el equilibrio. Cada caricia suya era una declaración de intenciones.

Me apoyó contra la puerta, su cuerpo encajando con el mío como si siempre hubiera sabido dónde debía estar. Sus manos exploraron mi espalda, mis costados, deteniéndose en la curva de mi cintura con una posesión que no me asustó, sino que me encendió.

Pensé en todo lo que no debía estar pasando. En el despacho. En el edificio. En las normas que ambos habíamos impuesto. Y, aun así, lo único que sentía era una certeza abrumadora: lo quería ahí. A él.

—Mírame —ordenó en voz baja.

Abrí los ojos y cuando me encontré con su mirada, me atravesó. No había juego en ella. Había deseo, sí, pero también algo más profundo. Algo que me hizo temblar.

—Me vuelves loco —dijo—. Y eso no me pasa nunca.

Le sonreí despacio.

—Te pasa conmigo —repliqué—. Acostúmbrate.

Sus labios se curvaron ligeramente antes de volver a besarme. Esta vez bajó las manos hasta mis muslos y me levantó lo justo para obligarme a rodearle la cintura con las piernas. El gesto fue instintivo, natural, y sentí cómo el pulso se me desbocaba.

—Aquí no —susurré, más por provocar que por frenarle.

—Aquí sí —respondió—. Porque no puedo esperar.

Me llevó hasta el escritorio sin dejar de besarme, apartando papeles con el antebrazo en un gesto brusco. Me sentó sobre la madera fría y se colocó entre mis piernas. El contraste me hizo jadear.

Sus manos subieron por mis muslos, lenta y deliberadamente, mientras me observaba como si disfrutara de cada reacción que arrancaba de mí. Yo también le miraba, memorizando la tensión de su cuello y el brillo oscuro de sus ojos.

—No deberías tener tanto poder sobre mí —murmuró.

—No lo tengo —respondí—. Tú me lo das.

Eso pareció afectarle más de lo que esperaba. Me besó de nuevo, con una intensidad que me dejó sin aliento, y sus caricias se volvieron más decididas. Cada roce era una pregunta a la que mi cuerpo respondía antes que mis labios.

Pensé en Vera, en Héctor, en la vida que llevaba fuera de aquel despacho. Pensé en lo peligroso que era sentir así. Y, aun así, cuando Matthias apoyó la frente contra la mía y respiró hondo, supe que no me arrepentiría.

—Esto no es solo deseo —dijo en un susurro—. Y eso es lo que me da miedo.

Le acaricié la mejilla con suavidad.

—A mí también —confesé—. Pero no pienso huir.

Sus labios buscaron los míos una última vez, más lenta, más consciente. El mundo exterior desapareció por completo. Solo existíamos nosotros, el latido compartido, la certeza de que aquello nos estaba cambiando.

En un movimiento rápido me dejó en el suelo, de espaldas a él con ambas manos apoyadas en su escritorio. Le miré por encima del hombro y vi cómo me bajaba las medias y el tanga, cómo se arrodillaba tras de mí y, separando ligeramente mis nalgas, perdí de vista su rostro y sentí su lengua deslizándose entre mis pliegues.

Me mordí el labio para no gritar mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Matthias seguía lamiéndome con ese ritmo que me volvía loca y él lo sabía, y comencé a mover las caderas en busca de más.

No tardé en sentir su dedo penetrándome mientras su lengua seguía llevándome a ese punto de locura en el que solo él sabía ponerme. Segundos después noté cómo se incorporaba y todo su cuerpo quedaba pegado al mío.

Continuó penetrándome con el dedo mientras con la otra mano jugaba con mi clítoris, pellizcándolo y torturándolo con esos movimientos rápidos y precisos, haciendo fricción hasta que noté que me alcanzaba el orgasmo. Le miré de nuevo por encima del hombro y se lanzó a por mis labios para besarme y que el grito que escapó de ellos mientras me corría quedara amortiguado por ese beso.

En cuanto me corrí, escuché cómo desabrochaba su pantalón y, de una fuerte y profunda embestida, me penetró, haciendo que un nuevo grito muriera en nuestras bocas.

Matthias comenzó a moverse cada vez más rápido y más profundo mientras me sostenía con fuerza por la cadera con una mano y seguía jugando con sus dedos en mi clítoris. Yo me movía de adelante atrás, buscando más, encontrándome con su grueso, duro y erecto miembro que me hacía estremecer con cada profunda penetración.

Unos minutos después, los dos nos dejamos llevar y alcanzamos el clímax al unísono, jadeando y con el cuerpo tembloroso por aquel encuentro tan rápido como fogoso.

Cuando finalmente nos separamos, apoyé la cabeza en su hombro, intentando recuperar el aliento. Él me rodeó con los brazos, sin prisa, sin exigencias.

—Deberías irte —dijo—. Antes de que pierda el poco autocontrol que me queda y vuelva a follarte sentada en el escritorio.

Sonreí viendo el brillo del placer en sus ojos.

—Siempre tan responsable —murmuré.

—Solo contigo.

Me dio un beso rápido en los labios y me recolocó la ropa, un gesto íntimo que me desarmó más que cualquier beso. Antes de abrir la puerta, me detuvo.

—El sábado —dijo—. Iré a pasar el día con vosotros.

—Lo sé —sonreí, porque sabía que Matthias no era de dar su palabra a la ligera y mucho menos a una niña de cuatro años que estaba deseando verle.

Salí del despacho con el corazón aún desbocado, consciente de que acabábamos de cruzar una línea que habíamos acordado no cruzar y que ya no tenía vuelta atrás. Y, por primera vez, no sentí miedo.

Capítulo 21

Matthias

No recordaba la última vez que había subido a un ático sin sentir que me faltaba el aire.

El ascensor se detuvo con un movimiento suave y, durante un segundo, me quedé quieto frente a la puerta metálica, con la bolsa del vino colgándome de la mano y el abrigo aún puesto.

No eran nervios. Era… algo distinto. Una sensación incómoda y cálida a la vez, como si aquel lugar no me perteneciera y, sin embargo, me estuviera esperando.

Salí del ascensor, caminé hacia la puerta que me había dicho Iria y llamé. No tuve que esperar ni dos segundos.

—¡Maaaaat!

La puerta se abrió de golpe y Vera apareció como un rayo, con el pelo revuelto y los calcetines desparejados, corriendo hacia mí con los brazos abiertos. Me agaché justo a tiempo para atraparla antes de que se estrellara contra mis piernas.

—Eh, cuidado, pequeña tormenta —dije, cogiéndola en brazos.

Ella me rodeó el cuello con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer si aflojaba el abrazo.

—Ya pensaba que no ibas a venir —protestó, con un puchero exagerado.

—Imposible —respondí sin pensarlo—. Mi socio me ha entretenido con unos papeles del trabajo, pero por nada del mundo me perdería un día contigo.

Eso era cierto. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Vera me miró muy seria, con esos ojos verdes que no engañaban a nadie, y asintió despacio, como si evaluara la sinceridad de mis palabras.

—Vale —dictaminó—. Te creo.

Entré en el ático con ella aún en brazos. La luz inundaba el salón desde los ventanales que daban a la terraza, y el olor a comida casera me golpeó con una familiaridad que me descolocó. Nada de restaurantes de estrella Michelin ni catering impecable. Aquello olía a hogar.

—¿Cómo estás, campeona? —pregunté mientras me desabrochaba un poco el abrigo—. ¿Qué tal la heroína de los puntos?

—Mejor —respondió—. Los puntos pican un poquito, pero ya no duelen tanto. Sigo tomándome las pastillas y el médico me ve el lunes.

Me lo dijo de carrerilla, como si hubiera ensayado el informe médico.

—Muy bien —sonreí—. Eso suena a recuperación oficial.

—Matthias —la voz de Héctor llegó desde la cocina—. Ya era hora.

Le devolví el saludo con un leve gesto de cabeza, sin palabras. Él sonrió como si supiera exactamente todo lo que pasaba por mi mente. Y entonces la vi.

Iria estaba apoyada en la encimera, con una cuchara de madera en la mano y una camiseta clara arremangada hasta los codos. El pelo recogido de cualquier manera y un mechón rebelde escapándosele cerca de la sien. Alzó la vista al verme y, por una fracción de segundo, sus ojos verdes se abrieron un poco más de lo normal.

No lo pensé. Con Vera aún en brazos, me acerqué y le di un beso rápido en los labios. Instintivo. Natural. Como si lo hubiera hecho mil veces.

Cuando me separé, Iria seguía mirándome con los ojos abiertos, completamente inmóvil.

—Hola —dije en voz baja.

Vera soltó una risita.

—Tía… ¿Este también vas a decir que te lo ha dado en la mejilla? —preguntó, señalándose los ojos con dos dedos—. Porque lo he visto con estos ojitos…

Héctor estalló en carcajadas y yo no pude evitar sonreír. Iria, en cambio, se llevó una mano a la cara, derrotada.

—Qué traición —murmuró.

—¡No es traición! —protestó Vera—. Es la verdad.

—La verdad es peligrosa en esta casa —replicó Héctor—. Aprende pronto.

Las risas llenaron el salón y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que algo se aflojaba dentro de mí.

—Venga, a lavarse las manos —ordenó Iria—, que vamos a comer ya.

Bajé a Vera al suelo y ella salió disparada hacia el baño.

—He traído vino —anuncié, tendiéndole la bolsa a Héctor mientras me quitaba el abrigo.

Él la cogió con interés exagerado y sacó la botella.

—¿Vino? —me miró con ambas cejas arqueadas—. Colega… este es el padre de todos los vinos.

Era un Vega Sicilia Único. Añada excelente. No se lo dije, pero había dudado antes de traerlo. Al final decidí que no había mejor ocasión.

—Pensé que un día como hoy lo merecía —respondí.

—Tú sí que sabes cómo ganarte a un hombre —sentenció Héctor.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté, mirando a Iria.

—Solo falta bajar a por el pan y el refresco de naranja para Vera —dijo—. Está todo preparado.

Mientras salía hacia la puerta, me di cuenta de algo que me golpeó con más fuerza que cualquier recuerdo oscuro. No me sentía fuera de lugar. Y eso… eso era peligroso.

Cuando volví a subir con el pan aún caliente bajo el brazo y la botella de refresco de naranja chocando suavemente contra mi muslo, el ático estaba lleno de voces y risas. Ese tipo de ruido doméstico que no se podía fingir.

Cerré la puerta con el pie y me quedé un segundo observándolos.

Héctor iba de un lado a otro con un paño al hombro como si fuera el chef de un programa de televisión. Iria colocaba los platos en la mesa con una precisión casi militar, aunque tenía una sonrisa distraída en los labios. Y Vera… Vera estaba subida a una silla, vigilándolo todo como una pequeña supervisora general.

—¡Ya está aquí! —anunció ella al verme—. Trae el pan de verdad, no ese blandito malo.

—Gracias por la confianza —murmuré, dejando las cosas sobre la encimera.

—Es importante elegir bien el pan —sentenció—. Papá siempre se equivoca.

—¡Oye! —protestó Héctor—. Yo compro el que pone “artesano”.

—Pero está duro —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Iria se rio por lo bajo.

—Ha hablado la experta —dijo.

Me acerqué a la mesa mientras Héctor descorchaba la botella de vino con un ritual exagerado.

—A ver si esto está a la altura del "padre de todos los vinos" —comenté.

—Si no lo está, mentiré —replicó él—. Por educación.

Cuando nos sentamos, Vera lo hizo entre Iria y yo. Aquello no estaba planeado, pero nadie dijo nada. Ella apoyó el codo en la mesa y me miró con aire conspirador.

—He ayudado a hacer la comida —me informó—. Un poquito.

—Un poquito muy controlado —puntualizó Iria.

—He removido —insistió Vera—. Y he probado la salsa.

—Eso sí es verdad —admitió Héctor—. Y ha sobrevivido.

La comida era sencilla, pero olía de maravilla. Carrilleras de ternera al vino tinto, cocinadas despacio, con puré de patata casero y verduras asadas. Nada sofisticado. Nada pretencioso. Perfecto.

Probé el primer bocado y no pude evitar cerrar los ojos un segundo.

—Está… buenísimo —dije con sinceridad.

Iria levantó la vista, sorprendida.

—¿De verdad?

—De verdad. Si alguien me hubiera servido esto en un restaurante, habría pedido conocer al chef.

—¡Soy yo! —exclamó Héctor, levantando la mano—. Bueno… con ayuda logística.

—Yo he ayudado —repitió Vera, muy seria.

—Por supuesto —asentí—. Se nota el toque maestro.

Ella sonrió, orgullosa. El vino acompañaba perfectamente. Rico, profundo, elegante. Pero lo mejor no estaba en la comida, sino en la compañía.

—¿Sabes qué vi ayer? —dijo Vera de pronto, con la boca llena—. Una peli.

—Ah, ¿sí? —pregunté—. ¿Y de qué iba?

—Prepárate —me dijo Iria tras un suspiro.

—Había un león pequeñito —empezó ella—. Que su tío era malo.

Héctor se llevó la mano al pecho.

—Otra vez no…

—Y el papá se muere —continuó Vera, imperturbable—. Y luego él se va con un cerdito y un bicho raro que cantan.

—¡No es un bicho raro! —protestó Iria—. Es un suricato.

—Eso —asintió Vera—. Y luego vuelve y grita desde una piedra muy alta.

Me atraganté con el vino.

—Una descripción… intensa —dije carraspeando—. Déjame adivinar. ¿El Rey León?

—¡Sí! —gritó ella, dando una palmada—. ¿Ves cómo soy buena contando pelis?

—Excelente —respondí—. Muy detallada. Especialmente la parte traumática.

—A mí no me dio miedo —aseguró—. Pero la tía lloró un poquito.

—Eso es mentira —replicó Iria—. Fue polvo en el ojo.

—Claro —intervino Héctor—. Polvo con forma de león muerto.

Las risas volvieron a llenar la mesa.

Vera siguió hablando de la película, imitando rugidos, canturreando canciones a medias, gesticulando tanto que casi tira el vaso de refresco. Nadie la interrumpió. Nadie miró el reloj. Y yo… yo me limité a observar.

La forma en que Iria la escuchaba como si fuera lo más importante del mundo. La manera en que Héctor la corregía sin apagarla. Y cómo Vera, sin saberlo, era el centro exacto de ese pequeño universo.

Cuando terminamos el plato principal, Iria se levantó.

—Voy a por el postre.

—¡Yo ayudo! —saltó Vera.

—Tú supervisas —corrigió.

Aparecieron con una tarta de nata y trufa, decorada con pequeños bombones colocados con demasiado cuidado para ser casual.

—Es de la pastelería de la esquina —anunció Vera—. Allí tienen unos bollos y unos pasteles buenísimos. Los de chocolate son los mejores.

—Tomo nota —dije.

—Para investigaciones futuras —añadió Héctor.

La tarta estaba tan buena como parecía. Cremosa, con el bizcocho esponjoso y un toque dulce perfecto y peligroso. Vera se manchó la nariz de nata y nadie se lo dijo inmediatamente. Era demasiado bonito.

Capítulo 22

Matthias

Después vino el café para nosotros y un vaso de leche para ella.

—¿Jugamos a algo? —propuso Vera de pronto—. ¿A adivinar películas?

Nos miramos los tres.

—Yo acepto —dijo Héctor.

—Yo también —sonrió Iria.

—Me apunto. ¿Hay reglas? —pregunté.

Vera se subió de nuevo a la silla.

—Ahora os explico.

Y en ese momento, mientras ella tomaba aire para empezar a mandar, pensé que hacía mucho, muchísimo tiempo, que no me reía así sin sentir culpa.

Y eso… eso me asustó un poco.

Vera golpeó suavemente la mesa con una cucharilla para reclamar atención, como si estuviera inaugurando una sesión solemne.

—Las reglas son muy importantes —anunció—. No se puede hablar. Solo se pueden hacer gestos.

—¿Y si hacemos sonidos? —preguntó Héctor.

Ella negó con la cabeza con gravedad.

—Nada de sonidos. Solo mover el cuerpo.

—Esto promete —murmuré.

—Y podemos usar cosas de aquí —añadió señalando el salón—. Lo que queramos.

Iria cruzó los brazos, divertida.

—¿Quién empieza?

—Yo —dijo Vera sin dudar.

Saltó de la silla y se colocó en medio del salón. Se quedó muy quieta un segundo… y de repente se llevó las manos a la cabeza como si tuviera melena, puso cara de susto exagerado y señaló hacia arriba.

Luego juntó las manos como si rugiera.

—¿Un gato enfadado? —dijo Héctor.

Vera negó con energía, suspiró, fue hacia el sofá y cogió un cojín. De pronto empezó a caminar como un mono y levantó el cojín hacia el aire.

—Hija, como no hagas algo más… —comentó Héctor.

Y la niña, muy dramática en ese momento. Se tiró al suelo y sacó la lengua, quedándose quieta.

—El Rey León —dije, levantando una ceja.

Ella dio un salto de alegría.

—¡Sí!

—Hombre, si hubieras empezado por el trauma, lo habría acertado yo —protestó Héctor.

—Ahora otra —continuó ella sin escucharle.

Cogió un cojín azul del sofá, se lo puso en la cabeza como si fueran orejas enormes, empezó a saltar torpemente y luego se abrazó a sí misma con cara de pena.

—¿Un conejo triste? —probó Iria.

Vera negó, se llevó una mano al corazón y luego hizo como si alguien la abrazara muy fuerte.

—¿Los osos amorosos? —pregunté.

—Esos eran una serie de dibujos, abuelo —rio Héctor.

Vera suspiró, cogió una bufanda que había en el sofá y se la puso en la cabeza, después una camisa que se anudó al cuello a modo de capa y se lanzó desde la silla al suelo como si volara.

—¡Stitch! —gritó Iria.

—¡Sí! —aplaudió.

—¿Esto es una película? —arqueé la ceja.

—Es un extraterrestre problemático —añadió Iria.

—Como tú —dijo Héctor.

La siguiente fue aún mejor. Vera fingió tiritar, se abrazó los brazos, hizo como si lanzara hielo con las manos y luego se puso a cantar en silencio, exagerando los labios.

—Frozen —dijo Iria entre risas.

—¡Correcto!

Vera se inclinó en una reverencia exagerada mientras nosotros la aplaudíamos.

—Ahora vosotros.

Héctor se levantó el primero. Cogió un pañuelo del cuello, se lo ató como si fuera un sombrero imaginario y caminó como una mujer decidida. Luego hizo como si condujera y miró a Iria con cara de complicidad. Finalmente, simuló un volante que se soltaba y extendió los brazos.

Iria se llevó la mano a la boca.

—Thelma y Louise.

—¡Ole! —celebró él.

—Eso no es para niños —apunté.

—Ella no sabe el final —respondió Héctor—. Aún somos unos padres ejemplares.

Y me tuve que reír, no porque dudara de esa afirmación, sino por la cara que había puesto.

Iria fue la siguiente. Se colocó frente a mí, se llevó una mano al corazón, luego extendió los brazos como si estuviera en la proa de un barco invisible. Hizo como si el viento le golpeara la cara y después fingió caer hacia atrás muy despacio.

—Titanic —dije sin dudar.

—Siempre la misma —murmuró Héctor—. Drama acuático.

Entonces Vera me miró con expectación.

—Te toca.

Me levanté despacio. Miré alrededor buscando inspiración… y la vi. La silla junto a la mesa. Miré a Vera.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió sin pensarlo.

La ayudé a subir a la silla y ella se irguió, orgullosa, como si estuviera en lo alto de una torre. Yo me arrodillé frente a ella, levanté la mirada con dramatismo y llevé una mano al pecho.

Extendí el brazo hacia ella como si suplicara, y Vera abrió los ojos como platos.

—Ay, tía… —dijo, olvidando por completo la regla de no hablar—. Que me va a pedir que me case con él.

El salón estalló en carcajadas. Iria se apoyó en la mesa, riéndose sin control.

—Romeo y Julieta —dijo Iria entre risas.

—Exacto —sonreí, y me levanté haciendo una reverencia exagerada—. Gracias, gracias.

—Eso sí es amor dramático —comentó Héctor—. Intensito.

—Ahora otra tú —ordenó Vera, señalándome.

Suspiré teatralmente y, de repente, empecé a mover las caderas de un lado a otro, exagerando el gesto. Me pasé la mano por el pelo hacia atrás, puse cara de seductor y fingí cantar a un micrófono invisible.

Héctor casi se atragantó.

—No… no puede ser… —y empezó a reírse.

—¡Elvis! —gritó Iria.

Vera me miraba fascinada.

—Baila raro —dictaminó.

—Era muy famoso —le expliqué—. Y movía así las caderas.

Volví a hacerlo, exagerando aún más. Héctor aplaudía, doblado de la risa. Iria tenía los ojos brillantes.

—Esto no lo verán en ningún consejo de administración —dijo ella entre risas.

—Y menos mal —respondí.

Seguimos así un buen rato. Películas imposibles, gestos ridículos, risas que dolían en las costillas. Y perdí la noción del tiempo.

Y mientras Vera se reía, mientras Iria me miraba como si estuviera descubriendo a alguien nuevo, pensé algo que no debería haber pensado.

Que allí, en ese salón lleno de cojines y risas infantiles, yo no era el hombre roto que el mundo conocía. Era solo… Matthias. Y eso era peligrosamente agradable.

El juego terminó cuando Vera empezó a bostezar sin darse cuenta, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas de tanto reír. Se dejó caer en el sofá como si hubiera corrido una maratón.

—Creo que alguien necesita azúcar —dijo Héctor.

—¡Tortitas! —anunció Vera de pronto, incorporándose como si le hubieran dado cuerda.

Iria arqueó una ceja.

—Eso no es azúcar, eso es chantaje emocional.

—Funciona —respondió Héctor, ya de pie.

No tardamos mucho en estar los tres adultos en la cocina, moviéndonos sin estorbarnos demasiado, como si lo hubiéramos hecho antes. Yo batía la masa mientras Héctor calentaba la sartén e Iria cortaba fresas con una precisión casi quirúrgica.

Vera supervisaba desde uno de los taburetes altos, balanceando las piernas.

—Las mías con fresa y nata —ordenó—. Y las de la tía también.

—¿Y las nuestras? —pregunté.

—Papá las come con chocolate y nata —dijo.

—Yo también las como así —contesté.

—Pero tú tienes que probar las mías. Con fresa están muy buenas.

—Eso suena a amenaza —comenté.

—Es una promesa —corrigió.

El olor a tortitas llenó la cocina. Café recién hecho para nosotros, leche caliente con cacao para ella. Nada extraordinario. Todo perfecto.

Nos sentamos de nuevo a la mesa, esta vez más relajados. Vera atacó su plato con una concentración absoluta.

—Mat —dijo de pronto, clavándome la mirada—. Tienes que probar.

Pinchó un trocito con el tenedor y lo acercó a mi boca. Fresa y nata. Dudé solo un segundo antes de aceptar.

—A ver… —Lo acepté y mastiqué despacio—. Vale —admití—. Están muy buenas también así.

Ella sonrió, satisfecha.

—Te lo dije.

Observé a Iria mientras daba un sorbo a su café, con una media sonrisa tranquila, sin prisas. Me pregunté cuándo había sido la última vez que la había visto tan relajada. Sin armaduras. Sin control absoluto.

Y pensé en Vera. En su risa. En la forma en que confiaba en mí sin cuestionarlo. En cómo me había abrazado al llegar, como si yo fuera algo seguro para ella. Eso me atravesó más hondo de lo que esperaba.

No estaba hecho para ese tipo de cosas. Para ser alguien importante en la vida de una niña. Para ocupar un espacio que dolería perder. Pero allí estaba. Y no dolía. Al contrario.

Estar allí se sentía bien. Mucho mejor de lo que había imaginado. Mejor de lo que merecía.

Miré a Héctor, que hablaba con Vera de no sé qué historia imposible, y luego a Iria, que los observaba con esa mezcla de ternura y miedo que solo tenían las personas que amaban de verdad.

Y me encontré pensando en algo que no debería haber pensado.

Que no me importaría repetir. Otros sábados. Otras comidas. Otras risas. Como uno más de la familia.

Y por primera vez en muchos años, no hui de ese pensamiento. Lo dejé estar.

Capítulo 23



Iria

Ya era de noche cuando el ático empezó a cambiar de ritmo.

No era algo visible, sino una sensación. Como si el día se hubiera recogido en sí mismo y dejara espacio a otra cosa más lenta, más íntima. Más… doméstica.

Héctor estaba en su cuarto, vistiéndose para ir al club. Lo sabía porque lo oía trajinar, abrir cajones, cerrar cremalleras, maldecir en voz baja cuando no encontraba algo. Matthias estaba en el salón con Vera, sentados en el suelo, hojeando el catálogo de la plataforma de películas con una concentración casi solemne.

Yo me apoyé un segundo en el marco de la puerta y los observé. Matthias tenía las piernas largas estiradas y la espalda apoyada en el sofá. Vera estaba prácticamente pegada a él, señalando la pantalla con entusiasmo.

—Esa. Esa. Esa tienes que verla —insistía—. No puede ser que no hayas visto nunca jamás la película de Stitch.

—Nunca jamás suena como una acusación grave —respondió él, divertido.

—Lo es —sentenció ella—. Es Stitch. Es muy divertida. Y sale un bicho azul.

—¿Un bicho azul? —repitió él, arqueando una ceja—. Eso no me tranquiliza.

—Pues te va a gustar —aseguró ella—. Y si no te gusta… —Se encogió de hombros—. Te aguantas.

Sonreí sin darme cuenta.

Héctor apareció entonces en el salón, ya vestido para el club. Llevaba un traje oscuro y una camisa negra abierta lo justo. Tenía ese aire de peligro elegante que tanto éxito tenía entre sus clientes. Vera se levantó de un salto en cuanto lo vio.

—¡Papá!

Corrió hacia él y se lanzó a sus brazos. Héctor la cogió con facilidad, apretándola fuerte contra su pecho.

—Te quiero —le dijo ella, sin previo aviso, con esa naturalidad desarmante que solo tenían los niños.

Héctor cerró los ojos un segundo.

—Y yo a ti, renacuaja.

—No te olvides de comprar churritos y chocolate para el desayuno de mañana —añadió, muy seria.

Matthias soltó una carcajada.

—Esto es extorsión emocional.

—Se llama previsión —replicó Vera.

—No te preocupes —dijo Héctor—. No se me olvida. Jamás me olvido de los churritos.

La dejó en el suelo y se agachó para quedar a su altura.

—Pórtate bien con tu tía y con Matthias, ¿vale?

—Siempre me porto bien —respondió ella, indignada, volteando los ojos.

Le dio un beso en la frente y luego se acercó a mí. Me besó la mejilla, como siempre, con ese gesto familiar que era hogar.

—No te acuestes muy tarde —me dijo en voz baja—. Y disfruta.

Después se giró hacia Matthias y le dio un leve golpecito en el hombro.

—Suerte con la noche de pizza y peli.

—La necesitaré —respondió Matthias.

Héctor se fue y el silencio que dejó atrás no fue incómodo. Fue… expectante.

—¿Pedimos pizza? —pregunté.

—¡Sí! —gritó Vera—. Yo la quiero de jamón y queso.

—Claro que quieres —murmuré.

Matthias me miró.

—Confío en tu criterio.

Y ahí, en ese gesto sutil, sentí algo que no estaba preparada para sentir.

La pizza llegó treinta minutos después, con el timbre rompiendo la quietud cómoda que se había instalado en el ático. Vera fue la primera en levantarse, como si llevara toda la tarde esperando ese sonido concreto.

—¡Yo abro! —gritó.

Matthias se levantó antes de que yo pudiera decir nada.

—Déjame a mí —le dijo con suavidad—. Tú manda.

Ella le señaló el pasillo con autoridad absoluta.

—Ahí.

Los observé mientras él pagaba, cogía las cajas y agradecía al repartidor con una educación impecable. Cuando volvió al salón, colocó las pizzas sobre la mesa baja y se sentó en el suelo con naturalidad, sin rastro del hombre que presidía consejos de administración y ponía nerviosos a directivos de medio mundo.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa, en el suelo, como si fuera lo más normal del mundo.

Vera se colocó entre Matthias y yo, cruzando las piernas, feliz.

—Empieza la peli —ordenó.

Puse *Lilo & Stitch* y, en cuanto sonó la música inicial, la niña se giró hacia Matthias con los ojos brillantes.

—Ahora te voy a explicar cosas —le advirtió—. Porque hay partes importantes.

—Tomaré apuntes mentales —respondió él.

Le tendió un trozo de pizza, soplando un poco antes.

—Cuidado, quema.

—Gracias —dijo ella muy seria.

Y ahí fue cuando empecé a observarlo de verdad.

La forma en que partía la pizza en trozos más pequeños para ella sin que se lo pidiera. Cómo, cuando se manchó la comisura de la boca con tomate, cogió una servilleta y se la limpió con un gesto automático, cariñoso, sin invadirla. Cómo se dio cuenta de que su vaso de zumo estaba casi vacío y se levantó a llenarlo sin interrumpir la conversación.

No había pose. No había cálculo. Era… natural.

—El bicho este —decía Vera señalando la pantalla— es malo al principio, pero luego no tanto.

—Como algunos ejecutivos —murmuró Matthias.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada, nada. Sigue.

Ella se rio y continuó explicándole la película con lujo de detalles, saltándose partes, exagerando otras, imitando voces. Matthias la escuchaba como si no existiera nada más importante en ese momento.

—Desde luego —comentó él—, el bicho se comporta como un perro.

Vera soltó una carcajada tan fuerte que casi se le cayó la pizza.

—¡Sí! ¡Es verdad! ¡Es como un perro azul!

Yo sonreí, pero por dentro algo se me apretó en el pecho.

Vera estaba feliz. Genuinamente feliz. Y no solo por la película o la pizza. Lo estaba porque se sentía vista, escuchada, incluida.

En un momento dado, sin previo aviso, dejó la pizza en la mesa y se giró hacia Matthias.

—Oye.

—Dime.

—Tú ahora también eres *Ohana*.

El mundo se detuvo. Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos y el corazón golpeándome con fuerza en el pecho.

Matthias frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

Vera sonrió, encantada de poder explicar algo importante.

—En la peli, que es en Hawái, *Ohana* significa familia. Papá, la tía Iria y yo somos *Ohana*… —Hizo una pausa dramática— y ahora tú también lo eres.

Lo dijo con una naturalidad que me dejó sin aire.

Matthias no respondió inmediatamente. La miró, serio, como si esas palabras tuvieran un peso que solo él podía entender. Luego sonrió despacio y abrió los brazos.

—Gracias por dejarme ser parte de tu *Ohana*.

La abrazó con cuidado, con respeto, como si entendiera la responsabilidad que implicaba ese gesto. Y entonces levantó la vista y me miró a mí.

No dijo nada. No hizo falta. Sentí el impacto físico de esa mirada. Una mezcla de emoción, sorpresa… y algo más profundo que no me atreví a nombrar.

Ahí fue cuando lo comprendí. Vera ya se había encariñado con Matthias. Y eso… eso lo cambiaba todo.

No supe qué decir. Me limité a volver la vista a la pantalla, fingiendo interés en la película mientras por dentro intentaba recomponerme. Porque una cosa era que yo jugara con fuego. Y otra muy distinta era que una niña inocente entrara en ese terreno sin saberlo.

La risa de Vera volvió a llenar el salón, ajena a mis pensamientos, y Matthias volvió a centrar su atención en ella, como si no acabara de remover los cimientos de mi mundo.

Y yo me quedé allí, sentada en el suelo, con una certeza incómoda creciendo dentro de mí. Esto ya no era solo cosa de dos.

Cuando la película terminó, Vera bostezó sin darse cuenta y apoyó la cabeza en el cojín. Matthias la miró y sonrió de medio lado.

—Creo que alguien ha llegado a su límite.

—No… —protestó ella, aunque ya se le cerraban los ojos—. Puedo un poco más.

—Eso dicen siempre los grandes héroes antes de caer —dije levantándome —. Vamos al baño.

Ella se dejó llevar sin quejarse. El sonido del agua llenando la bañera me tranquilizó. Era un ritual conocido, seguro.

Ayudé a Vera a desvestirse y la senté en el agua templada. Se relajó al instante, jugando con la espuma.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —le pregunté mientras le mojaba el pelo con cuidado.

—Mucho —respondió—. Porque ha estado Mat.

—Ah, ¿sí?

—Sí —asintió—. Es muy divertido.

Sonreí sin querer.

—No es tan serio como tú decías —añadió.

—Vera… —suspiré—. Sigue siendo mi jefe. Y además es un hombre de negocios. En la empresa y en las reuniones debe mostrarse más serio.

—Ya lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero conmigo es más simpático.

Eso me dejó sin respuesta durante unos segundos.

—Con los niños es fácil —atiné a decir—. No juzgan.

—Él no juzga —replicó—. Y se ríe conmigo.

Le lavé el pelo despacio, intentando ordenar mis propios pensamientos.

—Te cae bien —afirmé.

—Me gusta mucho estar con él —dijo sin dudar—. Y tú también te ríes más cuando está.

Le aclaré el pelo con cuidado, evitando mirarla directamente.

—Eso no significa nada.

—Sí significa —insistió—. A él le gustas, y te mira mucho.

Señaló hacia la puerta, como si Matthias pudiera estar al otro lado escuchándonos.

—Y seguro quiere que seas su novia.

Resoplé, entre divertida y desbordada.

—Eso son cosas de mayores —dije, sacándola del agua y envolviéndola en la toalla—. No tienes que pensar en eso.

—Pero me gustaría tener más sábados así —añadió mientras la secaba—. Con pizza y pelis.

Sentí un nudo en el estómago.

—No tienes que poner a Matthias en el compromiso de dejar de hacer cosas para venir con nosotras —respondí con suavidad—. Él tiene su vida.

—Pero le gusta —insistió—. Se le ve.

No contesté. Le puse el pijama, le desenredé el pelo y la llevé a su habitación. La arropé con cuidado, subiéndole la manta hasta la nariz.

—Duérmete, bichito —susurré—. Y sueña con los angelitos.

Ella se rio bajito.

—Hasta mañana, tía. Te quiero.

—Yo más —respondí, besándole la frente.

Apagué la luz y cerré la puerta despacio.

Cuando volví al salón, Matthias había recogido todo. La mesa estaba limpia. Los cojines ordenados. Las luces bajas. Me miró al verme entrar. Y algo en su expresión me hizo saber que la noche aún no había terminado.

—No tenías que haber recogido nada —le dije, apoyándome en el respaldo del sofá—. Eres un invitado.

Matthias se acercó hacia mí con una media sonrisa ladeada, peligrosa. De esas que siempre me desarmaban.

—Lo he hecho por la recompensa.

Elevó ambas cejas en un gesto juguetón, descarado, que me hizo reír antes de poder evitarlo.

—No hay recompensa —respondí—. Vera está a unos metros.

—El jueves en mi despacho nadie se enteró de lo que hicimos —replicó en voz baja.

Antes de que pudiera contestar, estaba delante de mí.

Me cogió por la cintura con una sola mano, firme, segura, atrayéndome contra su cuerpo como si fuera lo más natural del mundo. Su boca encontró la mía sin pedir permiso, con hambre, con intención. No fue un beso suave. Fue exigente. Profundo. Uno de esos que te robaban el aire y te hacían olvidar dónde estabas.

Y me dejé hacer. Porque siempre me dejaba hacer con él.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Como siempre. Como si Matthias fuera una llave exacta para algo que llevaba demasiado tiempo cerrado. Sentí el calor de su cuerpo, la presión de su mano en mi espalda baja, la forma en que su lengua reclamaba y marcaba territorio.

Me separé apenas para respirar.

—Matthias…

—Shhh —murmuró—. Déjame.

Me cogió en brazos con facilidad, como si no pesara nada. Mi instinto fue rodearle el cuello con los brazos, y apoyé la frente en la suya.

—¿Cuál es tu habitación? —preguntó, y señalé el pasillo, incapaz de hablar con normalidad.

Caminó hasta allí sin dudar. Abrió la puerta con el pie y me dejó en la cama con cuidado… solo para volver a cubrirme de inmediato.

Me besó el cuello, la mandíbula, bajando lentamente, provocando. Sus manos recorrían mi cuerpo con conocimiento, como si ya supiera exactamente dónde tocar para que me estremeciera.

—Me vuelves loca —susurré, sin pensar, y él sonrió contra mi piel.

—Eso me gusta.

Me quitó la camiseta despacio, mirándome como si quisiera memorizar cada centímetro. Sus ojos grises se oscurecieron. Me recorrió con la mirada sin pudor, con deseo.

—Eres preciosa —dijo—. Joder… siempre lo eres.

Me incorporé para desabrocharle la camisa, notando la tensión bajo mis dedos. Piel caliente. Músculo. Necesidad contenida.

—No me mires así —murmuré.

—No puedo mirarte de otra manera.

Nos deshicimos de la ropa con prisas torpes, urgentes. Sentirnos piel con piel fue un impacto. Un choque eléctrico. Gemí cuando su boca bajó, cuando

sus manos me exploraron sin prisas, con una mezcla perfecta de control y devoción.

—Matthias… —le dije, temblando—. No juegues.

—Nunca juego contigo.

Me hizo perder la noción del tiempo. De mí misma. Me llevó al límite con la boca, con los dedos, con palabras murmuradas contra mi piel que me hacían arquearme, suplicarle.

—Mírame —ordenó en un momento dado.

Lo hice, y en sus ojos vi algo que me asustó más que el deseo. Necesidad.

Cuando finalmente me penetró, fue lento al principio, profundo, como si quisiera saborearlo todo. Me aferré a él, a sus hombros, a su espalda, marcándolo sin pensar. Nuestros cuerpos encajaban de una forma obscenamente perfecta.

—Así… —jadeé—. No pares.

—No pienso parar.

El ritmo se volvió más intenso, más desesperado. Me susurraba cosas al oído, provocaciones, promesas que sabía que no debía escuchar y que aun así me hacían perderme más.

—Solo mía —murmuró.

Y yo no le corregí.

Cuando llegamos juntos al clímax, fue con un gemido ahogado, con su nombre escapándose de mis labios como si siempre hubiera estado ahí. Después, el silencio.

Me abrazó. Me mantuvo contra su pecho, como si soltarme fuera imposible. Yo apoyé la cabeza en él, escuchando su respiración, sintiendo su calor.

Podría acostumbrarme a eso. A ese refugio. A esa intensidad. A él. Pero no debía. Porque Matthias Eisenhart no era un hombre con el que se pudiera soñar un futuro. Y yo lo sabía.

Aun así, cerré los ojos. Y durante unos minutos… me permití olvidarlo.

Capítulo 24

Matthias

Desperté sin sobresaltos. Eso, por sí solo, ya era extraño.

No había sudor frío. No había imágenes fragmentadas. No había ese vacío en el estómago que me acompañaba cada mañana desde hacía años. Solo calor. Un peso suave sobre mi pecho. Una respiración tranquila. Y abrí los ojos despacio.

Iria dormía sobre mí, completamente desnuda, la mejilla apoyada en mi pecho y un brazo rodeándome la cintura como si ese fuera su lugar natural. Su pelo castaño se derramaba sobre mi piel y me hacía cosquillas al respirar. El sol de la mañana entraba tímido por la ventana, dibujando sombras suaves sobre su espalda.

Hacía años que no dormía tan bien. Años.

Dormir con ella era… distinto. No había vigilancia constante. No había tensión. No había que estar preparado para el ruido, para el golpe, para el grito. En la cárcel dormía poco y mal. Dormía por agotamiento, no por descanso. Cada noche era una tregua incómoda.

Con Iria, en cambio, me olvidaba de todo. De las paredes. De los nombres. De los cinco años que me robaron.

Me quedé observándola sin moverme, temiendo despertarla. Levanté una mano despacio y le aparté el pelo de la cara. Tenía el ceño relajado, los labios

entreabiertos, una expresión serena que rara vez le veía despierta.

Sonreí sin darme cuenta. Estaba preciosa así. Vulnerable. Tranquila. Lejos de la ejecutiva impecable, del cerebro brillante que siempre iba dos pasos por delante. Allí, dormida sobre mí, era solo Iria. Y entonces lo sentí.

Algo en el pecho. No fue un golpe ni una sacudida. Fue más bien una presión lenta, profunda, como una certeza que se asentaba sin pedir permiso. Pensé en lo que esa mujer significaba para mí. En cómo había ido ocupando espacios que yo creía sellados. En cómo había conseguido que bajara la guardia sin darme cuenta.

Y lo supe. No estaba dispuesto a perderla. Ni en la empresa. Ni en el club. Ni en mi vida. No iba a renunciar a ella. Por mucho que supiera que tener a alguien al lado podía ser peligroso en ese momento. Por mucho que el pasado aún respirara en mi nuca.

Mi móvil vibró en la mesilla. El sonido fue bajo, pero suficiente para traerme de vuelta al mundo real. Con cuidado de no despertarla, estiré el brazo y miré la pantalla. Era un mensaje de Daniel.

Daniel: *Los policías ya están con la lista de nombres que me diste. Van a investigar a cada hombre y mujer que hay en ella.*

Respondí rápido.

Mat: *OK. Espero que sirva de algo.*

Dejé el móvil boca abajo.

Noté que Iria se removía. Se movió ligeramente sobre mí, buscando una posición más cómoda. Sonrió incluso antes de abrir los ojos.

—Buenos días —murmuró, con la voz aún dormida.

—Buenos días —respondí.

—¿Qué hora es?

Miré el reloj.

—Las ocho.

Suspiró, larga y exageradamente.

—Entonces en media hora Vera estará correteando por el pasillo.

La miré. Y sonreí.

—Entonces aún tenemos tiempo.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos. Y supe que el día acababa de empezar.

No hizo falta más. Su sonrisa, esa mezcla de somnolencia y travesura, fue suficiente para encender algo dentro de mí. Incliné la cabeza y la besé, primero despacio, tanteando, y luego con hambre y urgencia, dejando que el deseo reprimido de la noche anterior explotara sin límites.

No protestó. No se apartó. Me devolvió cada beso con la misma intensidad, con la misma urgencia, como si también necesitara perderse en mí. Sus manos se enredaron en mi pelo, tirando suavemente, guiándome, reclamándome. Mi pulso se aceleró. La respiración se volvió un jadeo compartido.

Nuestros cuerpos se encontraron de inmediato, piel con piel, cada roce encendiendo un fuego imposible de apagar. No era solo sexo; era una mezcla de complicidad, de necesidad y de algo más profundo que ninguno de los dos decía en voz alta.

—Mat… —susurró entre gemidos.

—Shhh… —murmuré, bajando mi boca a su cuello, dejando que mis dientes rozasen apenas su piel—. Solo déjate llevar.

Sus manos bajaron por mi espalda, explorando cada músculo, cada línea. Me moví sobre ella con lentitud, disfrutando de la sensación de que su cuerpo se ajustaba al mío como si siempre hubiera pertenecido allí.

La miré a los ojos, y por un instante la necesidad dio paso a algo más suave, más íntimo. Sus pupilas dilatadas me desarmaron. Sentí que cada gesto, cada toque, era un mensaje que no necesitaba palabras.

—Nunca… —jadeé—… nadie me ha hecho sentir así.

Ella sonrió, mordiéndose ligeramente el labio inferior, y se arqueó hacia mí, invitándome a continuar.

Nos perdimos entre las sábanas. Cada caricia, cada roce, era una conversación sin palabras. Sus gemidos y nuestros cuerpos chocando eran lo único que rompía con el silencio de aquella habitación. Mis manos recorrieron su espalda, sus caderas, su cuello, bajando y subiendo con precisión, explorando y provocando, despertando la piel que dormía.

—Eres… joder —dije, mordiendo su hombro mientras sus dedos se aferraban a mi espalda—. Me vuelves loco.

—Y a ti te gusta —susurró, y mi nombre escapó de sus labios como un secreto prohibido.

Hubo un momento en que nos detuvimos solo para mirarnos. La respiración agitada, los cuerpos pegados, los ojos que hablaban de deseo, de hambre y de algo que ninguno de los dos quería nombrar.

Y mientras la besaba suavemente, pensé que, si dejara caer todas las barreras, si dejara que esto fuera más que un juego, si le pidiera que se quedase en mi vida…

—Mat… —susurró de nuevo, interrumpiendo mis pensamientos con un gemido.

No respondí con palabras. Respondí con la piel, con la urgencia contenida que se liberaba, con la pasión que me consumía.

Cuando terminamos, fue con un beso más suave, más lento. La abracé, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba completamente contra el mío. La miré, y la tentación de dejar caer todas mis defensas me hizo temblar. Pedirle que se quedara no solo como amante, sino como alguien que perteneciera a mi vida,

era un riesgo que nunca había estado dispuesto a tomar después de lo que perdí… hasta ahora.

—Quédate un poco más —susurré, casi para mí mismo.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho, respirando tranquila, como si nada más existiera en el mundo. Yo cerré los ojos, dejando que el calor de su cuerpo me inundara, y por primera vez en mucho tiempo, me permití imaginar que quizás no quería vivir sin esto. Sin ella. Sin nosotros.

Los pasos diminutos resonaron primero como un murmullo, y luego, más firmes, acercándose al dormitorio. Sonreí. Vera ya estaba despierta.

—Hora de levantarse —dijo Iria, todavía abrazada a mí, con voz baja y suave.

Me incorporé despacio, todavía con la cabeza apoyada en su hombro, y ella hizo lo mismo. Me crucé con su mirada y sonreí. Sus ojos verdes estaban llenos de un brillo entre dormido y travieso.

Iria se puso una camiseta ancha y unos leggins. Yo me vestí con la ropa del día anterior, la camisa arrugada y los pantalones, pero no me importó. Mi mundo podía esperar un poco más.

Salimos de la habitación y, al llegar a la cocina, la vimos. Vera, en pijama, con los pies descalzos sobre el suelo frío, agarrando el brick de zumo de la nevera y vertiéndolo en un vaso de plástico que el día anterior vi sobre la encimera. Nos miró y sonrió, sus ojos verdes brillando como el sol de la mañana a pesar del frío de marzo.

—¡Buenos días! —dijo, estirando un brazo para saludarme con entusiasmo.

—Buenos días, princesa —le contesté, inclinándome un poco para recibir su abrazo.

Ella giró la cabeza hacia mí, curiosa.

—¿Has dormido aquí?

—Sí —respondí—. En el sofá.

Ella frunció el ceño, mirando a su alrededor.

—No te he visto cuando pasé por el salón —dijo, con una mezcla de decepción y diversión.

—Eso es porque estaba en el baño —aclaró Iria, con una sonrisa cómplice.

—Ah… vale —dijo la niña, aceptando la explicación como si todo tuviera sentido.

Y justo en ese momento, la puerta se abrió. Héctor apareció con vaqueros oscuros, un jersey gris y el abrigo colgando de un brazo. Llevaba una gran jarra de chocolate caliente y un paquete de churros que todavía humeaban.

—¡Buenos días! —saludó con su voz profunda y característica.

—¡Papá! —exclamó Vera, señalando los churros—. ¿Viste a Mat dormido en el sofá cuando llegaste del trabajo?

Héctor arqueó una ceja y nos miró a Iria y a mí, divertido, anticipando nuestra reacción.

—Sí —dijo, sonriendo—. Hasta le tapé con la manta para que no tuviera frío.

La niña sonrió, satisfecha, como si hubiera ganado un pequeño triunfo secreto.

—¿Ves? —le dije, inclinado hacia ella—. Todavía hay gente buena que te cuida hasta mientras duerme.

—Eso es cierto —replicó Iria, y yo la vi sonreír con los ojos, disfrutando tanto como yo del momento.

Me sentí raro, cálido, lleno de algo que no había sentido en años. Esa sensación de hogar, de familia improvisada pero completa, me abrumaba de una forma dulce.

—Vamos a desayunar —propuso Iria—. Todo está listo.

Nos sentamos alrededor de la mesa baja del salón. La jarra de chocolate humeante, los churros crujientes y el zumo recién servido creaban un pequeño festín matutino. Vera estaba especialmente contenta, con las manos manchadas de chocolate y los ojos brillando de emoción.

—Ayer me lo pasé muy bien contigo, Mat —exclamó, mientras mordía un churro—. Me gustaría que vinieras otra vez a pasar el día con nosotros.

—Estaré encantado de repetir —dije, sonriendo de medio lado—. Siempre que haya pizza, peli y postre para la cena.

Vera frunció el ceño, pensativa.

—Pero… no comimos postre —dijo, levantando un dedo acusador.

Iria casi se atragantó con un sorbo de chocolate, y yo no pude evitar reírme por dentro.

—Seguro que él y tu tía Iria se comieron el postre juntos cuando te quedaste dormida —comentó Héctor con una sonrisa pícara.

Noté cómo Iria se sonrojaba y desviaba la mirada. Yo le devolví la sonrisa de medio lado, divertida y algo traviesa.

—¡Eso no es justo! —protestó Vera—. ¡Yo también quería!

—Era un postre solo para mayores —dijo Héctor—. Seguro que llevaba whisky.

—Entonces mejor que no —decidió la niña, con una expresión seria—. El whisky tiene que estar asqueroso.

Los cuatro nos reímos. La risa era cálida, compartida, fácil. Una sensación que hacía que incluso mis problemas del mundo real parecieran lejanos, al menos por un momento.

Después de desayunar y recoger todo, supe que era hora de despedirme. Besé a Vera en la cabeza, intercambié una mirada cómplice con Iria y le susurré:

—Nos vemos en el trabajo el martes, ya que el lunes vas con Héctor y la pequeña a que le vean los puntos.

Salí del ático con una sonrisa que no podía borrar. El ascensor se cerró con un suave clic detrás de mí, y por un instante me quedé frente al edificio mirando hacia arriba, donde las ventanas del ático reflejaban la luz del mediodía. La felicidad que había sentido dentro era ligera, pero intensa. Cerré los ojos y respiré hondo, dejando que ese calor permaneciera un instante más.

Mientras caminaba, pensaba en cada gesto de la mañana, en los abrazos de la niña, en la mirada de Iria, en cómo todos esos pequeños detalles se habían instalado en mí como si llevara años esperándolos.

Si tuviera que describir la felicidad en momentos, sin duda sería con los que acababa de pasar con ellos. La risa de la pequeña, la calma de Iria, la familiaridad de Héctor… todo eso junto formaba algo que no tenía precio.

Mientras avanzaba por la calle, caminando hacia mi coche, supe que no había nada más valioso que esos instantes robados a la rutina. Que esos días que te recordaban que la vida, a pesar de todo, podía ser cálida, brillante y completamente tuya, aunque solo fuera por un rato.

Y por primera vez en mucho tiempo, me permití sonreír sin reservas.

Capítulo 25



Matthias

Era martes por la mañana y mi despacho estaba envuelto en esa quietud que precedía a la tormenta de correos, llamadas y reuniones.

Fuera, Madrid despertaba lentamente, pero allí dentro el tiempo parecía detenerse. Estaba revisando algunos informes cuando escuché el toque suave de la puerta.

—¿Puedo entrar, hijo? —la voz de mi madre rompió la calma.

Giré la cabeza y la vi en el marco de la puerta, elegante como siempre, con ese porte firme que mezclaba autoridad y ternura al mismo tiempo. Su melena gris cuidadosamente recogida, y los ojos llenos de esa determinación tranquila que siempre había admirado.

—Claro, mamá —dije—. Pasa.

Caminó hacia mi escritorio con pasos medidos y se apoyó ligeramente en el respaldo de mi silla. Sonrió con esa calidez que siempre me hacía sentir que nada podía ir mal mientras ella estuviera cerca, y me dio un beso en la mejilla.

—He estado pensando —empezó, como quien prepara el terreno—. Este sábado quiero hacer una comida en casa. Solo los más allegados: Leonhard, sus padres, Daniel… para celebrar que has vuelto. Ya han pasado unas semanas, y creo que al menos con ellos, que te conocen y te han apoyado, deberíamos celebrarlo.

Asentí, porque sabía que, si decía que no, no pararía de insistir hasta que aceptara.

—Vale —dije—. Tú ganas. Sé cómo eres; si digo que no, no vas a parar hasta que acepte, así que… Prepara esa comida.

Ella sonrió, satisfecha, y continuó.

—Podrías invitar también a Iria, ¿sabes? —dijo, con ese tono que mezclaba advertencia y cariño—. Y, si quieres, a su sobrina y a su amigo.

El corazón me dio un pequeño vuelco, y tuve que contener un suspiro.

—No, mamá —respondí con firmeza—. No es buena idea. Ellos no saben nada de lo que pasó hace cinco años, y no tengo planeado contárselo todavía.

No había manera de exponer a Iria y Héctor a un mundo que aún no comprendían, ni siquiera a Vera.

—No te preocupes por eso —me tranquilizó ella, posando una mano sobre la mía—. Nadie dirá una sola palabra al respecto. Solo queremos celebrar que estás de vuelta.

Suspiré, dejando que la tensión se disipara un poco. Su comprensión siempre había sido un bálsamo, incluso cuando las palabras no bastaban para calmar mi mente.

—Está bien —dije—. Si dices que nadie va a tocar el tema, confío en ti.

—Eso pensé —dijo, con una sonrisa apenas perceptible que escondía su satisfacción—. Entonces, será una comida en familia.

Asentí y la miré un instante más. Supe que aquel sábado sería importante, no solo por la celebración de mi regreso, sino porque era un paso para integrar partes de mi vida que durante años habían estado separadas: mi pasado, mi presente y la familia que aún podía reconstruir.

Justo cuando iba a responderle a mi madre, llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dije, sin levantar la vista de los papeles que tenía delante.

La puerta se abrió y apareció Sofía con su carpeta bajo el brazo.

—Buenos días, Matthias —saludó ella con esa mezcla de profesionalidad y amabilidad que siempre me había impresionado—. Traigo los balances que quería que revisaras.

Mi madre la miró y sonrió de inmediato, con esa calidez que lograba que cualquiera se sintiera bienvenida.

—Mamá, ella es Sofía, la mejor amiga de… —Se me hizo un nudo en la garganta—. La mejor amiga de Alana.

Aquel nombre que no había pronunciado en cinco años se me clavó en el pecho como un puñal. El dolor de recordarla, mezclado con la injusticia que sufrimos, todavía estaba ahí, latente.

Mi madre, como si hubiera leído mis pensamientos, se acercó a Sofía y le frotó suavemente el brazo con cariño.

—Siento mucho lo que le pasó a Alana —dijo con voz firme y cálida—. Mi hijo no lo hizo.

Ella inclinó la cabeza y sonrió con suavidad.

—Lo sé —respondió—. Soy de las pocas personas que lo conoció y lo conoce bien. Sé quién es realmente Matthias.

Mi madre, satisfecha, continuó.

—¿Trabajas en la empresa desde hace mucho tiempo?

—No, solo desde hace unos días —explicó Sofía—. Cuando supe que Matthias había regresado, quise verle. Y bueno… le comenté que tenía un trabajo diferente al que tenía antes, así que me ofreció trabajo y acepté un puesto en contabilidad.

Mi madre asintió, visiblemente complacida, y dijo con firmeza:

—Este sábado voy a celebrar una comida en casa con los más allegados de Matthias para celebrar su libertad. Estás invitada, por supuesto.

Sofía sonrió, agradecida, y asintió.

—Gracias, allí estaré.

—Solo te pido un favor. No menciones nada de lo que pasó hace cinco años ni de la cárcel. Vendrán personas que aún no lo saben y solo Matthias puede decidir cuándo contarles todo.

Sofía inclinó la cabeza, segura.

—No se preocupe. No diré ni una sola palabra.

Mi madre se despidió con una sonrisa, y al cerrar la puerta detrás de ella, nos quedamos solos. La habitación volvió a su silencio habitual, pero con la sensación de que algo se estaba moviendo, que algo se estaba tejiendo.

Sofía se acomodó frente a mí, dejando la carpeta sobre la mesa.

—Recuerdo a tu madre durante el juicio —dijo de pronto, con un hilo de voz grave—. La vi destrozada, y la compadecí por lo que tuvo que pasar. Lamento mucho que tu familia haya tenido que soportar eso.

Sentí un nudo en el pecho. Nadie podía entender del todo lo que habíamos vivido, pero que ella lo recordara con respeto era un alivio.

—Gracias —respondí, intentando sonar firme—. Lo apreciamos.

Luego su mirada cambió y me preguntó directamente.

—¿Has sabido algo de tu abogado? ¿Han averiguado algo nuevo?

Le expliqué lo que me había pedido Daniel, la lista de nombres de las personas con las que había coincidido en aquellos clubes, esperando que algún dato nos llevara a una pista concreta.

—Como dijiste —comenté—, él también está seguro de que fue alguien que nos conocía a ambos.

—Deseo de corazón que encuentres al verdadero culpable. Para que Alana pueda descansar en paz… y tú también. Nadie podrá devolver esos cinco años que perdiste, pero al menos si encierran al verdadero asesino, habrán hecho justicia.

No pude más que asentir en silencio. Su comprensión, su claridad y su apoyo me dieron un pequeño respiro en medio de todo el peso que aún cargaba.

Sofía se despidió con una sonrisa cálida y una inclinación de cabeza.

—No te preocupes, Matthias —dijo—. No contaré nada el sábado.

Cuando cerró la puerta tras de sí, me quedé solo en el despacho, con la ciudad desplegada ante mis ojos a través del ventanal. El sol de marzo caía irregular, como si quisiera decidir entre iluminar o teñir de gris el día. Yo permanecía allí, de pie, dejando que la calma me invadiera unos segundos antes de que el ritmo frenético de la oficina me reclamara.

Pensé en Iria y la llamé; quería invitarla a esa comida personalmente.

—Iria Souto —respondió al otro lado.

—Hola. Necesito hablar contigo. ¿Puedes venir?

—Hola, Matthias. Estaré en tu despacho en diez minutos —respondió, con esa firmeza que siempre había tenido incluso en su voz.

Colgué y me apoyé en el ventanal, mirando la ciudad que despertaba con paso rápido. Marzo avanzaba como siempre, los días de lluvia se alternaban con cielos claros y la vida seguía, llena de contrastes, igual que mi propia existencia. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que los días grises podían ser mejores si los veía desde la libertad, no tras los barrotes de una celda.

Unos minutos más tarde, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dije, dejando de lado los papeles.

Iria apareció en el marco, impecable como siempre, pero hoy había algo distinto en ella. La luz que entraba por la ventana de la calle iluminaba sus ojos verdes intensos, haciéndolos brillar con una mezcla de determinación y curiosidad. Su cabello caía sobre sus hombros, ligeramente ondulado, y la forma en que me miró me hizo sentir, de golpe, que no había un lugar más importante en el mundo que aquel despacho en ese instante.

—Hola —dijo, intentando mantener la voz firme—. No va a volver a pasar lo de la semana pasada.

Me reí suavemente, acercándome a ella.

—Eso está por ver —susurré, con una sonrisa ladeada—. Sabes tan bien como yo que cuando estamos juntos, la pasión y el deseo son inevitables e imposibles de ignorar.

Mis manos la rodearon por la cintura, atrayéndola hacia mí, y no pude resistirme a besarla. Fue un beso intenso, de esos que consumían todo a su alrededor y nos dejaban a los dos fuera del tiempo. Ella no se apartó, ni protestó; al contrario, su cuerpo se acomodó al mío como si siempre hubiera esperado ese contacto.

Nos separamos unos segundos para respirar y le dije, aún con los labios cerca de los suyos:

—Mi madre ha venido a verme esta mañana. Quiere hacer una comida en casa este sábado y me ha pedido que os invite. A ti, a la niña y a Héctor.

Ella arqueó una ceja, con un gesto mezcla de sorpresa y cautela.

—Eso es muy amable, Matthias, pero… no creo que podamos aceptar. Apenas los conozco. Y la niña y Héctor, mucho menos.

Sonreí suavemente, apartándole un mechón de pelo de la cara y colocándolo tras su oreja con un gesto tierno.

—Es un buen momento para conocer un poco más a mis padres y a los de Leonhard —susurré—. Ellos son mi "Ohana", como dice Vera. Y quiero que vosotros también forméis parte de ella.

Vi cómo sus ojos brillaban de un modo distinto, algo más cálido y humano, y supe que había llegado a tocar una fibra sensible. Me incliné para besarla de nuevo, suave esta vez, y le dije con voz baja:

—Sé que no ves a tu padre, y que Héctor tampoco ve a los suyos… Entiendo que vuestras amistades sean vuestra familia, pero quiero que la mía también pueda estar ahí para ti y para ellos si alguna vez la necesitas. Te lo dirá mi madre el sábado, ya verás.

Suspiró, y pude ver cómo su mirada se posaba en mi pecho por un instante antes de que asintiera.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero te advierto una cosa: no me hago responsable de lo que pueda decir Vera delante de tu familia.

Reí con ganas, y acaricié su mejilla con suavidad.

—De esa terremoto me espero cualquier cosa —contesté, con un brillo travieso en los ojos.

La besé una vez más antes de que se apartara y se dirigiera a la puerta, con paso firme.

—Tengo trabajo que hacer —dijo, sin mirar atrás.

Cuando se cerró la puerta tras ella, me quedé solo en el despacho, con la ciudad extendida a mis pies y la sensación clara de que lo que acabábamos de decidir, de aceptar, era más que una comida: era un paso para integrar a Iria y a su familia en mi mundo.

Y mientras observaba la luz de marzo reflejarse en los edificios, pensé que no había mentido al decir que quería que ellos tres formasen parte de mi familia.

Capítulo 26

Iria

Era sábado por la mañana y el ático estaba inundado por la luz clara de marzo que entraba por los grandes ventanales. El aroma a café recién hecho y tostadas se mezclaba con la risa de Vera, que intentaba comer su croissant mientras nos contaba algún detalle inventado de los personajes de sus dibujos animados favoritos.

Héctor estaba sentado frente a nosotras, con la taza de café en la mano, y parecía disfrutar tanto del caos tranquilo del desayuno como de ver a su hija tan feliz. Yo observaba la escena desde mi silla, sonriendo mientras servía un poco de zumo en el vaso de Vera.

—¿Entonces hoy conoceremos a toda la familia de Matthias? —preguntó Héctor entre un sorbo y otro—. ¿Hay que ir vestidos de gala o algo? Porque yo nunca he comido con los dueños de una multinacional como *Eisenhart & Wolf*.

Me eché a reír, divertida ante su comentario.

—No seas tonto, Héctor. No vamos a ver a la realeza, solo a los padres de Matthias y de Leonhard —dije con una sonrisa.

Él arqueó una ceja, divertido, y añadió:

—Casi lo son, te lo digo yo.

—Tranquilo —respondí—. Sus padres son simpáticos, accesibles y nada solemnes. Igual que los de Leonhard. Y te aseguro que Vera va a adorar a sus madres. Son cariñosas y divertidas. Y Leonhard es un poco payasete, así que seguro que habrá risas aseguradas.

Vera nos miró con los ojos brillantes y dijo:

—¿Payasete? ¿Eso es bueno?

—Sí, bichito, muy bueno —respondí, sonriendo mientras le daba un besito en la frente.

Héctor se rio y, tomando un poco de café, agregó:

—Bueno, me alegro de escuchar que no voy a tener que intentar impresionar a nadie, aunque nunca se sabe… igual los dejáis boquiabiertos.

—No te preocupes —le respondí—. Son gente sencilla dentro de lo que cabe, y solo quieren pasarlo bien.

El desayuno continuó con risas, bromas sobre quién había cogido más croissants y quién había llenado más el vaso de zumo de naranja de Vera. La niña estaba en su salsa, y Héctor y yo nos mirábamos, sabiendo que momentos así eran pequeños tesoros de la vida cotidiana.

—Oye —dijo Héctor, con un toque de dramatismo—, pero que conste, ¿eh? Que, si tenemos que ir vestidos de gala, que alguien me lo diga ahora. No quiero parecer un payaso entre la alta sociedad.

—Te repito, Héctor: no hace falta —dije mientras me reía—. Nadie va a juzgarte.

Él meneó la cabeza con fingida solemnidad.

—Casi lo son… —repitió—. ¿Lo dices en serio o es otra broma tuya?

—En serio —contesté con una sonrisa—. Solo asegúrate de sonreír y dejar que Vera te robe el protagonismo. Con eso, ya tienes medio camino hecho.

Vera soltó una carcajada y dijo:

—¡Sí! ¡Yo voy a ser la estrella!

—Eso seguro —dijo Héctor, tocándole la cabeza suavemente—. Y nosotros seremos tus asistentes, ¿vale?

—Vale, vale —contestó Vera, entre risas y con el último croissant a medio comer.

Yo sonreí, pensando en lo afortunada que era de tenerlos allí, juntos, tan tranquilos y felices, y en cómo se avecinaba un día que prometía ser igual de divertido y cálido que aquel desayuno. La idea de presentarles a todos a mi sobrina y a Héctor, en un entorno tan familiar y lleno de risas, me hacía sentirme extrañamente emocionada y segura, algo que no había sentido en mucho tiempo.

Y mientras la luz del sol iluminaba la cocina del ático y los sonidos de la ciudad comenzaban a subir desde la calle, supe que aquel sábado iba a ser memorable para todos nosotros.

Tras recoger los últimos restos del desayuno, me dirigí al vestidor mientras Héctor se quedaba jugando con la niña en el salón, inventando canciones tontas para que no se quedara pegada a la mesa.

Abrí el armario y mis dedos se detuvieron sobre un vestido de lana ajustado, color marrón claro, que resaltaba mis curvas sin ser excesivo. Decidí que sería el elegido. Me lo puse con cuidado, ajustando la cintura y comprobando que caía perfectamente sobre mis caderas. Luego escogí unos botines negros de tacón medio y, frente al espejo, me recogí el pelo en una coleta alta, dejando algunos mechones sueltos alrededor del rostro para suavizar la imagen.

El maquillaje sería natural: un toque de base para unificar la piel, algo de colorete, máscara de pestañas y un delineado suave que resaltara el verde intenso de mis ojos. Me miré un instante en el espejo, evaluando el resultado. Me sentí elegante, sobria y a la vez un poco seductora, pero sin que fuera demasiado evidente.

En ese momento, Vera entró en mi habitación, con su vestido de lana azul pastel y las botas blancas con pelito por dentro. Su cabello estaba recogido en una trenza que le había hecho Héctor. Al verme, sus ojos verdes se iluminaron.

—¡Tía! ¡Qué guapa estás! —exclamó la niña, dándome un abrazo que casi me tumba hacia atrás.

—Gracias, bichito. Tú también estás preciosa —le respondí, acariciando suavemente su mejilla y comprobando que la trenza estaba perfecta.

En ese instante, Héctor apareció en la puerta, apoyándose contra el marco, con su sonrisa traviesa y los ojos brillando de diversión. Silbó suavemente al vernos.

—Vaya con mis chicas… ¡Sois un par de bellezas hoy!

—Tú tampoco vas mal —dije, observándolo con la cabeza ligeramente inclinada—. Ese pantalón vaquero negro y el jersey beige te quedan de maravilla.

Él se encogió de hombros, divertido, mientras la niña corría hacia él para recibir un beso en la frente.

—Gracias, gracias. Pero, eh… hoy vamos todos muy guapos, así que no os dejéis intimidar por mis encantos —bromeó, provocando una carcajada de Vera.

—Intimidar a una niña de cuatro años no es difícil —le contesté con ironía, mientras terminaba de ponerme los pendientes y la pulsera que hacían juego con la de Vera—. Pero seguro que hoy nadie puede resistirse a vuestra ternura.

Héctor se acercó a nosotras, colocando un brazo alrededor de nuestros hombros mientras mirábamos por última vez nuestros reflejos en el espejo. La pequeña imitaba cada gesto suyo, riendo y saltando, contagiando su energía.

—Venga, vamos, que nos esperan aventuras —dijo Héctor, guiñando un ojo.

Asentí, sonriendo, mientras cogía la mano de Vera y salíamos juntas de mi habitación. La sensación de preparación, de estar listas para un día especial, me llenaba de una mezcla de emoción y nerviosismo. Iba a comer con la familia de Matthias y a pasar unas horas en un entorno completamente distinto, pero con la seguridad de que, al menos con Héctor y Vera a mi lado, nada podía salir mal.

Salimos hacia el salón, donde la pequeña canturreaba algo que inventaba sobre princesas y dragones, y Héctor se unió a ella, haciendo muecas y gestos exagerados que nos hicieron reír a los tres.

Mientras íbamos en el coche hacia la casa de los padres de Matthias, canturreando canciones infantiles y hablando, sentí una extraña tranquilidad. La mezcla de nervios y anticipación se diluía en la alegría de compartir el momento con mis dos personas favoritas.

—Oye —me dijo Héctor mientras giraba en una calle—, ¿crees que acerté con el vino que compré ayer?

—Sí, seguro que les va a gustar —respondí—. Y los pasteles y merengues que has comprado esta mañana también les van a encantar.

Vera golpeó con su manita el cristal de la ventanilla, emocionada por el viaje.

—¡Ya quiero verlos a todos!

—Tranquila, bichito —dijo Héctor—. Intenta no ser muy efusiva.

Y así, con risas, cantos y bromas, nos adentramos en la mañana de sábado, camino a conocer la casa y la familia de Matthias.

Cuando llegamos a la casa, un olor cálido y familiar de café y pan recién horneado nos recibió antes incluso de abrir la puerta. La abrió una mujer de unos cincuenta años, con cabello castaño recogido en un moño y una sonrisa acogedora que iluminaba su rostro.

—¡Buenos días! Soy Emilia, la encargada de la cocina y la limpieza. Por aquí, por favor —nos indicó, señalando el pasillo mientras nos hacía pasar al

salón.

Mis pasos se aceleraron al ver a Matthias allí, de pie junto a sus padres y a Leonhard con los suyos. Era un cuadro perfecto: elegante, familiar, pero con ese aura imponente que Matthias siempre llevaba consigo. También vi a un hombre y una mujer que no conocía y saludaron con cordialidad.

Las presentaciones fueron necesarias, y Héctor fue quien las dinamizó con su humor.

—¡Encantado de conocerlos! Soy Héctor, amigo de Iria y… protector número uno de esta terremoto —dijo, señalando a Vera, que se escondía detrás de sus piernas con una risita traviesa.

La madre de Matthias, Carmen, extendió la mano con elegancia, saludando con una calidez que inmediatamente me hizo sentir cómoda.

—Encantada de conocerte, Héctor —dijo, con una sonrisa que llegaba a los ojos—. ¿Y esta niña tan guapa cómo se llama?

—Es mi sobrina, Vera —sonreí.

—Hola —saludó ella con la mano, aún escondida detrás de su padre.

—Oye, ¿va a tener vergüenza? —preguntó Matthias—. Mis padres no comen niñas.

—Vergüenza tiene ahora —contestó Héctor—. Deja que coja confianza, y verás.

Nos reímos, y seguimos con las presentaciones. La mujer era Sofía, una amiga de Matthias y Leonhard que, según me dijo Matthias, hacía unos días que trabajaba en la empresa como contable. Y el hombre era Daniel, amigo desde hacía años de ambos y abogado de ellos.

Mi mirada se desplazó a Hans, su padre, quien nos observaba con un gesto recto pero curioso, evaluando sin prisa. Sonrió levemente cuando Héctor le entregó la botella de vino que habíamos traído.

—Un vino magnífico —dijo Hans, examinando la etiqueta—. Ha sido un acierto total. Me gusta mucho.

Carmen se acercó a los merengues que había traído y levantó uno, como probando antes de hablar.

—Y estos merengues… me has conquistado por completo con ellos —dijo, provocando risas entre todos nosotros.

Leonhard, con su sonrisa canalla, se acercó a darme la mano mientras saludaba a Héctor y a Vera. Sus padres, Ingrid y Friedrich, también nos saludaron con calidez y un poco de curiosidad.

—Creo que vamos a pasar un rato muy agradable —le dije en voz baja a Héctor, mientras Vera ya comenzaba a explorar la habitación y a hacer pequeñas bromas que provocaban risas en sus abuelos adoptivos del día.

—Estoy seguro —respondió él, guiñándome un ojo—. Además, hemos traído refuerzos: vino y dulces, que siempre ayudan a ganarse el corazón de los mayores.

Mientras la comida se preparaba, la niña se convirtió en el centro de atención. Hablaba sin parar, contaba historias, hacía preguntas a todos y lanzaba comentarios espontáneos que hacían reír incluso a los más serios. Los padres de Matthias y de Leonhard estaban completamente entretenidos, inclinándose para escucharla, contestando a sus ocurrencias y jugando con ella como si la conocieran de siempre.

La comida comenzó de manera relajada, con risas que llenaban el salón y la cocina contigua. Vera no dejaba de moverse, gesticular y hablar a un ritmo vertiginoso, haciendo que todos los adultos se vieran arrastrados por su energía. Cada comentario suyo provocaba una reacción distinta: risas, miradas cómplices, incluso algún que otro “¡No me digas!” incrédulo por parte de Hans o Friedrich.

Carmen y la madre de Leonhard, Ingrid, se habían volcado con ella desde el primer momento. La sentaron en la silla más cercana a ellas, y le hacían preguntas y reían ante sus ocurrencias. Vera, encantada con tanta atención, les contaba historias inventadas o exageradas de su día en el ático, de cómo su tía

Iria había perdido la batalla con los calcetines sucios, o cómo Héctor había hecho una coreografía secreta para que ella se riera.

Daniel, con un tono irónico que empezaba a conocer, lanzó un comentario mientras nos tomábamos el café que hizo que todos se miraran:

—Creo que no van a tardar mucho en pediros nietos —dijo, sonriendo y cruzando las manos sobre la mesa, mirando a Matthias y Leonhard.

Matthias y Leonhard se rieron, mientras yo arqueaba una ceja divertida.

—Para eso necesito una voluntaria —replicó Leonhard, mirando a Sofía con un brillo travieso en los ojos.

Sofía se sonrojó levemente, apartando la mirada mientras Daniel me miraba con curiosidad. Yo no pude evitar sonreír al notar cómo Leonhard había conseguido poner nerviosa a Sofía.

—Deja a Sofía tranquila, Leonhard —le dijo Matthias, que sonreía también.

—A ver, que aquí somos seis adultos y nos gusta ir a ciertos lugares como el club de Héctor —continuó Leonhard—. Sofía y yo hace años tuvimos más de un encuentro. Confianza hay, preciosa, así que… si me dices que sí, me ofrezco como padre de tu hijo.

Sofía se rio, negando con la cabeza, claramente divertida y un poco nerviosa, mientras le llamaba loco y los demás reíamos con ganas. Yo, desde mi asiento, la observaba y podía ver cómo el corazón de la situación no era tanto la propuesta en sí, sino la complicidad que había entre ellos.

—Yo se lo pedí a Iria —comentó Héctor—, y gracias a ella, este gay que tenéis delante, es padre.

—Sabía que no te veía muy hetero —dijo Daniel, y ambos se miraron con mucha más curiosidad que antes.

—¿Tú eres la madre de Vera? —me preguntó Sofía en tono bajo, y sonreí.

—No, soy su tía. Yo la parí, pero no soy su madre. Ese derecho no me pertenece, ni lo quiero. Ser su tía es ya el mayor de los regalos.

Héctor les contó la historia de nuestra pequeña, y Sofía sonrió mientras que Daniel dijo que era un gran gesto por mi parte haberle ayudado.

—Desde luego, es un gesto muy bonito Iria —dijo Sofía.

Héctor, apoyado contra el marco de la puerta, nos miraba con una sonrisa de satisfacción, y Daniel susurró algo que hizo que todos soltáramos una carcajada contenida. Matthias se recostó ligeramente, sonriendo con ese aire suyo entre serio y divertido, mientras la niña seguía siendo el centro de atención.

—¿Qué planes tenéis para esta noche? —preguntó Héctor de repente—. Porque os propongo que vayamos todos al club. Las copas corren de mi cuenta y vosotros os divertís en las instalaciones.

Todos nos miramos, sorprendidos y divertidos. Daniel suspiró, con su tono socarrón.

—Esa es una manera mucho mejor de pasar un sábado por la noche que comiendo helado y viendo películas románticas —dijo, provocando más risas.

—¿Tú haces eso, Daniel? —preguntó Sofía, inclinándose hacia él.

Él suspiró, con un gesto de resignación.

—Algunos sábados sí… pero es por una historia muy larga —respondió, provocando más curiosidad y risas.

Héctor se giró hacia Vera, que había estado escuchando todo con los ojos muy abiertos.

—Voy a llamar a Julia para que se quede con la niña —dijo Héctor, sacando el móvil del bolsillo del pantalón.

—Déjala aquí, con mis padres —propuso Matthias, y Héctor y yo nos miramos—. Mírala, está en su salsa.

—Eso es cierto. ¿Tú qué dices, Iria?

—Que, si se queda, va a estar en muy buenas manos.

—Oye, peque, ¿te gustaría quedarte esta noche aquí mientras nosotros salimos? —le preguntó Héctor.

Vera abrió los ojos de par en par y sonrió ampliamente.

—¡Sí! La mamá de Mat me ha dicho que sabe muchos cuentos, y seguro que me cuenta alguno antes de dormir.

Matthias miró a sus padres, preguntando si estaba bien que la niña se quedara con ellos, y ambos asintieron con amabilidad.

—Por supuesto que sí —dijo Carmen—. Esta y todas las noches que quiera. Como si me quiere llamar abuela Carmen.

Vera miró a los adultos con una sonrisa traviesa y preguntó:

—Entonces, si a ti llamo abuela Carmen, ¿a ella la puedo llamar abuela Ingrid?

—Claro —contestó Ingrid, divertida.

—Y a mí, puedes llamarme abuelo Hans —dijo el padre de Matthias—. Y a él, abuelo Friedrich —añadió señalando al padre de Leonhard, que se reía de buena gana.

Vera frunció el ceño con aire de decisión.

—¡Tu nombre es más difícil! ¿Puedo llamarte abuelo Fred?

—Sí, por supuesto —respondió Friedrich entre risas.

Todo el grupo estalló en carcajadas, y yo sentí un calor extraño en el pecho, una mezcla de sorpresa, alivio y felicidad. Por un momento, parecía que encajábamos allí, todos juntos, y que la pequeña Vera había derribado cualquier barrera con su entusiasmo.

Matthias se acercó a mí cuando la risa disminuyó y, con un gesto suave, me susurró al oído:

—Ya sois los tres parte de mi “Ohana” también —y me dio un beso en la mejilla.

Sentí un nudo en la garganta, una mezcla de orgullo y ternura que no esperaba. Miré a Vera, que sonreía feliz entre sus abuelos adoptivos, y a Matthias, que me devolvía la mirada con complicidad y cuidado.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí completamente integrada, segura y parte de algo que no dependía solo de mí.

La familia de Matthias, la de Leonhard, los amigos cercanos… todos ellos nos habían recibido como si fuéramos de los suyos. Y la niña, con su energía y su ternura, era la chispa que lo había hecho posible.

Capítulo 27



Matthias

Llegamos todos juntos al Club Índigo.

A esas horas, Madrid tenía ese pulso eléctrico que solo aparecía los sábados por la noche, cuando la ciudad dejaba de fingir que dormía y se entregaba sin pudor a sus deseos.

Mi coche se detuvo frente a la fachada discreta del club, elegante, sin rótulos estridentes ni colas visibles. El Índigo no necesita anunciarse. Quien sabía, sabía.

Bajé primero. El aire nocturno me golpeó el rostro y, por un segundo, respiré hondo, como si aquel lugar fuera también una frontera. A mi espalda, Iria salió con la misma seguridad con la que hacía todo: erguida, serena, peligrosa sin saberlo. Llevaba un vestido negro sencillo, ceñido lo justo para recordar al mundo que su cuerpo no necesitaba exhibirse para dominar una habitación.

Héctor salió de su coche, con esa sonrisa suya entre canalla y anfitrión orgulloso. Daniel lo hizo de su propio coche, con gesto casi solemne, como si estuviera a punto de interpretar un papel importante. Leonhard y Sofía habían venido juntos; él se veía relajado, seguro, ella algo más tensa, aunque la curiosidad le asomaba por los ojos.

—Bienvenidos al pecado elegante —anunció Héctor, abriendo la puerta con un gesto teatral después de saludar al portero.

Caminamos por el pasillo, saludamos a la misma chica de cada noche que nos entregó los antifaces y nos los pusimos. A Iria el antifaz oscuro le cubría parte del rostro, pero sus ojos verdes brillaban incluso así, como si la penumbra no fuera capaz de contenerla.

Nada más cruzar el umbral para entrar en el bar, la música grave nos envolvió. No era estridente; era un latido constante, profundo, que se sentía más en el pecho que en los oídos. Las luces eran bajas, azuladas, acariciando cuerpos, sombras, intenciones. El aire olía a cuero, a perfume caro, a deseo contenido.

Vi cómo Daniel se detenía un segundo, observándolo todo.

—Antes de que te emociones demasiado —le dijo Héctor, apoyándole una mano en el hombro—, norma básica: el antifaz no se quita. En ningún momento.

Daniel arqueó una ceja.

—¿Ni aunque me reconozcan por mi irresistible atractivo? —preguntó con ironía.

—Ni aunque tu madre te confunda con un rey —respondió Héctor.

Daniel sonrió despacio, acomodándose el antifaz.

—No te preocupes. Mi anonimato aquí va a ser como el de Batman: nadie sabe quién soy, pero todos intuyen que tengo una doble vida interesante.

La carcajada fue general. Incluso Sofía, que parecía un poco contenida, se relajó al instante.

Avanzamos hacia la barra donde el mármol oscuro brillaba bajo la luz tenue. Detrás, el camarero reconoció enseguida a Héctor y asintió sin necesidad de preguntas.

—Whisky —dije, apoyando el antebrazo sobre la barra.

—Whisky —repitieron Leonhard, Héctor y Daniel casi al unísono.

—Para nosotras, algo sin alcohol —dijo Iria, girando apenas el rostro hacia Sofía—. ¿Te parece?

Sofía asintió, agradecida.

Observé cómo el camarero preparaba las copas con precisión. Mientras tanto, rodeé la cintura de Iria con naturalidad, como si aquel gesto fuera tan inevitable como respirar. Ella no se tensó, al contrario, se acercó un poco más, apoyando el costado contra el mío.

Ese pequeño gesto me atravesó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cogí el vaso cuando me lo sirvieron y di un primer sorbo. El whisky bajó lento, cálido, familiar. Pero no era el alcohol lo que me mantenía alerta. Era ella.

Iria hablaba con Sofía, sonriendo de lado, pero yo no dejaba de observar cada uno de sus movimientos. Cómo ladeaba la cabeza al escuchar. Cómo sus dedos jugaban distraídos con el borde de la copa. Cómo, de vez en cuando, buscaba mi contacto casi sin mirarme, como si su cuerpo supiera antes que su mente dónde quería estar.

Incliné el rostro y besé despacio su hombro desnudo. Sentí cómo su respiración cambiaba ligeramente. Nada evidente, pero lo suficiente para que yo lo notara.

—Matthias… —murmuró, sin reproche.

Sonreí contra su piel y deslicé los labios hasta su cuello, sin prisa, marcando territorio, recordándome a mí mismo que estaba allí, que era real, que esa mujer estaba conmigo.

No sabía en qué momento exacto había dejado de ser solo deseo.

A mi alrededor, el club vibraba. Parejas cruzaban miradas cargadas de promesas. Otros caminaban hacia los pasillos laterales, perdiéndose en las sombras. El Club Índigo no juzgaba. Ofrecía.

—El ambiente está especialmente… inspirado esta noche —comentó Leonhard, observando a su alrededor con una sonrisa ladeada.

—Siempre lo está —respondió Héctor—. La diferencia es si tú vienes dispuesto a escuchar lo que te pide.

Daniel bebió un trago largo de whisky.

—Este sitio debería venir con advertencia legal —dijo—. Algo así como: "No nos hacemos responsables de las decisiones que tomes cuando empieces a decir la verdad".

Reí por lo bajo.

Dos mujeres se acercaron entonces a la barra. Elegantes, seguras, con antifaces que dejaban entrever miradas entrenadas en la seducción. Una de ellas se apoyó cerca de Leonhard; la otra, un poco más cerca de mí.

—Buenas noches —dijo una, con una voz suave que prometía cosas—. ¿Os apetece compañía?

Leonhard fue el primero en responder, sin perder la sonrisa.

—Tentador —admitió—, pero esta noche ya estoy perfectamente acompañado.

Levanté ligeramente mi vaso, en un gesto casi imperceptible, pero suficiente.

—Lo mismo digo —añadí—. No podría mejorar lo que tengo ahora mismo.

Sentí la mano de Iria apretarse un segundo contra mi costado. No fue posesión, fue confirmación.

—Yo también lo siento —dijo Daniel, observándolas—. Sois muy atractivas… pero qué queréis que os diga. A mí me gustan más los morenos.

Giró la cabeza lentamente y miró a Héctor, que arqueó una ceja, divertido.

Las mujeres intercambiaron una mirada, entendiendo el mensaje sin drama. Sonrieron, educadas, y se retiraron con la misma elegancia con la que habían llegado.

—Señor abogado —le dijo Héctor a Daniel—, si sigues así voy a tener que cobrarte entrada doble.

La risa volvió a estallar entre nosotros. Iria se acercó un poco más a mí, inclinando el rostro hacia mi oído. Su perfume me envolvió y la mente en ese momento se me disparó con todo lo que deseaba hacer esa noche con ella. Joder.

—¿Tú crees que estos dos acabarán en alguna sala esta noche? —susurró, con ese tono suyo entre curiosidad y picardía.

La miré de reojo, sabiendo perfectamente a quién se refería. Luego asentí despacio.

—No tengo ninguna duda.

Ella sonrió, satisfecha, y bebió un sorbo de su cóctel.

La observé hacerlo y algo se me tensó por dentro. No era solo deseo. Era esa sensación incómoda y peligrosa de querer más de lo que debería. De querer protegerla incluso en un lugar donde ella no necesitaba protección.

Pasé el pulgar por su cintura, dibujando círculos lentos, distraídos, mientras seguíamos hablando. Cada roce era una pregunta silenciosa. Cada respuesta, un paso más hacia un terreno del que yo llevaba años huyendo.

Me incliné otra vez, besando su cuello, esta vez más lento, más consciente.

—Estás preciosa —le murmuré—. Y no sabes lo difícil que me lo estás poniendo.

Ella cerró los ojos un segundo.

—O puede que sí lo sepa —respondió—. Y que no me importe.

Aquello me golpeó directo al pecho. Pensé, no por primera vez, que Iria Souto era el tipo de mujer que no solo despertaba el deseo. Despertaba verdades. Y yo llevaba demasiado tiempo construyendo muros para alguien así.

Levanté la vista y vi a Leonhard observándonos, con esa sonrisa suya que lo decía todo sin decir nada.

La noche no había hecho más que empezar. Y yo ya sentía que estaba a punto de cruzar una línea de la que no sabía, ni estaba seguro de querer saber, si habría regreso.

Leonhard fue el primero en romper el equilibrio precario en el que nos encontrábamos. Lo vi antes de que hablara.

Siempre sabía cuándo iba a hacerlo. Había algo en su postura, en la forma en que apoyó el vaso en la barra y giró el cuerpo, como si el mundo ya le hubiera dado permiso para avanzar.

—Creo que ya es hora de ir a divertirnos —dijo, con esa voz suya cargada de intención.

Sofía estaba distraída, observando su copa como si en el fondo del cristal hubiera respuestas a preguntas que aún no se había atrevido a formular. No levantó la vista de inmediato. Leonhard sonrió; estaba claro que no iba a permitirla ignorarle.

La rodeó por la cintura con un gesto firme, seguro, íntimo. No fue brusco. Fue posesivo de una manera que no pedía permiso porque ya lo tenía. La atrajo hacia él, inclinándose lo justo para que solo ella pudiera oírle.

—Me refería a nosotros dos.

Sofía levantó la cabeza de golpe y sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos, vulnerables, cargados de algo que reconocí enseguida: deseo mezclado con incredulidad. Abrió la boca para hablar, para poner palabras a lo que fuera que le atravesaba el pecho en ese momento, pero Leonhard no se lo permitió.

—Si pensabas que me iba a ir con otra a una sala —dijo, con voz baja y peligrosa—, es que no me conoces, preciosa.

Y la besó.

No fue un beso tímido, tampoco fue un espectáculo. Fue directo, profundo, sin pedir disculpas. Sofía tardó apenas un segundo en responder, pero cuando lo hizo, lo hizo con todo el cuerpo. Sus dedos se cerraron en la chaqueta de él, aferrándose como si hubiera estado esperando ese gesto toda la noche.

Yo sonreí inevitablemente al verlo.

Cuando Leonhard se apartó, no lo hizo del todo. Se quedó cerca, lo suficiente para que su aliento siguiera mezclándose con el de ella. La miró fijamente, sin rastro de broma ahora.

—Entonces qué —dijo—. ¿Vienes conmigo a una sala… o a mi casa? Porque esta noche no quiero a ninguna otra.

El silencio que siguió fue breve, pero cargado. Sofía tragó saliva y el rubor le subió por el cuello, traicionándola. Sus labios se curvaron en una sonrisa nerviosa, excitada, real.

—Vale —respondió, casi en un susurro—. Te acompaño a una sala.

Leonhard asintió, satisfecho, como si no hubiera dudado ni un segundo del resultado. Le besó la frente con un gesto inesperadamente tierno antes de cogerla de la mano.

—No te arrepentirás.

Los vi alejarse hacia el pasillo lateral, perdiéndose entre sombras y luces azules. Sentí entonces la mano de Iria deslizarse por mi abdomen de una manera deliberadamente lenta, y me giré hacia ella.

—Hora de dejarse llevar, pequeña —le susurré, rodeándole la cintura con firmeza.

Ella levantó la vista hacia mí. Bajo el antifaz, sus ojos brillaban con una mezcla de anticipación y algo más profundo. No era miedo y tampoco duda. Era expectativa.

—Guíame —dijo, y aquella sola palabra me atravesó.

La llevé hacia el pasillo que conducía a las salas privadas. El ruido del club quedó atrás, amortiguado, sustituido por un silencio más denso, más íntimo. Las luces eran aún más bajas allí. Cada puerta ocultaba una historia distinta.

Caminábamos despacio. Mi mano no abandonó su cuerpo ni un segundo. A veces en la espalda baja. A veces en la cadera. A veces subía un poco más, lo justo para notar cómo su respiración se aceleraba.

—Dime si en algún momento no estás cómoda —le murmuré—. En cualquier momento.

Ella asintió.

—Lo haré. Pero sabes que contigo siempre estoy muy bien.

Me detuve frente a una de las puertas. Apoyé una mano a cada lado de su cuerpo, atrapándola contra la pared sin tocarla del todo, y bajé la cabeza hasta quedar a su altura.

—Me alegra saber eso —dije, mirándola directamente a los ojos, y abrí la puerta.

La sala era amplia, elegante, diseñada para el placer sin vulgaridad. Una cama enorme ocupaba el centro, vestida con sábanas oscuras. A un lado, una camilla de masajes. Del techo colgaba un columpio firme, sugerente. Y al fondo, imponente, la cruz de San Andrés.

Sentí cómo Iria se detenía un instante, absorbiéndolo todo.

—Es… —empezó.

—Intenso —terminé por ella—. No tenemos que usar nada que no quieras.

Me miró de reojo.

—No subestimes mi curiosidad, jefe —contestó, y me fue inevitable no reírme.

Cerré la puerta tras nosotros y el sonido del cerrojo fue definitivo.

Me acerqué despacio, quitándome el antifaz, y ella hizo lo mismo. Ya no había necesidad de ocultarnos allí. La miré sin barreras. Y joder… verla así, entregada, consciente, me golpeó más fuerte de lo que esperaba.

Me incliné y la besé. Esta vez no me contuve. Fue un beso profundo, lento, explorador. Mi lengua reclamó, pidió, ofreció. Sus manos subieron a mi cuello, a mi nuca, deshaciendo cualquier rastro de control que aún pretendiera mantener.

Deslicé los labios por su mandíbula, bajando por su cuello, y la sentí arquearse apenas cuando besé ese punto exacto que había aprendido a reconocer.

—Mat… —susurró.

—¿Quieres que pare?

—No pares.

Y no lo hice, porque no estaba dispuesto a hacerlo.

La guié hasta la camilla, me arrodillé junto a ella y empecé a desabrochar su vestido, centímetro a centímetro. Mientras la desnudaba, mi mente no dejaba de gritar una verdad incómoda: no era solo deseo. Era conexión. Y eso siempre había sido más peligroso para mí.

La ayudé a sentarse e hice que se recostara y, mientras me observaba, me deshice de mi propia ropa.

Cuando me quedé completamente desnudo, cogí el aceite de masaje y lo calenté entre mis manos antes de dejarlo caer sobre su piel.

Mis manos comenzaron a recorrerla. Lentas, firmes, conscientes. No había prisa. Quería que sintiera cada roce, cada presión, cada intención. Sus gemidos eran suaves al principio, contenidos, pero poco a poco se volvieron más sinceros, más abiertos.

—¿Así estás bien? —pregunté, inclinándome para besarle la espalda.

—Sí… —respondió, con la voz ya rota—. Muy bien.

Seguí masajeando su cuello, sus hombros, bajando por la espalda y notando cómo todo su cuerpo reaccionaba y comenzaba a relajarse, a perder esa tensión que sin duda el trabajo de la semana se había instalado en ella.

Bajé por una de sus piernas disfrutando del tacto de su sedosa piel, subí por la otra y cuando llegué al centro de su placer las separé ligeramente. Deslicé los dedos entre sus pliegues y comencé a tocarla justo donde y como a ella le gustaba, de ese modo que le hacía estremecerse, que la excitaba y la enloquecía.

Sus jadeos no se hicieron esperar, y cuando llevé la otra mano hacia su sexo y la penetré con dos dedos, gimió agarrándose con fuerza a la camilla.

Sonreí al verla disfrutando, y me propuse llevarla al orgasmo mucho antes de lo que ella podría imaginar.

Seguí torturando su clítoris entre mis dedos y penetrándola con los de la otra mano, besándola el cuello y bajando por la espalda, hasta que me detuve y escuché un leve bufido como protesta.

Di un leve mordisco en una de sus nalgas y la cogí por las caderas para ayudarla a girarse y que se recostara bocarriba. Sus ojos estaban vidriosos y cubiertos por el deseo contenido, por la lujuria y por la necesidad de que siguiera hasta hacerla correrse y gritar de placer. Y yo estaba más que dispuesto a darle lo que ella quería.

Comencé a besar su cuello mientras deslizaba las manos por sus costados, lamí sus pezones, los mordisqueé y me aseguré de que se excitara hasta gritar. Seguí bajando por su vientre con suaves besos y cuando llegué a su sexo, ese

que encontré brillante por el aceite y húmedo por su excitación, la miré y vi cómo se mordía el labio por la anticipación.

No lo pensé y no la privé de lo que necesitaba. Me incliné sobre ella y comencé a lamer sin perder ritmo, notando cómo con cada pasada de mi lengua entre sus pliegues, Iria se estremecía y gemía aún más.

Cuando comenzó a mover las caderas, perdí el poco autocontrol que tenía en ese instante y separé sus piernas un poco más, manteniendo mis manos sobre sus muslos con fuerza para evitar que pudiera cerrarlas. Lamí y mordí su clítoris, siendo recompensado con unos gemidos que llenaban la sala y me encendían aún más, concentrado en que ella llegara, en que alcanzara el clímax.

La vi perderse poco a poco, entregarse al placer sin defensas. Y cuando su cuerpo se tensó, cuando su respiración se entrecortó y el orgasmo la atravesó con un gemido que me erizó la piel, supe que aquello no era solo sexo.

Era algo que me estaba marcando. Y aún no habíamos terminado.

Capítulo 28



Matthias

El silencio de la sala se llenó de su respiración.

Iria estaba tumbada bocarriba sobre la camilla, con la piel aún brillante por el aceite. La luz tenue acariciaba las curvas de su cuerpo, dibujándola sin necesidad de tocarla. Yo me quedé unos segundos observándola, grabando aquella imagen en mi memoria con una intensidad que me inquietó.

Era poderosa incluso así. Vulnerable y fuerte al mismo tiempo.

Volví a recostarla bocabajo y apoyé las manos en su espalda, firmes, calientes. Comencé de nuevo, despacio, recorriendo cada músculo con atención. Mis pulgares presionaron a ambos lados de su columna, arrancándole un suspiro largo.

—¿Así? —pregunté en voz baja.

—Sí… —respondió—. No pares —me pidió, con la voz en un leve susurro, cargada de la satisfacción de haber tenido ese primer orgasmo, y no lo hice.

Mis manos descendieron despacio por su espalda hasta la curva de sus caderas. Me detuve ahí, marcando el límite, jugando con la espera. La sentí moverse ligeramente, impaciente. Sonreí para mí mismo.

—Me gusta cómo reaccionas —murmuré—. Dime si necesitas algo.

—Que sigas —respondió sin dudar.

Deslicé las manos por sus muslos, primero por fuera, luego por dentro, sin tocar aún donde sabía que su cuerpo empezaba a reclamar algo más que mis manos. Cada caricia era deliberada, provocadora. Quería que el deseo creciera, que la anticipación fuera parte del placer.

Me incliné y besé su espalda, bajando despacio, dejando besos húmedos, lentos, marcando un camino que no tenía intención de seguir en línea recta.

—Mat… —Mi nombre salió de sus labios como una súplica contenida.

—Estoy aquí —le recordé—. Respira. Dime si estás bien.

—Lo estoy… joder, lo estoy.

Mis manos volvieron a subir, rodeando su cintura, subiendo por sus. Noté cómo se arqueaba ligeramente, buscándome sin girarse.

—No tengas prisa —le susurré—. Tenemos aún toda la noche por delante.

Mis dedos bajaron otra vez, esta vez más decididos, explorando, provocando sin invadir. Su cuerpo reaccionó de inmediato. Un gemido escapó de sus labios, más alto, más sincero.

—¿Te gusta? —pregunté, con la voz ya más grave.

—Sí… —asintió—. Mucho.

Ajusté el ritmo a su respiración, a la forma en que su cuerpo me pedía más sin palabras. Cada caricia era un diálogo silencioso. Cada respuesta suya, una confirmación.

Me incliné sobre ella, apoyando una mano junto a su cabeza. Con la otra, continué explorando, atento a cada reacción, a cada temblor. La sentí tensarse poco a poco, perder el control de su respiración, del ritmo, de la contención que siempre llevaba consigo.

Y volví a jugar con mis dedos en ese punto que la enloquecía. Sí, acababa de darle un orgasmo con mis manos y mi boca, pero estaba más que dispuesto a darle otro.

—Mírame —le pedí.

Iria giró la cabeza lo justo para buscar mis ojos. Estaban oscuros, brillantes, cargados de deseo.

—Estoy contigo —le dije—. Eres mía.

Algo cambió en su expresión, como si esas palabras fueran la llave que necesitaba.

Su cuerpo comenzó a reaccionar con más intensidad. Sus gemidos se volvieron más frecuentes, más desordenados. Noté cómo sus manos se cerraban en la camilla, cómo su espalda se arqueaba buscando más presión, más contacto.

—¿Estás bien? —pregunté otra vez, sin apartar la mirada de la suya.

—Sí… —respondió, con la voz rota—. No pares ahora.

Y no lo hice.

Ajusté mis movimientos, más precisos, más firmes, llevando su cuerpo justo al punto en el que sabía que ya no podía volver atrás. La sentí temblar bajo mis manos, cada músculo respondiendo, cada respiración convirtiéndose en un jadeo.

—Déjate llevar —le susurré—. Córrete otra vez, pequeña.

Y entonces ocurrió.

Su cuerpo se tensó de golpe, como un arco a punto de romperse. Un gemido profundo escapó de sus labios, largo, sincero, mientras el placer la atravesaba sin reservas. La sentí estremecerse, perderse, aferrarse a la camilla como si el mundo se redujera a ese instante.

No me moví ni un milímetro ni dejé de penetrarla con el dedo. Me limité a sostenerla, a acompañarla mientras el orgasmo la recorría, mientras su respiración se deshacía y volvía a recomponerse poco a poco.

Cuando el temblor disminuyó, deslicé la mano por su espalda en un gesto lento, calmante.

—Respira —le dije—. Me encantas, Iria, me encanta verte disfrutar.

Asintió, aun sin fuerzas para hablar. Me incliné y besé su hombro con una suavidad casi reverente.

La observé unos segundos más, sintiendo algo extraño apretarme el pecho. No era orgullo. No era solo satisfacción por lo que había hecho. Era la conciencia incómoda de que verla así, confiar así, entregarse así… me importaba demasiado. Y eso me daba tanto placer como miedo.

Aún quedaba mucha noche por delante. Y yo empezaba a sospechar que no iba a salir ileso de ella.

Iria no tardó mucho en recuperarse. Se giró despacio sobre la camilla, apoyándose en los codos primero, mirándome con una expresión distinta. Ya no era solo placer lo que brillaba en sus ojos. Era decisión. Hambre. Esa clase de seguridad que nacía cuando una mujer sabía exactamente lo que quería… y a quién.

—Ahora —dijo, con la voz aún ligeramente rota— te toca a ti.

No fue una invitación, fue una afirmación. Sonreí despacio mientras me incorporaba.

—¿Estás segura? —pregunté, no por duda, sino por costumbre. Por respeto.

Iria se levantó de la camilla y se plantó frente a mí, despacio y segura, y llevó una mano a mi pecho, apoyando la palma con firmeza.

—Quiero tocarte —respondió—. Y quiero que te dejes —susurró con un tono tan sensual y seductor que… Joder. Estaba perdido.

Asentí y me senté en la camilla, apoyando las manos detrás de mí. Ella cogió el aceite, repitiendo el gesto que yo había tenido antes, calentándolo entre sus dedos. La observé mientras lo hacía, cómo sus labios se curvaban apenas, cómo su respiración ya se había calmado, centrada, consciente.

Se acercó y dejó caer el aceite sobre mi pecho.

El contacto de sus manos fue distinto al mío. No menos intenso, pero sí más explorador, más curioso. Como si quisiera aprender cada reacción, cada tensión que mi cuerpo aún se empeñaba en esconder.

—Dime si estás bien —me dijo, devolviéndome mis propias palabras.

—Lo estoy —respondí—. Continúa.

Sus manos bajaron despacio, recorriendo mi torso, marcando cada músculo, y se detuvo un segundo en una pequeña cicatriz, pasando el pulgar con suavidad.

—Aquí hay historia —murmuró.

—Demasiada —respondí.

No preguntó más, y yo agradecí ese silencio.

Siguió bajando, con una lentitud provocadora, hasta mis muslos. Se arrodilló frente a mí, mirándome desde abajo, consciente del efecto que provocaba. Su boca se acercó a mi piel, dejando besos lentos, húmedos, que encendían cada terminación nerviosa a su paso.

Cerré los ojos un segundo. Sentir sin controlar era algo que había olvidado cómo hacer.

—Mat —susurró—. Mírame —me pidió, y abrí los ojos.

Ella me observaba con atención absoluta, como si mi placer fuera ahora su único objetivo. Y eso… eso me desarmó más que cualquier otra cosa.

Sus manos volvieron a subir, firmes, seguras, sabiendo exactamente dónde presionar, dónde provocar, dónde detenerse solo para hacerme perder la paciencia. Mi respiración se volvió más profunda, menos controlada.

—¿Así estás bien? —preguntó, inclinándose hacia mí.

—Sí —respondí, con la voz más grave de lo que pretendía—. No pares.

Sonrió y me empujó suavemente hacia atrás, indicándome que me tumbara del todo en la camilla. Obedecí. No porque no pudiera resistirme, sino porque quería sentir qué se sentía al dejarme llevar de verdad.

Iria subió sobre mí, apoyando las rodillas a ambos lados de mis caderas. Sus manos siguieron recorriéndome, ahora con más intención, más presión. Su cuerpo estaba cerca, lo suficiente como para sentir su calor, su perfume, su respiración cada vez más acompasada con la mía.

—Relájate —me dijo—. Confía en mí.

Aquella palabra volvió a golpearme. Confía.

Y lo hice. Me dejé llevar y me permití sentir cada caricia, cada roce, cada gesto pensado para provocarme sin prisa. Su boca descendió, explorando, marcando, jugando con la espera. Sentí cómo mi cuerpo reaccionaba sin pedir permiso, cómo el control se me escapaba poco a poco.

—Joder, Iria… —murmuré.

—Shh —respondió—. Déjame.

Y lo hice.

Sus labios recorrían mi cuello y mi torso al mismo tiempo que sus manos se deslizaban por mis brazos y mis costados, y notaba su sexo húmedo demasiado cerca de mi miembro.

Sentí su cabello acariciando mi piel mientras ella seguía besándome, bajando y bajando por mi cuerpo, hasta que noté el calor de sus labios en la

cadera. Gemí con los ojos cerrados y por un segundo la vi, en mi mente, con esos labios calientes y carnosos envolviendo mi miembro.

Y como si en ese instante me hubiera leído el pensamiento, noté la punta de su lengua deslizándose desde la base hasta el glande de mi miembro duro y erecto.

—Joder —dije entre dientes, excitado como no recordaba haberlo estado nunca cuando alguna de aquellas mujeres de mi pasado me hacía una felación.

Jadeé al notar el calor de sus labios envolviendo mi miembro, el de su boca acogiéndome en ella, y se me escapó un leve gruñido cuando noté cómo esos labios bajaban poco a poco por la longitud de mi masculinidad. Esos labios me estaban volviendo loco. Cada segundo que pasaba, cada vez que Iria subía y bajaba con ellos por mi miembro y la escuchaba gemir mientras se movía… me estaban haciendo perder el control.

Llevé ambas manos a sus caderas y agarré con fuerza; necesitaba mantenerme anclado a algo para no perderme por completo y acabar corriéndome como un adolescente. Me estaba excitando, sí, el placer era mil veces mayor de lo que podría haber imaginado, pero quería que la noche durara, que no se acabara todo en este momento.

—Pequeña —dije llevando la mano a su rostro para que me mirara.

Lo hizo, sin dejar de saborear mi miembro con sus labios, y el brillo en sus ojos, el deseo y el placer que vi en ellos, me hicieron sentir algo más que placer y satisfacción.

—Si no paras, tendremos un problema —dije, tragando saliva, y ella se apartó.

—¿Sigues bien? —preguntó, con una sonrisa ladeada.

—Más que bien —respondí—. Peligrosamente bien.

Iria se inclinó sobre mí, besándome con fuerza, con hambre, con una necesidad que ya no pretendía ocultar. Mis manos subieron a su espalda, recorriéndola, reclamándola de vuelta.

—Ven —le dije—. Ahora.

No hizo falta explicar nada más.

Nos movimos juntos, torpes por un segundo, urgentes al siguiente. La atraje hacia mí, guiándola con cuidado, manteniendo el contacto visual, asegurándome de que cada movimiento fuera compartido, deseado.

—Mírame —le pedí—. Dime si estás bien.

—Lo estoy —respondió, sin apartar los ojos—. Contigo siempre lo estoy.

La besé con urgencia, la moví sobre mi miembro notando el modo en que su sexo húmedo lo cubría, y eso fue el detonante para que mi cordura desapareciera por un instante.

Me incorporé y la dejé en el suelo, me levanté y, tras inclinarla sobre la camilla y separar sus piernas, la penetré con una certera y profunda embestida que hizo que ella gritara con fuerza.

Y la tomé allí mismo, sobre la camilla, despacio al principio, saboreando cada reacción, cada suspiro, cada gemido que se le escapaba. No había prisa. No quería solo el final. Quería el camino.

Sus manos se aferraron a la camilla. Su cuerpo se movía conmigo, buscándome, acompañándome. Cada vez que su respiración se aceleraba, yo la seguía. Cada vez que se tensaba, bajaba el ritmo.

Y empecé a penetrarla más rápido, más profundo, con más fuerza, escuchando cómo sus gritos llenaban la sala.

—Así… —susurró—. No pares… Sigue, Mat, joder, sí, sigue.

El placer fue creciendo, envolviéndonos en aquella sala. Cuando ambos estuvimos al borde, no fue una explosión descontrolada. Fue una entrega profunda, intensa, que nos dejó sin palabras durante varios segundos.

Cuando todo terminó, permanecimos así, respirando juntos, sin separarnos.

Apoyé la frente en su hombro buscando un poco de aire, y por primera vez en mucho tiempo, sentí algo que no tenía nombre… pero que se parecía demasiado a la necesidad de no soltarla jamás.

Capítulo 29

Matthias

Tardamos unos minutos en separarnos. No porque el deseo se hubiera agotado, sino porque ninguno de los dos parecía dispuesto a romper aquel silencio cargado que se había instalado entre nosotros.

Su cuerpo seguía caliente contra el mío, su respiración aún algo irregular. La sentí moverse primero, despacio, como si regresara poco a poco al presente.

Le acaricié la espalda, un gesto lento a la par que tranquilizador.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja.

Iria levantó la cabeza, me miró y sonrió. Una sonrisa distinta. Más suave.

—Muy bien —respondió—. ¿Y tú?

—Mejor de lo que esperaba.

Eso era quedarse corto.

Me incorporé y la ayudé a hacerlo ella. No hubo prisas. Ningún gesto brusco. La cogí de la mano y la guié hacia el fondo de la sala, donde la cruz de San Andrés se alzaba tan imponente como silenciosa.

Noté cómo su respiración cambiaba al verla más de cerca.

—No tenemos que usarla —le dije—. Solo si quieres.

Iria se detuvo frente a ella y pasó los dedos por la madera, explorándola con curiosidad, sin miedo.

—La verdad es que la había visto antes, y nunca sentí curiosidad por probarla… hasta ahora —dijo, y me miró por encima del hombro—. Quiero que usemos, Mat.

Aquella petición me tensó por dentro de una forma peligrosa.

—Tú eres lo primero aquí, Iria —respondí—. Y pararé en cuanto me lo pidas. ¿De acuerdo?

Asintió y la besé en los labios de un modo más tierno del que había previsto.

La coloqué con cuidado, asegurándome de que cada movimiento fuera cómodo, que cada correa quedara firme sin ser restrictiva. Mis manos no eran frías ni mecánicas, eran atentas, suaves. Le levanté el mentón un segundo para mirarla a los ojos.

—Dime ahora si hay algo que no quieras.

—No lo hay —respondió—. Confío en ti.

Esa palabra volvió a atravesarme.

Me aparté un paso para observarla. La luz tenue delineaba su cuerpo, la postura abierta, ofrecida, no sumisa sino consciente. Joder… verla así despertaba algo primitivo en mí, pero también algo que me obligaba a ser mejor, más cuidadoso.

Me acerqué de nuevo y mis dedos recorrieron su piel, primero sin intención, solo para recordarle que estaba allí.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí… —respondió, con la voz ya más baja—. No pares.

Cogí un vibrador de la pequeña bandeja lateral y lo encendí un segundo, solo para que escuchara el sonido. Sentí cómo su cuerpo reaccionaba de inmediato.

—¿Estás dispuesta a jugar, pequeña? —pregunté.

—Contigo, siempre.

—Bien. Si en algún momento es demasiado, me lo dices y paro.

—Hazlo —respondió—. Quiero sentirte… sentir todo.

Apoyé el vibrador con suavidad, primero despacio, probando, observando cada reacción. Lo pasé despacio por su torso, bajé hasta uno de sus pechos y lo deslicé por el pezón, y después por el otro. Sus labios se separaron en un jadeo contenido. Sus manos se tensaron contra la madera.

—Mat… —Mi nombre volvió a sonar distinto en su boca—. Sigue.

Ajusté el ritmo, la intensidad, jugando con la alternancia, con la espera, con la provocación. No había prisa. Quería llevarla despacio, hacer que cada sensación se acumulara, que el placer se construyera capa a capa.

Me incliné hacia ella, besando su cuello, su clavícula, mientras el estímulo continuaba.

Lo bajé por su vientre y llegué a ese lugar donde sabía que la volvería loca. Comencé a deslizarlo despacio sobre su clítoris y vi cómo Iria se mordía el labio y gemía con los ojos cerrados. Sonreí al verla así, entregada y dispuesta, dejándose hacer.

—Respira —le susurré—. No hay prisa.

Sentí cómo su cuerpo comenzaba a temblar, cómo la respiración se volvía irregular, cómo el control se le escapaba poco a poco. Comencé a moverlo más deprisa, dejando que la humedad de su sexo cubriera el vibrador, y cuando menos lo esperaba, la penetré con fuerza.

—Oh, joder —gimió, dejando caer la cabeza ligeramente hacia atrás.

Empezó a moverse mientras la penetraba, a gemir y gritar, a pedirme que no parara, que le diera más. Quería correrse; lo sabía, podía sentirlo en cómo temblaba su cuerpo, en cómo se movía.

Y antes de que eso ocurriera, cambié el vibrador por el succionador de clítoris sin perder de vista su rostro.

—Mírame —le pedí, y lo hizo.

Sus ojos estaban oscuros, brillantes, abiertos de par en par.

—¿Estás bien? —pregunté una vez más.

—Sí… sí… joder, Mat… Necesito correrme —respondió, ya sin filtros.

El efecto fue inmediato. Su cuerpo reaccionó con más intensidad, arqueándose, buscando, entregándose sin reservas. Sus gemidos llenaron la sala, y mi propio miembro palpitaba al verla, tan impaciente como yo por volver a estar dentro de ella. Pero aún no iba a volver a hacerlo.

Iria quería alcanzar el orgasmo, pero no se lo permití, todavía no. La sostuve ahí, justo en el límite, jugando con el ritmo, bajando, subiendo, observando cada espasmo, cada respiración suya.

—Mat… por Dios…

—Todavía no, pequeña.

—Lo necesito —dijo mirándome fijamente, y sonreí.

—Pídemelo.

—Deja que me corra.

—Muy bien —le murmuré—. Córrete.

Cuando el orgasmo la atravesó, no fue suave. Fue profundo, intenso, casi abrumador. La sentí tensarse por completo, perderse, gemir mi nombre sin contención mientras el placer la recorría de arriba abajo.

Me mantuve cerca, apoyando la frente en la suya, sin dejarla sola ni un segundo.

Poco a poco, su cuerpo se relajó, su respiración volvió a un ritmo más lento y la desaté con cuidado, sosteniéndola cuando las piernas le flaquearon.

La abracé contra mi pecho y en ese instante, con su cuerpo aún sensible, vulnerable y confiado… entendí algo que me inquietó profundamente.

No era solo deseo lo que me unía a ella. Era algo que podía hacerme perder el control de verdad. Y aun así… no quería soltarla.

No la dejé ir de inmediato. La sostuve contra mi pecho unos segundos más, sintiendo cómo su respiración iba recuperando el ritmo, cómo su cuerpo aún respondía a cada caricia leve, demasiado sensible para el contacto brusco, perfecto para la atención lenta. Le aparté un mechón de pelo del rostro y besé su sien.

—¿Estás bien? —pregunté de nuevo, con la voz baja.

Iria asintió, aun con los ojos cerrados.

—Muy bien —respondió—. Un poco… flotando.

—Entonces ven —dije—. Vamos despacio.

La guié hacia el centro de la sala, donde el columpio colgaba del techo, firme y elegante, diseñado para sostener cuerpos y deseos sin prisas. Ella lo observó con curiosidad, con ese brillo en los ojos que aparecía cuando algo despertaba su interés de verdad.

Quería verla allí, suspendida en el aire, expuesta y entregada a mí, solo a mí.

La ayudé a sentarse en el columpio, ajustando las correas con cuidado, asegurándome de que estuviera cómoda y, a la vez, segura.

—Dime si algo no está bien —le recordé.

—Lo haré —respondió—. Pero ahora mismo… me gusta todo.

Me situé frente a ella, de pie, observándola. La posición hacía que su cuerpo quedara abierto, ofrecido sin ser pasivo. Joder. Aquello despertaba algo primitivo en mí, pero también una necesidad casi obsesiva de cuidar cada paso.

Me acerqué despacio, dejando que mis manos recorrieran sus piernas, subiendo lentamente, sin tocar aún donde sabía que la piel estaba más sensible. Ella respiró hondo, anticipando.

—Mat… —murmuró.

—Mírame —le pedí—. Quiero verte.

Y lo hizo. Sus ojos no se apartaron de los míos mientras mis manos seguían explorando, provocando, reclamando. Incliné el rostro y la besé, un beso profundo, sin prisa, dejando que el columpio se moviera ligeramente, marcando un ritmo lento.

—¿Así estás bien? —pregunté contra sus labios.

—Sí —respondió—. Estoy perfecta.

La forma en que su cuerpo respondía, la manera en que se balanceaba suavemente con cada movimiento, hacía que todo se sintiera más intenso, más profundo. Cada caricia se multiplicaba. Cada suspiro resonaba en la sala.

Mis manos subieron, bajaron, exploraron sin ocultarse. La sentí arquearse, buscarme, pedir más con el cuerpo cuando las palabras ya no eran suficientes.

Cuando comencé a penetrarla con dos dedos, sus manos se aferraron a las correas del columpio y su respiración se volvió irregular, cargada de necesidad.

La llevé poco a poco a un punto en el que el placer ya no era solo físico, era envolvente, profundo. La vi perder el control de la respiración, gemir sin contención, mover el cuerpo buscando más contacto, más presión.

—¿Sigues bien? —pregunté, atento a cada gesto.

—Sí… joder, sí —respondió—. No pares ahora.

Y no lo hice.

Retiré la mano y la penetré con fuerza, viéndola arquear la espalda y dejar caer la cabeza hacia atrás mientras me sentía completa y profundamente dentro de ella.

Ajusté el ritmo, el movimiento, el contacto, manteniéndola justo en ese límite delicioso entre la espera y la entrega total. El columpio se movía más ahora, acompañando cada gesto, cada reacción.

Cuando el orgasmo llegó, fue intenso, largo, casi abrumador. Su cuerpo se tensó, se arqueó, y su voz se entrecortó al pronunciar mi nombre mientras el placer la atravesaba sin reservas. Y mi propio orgasmo no se hizo esperar, alcanzándome de lleno apenas un segundo después que a ella.

Cuando ambos acabamos, me acerqué, sosteniéndola, besándola, acompañándola hasta que el temblor disminuyó y su respiración volvió a encontrar un ritmo.

Y la besé, porque si había algo que necesitaba de esa mujer, eran sus besos, esos que desde la primera noche se habían convertido en mi más peligrosa adicción.

Apoyó la frente en mi hombro cuando la ayudé a bajar del columpio, notando que sus piernas aún estaban algo débiles. La rodeé con los brazos sin pensar, sin calcular. Y ahí, sosteniéndola así, comprendí algo que me incomodó profundamente.

No quería que aquello fuera solo una noche intensa. Quería que se quedara. Y ese pensamiento… me dio tanto miedo como placer.

La llevé hasta la cama sin decir nada.

No porque no hubiera palabras, sino porque cualquier frase habría roto algo delicado que se estaba formando entre nosotros. La sostuve por la cintura,

guiándola despacio, sintiendo cómo su cuerpo seguía reaccionando a cada roce, aún sensible.

La cama nos recibió con la suavidad justa, pero no la tumbé de inmediato. Me quedé frente a ella, mirándola, como si necesitara grabar aquel instante antes de seguir.

—Ven —le dije al final, con la voz más baja de lo que esperaba.

Iria se sentó primero y luego se tumbó, apoyando la espalda en las almohadas, sin apartar ni una sola vez la mirada de mí. No había timidez en ella. Había expectativa, y algo más peligroso: presencia absoluta.

Me acerqué y me tumbé a su lado, apoyándome en un codo. Alargué la mano y recorrí su brazo, despacio, como si la descubriera por primera vez.

—¿Estás bien? —pregunté, casi por inercia ya, y ella sonrió.

—Sí —respondió—. No pares ahora, Mat.

Me incliné sobre ella y la besé.

No fue un beso urgente, fue profundo, consciente, cargado de intención. Un beso que no buscaba perderse, sino encontrarse. Mis labios se movían despacio, reclamando, escuchando su respuesta, adaptándose a su ritmo.

Mis manos comenzaron a recorrerla otra vez, pero de una forma distinta. No exploraban, sino que reconocían. Cada curva, cada reacción, cada suspiro ya me era familiar y, aun así, me seguía sorprendiendo.

La sentí arquearse bajo mi cuerpo cuando bajé la boca por su cuello, cuando me detuve en ese punto exacto que sabía que la hacía temblar. Sus dedos se enredaron en mi cabello, no para guiarme, sino para asegurarse de que no me iba a marchar.

—Mat… —susurró, con una mezcla de deseo y algo más suave—. Mírame —me pidió, y lo hice.

Nuestros ojos se encontraron, y en ese instante, el mundo se redujo a ese espacio mínimo entre ambos.

—Quiero hacerlo despacio —le dije—. Sentirte de verdad.

—Eso quiero yo —respondió—. A ti.

Me acomodé entre sus piernas con cuidado, manteniendo el contacto visual, asegurándome de que cada movimiento fuera compartido, consentido, deseado. Mis manos sujetaban su cintura con firmeza, pero sin prisa.

Y en ese momento no fue solo sexo, lo sabía.

Le hice el amor allí, en la cama, sin artificios, sin juegos, sin más estímulo que nuestros cuerpos y la conexión que se había ido tejiendo durante la noche. Cada movimiento era profundo, acompasado, pensado para que el placer no fuera solo físico.

Sus gemidos eran distintos ahora. Más bajos, más íntimos. Sus manos recorrían mi espalda y mis hombros, como si quisiera memorizarme.

Yo sentía cada reacción suya como una descarga directa. Cada vez que su respiración se aceleraba, algo en mi pecho se tensaba. Cada vez que me miraba así, abierta, confiada… el control se me escapaba un poco más.

—¿Así estás bien? —pregunté, apoyando la frente en la suya mientras la penetraba.

—Sí… —respondió, sin apartar la mirada—. No te vayas.

Aquella frase me atravesó como un golpe seco.

No te vayas. No supe si se refería al momento… o a algo más.

Ajusté el ritmo, manteniéndola justo ahí, en ese punto donde el placer se volvía casi demasiado. La sentí tensarse, perder la regularidad de la respiración, aferrarse a mí como si el mundo se redujera a ese instante.

Cuando el orgasmo la alcanzó, lo hizo de un modo tan intenso como profundo. Su cuerpo se arqueó, su voz se rompió al pronunciar mi nombre, y yo la acompañé sin apartarme, sin acelerar, dejándome arrastrar con ella.

El mío llegó después, inevitable, arrastrándome con una intensidad que me dejó sin aliento.

Me dejé caer a su lado, aun sin soltarla. Mi brazo la rodeó, atrayéndola contra mi pecho, y permanecimos así, respirando juntos, con el silencio lleno de algo que no sabía nombrar.

Cerré los ojos un instante. Y ahí, con su cabeza apoyada en mi hombro, con su mano dibujando círculos distraídos sobre mi piel… lo entendí.

Lo que había entre nosotros iba más allá de la pasión. Más allá del deseo. Sin darme cuenta, se había formado algo real. Algo que podía crecer. Algo que podía doler. Y el miedo llegó después.

Porque tarde o temprano tendría que contarle la verdad. Lo que pasó. De lo que me culparon. Lo que me rompió. Y cuando lo hiciera… podía perderla.

La idea me apretó el pecho con una fuerza que no esperaba. No quería perderla. No después de esto. No después de sentir que, por primera vez en mucho tiempo, había alguien a quien podría pertenecer sin dejar de ser yo.

Y ese pensamiento me asustó tanto… como me gustó. Demasiado. Más de lo que estaba dispuesto a admitir jamás.

Capítulo 30



Iria

Había pasado un mes desde aquella noche que, sin darme cuenta, había cambiado tanto mi vida.

Era abril, y el sol empezaba a calentar más la ciudad, aunque la brisa madrileña aún me sorprendía cuando salía de la sede de *Eisenhart & Wolf*. La primavera traía consigo un aire de renovación que no se limitaba a la naturaleza: también a mi rutina, a mi corazón y, de manera inesperada, a mi relación con Matthias.

En el trabajo, el mes había sido intenso. No es que mi cargo de directora Global de Estrategia y Expansión Internacional dejara lugar a descansos, pero abril había traído consigo varios proyectos estratégicos que debían cerrarse antes del segundo trimestre, y me había visto obligada a coordinar equipos en más de diez países.

Había viajado a Londres, París y Milán en menos de dos semanas, entre reuniones interminables, presentaciones, negociaciones de fusiones y adquisiciones y auditorías de rendimiento. La exigencia me mantenía alerta, y el cansancio, a veces, parecía un compañero inevitable.

Sin embargo, algo dentro de mí se había suavizado en ese mes: el ritmo frenético del trabajo ya no era todo. Ahora había alguien que, aunque formara parte del mismo entorno profesional, había logrado colarse en mi mundo de manera que no había esperado: Matthias Eisenhart.

No podía negar que nuestra relación profesional había tomado un matiz distinto. Las reuniones seguían siendo serias, evaluaciones precisas y directas, pero cada encuentro llevaba consigo una carga invisible, una corriente invisible de intimidad que ninguno de los dos se molestaba en ocultar. Salíamos a cenar varias veces por semana, a menudo en restaurantes discretos de Madrid, a veces improvisando menús en la oficina, donde la conversación fluía entre trabajo, bromas, miradas cargadas de significado y algún que otro roce casual de manos.

Habíamos convertido las comidas de trabajo en un ritual: discutir estrategias globales mientras el camarero nos servía un vino que solo compartíamos entre nosotros, comentando cifras y gráficos con sonrisas que nadie más veía. Incluso los almuerzos informales se habían transformado en momentos donde Matthias lograba que mis defensas se relajaran, y que mis barreras, esas que yo misma había construido para protegerme del amor, cedieran, aunque solo fuera un poco.

Los sábados eran sagrados. Matthias venía a mi ático donde Vera y él jugaban sin reservas y yo podía permitirme el lujo de reír sin preocuparme por las formalidades. Héctor también estaba, hasta que tenía que marcharse al club, dejándonos solos para disfrutar de esos momentos de intimidad que se habían convertido en nuestra costumbre.

Algunos sábados Matthias se quedaba a pasar toda la noche; otros solo hasta la hora de la cena con Vera y después nos íbamos juntos al club, donde no necesitábamos seguir ocultando nuestros rostros bajo el anonimato de ese antifaz cuando estábamos solos, donde cada encuentro estaba cargado de complicidad, de pequeños rituales de deseo y confianza que ambos habíamos aprendido a leer con precisión.

No era solo que Matthias se hubiera ganado a Vera, porque la niña lo adoraba y esa era la verdad, sino que también había logrado atravesar mis barreras personales. Yo, que siempre había jurado mantenerme autosuficiente, que nunca quería depender emocionalmente de nadie, me encontraba pensando en él, en nosotros, en nuestra rutina y en nuestra intimidad.

Y cuanto más me dejaba llevar, más difícil se volvía ignorar lo que sentía. Con Matthias, no solo me sentía vista y comprendida; también sentía que

podía ser yo misma, que podía permitirme amar sin miedo, aunque la idea de enamorarme fuera aterradora.

A veces me sorprendía observando cómo interactuaba con Vera, cómo su paciencia y ternura se mezclaban con la firmeza de un hombre que no necesita imponerse, sino guiar. Esa imagen me conmovía de una manera que no esperaba. Ver a aquel hombre que a menudo parecía tan impenetrable y oscuro, tan seguro de sí mismo y de su poder, transformarse frente a mi sobrina me hacía comprender que había más en él de lo que su fachada mostraba.

Y cuanto más lo veía así, más me costaba mantener las distancias. No podía evitar sentir una mezcla de respeto, admiración y deseo que me hacía replantearme todas mis reglas internas.

Durante ese mes, nuestra relación había encontrado un equilibrio casi perfecto: entre la vida profesional y la personal, entre la pasión y la complicidad, entre la responsabilidad y la entrega. Matthias había aprendido a leer mis gestos tanto como yo los suyos, y nuestros silencios hablaban más que cualquier conversación. Habíamos compartido cenas, miradas, caricias que comenzaban discretas en el trabajo y se prolongaban en la intimidad, juegos de seducción que nos mantenían en alerta y momentos de vulnerabilidad que, sorprendentemente, me hacían sentir segura con él. Habíamos encontrado un ritmo propio, un lenguaje secreto que nadie más entendía.

Y, sin embargo, había algo más profundo que la rutina o el placer compartido. Algo que no podía ignorar ni fingir. Era la forma en que su presencia me alteraba, cómo mi corazón latía con más fuerza al escuchar su voz, al sentir su mano rozar la mía, al verlo sonreír con Vera en brazos. Era una mezcla de miedo y deseo, de ternura y pasión, de necesidad y control.

Con Matthias, cada gesto, cada roce, cada mirada estaba cargado de significado, y cada instante a su lado me enseñaba que no podía seguir manteniendo mis barreras intactas. No podía seguir negando lo que sentía. Y, por primera vez en mucho tiempo, no quería hacerlo.

El mes había sido también un aprendizaje silencioso. Había aprendido a disfrutar de la cercanía sin perder mi independencia, a ceder sin sentirme

débil, a amar sin dejar de ser racional. Había descubierto que podía dejar que alguien entrara en mi vida sin perderme a mí misma, y que esa entrega no era una debilidad, sino una elección consciente. Y Matthias, con su presencia imponente, su carácter arrollador y su capacidad de hacerme sentir única, había sido el catalizador de esa transformación.

Era inevitable: había caído por él. No solo por el hombre que era, sino por la forma en que me hacía sentir, por la familia que comenzaba a construir con Vera y Héctor, y por la certeza de que, aunque el mundo me hubiera enseñado a desconfiar, podía confiar en él.

Esa mezcla de profesionalidad, complicidad y pasión se había convertido en el hilo conductor de mi vida diaria. Cada reunión, cada proyecto, cada estrategia, llevaba consigo un eco de nuestra intimidad, de nuestras cenas, de nuestros fines de semana en el ático. Matthias no solo había conquistado mi corazón; también había transformado mi mundo, mostrándome que se podía combinar ambición y amor, que se podía ser fuerte y vulnerable al mismo tiempo, que se podía vivir intensamente sin perder el control.

Y, mientras caminaba por los pasillos de la sede de *Eisenhart & Wolf*, repasando mentalmente la agenda del día, no podía evitar sonreír al pensar en lo lejos que habíamos llegado en apenas un mes.

Aún quedaban muchas sorpresas, muchos desafíos y muchos momentos de pasión y complicidad que vivir. Pero, por primera vez, sentía que estaba exactamente donde debía estar: con Matthias, con Vera, con Héctor y con la certeza de que la vida podía ser intensa, hermosa y llena de amor, incluso cuando menos lo esperaba.

Era jueves y mi jornada había empezado temprano, como de costumbre. Reuniones de seguimiento, llamadas internacionales y correos electrónicos interminables habían ocupado la mayor parte de la mañana, hasta que escuché un golpe seco en la puerta de mi despacho.

Levanté la vista del informe que estaba revisando y me encontré con Matthias apoyado en el marco, con esa presencia que hacía que, aunque fuera jefe y CEO de la multinacional, cualquier otro pensamiento desapareciera de mi mente en un instante.

—¿Puedo? —preguntó, con esa voz grave y serena que siempre lograba ponerme alerta y, al mismo tiempo, cómoda.

—Claro —dije, apartando algunos papeles.

Sonreí con la naturalidad que me permitía nuestra relación, aunque mi corazón ya latía un poco más rápido de lo habitual.

Entró sin esperar más, con esa seguridad que parecía apoderarse del espacio nada más cruzar el umbral. Se acercó a mi escritorio y, por un momento, lo observé con atención: el traje perfectamente entallado, la corbata ligeramente desabrochada, esa mirada que oscilaba entre concentración y diversión contenida.

—Te propongo que dejemos esto para más tarde —dijo, señalando los documentos—. ¿Comemos juntos hoy?

Una sonrisa se dibujó en mi rostro antes de que pudiera siquiera pensarlo. Comíamos juntos varias veces a la semana, pero cada invitación era como un ritual íntimo: informal, cargado de complicidad y siempre con ese toque que hacía que me sintiera observada y deseada al mismo tiempo.

—Me parece perfecto —respondí—. ¿Dónde?

—Hoy me apetece un lugar tranquilo, que podamos hablar sin que nadie nos interrumpa —contestó, con un toque de complicidad en la voz que hizo que me estremeciera ligeramente. Luego añadió, casi como quien no quiere perder detalle: —Después necesito que me acompañes a comprar un regalo para mi madre. Vamos a cenar todos juntos el sábado y, por supuesto, tú, Héctor y Vera también estáis invitados.

Mi corazón dio un leve vuelco. Siempre me hacía sentir parte de su mundo, y cada gesto de inclusión hacia Vera y Héctor o hacia mí era un recordatorio de lo mucho que había cambiado nuestra relación en tan poco tiempo.

—Por supuesto —dije, tratando de sonar casual—. No puedo ir al cumpleaños de tu madre sin un regalo.

Su sonrisa se ensanchó, y noté esa chispa en sus ojos que siempre precedía a uno de esos momentos en los que sabía que Matthias disfrutaba de mi reacción casi tanto como de la suya.

—Entonces, perfecto —dijo—. Vamos.

Guardé mis cosas con rapidez, cerré el portátil y me puse la chaqueta. Caminamos juntos hacia la puerta de mi despacho, y él, sin decir una sola palabra, se acercó lo suficiente como para que nuestras manos se rozaran. El roce fue mínimo, casi imperceptible, pero el efecto en mí fue inmediato: un escalofrío recorrió mi espalda y mis dedos se tensaron ligeramente.

Capítulo 31



Iria

Salimos de la oficina y bajamos al parking, donde estaba el coche de Matthias. Mientras caminábamos hacia él, sentí que cogía mi mano con firmeza, pero con suavidad suficiente para no ser invasivo. No fue solo un gesto de cariño; era la confirmación silenciosa de que, allí, con Matthias, podía permitirme sentir, confiar y dejarme llevar.

Le observé mientras mis dedos se entrelazaban con los suyos, y noté cómo acariciaba el interior de mi muñeca con el pulgar, una caricia breve, casi imperceptible para cualquiera que nos mirara, pero para mí, absolutamente significativa. Podría acostumbrarme a eso. A vivir así, a sentirme así, a estar con él. Esa sensación de cercanía, de intimidad compartida, era algo que nunca había imaginado posible con alguien como Matthias Eisenhart.

Entramos en el coche, arrancó y volvió a cogerme la mano. La sostuvo durante todo el trayecto, con esa mezcla de firmeza y cuidado que me hacía sentir protegida, deseada y valorada al mismo tiempo. Miré por la ventanilla, pero no podía evitar robarle miradas de reojo, observando cómo su concentración en la conducción se mezclaba con la atención constante hacia mí. Su pulgar seguía acariciando suavemente mi muñeca y, cada vez que lo hacía, sentía cómo se extendía por mí una corriente de calma y deseo a la vez.

Pensé en lo extraño y maravilloso que era todo esto. En un mes, Matthias había logrado penetrar mis defensas más sólidas. No solo me había ganado a mí, sino que también había conquistado la confianza y el cariño de Vera. Lo

que sentía por él era intenso y aterrador a la vez: era amor, deseo y admiración entrelazados en una mezcla que no podía ni quería controlar.

Y mientras sentía sus dedos acariciando mi piel, me di cuenta de que, de algún modo, había empezado a imaginar mi vida de otra manera: con él, con la niña y con Héctor, con esos sábados tranquilos en el ático y con la sensación de que alguien cuidaba de mí sin pedir nada a cambio, salvo mi confianza.

El tráfico madrileño no importaba. Cada semáforo, cada giro, cada movimiento era un recordatorio de que podía estar así, sosteniendo su mano, permitiéndome sentir y pertenecer. Podría acostumbrarme a eso. Podría acostumbrarme a vivir así, a amar sin miedo, a dejar que Matthias Eisenhart se convirtiera en parte de mi vida de una forma que ninguna barrera podría frenar.

Y mientras conducía hacia nuestro destino, no pude evitar sonreír de manera involuntaria, consciente de que aquel jueves sería solo uno de muchos, pero también especial, porque hoy, además de compartir una comida, íbamos a elegir juntos algo que representara mi cariño hacia la mujer que le había dado la vida y que, de alguna manera, también formaba parte de mi mundo ahora.

El restaurante estaba tranquilo, con una luz cálida que hacía que todo pareciera más íntimo de lo que era, y un aroma a pan recién horneado y hierbas que me relajó inmediatamente. Matthias y yo nos acomodamos en una mesa apartada, en la que podíamos hablar sin que nadie nos escuchara, aunque ya era imposible ignorar cómo la tensión entre nosotros funcionaba como un lenguaje propio.

Pedimos algo ligero pero delicioso: entrantes para compartir, un plato principal que no necesitara demasiada formalidad y, por supuesto, un buen vino tinto. La conversación fluyó con naturalidad. Al principio hablamos de trabajo, de resultados de los últimos informes, pero pronto el tema se desvió hacia algo mucho más personal: el cumpleaños de su madre y qué podríamos regalarle.

—Has dicho que ibas a comprarle algo —dijo Matthias mientras removía suavemente el vino en su copa—. No es necesario que lo hagas, de verdad.

—No puedo presentarme en su cumpleaños sin un regalo —respondí, apoyando los codos en la mesa—. Sería… extraño. Además, quiero que vea que me importa.

Él asintió, pero noté que su sonrisa se mantenía algo ladeada, como si evaluara no solo mi respuesta, sino algo más allá. Mientras hablábamos de los gustos y preferencias de su madre, observé cómo de vez en cuando su mirada se desviaba hacia la calle a través del ventanal. Y casi de manera inconsciente, fruncía ligeramente el ceño, como si analizara cada sombra o cada movimiento de los transeúntes.

—¿Todo bien? —pregunté, ladeando la cabeza, intentando que mi voz sonara casual—. Pareces… alerta.

—Sí, todo bien —contestó, con un tono firme, aunque no del todo convincente—. Solo estoy pensando en algunos detalles logísticos de la agenda de mañana.

No estaba del todo segura de creerle, pero tampoco quise insistir. Matthias tenía esa capacidad de ocultar lo que sentía con apenas un gesto, aunque sus ojos lo traicionaran a veces. Lo que sí era imposible de negar era cómo, incluso concentrado en algo ajeno a mí, no podía evitar robarme miradas de manera casi inconsciente, como asegurándose de que yo seguía allí, de que cada palabra y gesto mío le llegaban.

—A tu madre le gusta el arte moderno —comenté mientras señalaba un cuadro que colgaba en la pared—. Siempre lo mencionas en las reuniones familiares, ¿no?

—Sí —dijo, volviendo la atención hacia mí—. Y le encantan los perfumes florales suaves y los chocolates finos, aunque se los guarda para cuando nadie la ve.

Nos reímos suavemente y seguimos compartiendo anécdotas, intentando descifrar juntos qué podría hacerle ilusión recibir. Y llegó el postre, o, mejor dicho, mi pecado del día: una combinación de chocolate, frutos rojos y helado de vainilla que parecía un pequeño lujo. Matthias cortó un trozo y lo acercó a mi boca con una delicadeza que me hizo sonrojar.

—Eres imposible —murmuré entre risas—. Siempre encuentras la manera de hacer que me ruborice.

—Es un talento natural —contestó con su típica mezcla de sarcasmo y encanto—. Pero más imposible es que te resistas, aunque sé que lo intentas.

No pude evitar reír. Había algo en cómo lo decía, con esa seguridad absoluta, que hacía que hasta mis defensas más rígidas cedieran por completo. Mientras compartíamos el postre, volví a notar su mirada hacia la calle. Cada vez que alguien pasaba por la acera, él fruncía el ceño levemente, evaluando algo invisible para mí.

—Matthias… en serio, ¿estás seguro de que todo está bien? —pregunté, bajando la voz—. Si algo te preocupa, podemos irnos ahora mismo.

—Sí, estoy seguro —insistió, aunque esta vez la firmeza de su voz parecía menos convincente que antes—. Solo… estoy pendiente de algunos detalles del trabajo.

No dije nada más, pero internamente decidí mantenerme alerta también, sin mostrar preocupación excesiva. Lo conocía lo suficiente como para saber que, aunque él quisiera protegerme de cualquier tensión externa, yo podía sentir cuando algo lo afectaba. Y, aunque no podía leer sus pensamientos, cada pequeño gesto suyo me decía que había algo más, algo que no estaba dispuesto a compartir en ese momento.

Aun así, entre conversación y conversación, risas y miradas cómplices, sentí que nuestra complicidad crecía con cada instante. Lo que empezó como un almuerzo por cortesía se había transformado en un momento de cercanía absoluta, en un espacio donde podía permitirme sentirme vista y valorada, deseada y respetada, sin ninguna presión más que la de nuestro propio entendimiento mutuo.

El vino, la comida y la conversación habían creado un escenario perfecto para una intimidad silenciosa. Me sorprendía a mí misma evaluando cómo pequeñas cosas como la forma en que me pasaba el azúcar o la manera en que me miraba mientras me reía de una broma lograban que mi corazón se acelerara de manera que ninguna reunión de trabajo había conseguido jamás.

Al terminar la comida y mientras esperábamos la cuenta, me di cuenta de algo que había sentido durante todo el almuerzo: cada gesto, cada sonrisa, cada roce accidental de sus manos sobre la mesa me recordaba que podía confiar en él, que podía dejarme llevar. Matthias, con todo su control y su apariencia impenetrable, había creado un espacio donde mi vulnerabilidad se sentía segura.

—¿Lista para elegir el regalo de mi madre? —preguntó mientras nos levantábamos de la mesa, todavía con ese brillo travieso en los ojos que me hacía sentir una mezcla de complicidad y deseo.

—Más que lista —respondí, sonriendo—. Vamos a ello.

Salimos del restaurante y me acomodé en el asiento del copiloto del coche, mientras él arrancaba con suavidad. No soltó mi mano, como había hecho durante el camino hacia el restaurante, y de nuevo sentí ese toque casi imperceptible en el interior de mi muñeca. Cada caricia era breve, delicada, pero suficiente para recordarme lo que significaba estar cerca de él.

Podría acostumbrarme a esto, a vivir así, a sentir que alguien me sostenía y me cuidaba mientras compartíamos momentos tan simples y a la vez tan íntimos.

Mientras conducía hacia la zona de tiendas más exclusivas de Madrid, no pude evitar pensar que este jueves, que comenzó como un día cualquiera de trabajo, se estaba transformando en algo mucho más especial, algo que trascendía cualquier agenda, cualquier reunión o cualquier plan.

Y mientras lo observaba conducir, con la mirada alerta y el pulgar acariciando suavemente mi muñeca, sentí un escalofrío: quería que esto durara, que cada gesto y cada momento se repitieran una y otra vez, hasta que dejara de ser un lujo esporádico y se convirtiera en nuestra forma de vivir.

Llegamos a la zona de tiendas más exclusivas de Madrid, donde los escaparates brillaban con luz propia y cada boutique parecía más un museo que una tienda. Matthias aparcó con cuidado y bajamos del coche, aún cogidos de la mano. El tacto de su piel sobre la mía me seguía haciendo sentir esa mezcla de calma y excitación que ya se había convertido en un hilo constante entre nosotros.

—Vamos a buscar algo especial —dijo mientras caminábamos por la acera.

Sonreí sin responder, dejándome guiar por él. Su presencia, imponente y a la vez familiar, convertía cada paso en un pequeño ritual. Entramos en la primera boutique, una firma de ropa conocida por sus bolsos y zapatos artesanales. Yo admiraba los escaparates mientras él observaba mi reacción con esa mirada que parecía leer cada pensamiento.

—Ese bolso le quedaría perfecto —dije, señalando uno en tonos tierra, elegante y sobrio, pero con un detalle dorado que lo hacía especial—. Y esos zapatos… —continué mientras señalaba unos de tacón medio—. Junto al bolso, serían un conjunto impecable.

Cogí el bolso entre mis manos y lo sentí pesado en el justo equilibrio entre lujo y funcionalidad. Los zapatos eran suaves, hechos a mano, con un tacón cómodo que prometía elegancia sin sacrificar seguridad. Matthias me observaba mientras los miraba, evaluando cada gesto mío, cada expresión.

Luego los cogió y sonrió.

—Sí, van perfecto con ella —dijo finalmente—. Ya tenemos regalo.

—Ya tienes regalo —corregí—. Falta el mío.

El dependiente nos ayudó a empaquetar las compras, y salimos rumbo a la siguiente parada: una joyería. Entre vitrinas llenas de brillantes y oro, elegimos una pulsera sencilla, elegante, que brillaba con una luz cálida y discreta al mismo tiempo. Matthias me la mostró antes de pagarla, girándola suavemente en sus dedos.

—Creo que le irá bien con lo que acabamos de comprar.

Cogí la pulsera y me quedé mirándola. Era delicada, sutil, perfecta para su madre.

—Vamos a la última —dije mientras él me cogía de nuevo mi mano—. Tengo algo en mente que completará el conjunto.

Entramos en otra tienda de ropa y complementos. Miré varios accesorios y finalmente elegí uno que combinaba perfectamente con el bolso y los zapatos: un pañuelo de seda con tonos tierra y dorado que podía usar de varias formas, elegante y discreto. Matthias me observó mientras lo sostenía contra mi cuello, aprobando cada movimiento con una sonrisa.

—Sí —dije sonriendo—. Ahora sí tenemos los regalos para tu madre.

Después de las compras, decidimos tomarnos un café en la terraza de un pequeño lugar cercano, uno de esos locales que parecían olvidados por el tiempo y que ofrecían tranquilidad en medio del bullicio de la ciudad. Pedimos un par de *cappuccinos* y nos acomodamos en la mesa más apartada, aunque él nunca dejó de tocarme la mano, rozar mis dedos con los suyos o acariciar suavemente mi muñeca.

—No puedo evitarlo —susurró mientras acercaba su rostro al mío.

Antes de que pudiera responder, me besó. Fue un beso breve pero intenso, cargado de deseo y afecto. Me aparté ligeramente, apartando suavemente su rostro con la mano.

—Si sigues besándome así en público —dije entre risas, intentando recuperar algo de compostura—, acabaremos en los titulares de la prensa.

—No me importa —contestó, con esa seguridad que siempre lo hacía parecer inquebrantable.

No pude evitar sonreír, y antes de que pudiera reaccionar, volvió a besarme. Esta vez más profundo, con una mezcla de ternura y urgencia que me hizo cerrar los ojos y apoyarme contra él. La gente que pasaba cerca probablemente ni notaba la intensidad de lo que ocurría, pero yo sentía cada gesto, cada caricia, como si el mundo se redujera a aquel café, a aquel beso, a Matthias sosteniéndome entre sus brazos.

—Creo que es mejor que volvamos a la sede —dije finalmente, separándome un poco—. No sea que a mí me despida el jefe.

Él soltó una carcajada profunda, llena de diversión y admiración, y me atrajo de nuevo hacia él para rozar sus labios contra los míos una vez más.

—Si esto significara despedirte, no me importaría —susurró con complicidad—. Pero me gustas demasiado como para no disfrutar de tu presencia a diario en mi oficina.

El juego entre nosotros se volvió ligero, divertido, pero con esa tensión que siempre nos acompañaba: mezcla de deseo, complicidad y cariño.

Caminamos de regreso hacia el coche, cogidos de la mano, aún con la sensación de que cada instante a su lado estaba cargado de significado. Matthias me miraba con una mezcla de orgullo y algo más difícil de describir: satisfacción, ternura, deseo.

Subimos al coche, él arrancó y seguimos hacia la sede. Durante el camino, no soltó mi mano, y nuevamente sentí cómo acariciaba el interior de mi muñeca con el pulgar, mientras mi corazón latía un poco más rápido que de costumbre.

Podría acostumbrarme a esto, a vivir así, a sentirme segura y deseada al mismo tiempo. Podría acostumbrarme a Matthias Eisenhart y a la forma en que transformaba cada instante en algo inolvidable.

Capítulo 32

Matthias

Era sábado y la noche caía sobre las calles de Madrid cuando llegué al restaurante donde íbamos a celebrar el cumpleaños de mi madre.

Aquel lugar no era cualquiera: discreto, elegante, con un aire de sofisticación que siempre había agradado a mi madre, y suficientemente amplio para albergar a todos los invitados sin que resultara incómodo.

Al entrar, lo primero que percibí fue el aroma a vino tinto y especias, mezclado con ese murmullo acogedor que llenaba el ambiente.

Mis padres estaban en la barra, él sosteniendo una copa de vino con una postura relajada; ella estaba a su lado con esa elegancia natural que nunca parecía ensayada, y ambos sonrieron al verme entrar.

—Feliz cumpleaños, mamá —dije mientras cruzaba el espacio hasta ellos.

Me incliné primero para besarla en la mejilla y luego la abracé con fuerza. Su perfume, la calidez de sus brazos y esa mirada que siempre había sabido equilibrar firmeza y cariño me hicieron sentir un instante de completa calma.

—Gracias, hijo —dijo con una sonrisa que iluminaba su rostro—. Qué alegría verte.

—¿Ya habéis empezado sin mí? —bromeé, mientras mi padre levantaba la copa hacia mí.

—Solo un par de sorbos —contestó él con su tono característico, entre bromista y serio.

Mientras nos reíamos, vi a los padres de Leonhard, observándonos con satisfacción. Ingrid y Friedrich también me saludaron con entusiasmo, y después de un intercambio de cortesías y sonrisas, la atmósfera quedó cargada de familiaridad y complicidad.

Poco después, Leonhard entró acompañado de Sofía. Mi mejor amigo y socio, siempre tan irreverente y lleno de energía, me abrazó primero, con la fuerza de alguien que conocía mis silencios y sabía cuándo romperlos con humor.

—¡Feliz cumpleaños, Carmen! —dijo Leonhard mientras besaba la mejilla de mi madre y luego la abrazaba—. Cada año que pasa te ves más joven. ¿Qué pacto hiciste con el diablo?

—Gracias, Leo —contestó ella con un brillo en los ojos que decía que esos abrazos y felicitaciones la hacían tan feliz como cualquier regalo material—. Pacto ninguno —rio—. Comida sana, clases de yoga y alguna cremita antiarrugas.

Sofía, elegante y siempre encantadora, se sumó a los saludos y besos. Su sonrisa era franca y cálida, y me alegró ver que, como siempre, era capaz de transmitir cercanía y afecto sin artificio.

El siguiente en llegar fue Daniel. Mi confidente, abogado, protector y amigo incondicional. Su entrada discreta contrastaba con la energía de Leonhard, pero eso no impedía que su saludo fuera cargado de afecto. Un abrazo firme y una palmada en el hombro, seguido de un “felicidades” sincero, completaron la ronda de saludos de mis amigos más cercanos y familiares elegidos.

Poco después, escuché la voz que más deseaba oír esa noche: Iria. Llegó con Héctor y Vera, y en el momento en que la pequeña me vio, sus ojos verdes se iluminaron y corrió hacia mi madre:

—¡Abuela Carmen! —gritó mientras se abrazaba a ella con toda la inocencia y entusiasmo que solo un niño de cuatro años podía ofrecer—.

¡Tenemos un montón de regalos para ti!

—¡Ay, mi nieta!

Mi madre se inclinó para recibir a la niña entre risas y besos, y yo no pude evitar sonreír al ver a la pequeña interactuar con ella como si fueran viejas amigas, como si ese vínculo hubiera existido siempre. Iria, con esa elegancia sobria que siempre la caracterizaba, me saludó con un beso suave en la mejilla, seguido de un abrazo que transmitía complicidad, cariño y algo más profundo que ni siquiera necesitaba palabras.

—Feliz cumpleaños, Carme —le dijo Iria con su voz baja y segura, mientras me guiñaba un ojo discretamente—. Traemos regalos, sí, pero no podemos decir qué son, ¿me oyes, Vera? —le advirtió a la niña, con la ceja arqueada.

—No, no podemos.

Héctor, como siempre, sonreía a medias, con esa mezcla de orgullo y diversión que lo hacía irresistible incluso cuando estaba aparentemente serio.

En pocos minutos, la sala empezó a llenarse de risas, saludos y abrazos, mientras nos acomodábamos en torno a la barra. La combinación de familia, amigos y complicidad convirtió la entrada en algo más que un simple saludo protocolario: era el preludio de una celebración cálida, íntima y vibrante.

Desde el primer momento, mi atención estuvo dividida: observaba a mis padres, a Leonhard, a Sofía, a Daniel, a Iria y Héctor, y no podía dejar de notar cómo cada uno de ellos influía en el ambiente, en la energía de la sala. Cada gesto, cada risa, cada mirada parecía parte de un entramado que yo, durante años, había anhelado pero temido.

La pequeña Vera, emocionada, seguía señalando los paquetes que llevaban, ansiosa porque mi madre abriera cada uno. Y yo, por mi parte, no podía dejar de mirar a Iria: la forma en que sonreía, cómo interactuaba con Vera, cómo su sola presencia parecía equilibrar todo lo que la sala contenía, desde el ruido hasta la emoción.

Aquel momento, simple y complejo a la vez, me recordó que había pasado demasiado tiempo desconfiando de todo y de todos, pero que ahora, por fin, podía permitirme sentir que estaba exactamente donde debía estar. Con la familia que me había visto crecer, con amigos que me entendían, con Iria a mi lado y con la pequeña Vera iluminando cada rincón con su entusiasmo.

La celebración aún no había comenzado oficialmente, pero ya sentía que aquel sábado sería uno de esos días que permanecerían intactos en la memoria. La combinación de alegría, cercanía y complicidad anticipaba risas, conversaciones y momentos que, por una vez, podrían permitirme bajar la guardia sin miedo a ser vulnerable.

Miré de nuevo a Iria y a la niña, y un pensamiento inesperado cruzó mi mente: contra todo pronóstico, estaba feliz. Y no solo eso: algo dentro de mí, que había estado dormido durante años, empezaba a despertar. La vida, incluso después de tantos años de sombra y cautela, aún podía sorprenderme.

La mesa estaba lista con una cantidad de entrantes que hacía difícil decidir por dónde empezar: jamón ibérico cortado a mano, queso curado de distintas regiones, aceitunas, anchoas, pimientos asados y pequeños canapés de salmón. El vino corría en copas que brillaban bajo la luz cálida del restaurante, y el aroma de la comida, combinado con el bullicio alegre de todos, hacía que me sintiera extrañamente relajado.

Mi madre parecía encantada con todo, y yo no podía quitar los ojos de Iria. Su elegancia sobria contrastaba con la frescura de su sonrisa, y cada vez que me miraba, sentía que el mundo podía detenerse un instante sin que yo necesitara nada más.

Iria, sentada a mi lado, no dejaba de sonreír ante la dinámica familiar, y yo no pude resistirme a coger su mano entre la mía. Su piel cálida, suave y familiar me llenó de una mezcla de calma y deseo que no podía contener.

—No puedo evitarlo —susurré mientras rozaba su mano.

Ella me miró, con esos ojos verdes que podían atravesar cualquier armadura, y asintió con un gesto apenas perceptible. La acaricié por encima de la pierna, un contacto sutil e íntimo, que nos hizo sonreír sin decir una palabra. La tensión entre nosotros era silenciosa, pero inevitable.

La conversación fluyó con naturalidad: bromas sobre anécdotas familiares, comentarios mordaces de Leonhard, risas de Sofía, Daniel y Héctor. Cada palabra, cada gesto, parecía reforzar esa sensación de que estábamos donde debíamos estar.

—Matthias, ¿recuerdas cuando tu padre quiso enseñarnos a hacer vino en casa y casi incendiamos la cocina? —preguntó mi madre entre risas—. Todavía no entiendo cómo sobrevivimos a esa experiencia.

—Sí, no me lo recuerdes —contesté volteando los ojos, provocando las carcajadas de todos—. Pero al final, el desastre solo quedó en el olor a quemado.

Durante la cena, no dejé de estar pendiente de Iria: un roce accidental de sus dedos, una risa compartida, un vistazo que decía más que mil palabras. Cuando el camarero sirvió el segundo vino, incliné la copa y la miré fijamente. Su respuesta fue un leve parpadeo, casi una sonrisa, y en ese instante me sentí conectado con ella de una manera que no podía controlar.

—¡Hora del postre! —anunció mi madre con entusiasmo—. Y después, los regalos.

—¡Sí! Ahora la tarta y luego los regalos —grito Vera, que era igual de golosa que Iria.

Llegó la tarta, una combinación perfecta de crema y frutos rojos que desapareció rápidamente entre risas y comentarios sobre quién había dejado más dulce en el plato del otro. Y sin pensarlo, pero deseándolo desde que la había visto, me incliné y besé a Iria en la comisura de los labios, un contacto breve, casi furtivo, mientras todos observaban distraídos la mesa. Ella se sonrojó ligeramente, y yo sonreí al ver cómo la emoción brillaba en sus ojos.

Después de la tarta, llegó el momento de los regalos. La emoción se palpaba en el aire, y mi madre no dejaba de reír y dar las gracias con cada paquete que abría. La pequeña Vera se movía de un lado a otro, entregando los paquetes que había traído con Héctor e Iria, mientras mi madre exclamaba encantada por cada detalle.

El bolso, los zapatos y la pulsera que le había comprado le encantaron, al igual que el pañuelo que le había regalado Iria.

—¡Qué bonito! —dijo al abrir el regalo de mi padre, una gargantilla de oro blanco de la que colgaba un corazón con un rubí engarzado. Un detalle elegante y profundamente personal que la hizo emocionar—. No puedo creerlo… Es perfecto.

Vi la emoción en sus ojos y sentí un calor intenso recorrer mi pecho. Verla feliz, ver que cada gesto, cada regalo y cada palabra de cariño era recibido con esa intensidad, me hizo comprender que todo lo que había sufrido, cada momento oscuro de mi vida, cada injusticia, podía ser compensado con este instante.

Iria estaba a mi lado, compartiendo la emoción de mi madre, y yo no dejaba de acariciarle la pierna o coger su mano, mientras nuestras miradas se cruzaban con complicidad. La tensión y la intimidad silenciosa entre nosotros añadían una capa más de profundidad a la celebración, un juego de cercanía que solo nosotros entendíamos.

Cuando terminaron los regalos, mi madre me abrazó.

—Gracias, hijo… y gracias a todos por hacer este día tan especial —dijo con la voz entrecortada por la emoción—. Este, sin duda, ha sido uno de los mejores cumpleaños de mi vida.

Me incliné para besarla suavemente en la frente y le susurré:

—Nada de esto sería igual sin ti, mamá.

Y, mientras lo decía, no pude dejar de mirar a Iria, que me sonreía con ese brillo cómplice en los ojos que me decía que aquel sábado no solo era un cumpleaños, sino también un momento que marcaría algo mucho más profundo en nuestras vidas.

Capítulo 33

Matthias

Mientras el bullicio de la cena continuaba, una sensación incómoda comenzó a recorrer mi espalda. No era algo que pudiera ignorar: un escalofrío, un peso sordo en el pecho, como si alguien nos estuviera observando desde la distancia.

Miré alrededor, fijándome en cada rincón del restaurante, cada sombra entre las mesas, pero no vi nada. Nadie parecía prestarnos atención más allá de lo habitual.

Iria, sentada a mi lado, percibió de inmediato mi cambio de expresión y, con su voz suave y segura, me preguntó:

—¿Está todo bien?

Asentí, intentando que mi sonrisa sonara convincente, aunque no lo estaba del todo.

—Sí… solo voy un momento al baño —dije, levantándome con cuidado, dejando mi mano en la de ella un instante más antes de soltarla.

Caminé por el pasillo hacia el baño, y cada paso resonaba más de lo que debería en mis oídos. Al llegar, me apoyé en el lavabo y me miré al espejo. La sensación que no me había abandonado desde mi salida de la cárcel volvió con fuerza: alguien me seguía, alguien sabía dónde estaba, alguien parecía estar esperando el momento exacto para aparecer.

Era puro instinto, una paranoia justificada tras años de vivir con la amenaza constante de miradas ajenas y pasos detrás de mí. Me lavé la cara, intentando disipar el calor de mi inquietud, pero la sombra persistía.

Justo cuando salía del baño para regresar a la mesa, la encontré: Tatiana. La sorpresa cruzó mi mente antes de que mis emociones se delataran en el reflejo de mis pupilas grises.

—¡Matthias! —dijo, con esa sonrisa que siempre conseguía que el aire se volviera más pesado, más denso—. Menuda sorpresa verte aquí. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va en el trabajo? —Se acercó peligrosamente, con su perfume envolviéndome, y rozó mi camisa con las uñas—. ¿Vas a algún club esta noche? Porque, sinceramente, echo de menos estar contigo…

Di un paso atrás, manteniendo la compostura y la distancia necesaria.

—No es asunto tuyo lo que haga o deje de hacer —dije con firmeza, sin permitir que la provocación se filtrara en mi voz—. Y lo de estar contigo quedó en el pasado.

Tatiana no retrocedió; su mirada desafiante y su sonrisa calculada eran un recordatorio de todo lo que había vivido, de lo que había perdido y de las fuerzas que aún podían intentar controlarme. Pero entonces, mientras me giraba para alejarme, escuché su voz una vez más, cargada de insinuación:

—No todo queda en el pasado, Matthias… ni siquiera los secretos que más guardados tienes.

Me detuve, fruncí el ceño y me giré con la intención de enfrentarla, pero cuando la busqué de nuevo, ella ya había entrado en el cuarto de baño. Maldita mujer.

En ese momento apareció Leonhard, con su típica sonrisa irónica y sus ojos claros examinando mi expresión.

—¿Estás bien? —preguntó—. Parece que has visto un fantasma, hermano.

—La he visto a ella —dije con una mezcla de fastidio y cansancio—. A Tatiana.

Leonhard soltó una carcajada, esa que siempre conseguía romper la tensión con su irreverencia.

—Eso es peor —dijo—. Esa mujer es discípula de Satanás.

Reímos los dos, haciendo de ese momento un respiro necesario en medio de la tensión que acababa de atravesarme. Leonhard se dirigió al baño mientras yo regresaba a la mesa.

El sonido de las risas y las conversaciones me recibió como un escudo, y allí estaba Iria, sonriendo hacia mí, con ese brillo cómplice en sus ojos que me hizo olvidar, por un instante, la amenaza de Tatiana.

Me incliné hacia ella, sin importarme quién pudiera verme, y la besé. No fue un simple roce de labios: fue un beso lleno de intensidad, de calma, de deseo y de la certeza de que no quería ocultarnos. Ella se sonrojó, pero no apartó la mirada, y yo sonreí al escuchar a mi madre decir desde la mesa, con voz cargada de orgullo y emoción:

—¡Ese sin duda sí que es un buen regalo de cumpleaños, ver a mi hijo feliz con un nuevo amor!

Mi corazón se tensó, se relajó y volvió a latir con fuerza. Contra todo pronóstico, me sentí increíblemente feliz. Sentí que podía permitirme bajar la guardia, disfrutar del presente y, quizá, abrir un rincón en mi corazón.

Me senté, miré a Iria otra vez y, mientras nuestras manos se entrelazaban bajo la mesa, pensé que no podía negar lo que empezaba a crecer en mí: estaba enamorándome.

Tras el beso con Iria, el ambiente en la mesa pareció vibrar de otra manera. No era necesario decir nada; su presencia junto a mí y el roce de sus dedos entrelazados con los míos bastaban para que todo lo demás quedara en un segundo plano. Sin embargo, la celebración continuaba y no podía perder de vista a todos los que estaban allí para mi madre.

Vera, como siempre, se movía con energía, describiendo con entusiasmo todo lo que había hecho durante la semana con Iria y Héctor. La pequeña era

una auténtica tormenta de alegría, y yo no podía evitar sonreír cada vez que la veía iluminar la habitación con su risa contagiosa.

Mi madre sonreía y le seguía la corriente, hablando con ella de cosas que podrían hacer las dos juntas en casa, planes a los que sin dudar también se apuntaba Ingrid, la madre de Leonhard. Iria se inclinó para besar la cabeza de la niña mientras sus ojos se cruzaban con los míos. Esa mirada silenciosa decía más que cualquier palabra: la familia, el cariño, la complicidad… y algo más profundo, más delicado, que ambos estábamos empezando a reconocer.

Héctor, siempre carismático, se unió a las bromas y comentarios familiares, haciendo reír a todos con anécdotas de la infancia de Vera, mezcladas con ironías de Leonhard sobre mis años de juventud y mis manías profesionales.

Mientras nos tomábamos el champán, me inclinaba hacia Iria cada vez que podía, acariciando suavemente su pierna o cogiendo su mano entre la mía. Cada roce provocaba un escalofrío que se mezclaba con la calidez de la sala y el sonido de las conversaciones. No podía evitarlo: quería sentirla cerca, demostrarle que no solo estaba presente físicamente, sino que la sentía profundamente.

—¿Te has dado cuenta de lo mucho que le gusta Vera a mis padres? —comenté en voz baja, para que solo ella escuchara—. Creo que la niña ya los considera de su familia.

Ella sonrió, ladeando la cabeza y mirándome con complicidad.

—Y todos nos hacéis sentir parte de la vuestra —respondió, con una voz que apenas superaba un susurro.

El resto de la velada transcurrió entre risas, brindis y comentarios sobre planes futuros. Cuando llegó el momento de los cafés, mi madre tomó la palabra y nos dio las gracias por estar con ella en una noche tan especial como esa, por haberle hecho el mayor regalo de todos, que no era otro que el de nuestra compañía.

Observando la escena, me sentí sorprendentemente tranquilo. Durante años, la vida había estado cargada de tensión, de vigilancia constante y de un

miedo silencioso a ser herido o traicionado. Pero allí, con Iria a mi lado, con Vera y Héctor cerca, con mi familia y la de Leonhard rodeándonos, podía permitirme algo que hacía tiempo no experimentaba: sentirme seguro, protegido… y feliz.

Iria y yo permanecimos cerca, compartiendo miradas, sonrisas y leves toques de manos que decían lo que las palabras no podían. Me incliné para besarla una vez más, un beso largo y suave, ignorando por completo quién pudiera estar observando. Su rostro se sonrojó, pero no se apartó; se apoyó ligeramente contra mí y cerró los ojos durante un instante, dejándose llevar.

—En serio, nos veo como portada en el próximo número del *¡Hola!* —susurró.

—No me importa —respondí, con un leve tono de desafío—. Esta noche no me importa nada.

Ella sonrió, juguetona y seria a la vez, y se acomodó nuevamente a mi lado, con nuestra cercanía llenando el espacio entre nosotros. En ese momento, algo se asentó dentro de mí: no podía negar lo que estaba empezando a sentir.

Contra todo pronóstico, contra todas las defensas que había construido durante años, estaba enamorándome de Iria. Y más aún: podía permitirme confiar en ella, dejar que su presencia me protegiera de la oscuridad que había marcado gran parte de mi vida.

Cuando la noche llegó a su fin y comenzamos a despedirnos, Vera corrió hacia mí y me abrazó, mirándome con esos ojos verdes que tanto me recordaban a Iria.

—¿Vienes a dormir a casa, Mat? —preguntó, y sonreí.

—Hoy no puedo, princesa. Leonhard y yo tenemos una videollamada mañana a primera hora con gente de la empresa que está en Frankfurt —respondí, devolviéndole el abrazo con cuidado y ternura.

—Eso es donde se hacen las salchichas que me pone papá en los perritos calientes.

—Esa es mi hija, siempre pensando en comida. Y no sé dónde leches la mete —dijo Héctor con un suspiro, y todos reímos—. Anda, despídete de Mat, que nos vamos a casa, bichito.

—Buenas noches, Mat. —Me abrazó con fuerza—. Quiero que algún día seas mi tío —susurró, y cuando se apartó, la vi sonreír mientras con disimulo me pedía que guardara silencio poniendo el dedo sobre sus labios.

—Buenas noches, Vera, que descanses. —Le besé la frente y se la entregué a su padre, que la cogió en brazos para la ronda de besos de despedida.

Iria me cogió de la mano mientras caminábamos hacia la salida, y sentí su calor mezclarse con el mío, un recordatorio silencioso de que, aunque el mundo exterior estuviera lleno de sombras y amenazas, aquí, en este instante, había algo que valía la pena proteger: nosotros.

Mientras cerrábamos la puerta del restaurante detrás de nosotros, respiré hondo y observé la calle iluminada por las luces de Madrid. Contra todo pronóstico, me sentí completo. Contra todo pronóstico, podía permitir que el amor empezara a colarse en mi vida, sin miedo, sin dudas… aunque sabía que aún quedaban sombras que enfrentar.

Porque incluso en la felicidad, en la intimidad recién descubierta con Iria y en la calma que me brindaba Vera y Héctor, seguía sintiendo que la vigilancia nunca desaparecía del todo. Pero, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesto a desafiarla. Estaba dispuesto a vivir.

Y, mientras apretaba la mano de Iria y la escuchaba reír suavemente, comprendí que aquella noche no solo celebrábamos un cumpleaños: celebrábamos la posibilidad de un futuro que, hasta hacía poco, había parecido imposible.

Capítulo 34

Iria

Cinco días habían pasado desde la celebración del cumpleaños de Carmen, y Madrid empezaba a despertar con un aire más cálido que hacía presagiar la llegada plena de la primavera.

Me encontraba en mi despacho, repasando los documentos que debía enviar a Leonhard: informes de expansión, proyecciones de ventas internacionales, una serie de notas estratégicas que tenían que estar impecables antes de ser compartidas. La concentración era máxima; cada cifra, cada palabra, debía reflejar precisión y claridad.

Mientras revisaba un informe sobre la viabilidad de una nueva filial en Asia, un golpe suave en la puerta interrumpió mi concentración.

—Adelante —dije, sin apartar la vista de la pantalla.

La puerta se abrió y apareció una de las chicas de recepción, con una sonrisa profesional y un sobre en la mano.

—Buenos días, señorita Souto. Un mensajero ha traído esto para usted. —Extendió el sobre cuidadosamente.

Lo cogí, sonriendo.

—Gracias, Gabriela.

Ella asintió y salió, dejándome sola con aquel sobre. Lo observé un instante; no había remitente, ningún indicio de quién podía haberlo enviado. Fruncí el ceño, intrigada.

El papel era grueso, de calidad, un sobre sellado de manera sencilla pero elegante. La curiosidad me picaba; sin embargo, justo cuando me disponía a abrirlo, la puerta se volvió a abrir.

—Iria, ¿tienes un momento? —preguntó Javier, mi jefe, con esa mezcla de autoridad y cercanía que siempre conseguía que uno se sintiera a la vez presionado y protegido—. Quiero comentarte unas cosas.

—Sí, claro —respondí, dejando el sobre a un lado del escritorio mientras me incorporaba—. ¿Qué necesitas?

Javier se acercó, se acomodó en la silla frente a mí y, durante la siguiente hora, hablamos de proyectos, estrategias y decisiones críticas para la expansión de la empresa. Sus palabras eran precisas, directas, y yo me concentré en absorber cada detalle, cada matiz. Era un trabajo exigente, pero justo, y me sentía confiada con él.

Cuando finalmente Javier se levantó para marcharse, me quedé de nuevo sola en el despacho y mi mirada volvió al sobre que había dejado a un lado. La intriga y la tensión se mezclaban en mi interior. No pude resistirme más y abrí el sobre con cuidado, pensando que su contenido era algo del trabajo, o que quizás Matthias había decidido enviarme algo con lo que sorprenderme.

Pero la sensación de normalidad se desvaneció en el instante en que vi la primera nota, con letras impresas en tinta negra y fría.

«¿Sabes con quién te estás acostando en realidad?»

Fruncí el ceño, notando un escalofrío recorriéndome la espalda. La pregunta me hizo dudar, y por un instante, mi mente saltó a escenarios imposibles: ¿podría Matthias tener novia? ¿Una prometida? ¿Una esposa en Frankfurt? Incluso, absurdamente, consideré la posibilidad de que Matthias tuviera otra familia que me ocultara. Pero me reí con amargura. No tenía sentido: la madre de Matthias nunca habría guardado un secreto así. Además,

Matthias no era ese tipo de hombre que pudiera vivir una doble vida sin que se notara.

Sacudí la cabeza para alejar esas ideas y abrí el resto del sobre. Las fotos cayeron sobre mi escritorio y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. La primera serie mostraba a Matthias con una mujer, aparentemente inocente, sonriendo en un ambiente elegante, como si nada ocurriera. Luego, sin previo aviso, llegaron las imágenes que hicieron que mi respiración se detuviera: la misma mujer, torturada y asesinada.

Sentí un frío intenso en el pecho, como si el aire hubiera desaparecido de la sala. Mis manos temblaban, y la silla crujió bajo mi peso mientras me inclinaba hacia las fotos, incapaz de apartar la mirada.

Mi corazón se detuvo y mis manos empezaron a temblar; el papel se me resbalaba de los dedos.

—No… esto debe ser… —murmuré, con la voz temblorosa—. Esto no puede ser… debe ser un error.

Intenté racionalizarlo, forzar la lógica: alguien podría estar haciendo una broma de muy mal gusto. Sí, eso debía ser. No podía ser otra cosa. ¿Cómo podría Matthias…? ¿Cómo podría alguien así estar sentado frente a mí, sonriendo, riendo, siendo quien era ahora? Esto no tenía sentido. Esto no podía ser cierto.

Entre las fotos, encontré una carta escrita a ordenador. Cada palabra aumentaba mi horror: la mujer, se decía, era una de las muchas con las que Matthias había jugado en los clubes; ella quería más, él no; una noche se le fue todo de las manos y la mató.

Solté el sobre y me puse de pie, temblando, con el corazón latiendo de manera irregular. Si fuera cierto… si alguna vez algo así hubiera sucedido, Matthias no estaría libre. Estaría en prisión cumpliendo condena por asesinato.

Aunque quizás el dinero con el que contaba había servido para tapar esto, para ocultarlo y que siguiera viviendo su vida como si nada.

Dios, empezaba a desvariar, me iba a volver loca.

Mis pensamientos se agolpaban. Cinco años fuera de Madrid, fuera del foco mediático… Tal vez se había librado de la cárcel por algún resquicio legal, por falta de pruebas, o quizás había desaparecido de la ciudad hasta que la tormenta mediática se calmara. No lo sabía, porque tampoco había escuchado algo así sobre Matthias Eisenhart, el CEO de una de las multinacionales más importantes de España y Alemania. Lo único que podía hacer ahora era enfrentarme a la incertidumbre.

Cogí el sobre con fuerza, reuniendo el valor que me quedaba. Necesitaba respuestas. Necesitaba mirar a Matthias a los ojos y exigirle la verdad, aunque temiera lo que pudiera descubrir. Cada fibra de mi cuerpo me decía que este momento sería decisivo, que mi vida, nuestra vida, cambiaría en cuestión de minutos.

Sin esperar más, salí de mi despacho con el sobre en la mano, con el corazón acelerado y las piernas temblando ligeramente. Cada paso hacia el ascensor era una mezcla de miedo y determinación. Cada planta que subía, mi corazón latía un poco más rápido.

Cuando salí del ascensor, caminé procurando no parecer tan alterada como estaba. Cata, la secretaria de Matthias, sonrió al verme aparecer. La puerta del despacho estaba a solo unos metros, y sentí que una corriente fría me recorría al pensar en lo que iba a ocurrir.

—Hola, Iria —me saludó Cata, aún sonriendo—. Está solo, puede pasar —me dijo.

Abrí la puerta con cuidado, sin molestarme en llamar, más que nada porque me temblaba todo el cuerpo y no me veía con fuerzas de hacerlo, y lo vi sentado detrás de su escritorio, sus ojos grises brillando al encontrar los míos. Sonrió, pero al notar mi expresión seria y la tensión en mi rostro, su sonrisa se desvaneció. Se levantó y caminó hacia mí.

—¿Iria? —preguntó, preocupado—. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

No respondí, simplemente le mostré el sobre.

—Mira lo que hay aquí —dije, con la voz temblorosa pero firme, extendiéndoselo—. Necesito que me digas si esto es cierto.

Matthias cogió el sobre con cuidado, sacando la nota, las fotos y la carta. Sus manos eran firmes, pero sus ojos cambiaron; vi cómo la sombra de la incomodidad cruzaba su rostro, cómo fruncía ligeramente el ceño y suspiraba profundamente antes de cerrar los ojos un instante.

—Sí —dijo al fin, con voz baja y cargada de tensión—. Es cierto. Pero por favor, déjame explicarlo.

Mi corazón dio un vuelco y un nudo se formó en mi garganta. Las palabras apenas salían, pero mi cuerpo reaccionaba con un temor que no podía ignorar. Todo lo que creía saber, todo lo que había sentido, estaba a punto de ponerse a prueba.

Un murmullo distante llegó primero a mis oídos, apenas perceptible, como si alguien hablara en el pasillo fuera del despacho. Pero pronto, esas voces se volvieron más claras, tensas, y luego se transformaron en gritos.

—¡No pueden entrar! —gritó la voz de Cata, desesperada, mientras escuchaba sus pasos apresurados hacia la puerta.

El corazón me dio un vuelco y, antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió de golpe y dos hombres con uniforme de policía entraron con paso firme, seguidos de otro vestido de calle y una placa en el cinturón del pantalón que caminaba con una autoridad que hacía temblar la sala.

—Matthias Eisenhart, queda detenido por el asesinato de Olivia Sáiz — dijo, con voz fría y calculada, mientras los agentes le colocaban las esposas.

—¡No! —exclamó Matthias, con la sorpresa y el desconcierto reflejados en su rostro—. ¡Están equivocados! ¡Yo no he hecho nada!

El inspector lo miró con calma, casi cruel:

—Sí, igual que cuando asesinó a Alana Núñez.

Sentí que mi cuerpo se congelaba. La incredulidad y el horror se mezclaban en un nudo que me impedía respirar con normalidad. Mis piernas temblaban y mis manos se aferraban al borde del escritorio de Matthias, incapaz de apartarme de la escena que tenía delante.

—¡Iria, no creas nada de esto! —me dijo Matthias, con la voz cargada de urgencia y súplica mientras los agentes lo sujetaban—. No he hecho nada… ¡No he hecho nada!

El inspector, sin inmutarse, se dirigió a él:

—Tiene derecho a un abogado. Si no tiene, se le asignará uno de oficio.

Cata, con el móvil en la mano, respiraba entrecortadamente.

—Voy a llamar a Daniel —dijo, y vi cómo le temblaban las manos.

Mientras los agentes lo sacaban del despacho, cada paso de Matthias hacía que mi corazón se rompiera un poco más. Sus ojos buscaron los míos, llenos de súplica, de incredulidad, de miedo. Y yo me quedé allí, paralizada, viendo cómo se alejaba, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

Una vez que la puerta del ascensor se cerró tras ellos, Cata se volvió hacia mí, con el rostro pálido y tenso.

—Está pasando lo mismo que hace cinco años, Daniel —dijo.

Cata me miró con gravedad, consciente de lo que implicaba todo eso. Yo tomé una respiración profunda y luego la miré directamente cuando colgó tras hablar con el amigo y abogado de Matthias.

—Cata… —susurré, con las lágrimas asomando a mis ojos—. ¿Es cierto? ¿Matthias… asesinó a esa mujer de la que hablaba el policía? —dije, al tiempo que cogía las fotos, temblando, incapaz de dejar de observarlas—. ¿Era ella?

Cata apartó un instante la mirada, luego me respondió con voz firme, casi un hilo de consuelo entre tanto horror.

—Lo acusaron porque todas las pruebas apuntaban a él. No buscaron más culpables… pero Matthias no haría nunca algo así.

El alivio mezclado con la incredulidad me golpeó como un torbellino. Mi cuerpo seguía temblando, mi mente era un caos. Solté un sollozo ahogado y

salí del despacho, sin mirar atrás, con las fotos aún en mis manos. Cada paso hacia mi despacho se sentía interminable.

Me encerré de nuevo, llorando sin poder detenerlo, pensando que no necesitaba a otro asesino en mi vida, que no podía permitirme un peso así. Mi corazón estaba partido entre la incredulidad, el miedo y la preocupación. Matthias… el hombre que había aprendido a querer, en quien confiaba, estaba bajo la sombra de acusaciones que parecían sacadas de una pesadilla imposible.

Me dejé caer en mi silla, intentando recomponerme, mientras mis pensamientos se agolpaban uno tras otro, mientras pensaba en cada noche con Matthias, en cada día que le había visto jugar y reír con Vera, en el modo en el que me cuidaba. Pero, sobre todo, pensaba en cómo podía sostenerme a mí misma sin perderme en el miedo que ahora lo envolvía todo.

Capítulo 35



Matthias

No podía ser verdad. Otra vez no.

Estaba sentado en una sala de interrogatorios que olía a metal viejo, a desinfectante barato y a café recalentado. Siempre olían igual. Todas. Como si las comisarías del mundo compartieran una misma esencia diseñada para erosionarte por dentro poco a poco, sin prisas, sin ruido.

Tenía los codos apoyados sobre la mesa metálica, las manos hundidas en el pelo, los dedos crispados en la raíz como si pudiera arrancarme los pensamientos a tirones. El foco del techo caía directo sobre mí, demasiado blanco, demasiado cruel. No había ventanas. Nunca las había. Solo paredes grises, desnudas, una mesa, dos sillas… y la certeza asfixiante de que el pasado había decidido volver a sentarse frente a mí sin pedir permiso.

Cinco años. Cinco malditos años encerrado para volver exactamente al mismo punto.

Inspiré hondo, pero el aire no entró bien. Me quemó el pecho. Exhalé despacio, como me habían enseñado a hacer allí dentro, como si todavía siguiera contando respiraciones para no perder el control. Para no explotar. Porque perder el control aquí no era una opción. Nunca lo había sido.

Me pasé las manos por el pelo una vez más, dejándolo revuelto, desordenado, como si ese gesto pudiera devolverme a algún sitio donde todo esto no estuviera ocurriendo.

No podía ser verdad. No podía estar pasando de nuevo. Cerré los ojos con fuerza y, como siempre, el primer rostro que apareció fue el de Iria.

La vi tal y como había entrado en mi despacho. Pálida. Tensa. Con ese temblor apenas perceptible en la mandíbula que solo aparecía cuando estaba intentando no romperse delante de alguien. Con aquel sobre en la mano. Con aquellas fotos que alguien había decidido enviarle como si fueran una sentencia anticipada.

Recordé la forma en la que me miró. No fue rabia al principio, fue miedo. Ese miedo puro, animal, que no se podía fingir ni disimular. El miedo que nacía cuando algo que amabas amenazaba con convertirse en aquello que más temías.

Recordé sus ojos verdes, abiertos de par en par, buscando una explicación que yo aún no había tenido tiempo de darle. Recordé cómo me extendió el sobre sin decir casi nada, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta.

«Necesito que me digas si esto es cierto.»

Y yo… joder. Yo había dicho que sí.

Iba a explicárselo, pero no tuve tiempo.

La escena se repetía una y otra vez en mi cabeza, con una precisión enfermiza. La sombra cruzándome el rostro cuando vi las fotos, el peso del pasado cayendo sobre mí de golpe, el instante exacto en el que supe, antes incluso de oír los gritos de Cata, que aquello no había terminado. Que alguien había vuelto a mover ficha.

Después, los policías. Las esposas. Las palabras que no necesitaba escuchar porque ya las conocía de memoria.

—Queda detenido por el asesinato de…

El nombre se me clavó como una bala. Olivia Sáiz.

Lo repetí mentalmente, una y otra vez, como si así pudiera entenderlo. Como si el sonido pudiera cambiar de significado por pura insistencia.

Olivia Sáiz era uno de los nombres de la lista. La lista que le había entregado a Daniel. La lista de mujeres que habían pasado por aquel club. La lista de posibles hombres y mujeres que podrían querer ir a por mí de algún modo.

La lista que se suponía que servía para encontrar al culpable de la muerte de Alana.

Alana. Mi estómago se contrajo con violencia.

Me incliné hacia delante, apoyando la frente casi sobre la mesa, respirando despacio para no perder el control. No ahora. No aquí. No, otra vez.

Alana Núñez. Su nombre era una herida que nunca había terminado de cerrar. No importaba cuántas veces lo pensara, cuántas noches intentara reconstruirlo todo buscando un error, una señal, algo, lo que fuera, pero siempre acababa en el mismo punto.

Ella muerta. Yo, acusado. Yo condenado. Y ahora… Olivia.

Dos mujeres. El mismo patrón. El mismo culpable a ojos de la policía.

Yo.

Sentí la rabia subir desde el estómago como un incendio lento, denso, que me quemaba por dentro sin llegar a explotar. Rabia por la injusticia. Por la repetición. Por la certeza de que, hiciera lo que hiciera, mi nombre ya estaba escrito en la casilla correcta para ellos.

Rabia porque sabía cómo iba a terminar esto si nadie conseguía demostrar lo contrario.

Volví a ver la mirada de Iria cuando me esposaron. Ese fue el golpe más duro. No el metal frío cerrándose alrededor de mis muñecas. Ni las palabras del inspector. Fue su mirada.

La forma en la que me miró mientras me sacaban del despacho. Con miedo. Con dolor. Con una rabia contenida que no sabía hacia dónde dirigir. Como si en ese instante todo lo que habíamos construido se hubiera resquebrajado bajo sus pies.

—*No creas nada de esto* —le había dicho.

Y había sonado… desesperado. Odié eso. Odié que me oyera suplicar. Odié que lo último que viera de mí fuera a un hombre esposado, acusado de algo monstruoso.

Me incorporé despacio en la silla, apoyé los antebrazos sobre la mesa y entrelacé las manos. Me temblaban ligeramente, pero lo suficiente como para notarlo.

—*Joder…* —murmuré en voz baja.

La sala estaba en silencio. Un silencio espeso, expectante. Sabía que me estaban observando desde algún sitio. Siempre lo hacían. No importaba. Ya me había acostumbrado a vivir bajo miradas que buscaban grietas.

Cinco años atrás había aprendido a no dárselas. Pero esta vez… esta vez había algo diferente. Iria.

No era solo mi libertad lo que estaba en juego. Era ella. Era lo que pudiera pensar de mí a partir de ahora. Era la duda sembrada con aquellas fotos. Era el miedo creciendo en su pecho sin que yo pudiera estar allí para contenerlo.

Cerré los ojos un segundo más y apreté los dientes. No podía permitirme perderla.

No después de haber encontrado algo parecido a la paz con ella. No después de haber empezado a creer, aunque fuera con miedo, que quizá podía volver a confiar, a sentir, a amar sin que todo acabara en sangre.

Golpeé la mesa con la palma abierta. No fue un golpe fuerte, pero lo justo para sentir el impacto.

—*No he hecho nada* —susurré.

Lo había dicho antes. Lo diría mil veces más si hacía falta. No había matado a Alana. No había matado a Olivia. No había hecho nada. Y, aun así, estaba allí. De nuevo.

El sonido de una puerta abriéndose en el pasillo me puso en alerta. Enderecé la espalda de inmediato, recuperando ese control aprendido a base de golpes y noches en vela.

Sabía lo que venía. Sabía cómo empezaba siempre. Y, aun así, el miedo seguía ahí, agazapado, esperando su momento. Porque había algo peor que volver a la cárcel: la posibilidad de que, esta vez, no saliera.

Y la certeza de que alguien, alguien que conocía mis pasos, mis sombras y mis errores, estaba jugando conmigo como si mi vida fuera una partida que podía reiniciarse una y otra vez.

Abrí los ojos. Y me preparé.

La puerta se abrió sin prisa, con ese chirrido seco que parecía diseñado para avisarte de que nada bueno iba a entrar por ahí.

Levanté la cabeza y el inspector apareció en el umbral con una carpeta gris bajo el brazo. Gruesa. Demasiado gruesa. Caminó despacio, con pasos seguros, como quien entraba en un territorio que consideraba suyo desde el principio. Cerró la puerta a su espalda y el sonido resonó en la sala con una contundencia que me erizó la piel.

Arrastró la silla frente a mí sin pedir permiso y se sentó, dejando la carpeta sobre la mesa metálica con un golpe seco. Clac. Ese sonido me atravesó el pecho.

—Se están equivocando de hombre —dije antes de que abriera la boca.

Mi voz sonó grave, tensa, pero firme. No iba a regalarle ni un solo titubeo.

El inspector levantó la vista hacia mí, despacio, casi aburrido. Tenía los ojos oscuros, fríos, de esos que no buscan la verdad, sino la confirmación de lo que ya creían saber.

—Cinco años atrás dijo exactamente lo mismo —respondió, con una calma irritante.

Apreté la mandíbula.

—Porque entonces era verdad —repliqué—. Y ahora también.

El silencio que siguió fue espeso, cargado de electricidad. El inspector sostuvo mi mirada durante unos segundos interminables, como si intentara medir cuánto iba a tardar en romperme. No lo hizo.

Abrió la carpeta, y el sonido del cartón al separarse me provocó un nudo inmediato en el estómago. Reconocía ese gesto demasiado bien. Lo había vivido antes. Sabía qué venía después.

Sacó la primera fotografía y la deslizó sobre la mesa, colocándola justo entre los dos.

—¿La conocía? —preguntó.

Miré la foto y vi a Olivia Sáiz.

Estaba viva en esa imagen. Sonreía ligeramente, con una copa en la mano, en lo que parecía una fiesta privada. El cabello lo tenía recogido de forma informal, el maquillaje discreto, elegante. La reconocí al instante y sentí un latigazo en el pecho.

—Sí —dije—. La conocía.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace más de seis años.

—¿Cómo la conoció?

—En un club privado —respondí sin rodeos.

El inspector asintió, como si aquello confirmara algo que ya tenía anotado mentalmente.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

No dudé.

—Hace años. Más de cinco, para ser exactos. Desde que me detuvieron y me encerraron por un asesinato que no cometí.

El inspector ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Está diciendo que no la ha vuelto a ver desde que salió de prisión?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —respondí—. Desde que salí no he vuelto a ver a Olivia Sáiz. Igual que no he vuelto a ver a muchas de las personas con las que solía relacionarme entonces.

El inspector apoyó los codos en la mesa.

—Olivia Sáiz ha sido asesinada del mismo modo que Alana Núñez.

Sentí cómo algo se tensaba dentro de mí, como un hilo a punto de romperse.

—¿Y? —escupí—. ¿Cree que eso me convierte automáticamente en culpable?

—Dado que el caso de Alana nunca se hizo público, y que en cuanto a detalles —continuó, ignorando mi pregunta—, solo la policía, su abogado… y usted conocían la forma exacta en la que fue asesinada, las pruebas vuelven a apuntar hacia usted.

—No he hecho nada —dije, notando cómo la rabia me subía a la garganta —. No he visto a esa mujer. No he estado con ella. No he estado cerca de ella.

El inspector no respondió. Volvió a meter la mano en la carpeta y entonces empezó el infierno.

Sacó la siguiente foto y la colocó sobre la mesa. Y luego otra. Y otra más. Mi estómago se revolvió de inmediato. Olivia ya no estaba viva en esas imágenes.

La primera mostraba su cuerpo desnudo sobre una superficie que parecía una cama deshecha. La piel amoratada. Golpes repartidos por el torso, algunos recientes, otros más oscuros, antiguos. Marcas de dedos impresas con violencia en los brazos, en los muslos. Los pezones amoratados, enrojecidos, como si alguien hubiera apretado demasiado fuerte, durante demasiado tiempo.

Sentí un sudor frío recorrerme la espalda.

La siguiente foto era un primer plano de sus muñecas. Las reconocí al instante. Enrojecidas. Hinchadas. La piel desgarrada en algunos puntos. Marcas profundas de ataduras, como si hubiera luchado por soltarse. Como si hubiera suplicado.

Tragué saliva. Me ardía la garganta.

—Mírela bien —dijo el inspector.

La siguiente imagen fue peor. En esa ocasión tuve un primer plano de su cuello.

Moratones oscuros rodeándolo casi por completo. La huella clara de unos dedos. La piel desgarrada en un punto concreto, como si las uñas hubieran penetrado con saña. La tráquea marcada. Aplastada.

El aire dejó de entrarme en los pulmones.

—Pare —murmuré.

Pero el inspector no paró.

La última fotografía me rompió. Era su rostro. Los ojos entreabiertos. Vacíos. La boca ligeramente abierta, como si el último gesto hubiera sido intentar respirar. Un hilo de sangre seca bajaba por la comisura de los labios. La expresión había quedado congelada en una mezcla de terror y dolor que reconocí con una claridad que me hizo temblar.

Era Alana. No Olivia. Era el mismo horror. El mismo patrón. La misma tortura. El mismo final.

Me levanté de golpe, la silla cayó hacia atrás con estrépito y me incliné sobre la papelera metálica del rincón justo a tiempo.

Vomité con violencia. El estómago se me contrajo una y otra vez, expulsando bilis, saliva, recuerdos. Cada arcada era un golpe seco que me dejaba sin aliento. Me apoyé con una mano en la pared, temblando, mientras las imágenes seguían clavadas en mi mente como cuchillas.

—Joder… —balbuceé entre arcadas—. Joder…

Cuando por fin pude respirar, el inspector seguía sentado, observándome sin el menor atisbo de compasión.

—Sabía que no deberían haberle dejado libre —dijo, con frialdad—. Quien asesina una vez puede volver a hacerlo.

Levanté la cabeza de golpe.

—¡No la maté! —grité—. ¡Ni a ella ni a Alana!

—Tarde o temprano tenía que volver a hacerlo —continuó—. Solo era cuestión de tiempo.

Lo miré con odio puro.

—Usted no busca la verdad —escupí—. Busca cerrar un círculo que nunca debió cerrarse conmigo dentro.

El inspector cerró la carpeta con calma.

—Esta vez no va a salirse con la suya.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe. Giré la cabeza y vi a Daniel entrando en la sala con paso firme, vestido con un traje azul impecable y el maletín negro en la mano. Sus ojos se clavaron primero en mí, luego en el inspector.

—No responda a ni una sola pregunta más —dijo, colocándose a mi lado —. Ni una.

Luego miró al inspector.

—Le agradecería que saliera de la sala y me dejara a solas con mi cliente.

El inspector se levantó despacio. Antes de salir, se giró hacia mí una última vez.

—Va a volver a la cárcel, señor Eisenhart —dijo—. Y me aseguraré de que no vuelva a salir de allí.

La puerta se cerró tras él, y el silencio que quedó fue casi peor que todo lo anterior.

Capítulo 36

Matthias

Durante unos segundos no fui capaz de decir nada.

Tenía la boca seca, el estómago revuelto y la imagen del rostro de Olivia, vacío y roto, seguía pegada a la parte interior de mis párpados como una maldición.

Me apoyé con ambas manos en la mesa, respirando despacio, intentando recuperar el control que el inspector había intentado arrancarme a la fuerza.

Daniel fue el primero en romper el silencio.

—¿Cómo estás? —preguntó en voz baja, sin rastro de formalidad profesional.

Solté una risa amarga, breve, sin humor alguno.

—¿Cómo quieres que esté? —respondí, pasándome una mano por la cara —. Jodido. Me acusan otra vez de un asesinato que no he cometido.

Me dejé caer en la silla frente a él, apoyando los codos sobre la mesa, con las manos entrelazadas con fuerza.

—Ni siquiera he vuelto a ver a esa mujer desde hacía años —continué—. Sí, la conocía. Del último club al que íbamos Leonhard y yo con Alana. Antes

de estar con Alana, estuve con Olivia algunas noches. Nada más. Nunca hubo nada serio. Y no la volví a ver después.

Daniel asintió despacio, escuchándome sin interrumpir.

—Desde que me detuvieron… desaparecí de ese mundo —añadí—. Y cuando salí, no quise saber nada de nadie de aquel entonces.

Golpeé la mesa con los nudillos, frustrado.

—Ni siquiera sé cuándo se supone que la asesiné —dije—. No me lo han dicho.

Daniel abrió el maletín, sacó una carpeta más fina y la dejó sobre la mesa.

—Fue entre el sábado por la noche y el domingo por la noche —explicó—. O eso es lo que creen.

Levanté la vista hacia él.

—¿El sábado y el domingo?

—Sí. La vecina la encontró el martes por la mañana. Al parecer, a Olivia le llegó un paquete y no lo recogió. La vecina sabía que no tenía que viajar hasta la semana siguiente, porque era azafata de vuelo y estaba de permiso. Le pareció raro. Llamó a la puerta, no contestó… y entró con sus llaves.

Cerré los ojos un instante.

—Y la encontró así —murmuré, y Daniel asintió.

—Exacto.

Abrí los ojos de nuevo, con el pulso acelerado.

—El sábado estuve en el cumpleaños de mi madre, tú estabas allí —asintió —. Me fui solo a casa y me acosté temprano. El domingo por la noche yo estaba en mi casa —dije con firmeza—. Todo el día lo pasé allí. Estuve con Leonhard reunido con directivos de Frankfurt toda la mañana y parte de la

tarde. Trabajamos en casa hasta última hora de la tarde. A las diez se fue y me quedé solo.

Hice memoria con una precisión casi enfermiza.

—Después terminé unos informes —continué—. Me dolía la cabeza, me tomé una pastilla, me duché y me metí en la cama. No salí. No vi a nadie.

Daniel me sostuvo la mirada.

—Te creo —dijo—. Pero ese inspector está más que convencido de que fuiste tú.

Sentí un golpe seco en el pecho.

—No fue así —respondí, con la voz cargada de rabia—. No fui yo. Joder, Daniel, no fui yo.

Se hizo un silencio breve y tenso.
—Lo sé —repitió él—. Pero tenemos un problema serio.

Me incliné hacia delante.

—¿Cuál?

—El patrón. La coincidencia. Que aquel fuera un caso que nunca llegó a la prensa para no manchar el nombre de tu padre y la empresa. Que el modo en el que murió Alana lo sabíamos unos pocos. Y el hecho de que Olivia estuviera en la lista que tú mismo me diste.

Cerré los ojos con fuerza.

—Esa lista era para investigar quién coño querría joderme entonces —dije —. No para esto.

—Lo sé —respondió—. Pero para ellos es justo lo contrario.

Me pasé una mano por el pelo con desesperación.

—Es como si alguien estuviera reproduciendo la escena —murmuré—. Como si quisiera que todo volviera exactamente al mismo punto.

Daniel no respondió de inmediato.

—Ese inspector está convencido de que eres culpable —dijo al fin—. Y cuando un policía se obsesiona así, es peligroso.

Apreté los dientes.

—No fui yo.

—Lo sé —repitió—. Pero tenemos que demostrarlo.

Me recliné en la silla, agotado, con el cuerpo tenso como si llevara horas sosteniendo un peso imposible.

—No voy a aguantar otra vez —dije en voz baja—. No cinco años más.

Daniel me miró con seriedad.

—No va a pasar —afirmó—. Esta vez no.

Pero incluso mientras lo decía, pude notar que él también sabía que no iba a ser fácil.

Tragué saliva antes de hablar.

Había algo que me estaba carcomiendo desde dentro desde el mismo momento en que la puerta del ascensor se cerró tras de mí. Algo que dolía más que las acusaciones, más que las esposas, más incluso que la amenaza velada de volver a prisión.

—¿Sabes cómo está Iria? —pregunté al fin.

Daniel levantó la vista hacia mí despacio, como si hubiera estado esperando esa pregunta desde que entró en la sala.

—Ella recibió un sobre —continué, sin darle tiempo a responder—. Con las fotos de Alana. Me preguntó por ello. Quise explicarle… pero no me dejaron. Entró la policía y me detuvieron delante de ella.

La voz se me rompió apenas un segundo, lo justo para que yo mismo lo notara.

—Se quedó mirándome… —dije—. Con miedo. Con dolor. Incluso con rabia contenida. Y no pude hacer nada.

Daniel suspiró despacio, apoyando la espalda en la silla.

—Hablé con Leonhard de camino a la comisaría —dijo—. Le avisó Cata.

Levanté la cabeza al instante.

—¿Y?

—Fue a buscar a Iria a su despacho —explicó—. Ya no estaba. Se había ido.

Sentí un nudo duro formarse en el estómago.

—¿Intentó llamarla?

—Sí. Varias veces. Todas las llamadas iban directamente al buzón de voz.

Me pasé las manos por el pelo de nuevo, con brusquedad, y me dejé caer contra el respaldo de la silla. Cerré los ojos unos segundos, luchando contra la presión que me aplastaba el pecho.

—Joder… —murmuré.

Apoyé la cabeza contra la pared fría detrás de mí.

—Necesito que alguien le cuente la verdad —dije—. Que le expliquen qué pasó. Qué está pasando.

Abrí los ojos y miré a Daniel, que estaba pensativo.

—Ahora creo más que nunca que fue alguien que os conocía —dijo al fin —. A ti y a Alana. Alguien que sabía cómo funcionaban esos encuentros, esos límites. Alguien que supo reproducir el mismo patrón.

Asentí lentamente.

—Y puede que estén haciendo lo mismo ahora —añadí—. Repitiendo la escena. Cambiando el nombre, pero manteniendo el mensaje.

Daniel asintió.

—Voy a intentar hablar con Iria —dijo—. No te preocupes. Me encargo de todo.

Lo miré con una mezcla de gratitud y desesperación.

—Olivia era una de las mujeres de la lista. No puede ser casualidad.

—No lo es —respondió—. Y si alguien quiere joderte, con esto se asegura de que pases una temporada larga en la cárcel.

Apreté los puños.

—No lo va a conseguir.

Daniel cerró el maletín y se levantó.

—No lo voy a permitir —afirmó—. Te lo prometo.

Me incorporé ligeramente.

—Habla con mis padres —le pedí—. Por favor. Diles que estoy bien. Que no se preocupen.

Daniel asintió.

—Lo haré.

Se dirigió a la puerta y antes de salir se giró hacia mí.

—No estás solo, Mat —dijo, y la puerta se cerró tras él.

Y entonces sí, me quedé solo.

El silencio volvió a instalarse en la sala, pesado y opresivo. Me llevé las manos a la cara y respiré hondo, intentando no dejar que el miedo me devorara por completo.

Iria. Su nombre resonó en mi cabeza como una plegaria. Ojalá no la perdiera después de esto. Ojalá pudiera mirarla a los ojos y explicarle todo sin esposas de por medio. Ojalá pudiera convencerla de que yo nunca haría algo así. De que no soy ese monstruo que alguien se empeña en construir a mi alrededor.

Apoyé la frente en la mesa metálica y cerré los ojos. Libre… y otra vez al borde del abismo. Porque había algo que tenía claro.

Si alguien estaba jugando conmigo, si alguien estaba usando los fantasmas de mi pasado para destruirme, esta vez no iba a quedarme esperando a que la justicia hiciera su trabajo.

Esta vez iba a luchar. Por mi nombre. Por la verdad. Y por Iria.

Capítulo 37



Iria

Era martes. Lo sabía porque el calendario del móvil seguía marcando los días, aunque yo hubiese decidido dejar de vivirlos. Porque el mundo insistía en avanzar, aunque yo me hubiese quedado atrapada en un instante concreto, congelada en una imagen que no se borraba por mucho que cerrara los ojos.

Cuatro días. Habían pasado cuatro días desde que la policía entró en el despacho de Matthias con esa forma fría y profesional que no dejaba espacio para las dudas. Cuatro días desde que lo esposaron delante de mí, sin mirarme apenas, como si yo no existiera. Cuatro días desde que aquellas fotos, negras, húmedas, violentas e irreversibles, se me habían quedado tatuadas en la retina como una maldición.

No había vuelto a la oficina. No había contestado a Leonhard. Ni a Daniel.

A Javier solo le había dicho que no me encontraba bien, que necesitaba quedarme unos días en casa. No había hecho preguntas. Nunca las hacía cuando intuía que no debía. Javier sabía leer los silencios. Y el mío gritaba.

Trabajaba desde casa. Mucho. Demasiado. Informes, correcciones, llamadas cortas y asépticas, correos precisos. Ayudaba a Javier todo lo que podía. Me mantenía ocupada como quien se aferraba a una tabla en mitad de un naufragio. Como si el trabajo pudiera salvarme de pensar. Como si la estrategia, los números y los proyectos pudieran tapar el olor a sangre que aún me parecía sentir.

Pero pensar era inevitable.

El ático estaba en silencio. Un silencio espeso, casi hostil. Vera estaba en la guardería, algo que a ambos nos pareció bien para que empezara a relacionarse con otros niños. Héctor dormía todavía, después de una noche larga en el club. Yo llevaba despierta desde las cinco de la mañana, sentada frente al ventanal del salón, con una taza de café entre las manos.

No me lo estaba bebiendo. El café se había enfriado hacía rato, pero yo seguía sujetando la taza como si fuese lo único sólido que me mantenía anclada a la realidad. El estómago me ardía. Llevaba días así. Días sin hambre, sin descanso, sin tregua. Apenas comía y, cuando lo hacía, el cuerpo lo rechazaba como si aquello también fuese una amenaza.

Náuseas constantes. Un nudo permanente en la garganta. La sensación de tener algo atascado en el pecho que no me dejaba respirar del todo.

Di un sorbo al café. Error. El amargor me subió de golpe, revolviéndome el estómago, y tuve que cerrar los ojos, apoyando la frente contra el cristal frío del ventanal. El contacto helado me hizo estremecer. Madrid amanecía luminosa, ajena a todo. El cielo despejado. El tráfico empezando a rugir a lo lejos. Gente yendo a trabajar. Niños entrando en los colegios de la mano de sus padres. Normalidad y rutina.

Yo no tenía nada de eso. Cada vez que cerraba los ojos, volvía al despacho de Matthias. A su voz grave, controlada, diciendo “sí, es cierto” sin levantar apenas la mirada. A las fotos deslizándose sobre la madera del escritorio. A la mujer viva. A la mujer muerta. A la sangre.

Me preguntaba una y otra vez cómo era posible que alguien capaz de eso hubiese sido tan… normal conmigo. Tan atento. Tan cuidadoso. Cómo podía un asesino, si es que lo era, saber escuchar, respetar mis silencios, sostenerme la mirada sin imponerse.

Cómo podía alguien así reírse con Vera. Sentarse en el suelo a montar puzles con ella. Dejar que le pintara las manos con rotuladores y fingir que se quejaba mientras sonreía. ¿Cómo podía alguien así ser tan cariñoso con una niña de cuatro años?

La imagen de Matthias agachado, al mismo nivel que Vera, sonriendo con una dulzura que no le conocía a nadie, me atravesó como un cuchillo. La rechacé con violencia.

—*No* —murmuré para mí misma, con los dientes apretados—. *No pienses en eso.*

Pero pensar era lo único que hacía.

Era como si mi mente se hubiese convertido en un tribunal permanente, repasando una y otra vez cada gesto, cada palabra, cada mirada, buscando una grieta, una señal, una advertencia que hubiese pasado por alto.

¿Había algo que no encajase? ¿Algún gesto extraño? ¿Alguna sombra?

Sentí unos pasos detrás de mí, y luego, unos brazos rodeándome con cuidado, sin invadirme, como si yo fuera de cristal.

Héctor.

Apoyé la cabeza contra su pecho sin resistirme. Él no dijo nada al principio. Solo me abrazó fuerte, con ese abrazo suyo que no pedía nada a cambio, como si temiera que me rompiera entre sus brazos.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó al fin, en voz baja, casi con miedo.

Solté una risa breve y amarga.

—¿Cómo crees?

Me separé lo justo para volver a mirar el café, todavía intacto.

—Tengo el estómago hecho polvo —añadí—. Todo el rato. No se me pasa.

Héctor frunció el ceño, preocupado.

—Así no puedes seguir —dijo—. Estás blanca. Deberías ir al médico.

Negué despacio.

—Se me pasará —respondí—. Cuando deje de pensar en él.

Héctor suspiró, cansado, pasándose una mano por la cara.

—Eso no va a pasar solo —replicó—. Estás huyendo, Iria.

—No —lo miré—. Me estoy protegiendo.

Se apoyó en la encimera, cruzándose de brazos, adoptando esa postura que usaba cuando sabía que lo que iba a decir no me iba a gustar.

—Deberías ir a verle.

La frase cayó como una bomba.

—No.

—Escucharle, al menos.

—He dicho que no.

—Todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario.

Me giré hacia él, incrédula, con una carcajada seca escapándoseme sin humor.

—¿Sabes cuántas veces he escuchado eso en mi vida?

Héctor no respondió. Y no hizo falta. Los dos sabíamos la respuesta.

—Es la segunda vez que lo detienen —continué, sintiendo cómo la rabia me subía desde el estómago—. Ya estuvo cinco años en la cárcel por el primer asesinato del que lo culparon. Eso no es una casualidad.

—Daniel me dijo que no buscaron a nadie más —replicó—. Que todas las pruebas apuntaban a él y ya. Y todos los que le conocen saben que es inocente.

—Todos los que creen conocerle —corregí, con dureza.

Héctor apretó los labios.

—Sofía era amiga de aquella mujer —añadió—. Y sabe que Matthias jamás le haría daño.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—Nadie conoce del todo a una persona —dije en voz baja—. Nadie.

Me aparté del ventanal y empecé a caminar por el salón, incapaz de quedarme quieta.

—Siento mucho que esa tal Olivia haya muerto —continué—. De verdad. Pero ¿y si en vez de a ella… me lo hubiera hecho a mí?

Héctor estalló.

—¡Iria, eso es una locura! ¡Estás desvariando!

Me giré hacia él, notando cómo me ardían los ojos, y el pecho subiendo y bajando con respiraciones cortas.

—Ah, ¿sí?

—Matthias nunca te haría daño. ¡Nunca! Te quiere. Se le nota. Está enamorado de ti.

Entonces me reí a carcajadas. Una risa rota, histérica, que me salió de lo más profundo, cargada de años, de miedo, de recuerdos que nunca se fueron.

—¿Sabes qué decían en el pueblo de mi padre? —pregunté entre risas—. Que Xosé quería mucho a mi madre. Que la amaba. Que era un hombre trabajador.

Mi voz empezó a romperse por momentos.

—Y no dejaba de darle palizas… hasta que la mató.

El silencio cayó como una losa. Héctor me miró con los ojos llenos de algo parecido al dolor.

—No compares a Xosé con Matthias —dijo, tenso.

—Ya viví muchos años con alguien que se acabó convirtiendo en un asesino —respondí—. Y no lo encerraron nunca. No voy a pasar por lo mismo.

El timbre sonó de repente y los dos nos giramos.

—Abro yo —dijo Héctor.

Me quedé donde estaba, con el cuerpo rígido y el corazón golpeándome las costillas. La puerta se abrió y escuché una voz que conocía demasiado bien.

—Hola, Héctor.

Era Leonhard.

Entró en el salón con gesto serio, ojeras marcadas, preocupación sincera. Sus ojos se clavaron en mí de inmediato.

—Tenía que venir —dijo—. No me coges las llamadas. Javier me dijo que no estabas bien.

—No es plato de gusto —respondí con frialdad— saber que has estado follando con un asesino que cumplió cinco años de condena y que ha vuelto a matar.

Leonhard resopló, claramente dolido.

—No puedo creer que de verdad pienses eso.

—Yo tampoco puedo creer muchas cosas últimamente.

—¿De verdad dudas de él? ¿De Matthias?

—Viví con un maltratador hasta los diecisiete años —dije—. Mató a mi madre. Por eso no he vuelto a Galicia. Y no puedo creer en la inocencia de Matthias después de haber visto esas fotos.

Leonhard apretó los puños.

—Quien te envió esas fotos puede ser la persona que esté detrás de todo esto.

—¿Y?

—Hay gente investigando por su cuenta —continuó—. Gente que conoce bien a Matthias. Es mucha casualidad que cinco años después aparezca otra mujer muerta del mismo club. Esto lo está haciendo alguien para joderle. Es inocente, Iria. Y cuando se demuestre, tendrás que tragarte tus palabras.

Me acerqué a él, muy despacio, mirándolo a los ojos.

—Si llega el caso —dije—, me disculparé. Pero nunca volveré a estar con él. Y si quiere despedirme, que lo haga. Yo misma redacto la renuncia.

Leonhard cerró los ojos; después respiró hondo.

—Cinco años después de aquello —dijo al fin—, mi mejor amigo me ha confesado que se había enamorado de esa mujer. Y jamás le habría hecho daño. Matthias solo se ha enamorado dos veces. A la primera la mataron. Si a ti te pierde… jamás volverá a amar.

Sentí el nudo cerrarse aún más.

—No le des la espalda ahora —añadió—. Es cuando más te necesita. Lo trasladan a la misma cárcel. No buscan a nadie más.

No pude decir nada. El estómago se me contrajo de golpe y salí corriendo hacia el baño.

Vomité. Mucho. Con violencia. El cuerpo no aguantaba más.

Héctor entró después, se arrodilló a mi lado y me sostuvo el pelo mientras lloraba como hacía años que no lloraba. Me abrazó cuando terminé, un abrazo fuerte, como cuando era una adolescente rota y solo le tenía a él.

—Deberías ir a verle —susurró.

Negué, con la cara empapada en lágrimas.

—No puedo —dije—. No tengo fuerzas. Si voy… me derrumbo. Y no puedo creer en su inocencia. No después de esas fotos.

Y lloré. Porque el miedo, una vez despierto, ya no sabía volver a dormirse.

Capítulo 38

Matthias

Habían pasado dos meses.

Dos meses desde que me trasladaron de nuevo a la misma cárcel en la que había pasado cinco años de mi vida. Dos meses desde que el pasado decidió volver a clavarme los dientes con la misma saña, como si no hubiese aprendido nada, como si el tiempo no hubiese servido de nada.

El mismo olor a humedad y metal añejo. Las mismas paredes grises, descascarilladas en algunos puntos, marcadas por nombres, fechas y promesas que nadie había cumplido. La misma luz mortecina colándose por una ventana alta, demasiado estrecha para permitir cualquier atisbo de libertad. La misma sensación de estar atrapado en un bucle que alguien se empeñaba en no dejarme cerrar.

Estaba sentado en la cama de la celda, con la espalda apoyada contra la pared y un libro de derecho abierto sobre las piernas. Daniel me lo había traído en una de sus visitas, con una media sonrisa cansada, diciendo que me vendría bien “para mantener la mente activa”.

No entendía ni la mitad.

Artículos interminables, jurisprudencia enrevesada, términos técnicos que se me escapaban por completo. Frases tan largas que parecía que el propio legislador dudaba de lo que estaba escribiendo. Aun así, lo leía. O fingía hacerlo.

Pasaba páginas. Subrayaba cosas que no comprendía del todo. No por interés real, sino porque era una forma de matar el tiempo entre estas cuatro malditas paredes. Una forma de engañar al cerebro para que no se recreara en lo único que de verdad quería pensar.

Porque pensar demasiado era peligroso. Y, aun así, pensaba.

Pensaba en Iria. Siempre acababa pensando en ella.

Al principio intenté evitarlo. Me obligué a centrarme en el ruido de la prisión, en las rutinas, en los horarios estrictos, en los recuentos, en las conversaciones sin importancia con otros internos. Pero era inútil. Iria se colaba en cada resquicio de mi mente, como si formara parte de mí de una forma que ni yo mismo había comprendido hasta que la perdí.

Leonhard me había hablado de cómo la había visto tiempo atrás cuando fue a decirle que me trasladaban. Más demacrada de lo habitual. Más delgada. Con el rostro agotado y esas ojeras profundas que delataban noches sin dormir.

Héctor también les había contado a él y a Daniel que pasaba los días en casa, cuidando de la niña y trabajando para ayudar a Javier. Que no iba por la sede. Que evitaba el club. Que los sábados se quedaba en casa con Vera, como si el mundo exterior fuese demasiado peligroso.

Esa información me había golpeado más fuerte de lo que esperaba. Porque, de algún modo, quería creer que eso significaba algo. Que no era indiferencia. Que no era olvido. Quizá significaba que estaba rota… igual que yo.

Cerré el libro de golpe y lo dejé a un lado de la cama. Me froté la cara con ambas manos, arrastrando los dedos por la barba incipiente. El cansancio no era solo físico. Era ese agotamiento profundo que se te instalaba en los huesos cuando llevabas demasiado tiempo resistiendo.

Resistir sin saber hasta cuándo. Resistir sin garantías. Resistir con la certeza de que, incluso aunque saliera de allí, nada volvería a ser igual.

—Estás hecho un asco —dijo una voz conocida desde la puerta de la celda.

Levanté la vista y sonreí, aunque fue una sonrisa cansada.

—Siempre dices lo mismo, Manuel. Y nunca es verdad.

Manuel entró con su paso tranquilo y seguro. Estaba más viejo que la última vez que lo había visto, pero seguía teniendo esa mirada serena de quien ya no le temía a nada porque lo había perdido casi todo. La prisión le había robado años, pero no la dignidad.

—Es hora de otra sesión —dijo, señalando la silla, y asentí sin decir nada.

Me levanté despacio, me quité la camiseta y me senté de espaldas a él. Sentí el frío del metal en la piel antes de que Manuel se acomodara a mi lado, preparando su improvisado equipo con la precisión de quien llevaba años haciendo lo mismo en condiciones mucho peores.

El zumbido de la aguja empezó casi de inmediato. No hablamos del tatuaje. No hacía falta.

Mientras la aguja trabajaba, pensé en lo que estaba marcando en mi piel: algo discreto, pero eterno. Un símbolo que no gritaba, que no se mostraba a cualquiera. Algo que representara unión, resistencia y renacimiento.

Líneas entrelazadas. Dos trazos distintos que se cruzaban sin romperse. Dos vidas que, pese a todo, seguían conectadas.

Iria…

—¿Viste el follón del otro día? —preguntó Manuel, rompiendo el silencio.

—Sí —respondí—. Dos imbéciles con ganas de demostrar quién la tenía más grande.

Manuel resopló.

—A Raúl lo han mandado a la enfermería. Intentó separarles y se llevó una puñalada en el costado.

Fruncí el ceño.

—¿Está grave?

—No. Ha tenido suerte. Pero ya sabes cómo va esto. Aquí, ayudar tiene precio.

Asentí en silencio mientras el zumbido de la aguja se mezclaba con mis pensamientos.

—¿Y ella? —preguntó de pronto—. La mujer por la que te veo así.

Sonreí sin poder evitarlo, aunque la sonrisa me dolió.

—Es… distinta —dije—. Inteligente. Brillante. Fuerte. Y rota de una forma que no se ve a simple vista.

—Siempre os enamoráis de las rotas —murmuró Manuel.

—Porque nosotros también lo estamos —respondí.

Un golpe seco en la puerta interrumpió la sesión.

—Eisenhart —dijo un guardia—. Tienes visita.

Fruncí el ceño.

—¿Quién? —pregunté—. No esperaba a nadie.

Mis padres habían estado dos días atrás. El día anterior vinieron Daniel y Leonhard para hablar de los avances de la investigación paralela que estaban llevando esos dos policías que aún creían en la justicia.

—No lo sé —respondió—. Muévete.

Me puse la camiseta con manos ligeramente temblorosas. Manuel se levantó conmigo.

—Luego seguimos —me dijo—. En la cena.

Asentí y salí tras el guardia.

Recorrí los pasillos con paso automático. Los conocía demasiado bien. Cada esquina, cada sombra, cada sonido. Los había recorrido durante cinco

años… y ahora otros dos meses más.

Cuando llegamos a la sala de visitas, la vi sentada de espaldas. Mi corazón dio un vuelco brutal, violento, casi doloroso. La reconocí al instante. Por su postura rígida. Por la forma en la que sostenía los hombros, como si llevara el peso del mundo encima. Por cómo llevaba el pelo recogido de manera descuidada, sin preocuparse de nada más que de sobrevivir.

—Iria… —dije en voz baja, casi sin aire.

Se tensó, lo vi y me dio rabia. Se giró despacio y me miró por encima del hombro.

—Hola, Matthias.

Me arrodillé junto a ella sin pensar, apoyé la frente en su hombro y la abracé. O intenté hacerlo.

—Nada de contacto, Eisenhart —advirtió el guardia.

Asentí y me levanté de inmediato, tragándome el impulso de volver a tocarla.

Me senté frente a ella y la observé. Sí, tenía ojeras. Sí, estaba más delgada. Pero había algo diferente. Algo que me heló la sangre. Una muralla invisible.

Pensé en todas las veces que la había besado. En cómo se acurrucaba bajo mi cuerpo al dormir. En cómo la abrazaba en esos momentos. Y pensé que, si no solucionábamos aquello pronto, quizá no volvería a hacerlo nunca.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Dentro de lo que cabe, bien —respondió—. Trabajo desde casa. No quiero ir por la sede.

—No te preocupes por eso —dije—. Puedes trabajar desde casa el resto de tu vida si quieres.

Intenté cogerle las manos, pero ella las retiró. Sentí la punzada directa en el pecho, limpia y brutal.

—No he hecho nada —dije—. Ni ahora ni hace cinco años.

Tragué saliva.

—Me enamoré de Alana. Cuando me dijeron que había muerto… sentí que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Que el mundo se me caía encima.

La miré a los ojos.

—No buscaron a nadie más entonces. No quieren hacerlo ahora. Solo porque conocía a Olivia y porque la mataron del mismo modo.

—No quiero seguir escuchándote —dijo ella.

El golpe fue seco, pero directo a mi pecho, como un puñal.

—He venido porque Héctor, Daniel y Leonhard no han dejado de insistirme —continuó—. Ya estoy aquí. Veo que estás bien. Seguiré trabajando en *Eisenhart & Wolf*. Pero no quiero volver a saber nada más de ti.

Respiré hondo, luchando por no romperme delante de ella.

—No quiero convertirme en mi madre —añadió—. No puedo ni quiero estar con alguien que un día pueda perder los nervios y hacerme daño. Ya salí del infierno.

—No soy como tu padre —dije, con la voz cargada de una súplica que me avergonzó—. Jamás te haría daño. Te quiero.

Iria sonrió con amargura.

—Eso decía mi padre, que la quería; eso mismo decían todos en el pueblo, que la quería mucho. El amor no es hacer daño. Y cuando alguien quiere de verdad… debe dejar marchar a la otra persona.

Iris suspiró, dudó un segundo y luego se levantó.

—Por eso te dejo marchar.

—Iria… —susurré.

—Adiós, Matthias. De verdad espero que, si eres inocente, todo se aclare y te devuelvan tu vida.

Se giró, y me puse en pie, desesperado.

—Me he enamorado de ti —dije—. Y cuando salga de aquí, porque voy a salir, iré a buscarte. No estoy dispuesto a renunciar a ti.

No respondió. La vi marcharse y me dejé caer en la silla, pasándome las manos por el pelo, respirando como si acabara de salir de una pelea.

El guardia se acercó.

—Se ha ido llorando —dijo dándome un leve toque en el hombro—. Y eso solo significa una cosa.

Levanté la vista.

—Que ella también te ama.

Volví a la celda con una certeza firme en el pecho.

No iba a rendirme. Sería paciente. Y cuando todo se aclarara… Iria volvería a ser mía.

Capítulo 39

Iria

Los días y las semanas avanzaban sin darme tregua, y ya habían pasado cuatro meses.

Cuatro meses desde que todo se había roto en mil pedazos y, al mismo tiempo, desde que había empezado a recomponerse de una forma extraña, lenta y dolorosa. Como cuando te rompes un hueso y sabes que va a soldar mal, que ya nunca volverá a ser igual, pero aun así necesitas que deje de doler.

Y dos meses desde que vi a Matthias por última vez, desde que se arrodilló para abrazarme y no le devolví el gesto porque si lo hacía…

Hoy Galicia volvía a desplegarse ante mí como un paisaje detenido en el tiempo. No había cambiado nada en trece años. O quizá había cambiado yo.

Estaba en la habitación de la casa de los padres de Héctor. La habitación en la que él había crecido, con muebles antiguos que olían a madera vieja y a humedad, una cómoda oscura con los tiradores gastados, una cama estrecha con un cabecero de hierro y una colcha de flores pasadas de moda.

Me acerqué despacio a la ventana. Desde allí se veía el valle extendiéndose hasta perderse entre montes verdes, cubiertos por una niebla baja que se movía despacio, como si también ella tuviera miedo de avanzar. El cielo estaba gris, pero no amenazaba lluvia. Era ese gris gallego que no entristecía, sino que acompañaba hasta en los meses de verano.

Apoyé la frente contra el cristal frío. Ese paisaje lo conocía. Lo había mirado de niña, cuando mi madre me llevaba de la mano por los caminos de tierra, cuando me enseñaba los nombres de los árboles, cuando recogíamos flores silvestres y las metíamos en un bote de cristal para alegrar la cocina. Recordé su risa suave, su voz cantarina, su manera de hablar bajito, siempre bajito, para que mi padre no la oyera.

Recordé cómo me acariciaba el pelo antes de dormir y me decía que yo llegaría lejos. Que no me quedara allí. Que no dejara que nadie me apagara.

Sonreí al recordarla. Y lloré.

Las lágrimas me cayeron sin pedir permiso, calientes y silenciosas. No sollozaba. No me rompía. Lloraba como se llora cuando el dolor ya no sorprende, cuando forma parte de ti. Me limpié las mejillas con el dorso de la mano y respiré hondo, varias veces, hasta que el pecho dejó de dolerme tanto.

Estábamos allí por Héctor. Por su padre.

Había muerto hacía unos días, fulminado por un infarto. Sin avisar. Sin despedidas. Su madre lo había llamado llorando, con una voz temblorosa que parecía la de una mujer mucho más mayor de lo que era. Le había pedido que volviera. Que quería verle. Que quería conocer a su nieta.

Nunca había querido que Héctor se marchara. Nunca había querido perder a su único hijo. Simplemente… no había sabido enfrentarse a su marido.

El reencuentro había sido devastador y hermoso a partes iguales.

Héctor había entrado en aquella casa con los hombros tensos, con la mandíbula apretada, como si se estuviera preparando para un golpe. Pero cuando vio a su madre, se derrumbó. Lloró como no lo había visto llorar jamás. Lloró como un niño al que le devolvían algo que creía perdido para siempre.

Ella también lloró. Le pidió perdón una y otra vez, con las manos temblorosas, con la culpa atravesándole la voz. Cuando vio a Vera, se agachó frente a ella, la miró como si fuera un milagro y la abrazó con una delicadeza infinita.

—*Ya te quiero* —le había dicho—. *Ya te quiero mucho.*

Vera le sonrió sin miedo, como solo sabían hacerlo los niños que no habían aprendido todavía a desconfiar del mundo.

Llamaron a la puerta y me giré despacio.

—¿Puedo? —preguntó Héctor desde el marco, con una sonrisa suave y cansada.

Asentí. Se acercó y me abrazó sin decir nada, apoyando la barbilla en mi cabeza. Me dejé mimar. Siempre me dejaba mimar con él. Era mi refugio desde hacía años.

—¿Estás preparada para lo que viene? —me preguntó en voz baja.

Pensé en el tanatorio. En el pueblo. En las miradas. En los cuchicheos. En mi padre.

—Sí —respondí—. No tengo miedo.

Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No voy a huir. No te voy a dejar solo. Tú eres mi familia.

Sus ojos se humedecieron, pero sonrió.

—Si tu padre intenta algo —dijo, intentando bromear—, tenemos un abogado buenísimo que le daría para el pelo.

Solté una risa breve.

—Cuando tu madre sepa que su yerno es abogado, va a quedar encantada.

—Mi Daniel es mucho Daniel —respondió, orgulloso.

Pensé en esos meses desde aquella comida en casa de los padres de Matthias. En cómo Héctor y Daniel habían conectado sin darse cuenta. En

cómo el amor, simplemente, había llamado a su puerta cuando ninguno lo estaba buscando.

Pensé en los sábados de pizza y películas, en Daniel quedándose a dormir, en Vera metiéndose entre los dos en el sofá. Pensé en lo feliz que veía a Héctor, en cómo le había cambiado la cara, la risa, incluso la forma de caminar.

Y me alegré tanto por él que me dolió. Porque yo no sabía si volvería a sentir algo así.

—Es la hora —dijo Héctor al cabo de un rato.

Asentí y bajamos. Elena, la madre de Héctor, me cogió las manos nada más verme.

—No te preocupes por Xosé —me dijo, con firmeza—. No voy a permitir que te diga nada. Ni hoy ni nunca.

Asentí, agradecida.

Pensé en lo que me había contado de mi padre. Que se había casado de nuevo. Que tenía un hijo de nueve años. Que seguía bebiendo. Que los golpes se notaban, aunque su mujer intentara ocultarlos. Que nadie hacía nada.

Cerré los ojos un instante y sentí náuseas.

—Ojalá no fuera así —susurré, y ella sonrió acariciándome la mejilla.

Salimos de la casa y fuimos en el coche de Héctor hasta el tanatorio, y tal como imaginé, los cuchicheos comenzaron enseguida. Notaba las miradas clavándose en mí como alfileres. Escuchaba mi nombre en murmullos. El de Héctor. El de mi padre.

—Somos *trending topic* —murmuró Héctor en mi oído—. Con el hashtag *mariquitaydescastadapadresdefamilia.*

Sonreí levemente.

—Ni caso a los comentarios, Iria —me pidió Elena.

—Como si nos hubiéramos bañado en aceite —dijo Héctor—. Que nos resbale todo, cariño.

Y me besó la mejilla.

La misa fue breve, bonita y silenciosa. El cura habló de segundas oportunidades y de perdón. Yo no sabía si creía en ninguna de las dos cosas.

Después salimos para ir hacia el cementerio.

—¿Dónde está Daniel? —pregunté en voz baja.

—Viene de camino —respondió Héctor—. Dice que hay vacas cruzadas en la carretera.

Sonreí, pensando en la señora Ximena y sus vacas indomables. Y entonces los vi. Daniel… y Matthias.

El mundo se detuvo. Me quedé paralizada. El aire se me quedó atrapado en los pulmones. Él también se quedó quieto al verme.

Durante un segundo eterno, solo existimos nosotros dos. Todo lo demás desapareció. El pueblo. El entierro. El pasado.

Y entonces apareció mi padre.

—Veo que has engañado a algún pobre idiota como lo hizo tu madre conmigo —escupió.

La rabia me subió como bilis por la garganta. La madre de Héctor intervino de inmediato.

—Aquí no queremos escándalos, Xosé. Estoy enterrando a mi marido.

—No sé para qué lo has llamado —dijo mirando a Héctor con desprecio—. Tu marido no quería ver a este maricón ni en pintura; es una deshonra para el pueblo.

Héctor dio un paso al frente.

—Yo seré un maricón para el pueblo —dijo señalándose—, pero tú eres un puto asesino. Y nadie hizo nada por la madre de Iria.

Vi a la mujer de mi padre bajar la mirada y me acerqué a ella.

—Si no quieres que tu hijo crezca sin madre —le dije—, denúnciale. Sé lo que es vivir con miedo. Lo veo en los ojos de ese niño.

Mi padre levantó la mano.

—Maldita puta desgraciada…

Supe lo que venía, lo que iba a hacer, lo que había hecho tantas veces a mi madre. Y entonces escuché una voz que conocía bien.

—Si le pone la mano encima a la madre de mi hijo —dijo Matthias, sujetándole la muñeca a mi padre—, hoy celebraremos dos entierros.

El silencio fue absoluto. La mujer de mi padre gritó que se acabó, que iba a denunciarle, que no podía más y que no quería que le hiciera lo mismo a su hijo.

Daniel se ofreció como abogado. Miguel, el hijo de Tomás, que era policía y que había seguido los pasos de su padre, intervino. Y cuando se lo llevó detenido, pensé en mi madre.

Por fin. Por fin alguien hacía algo. Por fin no estaba sola.

Enterramos al padre de Héctor acompañándole a él y a su madre, que lloraba porque le había querido mucho a pesar de no poder perdonarle que por su culpa hubiera perdido trece años de la vida de su único hijo.

Después, Matthias me cogió la mano y me llevó hacia una zona apartada.

—Soy libre —me dijo—. Han retirado todos los cargos. Han limpiado mi expediente.

Y me contó la verdad.

Una mujer llamada Tatiana estaba detrás de todo. Él había estado con ella mucho antes que con Alana y al no soportar que siguiera con la nueva y no con ella, planeó todo. Pero no estaba sola. Al parecer tenía un cómplice, un hombre con el que Alana había tenido una breve relación y que, cuando rompió con él y supo que ella se veía con ese empresario y que iban a esos clubes liberales donde practicaba toda clase de sexo, fue varias noches hasta que conoció a Tatiana.

Ese hombre había resultado ser el inspector de policía que llevó ambos casos, el de Alana y el de Olivia, y quien participó en las torturas y en el asesinato de ambas.

Por eso no buscaban más culpables, porque quería asegurarse de que Matthias cumplía su condena.

Tatiana creyó que al salir de la cárcel volvería a estar con ella y, al no conseguirlo, al verle conmigo, quiso que volvieran a encerrarle y para eso utilizó a Olivia, otra de las antiguas compañeras de juego de Matthias.

Esos dos iban a pasar mucho tiempo entre rejas, por doble homicidio con premediación y, en el caso del inspector, además, por obstrucción en ambas investigaciones.

Lo escuché sin interrumpirle.

—Me alegro —respondí—. De verdad. Te deseo que seas feliz.

Posó las manos sobre mi vientre.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque este bebé es mío —susurré—. Y va a crecer sin padre.

Sonrió con tristeza.

—Si crees que he venido solo para acompañar a Daniel y por el entierro del padre de Héctor… no me conoces.

—¿Entonces? ¿Por qué has venido?

—He venido a buscar a la mujer que amo —respondió, se inclinó y me besó.

Y lloré, porque no sabía cuánto había necesitado ese beso hasta ahora. Y pensé que era cierto. Que, a lo largo de los años, tomamos decisiones que nos cambian la vida de un modo que jamás imaginamos. Algunas las elegimos; otras nos arrasan. Pero a veces… el amor decide quedarse.

Y ahí terminaba todo. Y empezaba lo demás. Empezaba nuestra historia, esta vez, de verdad.

Epílogo

Matthias

Cinco años después…

Habían pasado cinco años desde que recuperé a Iria, y a veces me parecía una eternidad; otras, un suspiro.

El tiempo tenía esa forma extraña de plegarse sobre sí mismo cuando miraba atrás y recordaba todo lo que había vivido, todo lo que habíamos sobrevivido. Cinco años desde que recuperé a Iria. Cinco años desde que la vida decidió, por fin, dejar de golpearme para enseñarme que también sabía abrazar.

Me casé con ella un mes después. No esperé más porque ya había esperado demasiado en mi vida. Porque cuando la recuperé, cuando volvió a mirarme sin miedo, o al menos con uno distinto, supe que no iba a volver a perder ni un solo día. Estaba embarazada y estaba preciosa. No era solo amor; era determinación. Era la certeza de que, si la vida me daba una segunda oportunidad, no pensaba desaprovecharla.

Nos casamos en una ceremonia íntima, elegante y sencilla. Ella llevaba un vestido que no intentaba ocultar nada, que abrazaba su cuerpo y esa nueva vida que crecía en ella. Yo no podía dejar de mirarla. Nunca había visto a una mujer tan fuerte y tan frágil al mismo tiempo. Tan luminosa. Tan mía.

Nuestra primera hija nació al año siguiente. María. Iria insistió en el nombre. Dijo que era justo. Que su madre merecía vivir de algún modo en la

risa de una niña que crecería sin miedo. María se parecía mucho a ella: los ojos verdes, la mirada intensa, esa forma de observarlo todo como si ya estuviera pensando tres pasos por delante. Pero también tenía rasgos míos. La boca, la barbilla, ese gesto serio cuando se concentraba. A veces la miraba jugar y sentía un nudo en el pecho. No por miedo. Por gratitud.

Dos años después nació nuestro hijo. Alan. Fue Iria quien lo decidió. Dijo que no era una sombra, que no era una herida abierta, que era un recuerdo limpio. Un recordatorio de que el amor no se borraba, sino que se transformaba. Alan era igualito a mí. Demasiado. Mis padres se reían diciendo que no había hecho falta prueba de ADN. Y yo, cada vez que lo cogía en brazos, pensaba que la vida, a veces, también sabía pedir perdón.

Iria siguió trabajando en la empresa. Nunca quiso renunciar a quién era. Seguía siendo la directora Global de Estrategia y Expansión Internacional, y seguía siendo brillante. Muchos de los proyectos que habían consolidado y ampliado la empresa en esos años habían salido de su cabeza, de su visión, de su capacidad para leer el mundo antes que los demás. Yo la veía en reuniones, liderando equipos, tomando decisiones imposibles con una serenidad que me dejaba sin palabras.

Estaba orgulloso de mi mujer. No solo porque era brillante, sino porque nunca dejó de ser ella misma. Ni ser madre ni esposa la empequeñecieron. Al contrario: la engrandecieron.

Mis padres estaban felices. De verdad. Se quedaban muchos sábados con los niños. Decían que no necesitaban excusas, pero yo sabía que les encantaba tener la casa llena de risas, juguetes tirados por el suelo y cuentos antes de dormir. Gracias a ellos, Iria y yo podíamos salir, respirar, recordarnos que también éramos pareja.

Y muchas de esas noches acabábamos en el Club Índigo. El lugar donde todo empezó. Donde me enamoré de ella sin darme cuenta. Donde, por primera vez en muchos años, bajé la guardia. A veces nos sentábamos en la barra, con una copa tranquila, y yo pensaba que la vida tenía un sentido del humor extraño… pero preciso.

El tatuaje seguía ahí. Lo llevaba en un lugar discreto, pero eterno. Dos líneas entrelazadas, distintas, pero unidas. Resiliencia. Unión. Renacimiento.

Me lo hice en la cárcel, la segunda vez que entré, cuando aún no sabía si saldría, pero sí sabía que había algo por lo que merecía la pena resistir. Era Iria. Éramos nosotros. Lo que habíamos sido y lo que aún podíamos llegar a ser.

Leonhard también había encontrado su felicidad. Llevaba cuatro años casado con Sofía. Tuvieron gemelos poco después de pasar por el altar, ya que Sofía se quedó embarazada. Mat y Damon. Dos diablillos de cuatro años que eran la alegría de sus abuelos, Friedrich e Ingrid. Ver a mi mejor amigo ejercer de padre me hacía sonreír. La vida, al final, también había sido generosa con él.

Héctor y Daniel, por su parte, llevaban tres años y medio casados. Daniel adoptó a Vera sin dudarlo, como si siempre hubiera sido suya. Y después llegaron las dos hermanas pequeñas, heridas por una historia que se repetía demasiado a menudo. Claudia y Paula ahora tenían tres y dos años; se habían quedado huérfanas después de que su padre, que maltrataba a su madre y, en una de esas, la acabó matando. Héctor y Daniel les dieron un hogar. Amor. Seguridad. Todo aquello que debería ser lo básico y que, sin embargo, no siempre lo era.

Xosé, el padre de Iria, pagó por fin.

Su segunda esposa lo denunció. Iria también. Lo hizo por su madre, por las veces que guardó silencio y no dijo nada. Cumplió condena hasta que falleció el año anterior, de un infarto. No sentí alivio. Sentí cierre. Justicia tardía, pero justicia al fin. La mujer se mudó a Madrid con su hijo. Vivían cerca de nosotros y la verdad es que se llevaban muy bien con Iria. Ella trabajaba en la empresa como secretaria. A veces coincidíamos y nos saludábamos con una especie de respeto silencioso. Dos supervivientes de la misma tormenta.

La madre de Héctor también dejó el pueblo.

Vivía con ellos, en la casa grande que compraron, ayudando con las niñas, con las rutinas, con esa sabiduría tranquila de quien ya no tenía miedo. Disfrutando del tiempo perdido con su hijo y su nieta, creando recuerdos nuevos para todos ellos.

Vera, con nueve años, era la mejor prima, la mejor hermana mayor. Un día dijo que teníamos una *"Ohana"* muy grande y numerosa. Yo pensé que tenía razón.

Durante años viví rodeado de sombras. Mentiras. Sospechas. Culpa que no me pertenecía. El pasado volvió para ajustarme cuentas, para desordenarlo todo, para obligarnos a enfrentarnos a lo peor. Me condenó a perder a Iria para poder recuperarla. La obligó a ella a mirarme con los ojos del miedo. Pero después… después ese mismo pasado volvió a ordenarlo todo.

Porque aprendí que no todo lo que dolía acababa destruyendo. Algunas cosas reconstruían.

Me enamoré de Iria en apenas unos meses. Me rompí. Volví a levantarme. Renací con ella. Y juntos, de algún modo, aprendimos que incluso de las cenizas más oscuras podía surgir una vida luminosa.

La amaba. La amaba con una intensidad serena, sin miedo, sin dudas. Haría cualquier cosa por ella. Por nuestros hijos. Por esta vida que construimos cuando parecía imposible.

Porque al final entendí algo esencial. El amor no te salvaba del pasado, pero podía enseñarte a vivir sin miedo al futuro.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Al principio tenía miedo, estaba petrificada. Seguía pensando que nunca podría vivir sin ti a mi lado. Pero luego pasé tantas noches pensando en cómo me hiciste daño. Y crecí fuerte y aprendí a seguir adelante

[2] Traducción: Nací para correr, no soy de nadie